JESMYN WARD

Este mundo ciego

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER



Este mundo ciego

JESMYN WARD

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER



Título original

Let Us Descend

Primera edición: 2024

Imagen de portada

© JAYA MICELI

América 109

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-10249-22-6

Este libro es para Brandon, que me vio y me amó incluso cuando yo no podía verme ni amarme, y para Joshua, el primero en mostrarme que el amor es un vínculo vivo con los muertos.

«Cuando la vendieron, su madre se desmayó o cayó muerta, nunca llegó a saberlo. Quiso acercarse a ella, ahí tendida en el suelo, y el hombre que la había comprado no se lo permitió. Simplemente se la llevó. Se la llevó como si fuera ganado… Esa fue la última vez que supo de los suyos».

«Interview with WILL ANN ROGERS»

Born in Slavery: Slave Narratives from the Federal Writers' Project, 1936 to 1938

Había un barco,

el Henrietta Marie,

que surcaba las furiosas aguas,

y había grilletes

y la mujer en cubierta

sus piernas abiertas al borde del grito

… y yo también estaba allí,

desplegándome con todas ellas.

«Shark bite»

The World Is Round, NIKKI FINNEY

Río cantarín lleno de mi sangre,

¿se nos oye tan alto bajo el agua?

¿Es la sangre lo que une a los hermanos?

¿O es el Misisipi, que corre

por la vena más gruesa de Norteamérica?

Fragmento de «Langston's blues»

The New Testament, JERICHO BROWN

CAPÍTULO 1

LAS MANOS AFILADAS DE MAMÁ

La primera arma que sostuve en la vida fue la mano de mi madre. Yo era entonces una niña pequeña, de barriga blanda. Aquella noche mi madre me despertó y me llevó a los bosques de Carolina, muy muy adentro entre los árboles susurrantes, negros por el sol que se ponía. Los huesos de sus dedos: espadas envainadas, pero yo aún no lo sabía. Caminamos hasta llegar a un pequeño claro en torno a un árbol calcinado por un rayo, lejos de la casa color crema del amo, que queda al otro lado de los arrozales. Lejos del amo, que es tan blanco como mi madre es oscura. Lejos de ese hombre que dice que le pertenecemos, de ese hombre que hace que mi madre se convierta apenas en una brizna negra en la angosta penumbra de la cocina, donde ella pasa casi todas sus horas de vigilia trabajando para alimentarlo, a él y a sus dos hijas barrigonas y cetrinas. Yo era liviana como un pájaro y solo le llegaba a mi madre hasta el hombro. Aquella noche, hace mucho tiempo, mi madre se arrodilló entre las raíces quebradas del árbol y desenterró dos ramas largas y finas: una con la punta tallada en forma de lanza, la otra ondulada como una serpiente, toscamente labrada.

–Toma –me dijo arrojándome la rama retorcida–. La tallé yo cuando era pequeña.

No conseguí atraparla al vuelo y la estaca curva retumbó al caer al suelo. Al recogerla, la sujeté tan fuerte que los nudos de la madera me cortaron, y luego ella me golpeó con la otra rama oscura. Nunca me había golpeado, ni con las manos ni con palos. El dolor me ardió en un hombro y luego me atravesó el otro.

–Esta –gruñó en voz baja, entre el silbido del arma– era de mi madre.

Su lanza era un látigo negro en la noche. Me caí. Retrocedí arrastrándome, huyendo entre la maleza que rodeaba aquella habitación nocturna en ruinas. Mi madre me persiguió, hablando en voz alta mientras me daba caza en la espesura. Me contó una historia:

–Este es nuestro secreto. Tuyo y mío. Nadie puede robárnoslo. –Sin apenas respirar, me encogí aún más. El viento nos rodeó, asomándose

entre los árboles–. Eres nieta de una guerrera. Tu abuela se casó con el rey de los fon; su propio padre se la cedió porque tenía muchas hijas y el rey era rico: tenía cientos de esposas guerreras. Lo protegían, cazaban y luchaban por él. –Mi madre lanceó un arbusto justo por encima de mi cabeza–. Todas las esposas guerreras estaban casadas con el rey, pero en realidad su marido era el cuchillo, y el alfanje su amante. Tú eres mi hija, la hija de mi madre. Mi madre, la guerrera, se llamaba Azagueni, pero yo la llamaba Mama Aza.

Mi madre bajó la lanza y me mostró las manos abiertas. Brillaban plata.

–Ven, Annis. Sal de ahí y yo te enseño.

Empecé a salir arrastrándome, sus golpes aún me escocían.

–No olvides tu vara –me dijo.

Retrocedí un poco antes de levantarme y salir de entre los arbustos. Me quedé de puntillas, con un pie delante del otro, lista para echar a correr. Esperando que me golpeara de nuevo.

–Bien –dijo ella mirando mis pies, mi danza oscilante–. Bien.

He crecido desde aquella noche a esta. Ahora tengo que bajar la vista hasta la cabeza de mi madre y sus hombros oscuros, bonitos y redondeados como los pomos de las puertas que lustro en casa del amo. Mi madre tiene algunas canas, pero sus dedos siguen firmes como puñales y ella sigue erguida, esbelta y recta en la penumbra de la luna llena. Venimos aquí, a nuestro claro secreto del árbol quemado, solo unas pocas noches al mes, cuando hay luna llena y no necesitamos que el fuego nos alumbre. Mi madre inspecciona mis manos, presiona cada callo, me masajea la palma. Quizá yo parezca ahora más grande y fuerte que ella, pero sigo siendo la misma niña de dientes separados y disfruto del roce de sus manos, me abro a su ternura.

–Tienes los dedos largos. –Mi madre me da un golpecito en el centro de la palma y mis dedos se cierran deprisa–. Esta noche practicarás con mi arma.

»Toma –me dice desenterrando el arma que le legó Mama Aza.

Desplaza el puño cerrado por la rama larga y fina, teñida de negro, templada con la grasa de sus manos y antes con la de las manos de su madre. Mama Aza le enseñó a luchar con esta arma, decidida a

transmitirle lo que a ella le habían enseñado las hermanas-esposas del otro lado del gran océano.

Mi madre me tira la lanza y coge su vara de la infancia, dentada como el rayo. Sudo, el miedo me pincha las axilas. El corazón me retumba en los oídos. Mamá blande su lanza y empezamos a luchar: con cada giro, cada golpe, cada ataque, mi madre se vuelve más fuego y menos ella, más llama líquida, oscilante. No me gusta, pero no tengo tiempo de que me guste porque debo esquivar, parar los golpes, atacar. El mundo se convierte en un latigazo, un zumbido, y nosotras giramos con él.

Cuando esa noche volvemos a la cabaña, Nan y sus dos hijos mayores duermen. Los dos más pequeños están despiertos y lloran sin parar. Se agarran a sus mantas con la respiración entrecortada por el llanto mientras su madre y sus hermanos dormitan. Nan siempre ha esquivado su amor por sus cuatro hijos. Lo reduce a un hilo, a una ternura ocasional en sus órdenes: «estate quieto», «cállate», «no llores», y el resto de sus cuidados son bofetones y golpes. No amará lo que no puede conservar. Mi madre me tiende la mano y yo se la cojo mientras nos acostamos. Mamá siempre ha sido una mujer que esconde un corazón tierno: una mujer que cuenta historias con un susurro de hojas crujientes, una mujer que arde como un farol cuando me guía en la oscuridad del mundo, una mujer que me hace un regalo cada vez que desenvaina y me enseña a luchar.

A la mañana siguiente, mamá me despierta antes del amanecer: huele a heno, magnolia y carne fresca de caza por el sudor de la noche pasada. Estoy agotada. Quiero arrebujarme en nuestra manta, taparme la cabeza y comer más sueño, pero mamá me pasa una mano firme por la espalda.

–Annis, mi niña. Despierta.

Me visto, me remeto la blusa en la falda mientras caminamos hacia la casa del amo. No puedo evitar el malhumor que me pesa, que entorpece mis pasos. Mi madre va delante y reprimo mi resentimiento. Casi está corriendo: tiene que llegar al horno, tiene que encender y avivar el fuego en su interior, calentarlo para cocer el pan de la mañana. Sé que se debe tanto a la casa como yo, con todo lo que tengo que recoger y entregar y limpiar para ella, para ayudarla esta mañana, pero sigo enfurruñada y cansada hasta que mi madre empieza a cojear, una leve punzada en sus andares. También está dolorida de anoche. Troto hacia ella, le deslizo la mano por el pliegue

del codo y le acaricio el brazo. Miro el suave vello de su oreja, su pelo trenzado.

–¿Mamá? –le digo.

–A veces me apetece algo dulce –jadea tamborileando sus dedos en los míos–. ¿Y a ti?

–No. A mí sal.

–Mama Aza siempre decía que no era bueno querer dulces. Yo pillaba y comía tantos que se me manchaban las manos de rojo y azul. –Mi madre suspira–. Ahora un poco de dulce es en lo único que pienso.

La casa de mi amo es imponente y sus entrañas están llenas de crujidos. Mi madre se inclina sobre la cocina. Cojo leña y agua, las llevo escaleras arriba y me asomo a las habitaciones de las hijas del amo. Son mis hermanastras; aunque lo sé desde que mi madre me enseñó a luchar, todas las mañanas la envidia y la aversión me rebullen por dentro cuando las atiendo. Duermen con la boca abierta, las mejillas rosadas, los párpados agitándose como los peces que nadan en los bajíos. Su pelo rojo es una maraña de hilos enredados. Dormirán hasta que su padre llame a su puerta para despertarlas, mucho después de los primeros rubores del amanecer. Reprimo lo que siento y cierro la cara.

Mi amo está en su escritorio, en bata, escribiendo. Su habitación está llena de humo frío y sudor viejo.

–Annis –dice saludando con la cabeza.

–Señor –respondo.

Espero a que sus ojos resbalen sobre mí como cada mañana, como agua sobre una piedra lisa. Pero su mirada se detiene y luego me sigue por la habitación mientras lleno su jofaina, recojo su ropa y me llevo su orinal. Me examina de la misma forma que estudia a sus caballos, su atención es tan firme y minuciosa como si tocara un cuello de largas crines, un anca musculosa, un lomo arqueado y desgastado por la silla de montar. Clavo la vista en mis manos, y solo cuando bajo la escalera me doy cuenta de que están temblando y las heces del amo chapotean en el orinal.

Procuro esconderme de su mirada. Es algo que siempre he sabido hacer: cerrar la boca, enmudecer. A medida que el día se alarga, ando de puntillas por los amplios y oscuros pasillos de la casa. Dejo cubos y

palanganas con suavidad, formando un círculo . Me quedo muy quieta, junto a la puerta del aula de mis pálidas hermanas, y escucho a su tutor desde el otro lado. Las historias que les cuenta no son las de mi madre: tienen un tono distinto, un canto distinto que me llega al pecho y vibra como vibra un arma en la carne que penetra. Estas niñas, mis hermanas cetrinas, leen los textos que les indica el tutor, griegos antiguos que escriben sobre animales y trabajo, abejas y avispas, y yo escucho: «Parece que a las abejas les gustan los tintineos, de ahí que se diga que es posible atraerlas a una colmena repicando con loza o piedras». La voz de la hermana menor cae hasta el murmullo y luego se eleva. «Expulsan de la colmena a todos los holgazanes y derrochadores. Y como se ha dicho, se especializan para el trabajo: unas hacen cera, otras miel, otras pan de abeja, otras moldean panales, otras llevan agua a las celdas y la mezclan con la miel…». Inspiro en los pasillos de pino y repito las palabras más potentes: «Cera, miel, pan de abeja, panales».

–Aristóteles llamaba reyes a los que gobiernan las colmenas –dice el tutor–, pero los científicos han descubierto que son hembras: reinas, entonces. En la antigua Grecia, los sacerdotes de Artemisa eran conocidos como abejas rey. También se decía que las abejas habían transmitido el don de la profecía a su hermano Apolo. –El tutor suelta una carcajada seca–. Eso es una superstición blasfema. Sin embargo, los consejos de Aristóteles sobre el trabajador y los frutos de ese trabajo son sensatos: si deja demasiada miel en una colmena, el apicultor fomenta la pereza –dice con voz aguda y suave, casi tan suave como la de mis inseguras hermanas.

Sé que habla de las abejas, pero no: utiliza las abejas y a los antiguos griegos para hablar de todas las personas que trabajamos. Sé que está hablando de mi madre, que hace galletas y guisos en la cocina, de Cleo, de su hija Safi y de mí, que limpiamos las habitaciones, sacudimos el polvo de los trapos, fregamos sus suelos hasta que relucen como bellotas bruñidas.

Me apresuro a bajar con mi madre, que me lee tan rápido como el tutor lee sus pasajes.

–¿Has estado escuchando otra vez? –me pregunta.

Asiento.

–Ten cuidado –susurra, y golpea con la cuchara una olla negra.

La cocina está llena de carne en salazón.

–Si se enteran, no les gustará.

–Lo sé –le digo.

Quiero decirle más cosas. Quiero decirle que envidio a las hijas gemelas de mi amo, sus hombros suaves, su pelo claro y fino como los hilos de una tela de araña, sus lecciones, sus sábanas, sus vestidos color crema, finos como el papel. Quiero decirle que cuando escucho detrás de su puerta les estoy arrebatando algo, algo que ninguna de ellas me daría. Repito mentalmente las palabras del tutor, intentando no sentirme culpable por la cara de preocupación de mi madre, por cómo su ansiedad le hace golpear la olla con la cuchara. Cera, miel, pan de abeja, panales. ¿Cómo disculparme por querer alguna palabra, alguna historia, alguna cosa bonita para mí?

–Lo siento, mamá –le digo mientras me escabullo fuera para coger más leña.

Una abeja solitaria revolotea por el huerto: regordeta, a rayas negras, preciosa. Se posa en mi hombro, suave como la yema de un dedo, y me pregunto qué mensaje traerá, de qué mundos espirituales. Son «reinas», ha dicho el tutor. Cuando la abeja se eleva y desaparece en una bamboleante flor de calabaza amarilla, el viento sopla entre los árboles y por un momento creo oír un eco que desciende entre las ramas: «Reinas».

Le abro la cama a mi amo y él se queda observándome desde la chimenea fría. Normalmente está abajo, bebiendo tragos ámbar y charlando con otros plantadores, todos con chalecos abotonados y conversaciones salpicadas de bravatas. Esta noche está sentado en una butaca tapizada, parte de la dote de su difunta esposa. Mientras cenaba se ha quejado de fiebre y congestión, y le ha pedido a mi madre un remedio: un preparado de setas y hierbas. Se lo sirvo en una taza de porcelana. Sostiene la taza con dos dedos; tiene las largas piernas extendidas y las botas embarradas. Sus ojos brillan a la luz de las velas y yo me miro las manos: aliso, ahueco, doblo. Me obligo a moverme más deprisa para salir de esa habitación y entrar en la noche iluminada por la luna.

–Eres más alta que tu madre –me dice.

La voz del tutor es aguda y jadeante, pero la de mi amo es grave y ronca. No puedo evitar sobresaltarme y dejo caer la colcha.

–Ven –dice–. Quítame las botas.

Es algo que nunca he hecho. Me aparto de la cama y me miro los viejos zapatos, tan desgastados por los lados que me asoman los dedos. No puedo moverme.

–Ya me has oído –dice.

Le centellea el pelo rojo. No es una pregunta.

Mi madre me ha contado cómo la violó el amo. Cómo fue a su encuentro cuando estaba sola en uno de los pasillos de la planta de arriba, delante de un dormitorio vacío. Cómo la empujó a esa habitación vacía y la tiró al suelo. Cómo desolló sus partes más suaves. Cómo la violó aquella vez y luego otra en el río, y otra, y otra, hasta que ella dejó de contarlas y se quedó embarazada de mí. Años después, el amo se casó con la mujer blanca de pelo amarillo y muñecas finas que más tarde moriría al dar a luz a sus gemelas.

Mientras me arrodillo a sus pies, me pregunto si mi madre sintió que el corazón le latía tan deprisa como el de un conejo encogido en un campo al atardecer, huyendo de la sombra del halcón. Tiro de los cordones desde tan lejos como me es posible, tengo que alargar los brazos. Me arden por mi torpe cobardía, pero consigo desatarle las botas y lo descalzo tan rápido como puedo. Los calcetines huelen a queso demasiado curado. Levanta un brazo, hace como si quisiera tocarme la cabeza, agarrarme del pelo, tirar de mí hacia sus rodillas, pero me pongo en pie y me aparto rápidamente, cruzo la puerta antes de que pueda tocarme un rizo. Aun así, veo que me mira fijamente la boca, la melena espesa y brillante, tan resistente a las trenzas, que en algunos mechones refleja el tono cobrizo del pelo de él.

Me la raparía entera.

La yema de la luna está alta en el cielo cuando mi madre me despierta y nos alejamos silenciosamente de la cabaña, de Nan y sus hijos, que rechinan los dientes y hablan en sueños. Andamos descalzas hasta el claro sin hacer ruido, pisando de puntillas la tierra desnuda. Borro nuestras huellas con la rama que mi madre ha arrancado de un pino. Desde que tengo uso de razón, mamá me ha pedido que se lo diga. «Si alguien te toca, dímelo». Es lo que me dijo la primera vez que me contó cómo mi amo la había acechado y violado. «Por favor, Annis», me dijo. Quiero contárselo antes de que empecemos a luchar, pero saca la lanza y la vara tan deprisa para lanzarlas al aire bañado en plata que no me queda otra que levantar mi arma para frenar la suya, y luego ya giramos y giramos, nos detenemos estremecidas antes de

atacarnos de nuevo. Con cada bloqueo, con cada golpe, con cada arremetida, siento un nudo en el pecho que se aprieta más y más antes de empezar a quemar. ¿De qué sirve todo esto?, me pregunto. ¿De qué me sirve si no puedo usarlo?

Brilla la luna y estoy seca, la furia de nuestra lucha solo ha dejado unas gotas de resentimiento. Ataco e intento olvidar.

–¿Cómo se llamaba la madre de Aza? –pregunto.

Mi madre me pide que me mueva, y yo atravieso su defensa y la alcanzo en el estómago.

–No lo sé. Mama Aza nunca me lo dijo. Me contó que cuando su padre se la llevó para entregarla como esposa al rey, su madre los siguió durante leguas hasta que su padre se detuvo y la reprendió, diciéndole que servir al rey era un honor para Mama Aza, que sería alimentada, vestida y reverenciada: la esposa de un monarca. Y entonces su madre le tomó la cara entre sus manos y la besó en las dos mejillas y en la frente e intentó susurrarle algo, pero no pudo hablar porque estaba llorando.

Mi madre me empuja el codo hacia abajo.

–Mama Aza me dijo que cuando su padre y ella llegaron a Dahomey, donde vivía el rey, la lanza se convirtió en su madre. Y el alfanje en su padre.

Mi madre frunce el ceño, su cara se arruga como un mantel.

–Las esposas guerreras tenían sirvientas. Pero ellas también lo eran. Tenían que entrenar y desfilar. Tenían que obedecer las órdenes del rey. Y las guerreras no podían tener familia, no podían tener hijos. La ley real se lo prohibía.

Me detengo y clavo la estaca de Mama Aza en la tierra que han revuelto nuestros pies.

–Háblame de mi abuelo, por favor –le digo, y me miro los dedos de los pies.

Nuestros pies tienen la misma forma. Mi madre se detiene. Me ha contado esta historia muchas veces, la primera cuando yo era niña, en una de nuestras primeras lecciones.

–Mama Aza quería a un soldado que montaba guardia ante los muros

de la fortaleza y lo tomó como amante. –Frunce el ceño–. El rey los envió, a ella y al hombre que la amaba, a la costa. Los entregaron a los hombres blancos, al agua que no tiene orilla. Los blancos la hicieron cruzar una puerta que daba a una playa y luego la metieron en un barco.

Mi madre alarga el brazo, me agarra la camisa y tira un poco antes de soltarme.

–La robaron. La trajeron aquí.

Vuelve a tirar.

–¿Por qué lo preguntas?

Me encojo de hombros. Su segundo dedo del pie es más largo que el dedo gordo. Mi segundo dedo del pie es más largo que mi dedo gordo. Los zapatos siempre nos hacen daño.

–Mama Aza conocía el poder de los hombres antes de llegar a aquel barco. Cuando su padre la llevó a palacio, el rey le dijo: «La tomo por esposa, pero estará obligada al alfanje, al arco, al hacha». Mama Aza dijo que había cientos, cientos de esposas, y un solo rey.

Mamá ataca y yo intercepto su ataque.

–Ningún otro hombre podía vivir en palacio, solo el rey.

Allí no había ningún otro hombre con el poder de pesar y medir a Mama Aza, de examinarla como ha hecho mi amo conmigo. Ningún hombre salvo el rey: corpulento, enjoyado, bien vestido. Tal vez su tononu, mayordomo y eunuco, en privado.

Me pregunto qué vería la casa real en mi abuela. Si vieron en ella algo que transmitía poder, que les dijo que podría soportar más peso que el de su propio cuerpo. Cuando mi madre cuenta las historias de Mama Aza, me la imagino delgada y alta como ella. Pero a veces pienso que me equivoco, que las mujeres de la realeza miraron a Mama Aza y vieron a una chiquilla como yo: desgarbada, con músculos de agua y caderas en forma de copa. Quizá Mama Aza sabía ocultar tan bien su fiereza que lo único que vieron las mujeres y el rey fue a una muchacha delgada con una fina línea que la recorría de la cabeza a los pies y la mantenía erguida, desafiante.

Cuando el rey la nombró amazona, ¿sintió ella alivio? ¿Alegría al saber que no era lo bastante hermosa para ser una de sus verdaderas

esposas, que no tendría que someterse debajo de él ni llevarlo dentro de su cuerpo para luego darle sangre, hijos, leche materna? ¿Le alegró saber que aprendería a satisfacer sus otros deseos, los de pillaje y vidas?, ¿que lo serviría en el campo de batalla, que cazaría elefantes con un cuchillo y una lanza, que le llevaría fardos llenos de cabezas en lugar de recién nacidos? ¿O la afligía estar atada a otra cuerda invisible, tener que someterse en ese palacio lleno de mujeres esclavas de un solo hombre?

–No entiendo por qué Mama Aza no quiso decirme el nombre de su madre. Me enseñó que los ancestros vienen si los llamas. Que si tienes alguna dificultad, les rezas y te ayudan –dice mi madre, amagando otro golpe que no logro parar–. A lo mejor creía que su madre tendría que haberse esforzado más por mantenerla a su lado y aún cargaba con ese dolor.

Mamá ataca con la lanza y yo esquivo. En la noche nos rodea el silencio de la gente y el ruido de los insectos.

–Hay quien cree que los muertos regresan si mueren de forma mala, de una forma tan horrible que el Gran Dios les vuelve la cara. Los fon creían que los espíritus vienen a ti sin importar por qué, sin importar cuándo, basta con llamarlos. Ataca –dice, y yo ataco y ella para el golpe y ataca a su vez.

Apenas consigo esquivarla. Jadeo más de lo que debería. Mi madre retrocede y levanta su lanza.

–No pienses así de mí, ¿me oyes? Siempre volveré a por ti. Más allá de este tiempo, en el siguiente. Siempre.

Se acerca tanto que nuestras rodillas casi se tocan y me seca la cara: mitad caricia, mitad manotazo.

–A ver, ¿por qué vuelves a preguntar por la historia de Mama Aza?

Se lo cuento con voz entrecortada. Las palabras se me agolpan cuando el pánico que sentí en esa habitación sale como espuma de mi cuerpo, y tengo que cerrar los ojos para hablar, para sacar la historia.

–Él me miraba –le digo.

Mi madre asiente.

–Me miraba como un sabueso –le digo.

Ella parpadea.

–Sus zapatos. Sus pies.

Mi madre aguarda, inmóvil.

–Me agarró la cabeza –le digo.

Cuando está triste, mi madre aprieta los labios hasta que forman una fina línea y aparta la cabeza, su mejilla como una cortina: lo vi por primera vez cuando era lo bastante pequeña para subirme a su regazo y que ella me sostuviera, me había caído corriendo y tenía un largo corte en la pantorrilla. Cuando está enfadada, mi madre cruza los brazos sobre el vientre, como si así pudiera contener su furia: lo vi cuando mi amo abrazó a sus hijas enfundadas en sus mejores vestidos negros mientras bajaban a su mujer a la tumba; supe que era porque, loco de dolor, se había pasado toda la semana tirando contra el suelo, contra la pared, contra el techo, los platos que mi madre ponía en la mesa. Mi madre y yo nos pasamos esos días de rodillas, fregando, fregando. Mi madre se agarra ahora el vientre, con la lanza apoyada en el interior del codo.

–¿Por qué? –le pregunto–. ¿Por qué hacemos esto si no podemos usarlo?

Suelto mi vara.

Mi madre cierra los ojos, deja la lanza a un lado y se sienta en el suelo. Me desplomo a su lado, con mi brazo rozando el de ella.

–Mama Aza me enseñó esto –dice mi madre mirando al cielo oscuro, todavía abrazándose el vientre–. Era lo único que podía enseñarme. Esto y a buscar alimento en el bosque.

Le paso un dedo por el brazo, todos nuestros duros golpes han desaparecido del claro.

–Este lugar, esta gente, este mundo –suspira– eran nuevos para ella. No sabía cómo moverse aquí. No conocía este orden. A los pocos meses del viaje en barco lo descubrió. El viejo amo entró en la cabaña cuando acababa de dar a luz y me reclamó, yo aún empapada en la sangre del parto y berreando. Esta posesión de la cuna a la tumba que pasaba de padres a hijos, este mundo la abrumaba.

Le aprieto el suave rollo de carne que tiene bajo la axila, una de sus pocas partes tiernas, con algo de grasa.

–Este lugar la horrorizaba –susurra mamá–. Cuando me hice mayor, pensé que yo sabía lo que había. Pensé que entendía lo malo que era este sitio, pero me equivocaba. –Mi madre se aprieta la barriga–. No entendí lo equivocada que estaba hasta que saliste chillando de dentro de mí.

Aquí, la carne de mi madre es blanda como la tripa de cerdo, como la pálida felpa de los intestinos.

–Enseñarte cómo luchaba Mama Aza, sus historias, es una forma de recordar ese otro mundo. Esa otra forma de vida. No era un mundo perfecto, pero no estaba tan mal como este.

Mamá me aprieta los dedos.

–Mejor que no se nos olvide –me dice.

Los árboles agitan y azotan sus hojas sobre nuestras cabezas. El árbol quemado cruje.

–¿Recuerdas lo primero que hizo Mama Aza como esposa del rey?

Asiento.

–Salió corriendo –digo.

Mi madre ríe entre dientes.

–Si él se te acerca otra vez, corre. Saber cuándo quedarse y cuándo irse, cuándo no luchar, eso también forma parte de la lucha. Saber cuándo aguardar y esperar el momento, cuándo observar y cuándo esquivar. Eso también hay que saberlo.

Nos quedamos allí sentadas hasta poco antes del amanecer, las dos demasiado angustiadas para hacer nada que no sea seguir apoyada la una en la otra, abrazadas, dormitando y dando cabezadas. Cuando nos levantamos y enterramos nuestras armas sin filo, echo el último puñado de arena sobre la madera y el viento enmudece. Todo está en silencio, hasta que llega un zumbido a mis oídos, el roce de un sonido. Es una abeja negra, a la deriva en los posos de la noche, en este claro consagrado a la lucha. Mamá y yo volvemos andando a las cabañas cogidas del brazo. Se apoya en mí, yo la sostengo.

Pasamos por delante de las silenciosas cabañas y vamos directamente a la casa de mi amo.

–Empezamos pronto –dice mi madre mientras prende la leña en la cocina, soplándole en el vientre–. Y quizá acabemos pronto.

Sé por qué lo dice. Quiere que hagamos rápido nuestro trabajo para que yo no tenga que volver a arrodillarme a los pies del amo.

–Sí, mamá –digo, y me pongo a cargar agua.

Pero las horas se alargan de todas formas. Mis hermanas cetrinas quieren más agua para lavarse. El tutor quiere que limpie y abrillante las estanterías de la habitación de juegos convertida en aula, se queja del polvo. Mi amo quiere sábanas limpias, me dice que la fiebre ha hecho que las de anoche apesten a sudor. Anochece y aún no he terminado. Cuando se acerca la hora de acostarse de la familia, todavía estoy remetiendo y doblando descuidadamente las sábanas de la cama de mi amo, y la amable Cleo y la Safi de ojos azufrados ya han bajado. Cuando me han dejado para que acabara, he querido llamar a Safi, suplicar a la amable muchacha que siempre ha corrido para ayudarme a levantar los cubos demasiado pesados, que siempre ha sujetado el otro extremo de la sábana para que pudiéramos doblarla juntas. Ella habría entendido que necesitaba ayuda. Pero mi voz se ha marchitado. Me he quedado ronca. Corre, me digo. Mamá ha dicho que corras.

Mi amo tropieza con la puerta abierta: ha venido corriendo. Remeto el último extremo bajo el colchón, me incorporo y me quedo balanceándome sobre las puntas de los pies. Doy un paso hacia la puerta. «Corre –ha dicho mi madre–, corre». «Pero no tengo adónde ir», dice una vocecita. Respiro una vez y luego otra, el aire de la habitación es frío pero me quema la nariz, y sé que no me someteré a lo que él quiere hacerme. Sé que no tengo la disciplina de mi madre, sé que lucharé con él, que usaré los codos como martillos, las piernas como varas, que convertiré en puños mis rodillas. Pienso en Mama Aza acuclillada en la cabaña, con su hijita en brazos, la placenta aún dentro y el padre de este hombre, mi abuelo, observándola, y en cómo tuvo que resonar en su cabeza: «Esto está mal mal mal». Ahora lo oigo. Y saberlo se me hunde en el estómago.

–¿Annis? –oigo la voz de mi madre fuera, en el pasillo.

Abre y se detiene en la palma abierta de la puerta.

–Hemos terminado.

Se abraza el vientre. Tiene la cabeza gacha, pero luego la levanta y sé que los ojos también pueden ser armas, que pueden resplandecer

como pequeños cuchillos, como los que se usan para destripar un pez. Nunca he visto a nadie mirar a mi amo como lo hace ahora mi madre, como si fuera un mosquito indigno de su atención, siquiera el gesto de ahuyentarlo con la mano.

–Ven –me dice.

Mi amo tiene sus propias señales de ira, pero no las busco. Paso junto a él, junto a mi madre y su mano afilada, el largo pasillo en penumbra, las escaleras que crujen, la cocina silenciosa, el jardín que murmura, la noche atronadora. Caminamos más allá de las cabañas, más allá de los campos, hacia el bosque, hacia el claro. Nos alejamos cuanto podemos de la casa de mi amo. No desenterramos nuestras armas. Hacemos una cama en la tierra que hemos ablandado con los pies y usamos nuestros brazos como almohadas. Mi madre se acurruca a mi espalda, su aliento suave en mi cuello.

–Hay hierbas –me dice–. Las buscaré mañana. Deberíamos tenerlas.

Me rodea la cintura y me atrae hacia ella con fuerza.

–No parará. Todas las veces, después de la primera, yo me agarraba a esto –susurra.

Se saca algo del pelo trenzado: parece un punzón blanco, fino como una aguja.

–¿Qué es?

–Era de Mama Aza. Un trozo de colmillo de elefante. Lo consiguió en una de sus cacerías.

Mi madre me lo pone en la mano, y es suave y cálido como su piel.

–Cuando vencí las ganas de clavárselo aquí –me toca el cuello debajo de una oreja, donde me palpita el corazón–, intenté recordar que aún había mucho dentro de mí que él no podía quitarme.

Los hombros de los árboles se estremecen con el viento.

–Mama Aza decía que derribar un elefante es una buena manera de enseñar a los pequeños a vencer a los grandes. Hay que ser astuta, hay que ser inteligente. Si no, no sobrevives. –Mamá vuelve a deslizar el punzón de marfil en su pelo–. Recuerda esto también. No necesitas este marfil ni esas lanzas. En este mundo, tú eres tu propia arma.

La luna blanquea el cielo; casi se ha puesto antes de que nos durmamos.

En la hora que precede al amanecer el silencio es perfecto. Me despierto con los suaves ronquidos de mi madre en el oído. Deslizo la mano por su antebrazo hasta la carne musculosa que precede al hombro y aprieto, con la fuerza necesaria para sentir el pulso de su carne en mis dedos, con la suavidad necesaria para no despertarla. Me vuelvo para verle la cara: la boca abierta, los pómulos plácidamente caídos. La luna se ha puesto detrás de los árboles pero su luz todavía baña nuestro claro: cristal lechoso. Algunas noches robo estos momentos para mí: lo que mi madre me exige en la lucha lo recupero ahora. Tiene la cara blanda como la de un niño; sus brazos y sus piernas están tan cerca que podrían ser los míos. Le pongo la mano en el cuello, siento el torrente de sangre, el río rojo que la une a mí. Me siento como solo con ella puedo sentirme.

En el árbol calcinado resuena un zumbido intermitente y de pronto un rumor llena el claro. Miro el cielo con los ojos entornados y veo guirnaldas de puntos negros que se elevan desde el tronco en un zumbido coral. Acaricio el brazo de mi madre. Tardo unos instantes, cada uno espeso como la miel, en descifrar el oscuro ascenso, el canto sibilante: una colmena se ha asentado en el árbol y ahora las abejas despiertan y salen al amanecer. Un poco más, pienso. Dejaré que mi madre duerma un poco más, a la deriva hacia el cielo, en el lugar de los sueños, antes de despertarla, de espabilarla, de traerla de vuelta aquí.

Respira una vez más, pienso, sintiendo el corazón de mi madre en su cuello. Respira.

Meses después, cuando en el extremo del sendero que va a los campos veo al Hombre de Georgia al lado del amo, señalándonos a mamá y a mí, clavo las uñas en la mano de mi madre para detenerla.

–Mamá, no –le digo.

–Ven –le digo, igual que la primera vez que ella me incitó a luchar.

–Por favor –le digo.

Me vuelvo hacia las cabañas, el bosque, el claro lejano. Tiro del brazo de mi madre para animarla a correr, pero no se mueve. Se queda parada y me agarra del cuello de la camisa. Las lágrimas ya le caen por la cara y no intenta secárselas ni ocultar la veladura de su

desconsuelo. El cielo está espeso de nubes, el aire cargado de lluvia, el olor a mojado empalaga. Mi madre solo tiene ojos para mí, para mí sola. Se pasa las manos por el pelo y luego hace lo mismo con el mío y algo afilado me pincha el cuero cabelludo: el punzón de marfil deslizándose en su sitio. Y luego solo siento la presión de sus palmas sobre mis mejillas, mis orejas, mientras me sujeta la cara para que la mire.

–Annis, mi Arese –dice con voz temblorosa–. Te quiero. Te quiero, pequeña mía.

Uno de los hombres de Georgia se acerca y agarra a mi madre por la misma carne suave de ese brazo que yo he tocado tantas veces. La gente que nos rodea grita; el rayo de una tormenta de verano brilla en la distancia. Los hombres de Georgia están cogiendo a los hombres, las mujeres y los niños que se dirigen a los campos para trabajar. Separan a los que van a ser vendidos. Han venido a por su mercancía, que llevarán a Nueva Orleans. Algo se hunde dentro de mí, un remolino que succiona más y más abajo. Será la tierra que se abre. Será que este terrible mundo me está tragando. Me aferro a las muñecas de mi madre, nervudas como gavillas de maíz, y grito.

–Mamá –digo.

–Siempre estaré contigo –dice mi madre, y no, no estará, pienso, no estará, mientras uno de los hombres de Georgia, de brazos recios y cara sucia, la aparta de un tirón.

Se la lleva. Mi amo la ha elegido para venderla.

–No –digo.

Un poco más, pienso, y arranco a mi madre del hombre, tiro de ella hacia mí como de una lanza. Él la agarra de nuevo y tira, y somos tres de muchos que forcejean en el camino hasta que el Hombre de Georgia, al lado de mi amo, desenfunda una pistola y dispara al aire. El pánico nos paraliza pero no puede aplacar mi amor, mi frenética necesidad de mantener a mi madre aquí, aquí, aquí. Caigo al suelo y me abrazo a sus piernas.

–Mamá –digo entre sus faldas.

Su mano libre me toca la cabeza.

Un aliento más, pienso.

CAPÍTULO 2

EN LA CUERDA

Desde que mi amo ha vendido a mi madre no puedo dormir. Cleo ocupa su puesto en la cocina y el horno es ahora su gran elefante de hierro. La limpieza y el mantenimiento de la casa, el servicio de la cocina y de la mesa recaen en Safi y en mí.

Durante semanas, después de que el Hombre de Georgia se llevara a mi madre al sur, a los mercados de Nueva Orleans, ni siquiera puedo mirar a los ojos a Safi ni a Cleo. No me interesa escuchar detrás de la puerta de mis hermanas. Derramo el agua de los cubos; limpio de forma rápida y superficial; lavo la ropa tan deprisa que nunca pierde el hedor de mi amo ni la podredumbre de mis hermanas. Termino el trabajo tan deprisa que nunca me quedo a solas con el hombre que ha vendido a mi madre. Ni siquiera puedo dormir en la cabaña con Nan y sus hijos. De noche me voy al bosque, a nuestro claro, al árbol negro repleto de abejas. Corriendo siempre.

Incluso en pleno verano, las noches en el claro son frías. Me envuelvo en la manta que compartía con mi madre. Me acuesto en las raíces del árbol, de lado, con la boca pegada a los brazos, siento el temblor que me baja del cuello por toda la espalda, de las nalgas a los hoyuelos de las corvas, y sé que jamás he tenido tanto frío. Que esto es lo que significa vivir sin mi madre acurrucada a mi espalda, envolviéndome con sus brazos, cubriéndome el vientre con las manos. Esto es lo que significa estar sola. Dormir sin confianza es yacer despierta. Llorar tanto que la saliva se me escapa de la boca y se encharca debajo de mi cara. Sentir que estas abejas que he acabado considerando mías descienden de noche para posarse en mis muñecas, en mis pies, y luego vuelven a su colmena. Me pregunto qué néctar amargo recogen de mí. Me pregunto adónde llevan mi dolor. Me pregunto si mi llanto es un reclamo reconfortante para ellas, y por qué son el único testigo de mi tristeza. Dormir sin mi madre es caminar hasta la casa de mi amo antes de que amanezca, sentarme en un rincón de la cocina mientras Cleo forcejea con el horno y no preocuparme de que mi pelo esté lleno de tierra, mi cara sucia de barro.

Un día se convierte en otro. Una noche se convierte en otra. El calor se

escurre de la tierra, las hojas se vuelven pardas y caen, el sol y la luna son pálidas luces en el cielo. No hay calidez en ninguna parte. No desentierro nuestras armas. Me acurruco en la tierra bajo la firme presión del viento en el claro. Miro sin ver al amo, a mis hermanas, a Cleo, a Safi, y en este nuevo mundo solo conozco el dolor. No veo a nadie hasta que un día veo a Safi, que se arrodilla ante mí la mañana de Navidad con un trapo mojado en la mano, y me levanta la barbilla. No veo a nadie hasta que Safi besa mi mano con la suya y me levanta de mi rincón, me lleva a las tinas del lavadero y me quita la ropa.

–Soy yo, Annis. Soy yo –me dice, y luego vierte sobre mi cabeza el agua que ha calentado y empieza a restregarme–. Estás aquí –me dice, y se me quiebra la cara.

Dejo que me lave como a una niña. Cuando me pide que me siente, me desplomo ante sus rodillas y me desenreda el pelo con el peine de sus dedos, mechón a mechón.

–¿Qué es esto? –me pregunta sacando la larga aguja de marfil de entre mis greñas.

No la he tocado desde el día en que el Hombre de Georgia se llevó a mi madre.

–Algo que mi abuela trajo del otro lado del océano. Se lo dio a mi madre. Mi madre me lo dio a mí. –Me encorvo hacia delante–. Cuando se la llevaron.

Safi deja el marfil sobre su muslo antes de lavarme el pelo, aclararlo y ponerle aceite. Al trenzármelo, tira tan fuerte como mi madre, me lo retuerce con la misma tensión. Las piernas de Safi son menos fuertes, pero su tacto es igual de suave. Mantengo la boca cerrada, pero no puedo contener las lágrimas saladas que me corren por la cara. Cuando ha terminado, vuelve a deslizar la aguja de marfil en su sitio, escondiéndola en mi pelo.

Siento calidez.

Después de acabar el trabajo en la casa, regreso envuelta en la vieja manta con la que Safi me ha abrigado, los hombros encorvados hasta las orejas. Vuelvo a sentir frío, vacío. Mis pies están helados como la escarcha. Ya en la cabaña, me siento en un rincón mientras el viento araña los troncos de las paredes; me revuelvo inquieta al calor del pequeño fuego, al resplandor de las canciones infantiles que se cantan los hijos de Nan. Me pregunto dónde estará mi madre. Me pregunto si

habrá tenido algún capricho navideño: un bocado de tripas fritas, un pedazo de manitas de cerdo, un poco de caldo caliente y carne salada. Me froto las sienes para amasar el dolor de las preguntas.

Cuando salgo de la cabaña para ir al claro, Safi está ahí, con el chal apretado contra el frío nocturno. Esta noche no hay luna llena; he perdido la noción del ciclo lunar, solo siento el frío cada vez más intenso del año: mi dolor necesario. Me enfrentaré al frío esta noche aunque esté limpia, aunque el sedoso recuerdo del calor me persiga como un gato molesto, porque una parte de mí desea que el invierno me envuelva en su mano helada, que me exprima todo el calor y la pena y mi presencia fuera, fuera. Dejar mi envoltorio vacío sobre las raíces de los árboles. Me pregunto si podría volar, mi espíritu, y llegar hasta el sur. Encontrar a mi madre allí abajo, en alguna parte.

–¿Te vas? –me pregunta Safi mirándome a través de la borla de su pelo, trenzado sobre la frente.

La trenza es uniforme, bonita, y sus ojos son tan líquidos y oscuros como los de mi madre. Miro hacia el claro que compartía con ella y asiento.

–Hace frío. –Se ciñe el chal y tuerce el gesto. Su cara está siempre tan calmada, tan lisa cuando servimos o cargamos o limpiamos… Es extraño verla arrugada–. ¿Puedo quedarme aquí contigo esta noche?

Una protesta asciende y burbujea en mi garganta. La cabaña está abarrotada. Nan y sus hijos son ruidosos hasta cuando duermen. Y la refutación más cortante y muda: las mantas están sucias por todas las noches que he pasado en el claro. Ya no huelen a mi madre, pero eso no se lo digo a Safi. Bajo la vista al peldaño en el que me he detenido y pienso en el calor del lavadero, el baño, el tibio roce del trapo que usaba Safi, y no puedo negarme.

–Dice que quiere tener a mi madre allí. En la casa grande –dice Safi.

Doy media vuelta y abro la puerta de la cabaña. Llevo a Safi hasta el colchón y las mantas que compartía con mi madre. Un hijo de Nan grita en sueños una palabra informe. Me acuesto deprisa muy cerca de la pared, le doy la espalda a Safi, me aseguro de que no nos toquemos. Quiero dejarle espacio. Se acuesta a mi lado, espalda contra espalda. Estoy despierta hasta que dejo de estarlo, y cuando abro los ojos en la noche oscurísima Safi se ha desplazado en la cama y su columna es una fina línea en la mía. Un relámpago cálido y seguro. Me arrebujo en ella y cierro los ojos.

Safi vuelve la siguiente noche y a finales de semana ya la espero y no pienso en ir al claro. Lo que hago es sentarme en los peldaños de la cabaña y esperarla con el culo sobre la madera agrietada y dura como la de las lanzas de Mama Aza y de mi madre sepultadas en la tierra.

Mi madre tenía armas por manos y podía convencer o exigir; Safi es toda ternura. Se desvive por su madre cada mañana cuando volvemos a casa del amo; le alisa el pelo, la obliga a comer, le lleva más agua de la que necesita. Safi y yo limpiamos la casa juntas, cruzamos habitaciones y puertas tan cerca la una de la otra que nuestros brazos se rozan y me acostumbro al tacto de sus largos y delgados brazos sin vello, de sus muñecas finas como los huesecillos de un pájaro. Safi es un consuelo, pero no puede aliviarlo todo.

Sueño con mi madre casi todas las noches, veo al Hombre de Georgia llevándosela. La oigo llorar y frotarse el pecho. La seguí durante leguas desde la casa del amo hasta que el Hombre de Georgia disparó una rápida ráfaga al aire, un disparo tras otro, que dispersó a quienes lo seguíamos suplicando por la liberación de nuestros familiares.

En noches como esta la tristeza, reprimida por las horas y el trabajo, me desborda. Escondo de Safi mi cara destrozada, el llanto mudo. Me acurruco más y más, y lloro. Intento ocultar mi pena bajo los ruidos de Nan y sus hijos, bajo los trémulos crujidos de los árboles desnudos, pero no puedo. Safi me pasa un brazo por el costado, me estrecha la mano, y me maravilla su deseo de consolarme. De tocarme. Safi tira de mí:

–Annis.

Niego con la cabeza.

–Annis –dice, y tira más fuerte.

Me sonrojo de vergüenza. No puedo moverme.

–Por favor –me dice.

Me acaricia la cabeza y yo no puedo contenerme. Me apoyo en ella y recuerdo a mi madre haciéndome eso mismo y, cuando me vuelvo para mirarla, estoy llorando.

–No sirve de nada que te escondas –me dice Safi, su voz silenciosa como el correteo de un ratón–. Te veo.

Posa una mano en mi corazón, que arde como un fuego en mi pecho.

Sus dedos son finos pero fuertes, como los hilos de una tela de araña.

Me inclino, la beso y su mano deja mis costillas, sube por el hombro y me acaricia la nuca. Me atrae hacia ella más y más.

Estoy ardiendo.

El huerto empieza a brotar, los árboles reverdecen y ya no sueño tan a menudo con mi madre. Los días se escurren uno tras otro y solo afloran cuando Safi y yo nos encontramos en la oscuridad de mi cama. Siento una suerte de alivio porque creo que esos momentos robados con Safi han convertido en cenizas la profunda tristeza que había en mí, y esas cenizas se alejan flotando. Mi madre me contó que algunas de las esposas del rey se amaban y se acariciaban: a veces me acuerdo de eso cuando el muslo de Safi está entre los míos y me lame el cuello. Ay, mamá, pienso, y luego ya no siento el cuerpo y mi pena se eleva como en una riada. Me hundo, incluso en pleno beso con Safi. En esas noches Safi usa los dientes para arrancarme de mi vergüenza, vergüenza de nuestra felicidad, y después, saciadas ya bajo las sábanas, espero a que se duerma y vuelvo a descender. Pienso en mis abejas, me pregunto si su zumbido se alzará del tronco calcinado, me pregunto si podría envolverme en una gasa y sonsacarles su miel. Me pregunto dónde estará mi madre, en qué lugar del oscuro y ancho mundo. Sé que no trato bien a Safi, que no estoy a la altura de su ternura, así que, cuando el arroz crece alto y rígido en los campos y la luna brilla por las rendijas de la cabaña, la tomo de una muñeca.

–Ven –le digo.

En la blanquecina luz de la luna, Safi es preciosa: mejillas como ciruelas, boca carnosa como higos morados. Una flor caliente se abre en mi pecho y le aprieto la mano, pero la de Safi es mucho más pequeña que la de mi madre. La flor se pliega. Me encojo.

–Quiero enseñarte algo –le digo.

Safi me sigue. Salimos del valle para entrar en las colinas bajas donde mi madre me enseñó a buscar setas, hojas, raíces y hierbas, y llegamos a nuestro claro, a nuestro árbol. Envuelvo su rostro perplejo, sus extremidades largas y delgadas, con una gasa que he robado de la casa del amo, una mortaja para protegerla de la picadura de las abejas. Un lobo aúlla y me vuelvo: juraría que he visto el espejismo de otra mujer envuelta en gasa blanca en el claro, pero aquí no hay nadie, solo Safi, mis abejas y yo. El tutor decía que las abejas descansan de noche, pero las mías están vivas, zumban y salen volando de su pirámide ámbar

encajada entre los huesos del árbol. Las abejas, mis abejas, están despiertas. Safi y yo nos detenemos en la noche iluminada por la luna con los meñiques entrelazados y mis abejas nos saludan, llenas de verano. Posan besos y caricias en nuestros hombros, en nuestras coronillas, en nuestras manos. El meñique: un vínculo vivo. Podría llorar por su dulzura, por saber que hay otros en este mundo terrible que también me tocarán con cariño. Pero sé que las lanzas talladas están sepultadas en el borde del claro, y eso hace que el aire se cargue como antes de un relámpago. Mi madre. Me pongo detrás del cuerpo más pequeño de Safi, la abrazo por los hombros y me quedo así, pegada a su espalda. Intento olvidar la ausencia de mi madre. Sentir lo que podría ser sentir, amar de nuevo.

Dejo que esa cinta de sentimientos me lleve hasta el amanecer del día siguiente. Dejo que me aliente para, después de que Safi y yo hayamos lavado, aclarado y tendido la ropa, después de quitar el polvo, remendar e inclinarnos juntas, pueda detenerme ante la puerta del aula. La voz del tutor, la misma; la lectura de mis hermanas, igual de lenta y vacilante. El tutor cuenta la historia de un hombre, un italiano antiguo, que desciende a los infiernos. El infierno al que viaja tiene niveles como la casa de mi padre. El tutor dice: «Descendamos ahora a este mundo ciego, empezó el poeta», y sus palabras resuenan en mí. Oigo los suspiros: el viento estival que sopla oblicuo contra la casa, el crujido de la madera, pero en lugar de al poeta italiano descendiendo a los infiernos veo a mi madre trabajando en el infierno de esta casa. Bajando del desván caluroso y atestado de cajas a la segunda planta llena de dormitorios donde las hijas de mi amo lloraban al otro lado de la puerta tras la muerte de su madre, después de que la mía se convirtiera en su aya y se las arrancara del pecho para bajar a la primera planta donde se marchitaba sobre un horno abrasador y luego al sótano que apestaba a patata y cebolla, frío e infestado de ratas, más y más abajo hacia sótanos más profundos, una bodega putrefacta abriéndose a otra bodega putrefacta. Más infierno. «Yo iré delante y tú detrás –dice el tutor–. Por mí se va a la ciudad doliente», su voz como el suave roce del terciopelo.

–La ciudad doliente –susurro, y me pregunto qué aspecto tendrán los espíritus en ese lugar.

Una vez, después de practicar en el claro, le pregunté a mi madre por los espíritus. El sudor nos refrescaba bajo la lejana luz de las estrellas y los mosquitos me destrozaban los pies.

–No se sabe –me dijo–. Hay que abrir una puerta, cruzar una cueva, bajar un valle o subir una montaña para encontrar espíritus. –Mi

madre miró el viento que agitaba los árboles–. Este mundo está plagado de espíritus.

–¿Plagado? –le pregunté.

–Están por todas partes. –Mamá canturreó, puso los ojos en blanco y luego frunció el ceño, muy seria–. Cuando tú preguntas, el espíritu responde, Arese.

Todavía estoy pensando en los espíritus, en el infierno, cuando me encuentro con Safi en la habitación del amo para quitar el polvo y cambiar las sábanas. Quiero ese lazo, ese ánimo. El amo nunca viene aquí durante el día, siempre está fuera supervisando los campos, visitando a los vecinos. Creo que mi suciedad, la mugre que acumulé a lo largo del verano y en invierno, lo ha ahuyentado. Por una vez me alegro de mi pena, pero ahora quiero algo más.

Me acerco a Safi cuando ella se incorpora después de alisar la colcha y pongo la palma debajo de su codo, mis labios en su cuello aterciopelado, largo y elegante como el de una grulla. No se aparta. Este espíritu, aquí, en este mundo ciego, pienso. Se vuelve hacia mí, me besa la frente y yo tarareo hasta que se oye un golpe en la puerta y Safi y yo nos apartamos bruscamente, nuestros labios todavía húmedos y cálidos, para ver al amo, su boca abierta y rosada, el pelo rojo brotándole de la cabeza como un abanico. El pánico me invade, me sube por dentro y sale de mí en forma de risa aguda y entrecortada. Safi cruza las manos, se mira los pies, se inclina. Mi risa como una sierra. Este infierno.

Este mundo ciego, pienso, y sigo a Safi fuera de la habitación.

Conozco el coste de ese beso dos mañanas después, cuando veo al Hombre de Georgia. Es entonces cuando sé que llevo toda la vida dirigiéndome a esa cuerda. Todos mis días de trabajo, todas mis breves noches, he estado dirigiéndome a esta cuerda llena de nudos, raída y negra. A este hombre blanco que me ata y sujeta a las otras mujeres de la hilera. Algunas se resisten. Algunas lloran. Otras se aferran frenéticamente a niñitos llorosos, mujeres desgarradas, hombres de ojos amables, niños temblorosos apiñados a nuestro alrededor en el frío tenue que precede al amanecer. A esta muerte antes de la muerte. A esta venta. Nan, Cleo y mi madre hablaban de lo que significaba que te vendieran; todas hablábamos porque habíamos oído historias, historias que se transmitían de granja en granja, de un campo de trabajo al siguiente. «En el fondo del pantano», había dicho

el muchacho enviado a intercambiar chatarra con nuestro herrero. «Ahogados con los grilletes puestos», había dicho el hombre enviado a intercambiar ganado. «Ahumados y hundidos», había dicho el que enviaban para que herrase los caballos de los condados arroceros. «El infierno –había dicho mi madre–, y más de los nuestros marchando allí todos los días».

Aunque había oído historias, aunque había visto a aquel hombre atando a mi madre, aunque los había seguido durante lo que me parecieron leguas, hasta entonces no había sabido lo que significa estar atada. Safi forcejea a mi lado mientras otro hombre blanco le sujeta los brazos a la cuerda que nos ata para ser vendidas.

–¡Mamá! –grita–. ¡Mamá!

–No –le digo.

La cuerda se tensa cuando acaban de atarla. Tira de la soga, llama a gritos a su madre. Sacude la cabeza de un lado a otro.

–Por favor –le digo.

La cuerda corroe. Safi se desmorona sobre mí, pero yo solo tengo ojos para el amo. Me devuelve la mirada con la boca cerrada, los labios finos y firmes. Sus pies en la tierra, la tierra que heredó de su padre junto con los arrozales, la forja, los tejedores. Tiro de la cuerda, enseño los dientes: le mordería una mejilla. Le aplastaría la nariz con la palma de la mano y le clavaría el hueso en la cara. Le rodearía la garganta con las manos y estrujaría y estrujaría el espíritu de este hombre que ha llamado al Hombre de Georgia. Al Hombre de Georgia que nos lleva al sur, a Nueva Orleans, de la forma más rastrera, de la forma antigua, la más terrible y espantosa: encadena a los hombres, ata a las mujeres a una cuerda y deja que los niños caminen detrás, sin importarle si caen muertos al borde del camino, en este lugar de tierra roja. Este amplio infierno ahogado en llanto.

La hilera se mueve bruscamente. Los hombres empiezan a avanzar por el camino, torpes con sus cadenas. Algunas mujeres gritan, asustadas, cuando iniciamos la marcha. Pateo el suelo como patearía al amo si alguna vez, alguna vez, tuviera la oportunidad, y me aparto del hombre que me dio el color mestizo de mi piel. Escupo y maldigo el suelo del hombre que nos vende a Safi y a mí por haber recobrado una pizca de la vida que nos había robado. Al hombre que violó y vendió a mi madre.

Nos adentramos lentamente en el amanecer hasta que el sol inunda de

luz la tierra ondulada. Penetramos en ella. Somos una larga serpiente que se abre paso entre los árboles. Al principio se oyen toses, hipidos y llantos. Nos flanquean ocho hombres blancos a caballo. Dos nos siguen en un carro con las armas desenfundadas. Esa es la amenaza que nos hace avanzar. También nos siguen hombres, mujeres y niños que no van atados: ruegan, imploran, suplican por la liberación de sus familiares. Como antes hicimos nosotros. Los hombres blancos no escuchan. Solo ha pasado un cuarto del trayecto de la mañana y ya tengo las muñecas en carne viva. Safi se tambalea.

–Camina, Safi –le digo–. Camina, por favor.

–Annis –dice, y luego no dice nada más pero el movimiento de sus hombros habla por ella: «Tú nos has traído aquí», dicen. «Tú».

La cuerda escuece.

Guardo silencio y Safi tropieza con la mujer de delante, que gime. La culpa se me hunde en el fondo del vientre.

Yo, que en mi dolor estaba hambrienta.

Es culpa mía.

–Safi –le digo.

Quiero llamarla por otros nombres, los otros nombres que le susurré después de que me encontrara y me diese calor. «Dulce –la llamé–. Dulce como la miel». Al final de nuestra primera noche con las abejas, se tumbó a mi lado en las raíces del árbol. Nos acostamos en la tierra, aún envueltas en gasas, y ella rodeó mi brazo más claro con el suyo más oscuro y apoyó la mejilla en mi espalda. Nosotras, niñas hambrientas de amor y hartas de dolor, en la oscuridad.

Andamos leguas antes de que el Hombre de Georgia desenfunde su pistola y dispare al aire para ahuyentar a quienes nos siguen. Al oír el disparo, Safi tropieza y cae de rodillas. El Hombre de Georgia grita desde la cabeza de la fila y blande la fusta. Si tuviera las manos libres, la levantaría y cargaría con ella tanto trecho como pudiera.

–Safi –le digo.

Le agarro la parte de atrás del vestido y tiro de ella. Mis huesos están a punto de romperse.

–Tienes que andar. Vamos.

La empujo para que se levante.

–No –dice, pero al menos avanza a trompicones cuando la cuerda nos arrastra a las dos.

Todas las mujeres empiezan a andar a paso rápido.

–Camina, Safi, o te obligarán –le digo.

Ojalá pudiera decirle: Tú me salvaste, Safi. Limpiaste mi dolor y me salvaste, me envolviste en el calor de tu mirada. Quiero decirle: Te quiero. Pero la cuerda es implacable.

–¡Arreee! –gritan los hombres de Georgia–. ¡Arreee! –llevando al trote a los hombres y mujeres atados, igual que a sus caballos.

–Por favor –jadeo, y luego ya solo puedo respirar, mis músculos inútiles, destrozados por el dolor, capaces únicamente de dejarse llevar.

Corro.

Nos adentramos en la noche. El crepúsculo llega como el lento descenso de un gran pájaro, planeando por el aire; luego se posa en los altos árboles azules, se hunde en la tierra y todo se vuelve negro. Uno de los hombres encadenados se planta, no dará un paso más por ese camino, y entonces el Hombre de Georgia y sus muchachos se le echan encima. Le patean las piernas para derribarlo y lo golpean hasta que respira saliva y sangre en el suelo. Hasta que forma un barro del color del óxido.

–Llegaréis de una manera o de otra –dice el Hombre de Georgia al cielo que oscurece, nos dice a todos nosotros–. Vuestros pies son vuestro barco.

Cuando nos detenemos para pasar la noche, los jinetes nos dejan atados unos a otros. Nos rodean de fuego, cuatro hogueras en un claro, y ellos comen lo que llevan en la carreta. A nosotros nos dan sobras duras. Mastico lo que puedo, lo trago con agua de un cubo de hojalata que nos alcanzan para que nos lo pasemos. El Hombre de Georgia sonríe, cepilla a su caballo ahí donde la silla lleva todo el día rozándole el lomo y los costados. El caballo resopla y come. Ojalá tuviera la lanza de mi madre. Espolearía a los caballos, ensartaría a los

hombres de Georgia por la boca, haría saltar sus dientes por los aires.

–¿Duermes, Safi? –le pregunto.

El llanto de Safi me llega en un largo silbido y froto su espalda pegada a mí, froto y froto una de las bellotas de su columna hasta que se calma. Hasta que respira balbuceante y, por un instante, podemos fingir que estamos en la cabaña y que Safi me acaricia la cabeza, mi cara en su cuello, y nos contamos historias.

–Cuéntame una historia.

Safi vacila.

Tiro de la cuerda, coloco mis nudillos en el centro de su espalda.

–Háblame de cómo era tejer. Háblame de tu abuela.

Niega con la cabeza. Quiero oír su voz.

–Por favor –le digo.

–Empujaba esa lanzadera –jadea Safi.

–Sí –le digo.

–Sonaba como un río –dice–. Como un murmullo. Su madre le enseñó. Y ella enseñó a mi madre.

Las mujeres de la cuerda susurran en la oscuridad. El dolor nos hace hablar a todas a la vez. Me llevo las rodillas al pecho para aliviar el palpitar de mis pies, las tensas cortinas de la parte posterior de mis piernas, las bisagras de mis rodillas. Safi se coloca boca arriba y le habla al cielo. Levanto la vista, intento ver lo que ella ve, pero ahí solo hay una gran oscuridad devolviéndonos la mirada.

–Mi madre tardó años en poder hacerlo sin pensar.

Tarareo y deslizo el nudillo alrededor de los bultos bajo la piel de Safi.

–Pero cuando el amo nos trasladó a la casa, le dijo que lo dejara. La necesitaban para otras cosas. –Safi se interrumpe–. Me duelen las piernas –susurra.

–Ay, Safi –le digo. Lo siento, Safi, quiero decirle, siento todo esto. Pero lo que me sale es lo que siempre me decía mi madre–: Respira.

Eso me decía mi madre cuando me temblaban los brazos de tanto sostener la lanza en alto y me quejaba porque ya no podía más. Tal vez ella recorrió este mismo camino; me pregunto si alzó la vista a este mismo cielo negro. Si en este sendero oscuro, cuando estuvo aquí hace un año, se dijo lo mismo que me decía a mí. «Respira», decía mi madre.

Safi se queda quieta para dormir. El humo de las hogueras me quema la garganta. Entorno los ojos y entonces veo en las sombras a una mujer vestida de blanco cuya piel brilla oscura a la luz de las hogueras. Quizá alguien de la granja del amo nos está siguiendo, quizá sea la madre de Safi, pero cuando cierro los ojos y vuelvo a abrirlos, ya no la veo. El viento corre por las copas de los árboles como un arroyo.

Nos despertamos de noche. El olor a café y pan de maíz es tenue, pero me entra directo al estómago y tira de mí. Los hombres de Georgia nos llevan atados en grupos a hacer nuestras necesidades y después pasan una taza a lo largo de la cadena para darnos de beber, pero no hay ni rastro de desayuno, ni patatas asadas en los carbones, ni siquiera maíz hervido que podamos birlarle al ganado. Hay agua, nada más, que chapotea en nuestros estómagos mientras avanzamos por el bosque detrás de la mancha negra de los jinetes en la penumbra, una oscuridad más oscura recortada contra el cielo que se aclara. Miro a Safi, pero su espalda es una puerta cerrada. La niebla se despeja y se eleva. Esta mañana no hay murmullos, ni gritos, ni súplicas. La caminata de ayer nos ha dejado exhaustos y la de hoy se extiende ante nosotros. Entorno los ojos, intento ver de nuevo a la mujer, pero solo hay más y más bosque en torno al sendero lleno de baches, un amago de camino. Uno de los hombres encadenados, mayor y calvo salvo por unos mechones grises, tropieza y cae. La mitad de la cadena acaba también en el suelo y el resto tiene que agacharse.

–En pie –dice el Hombre de Georgia.

El hombre que se ha caído es el último en levantarse, pero cuando lo hace su espalda está recta como un árbol joven. Se queda mirando al Hombre de Georgia a los ojos un largo instante y luego baja la vista a sus pies. El Hombre de Georgia espolea su caballo, nos grita «en marcha». Estudio el sendero, intento evitar surcos y raíces. No quiero que el Hombre de Georgia me mire, no quiero su atención. No sé si podría mirarlo a la cara como ha hecho el anciano, sin vacilar. Una mirada que es toda una frase. Las raíces se levantan como olas en un lago. Andar se vuelve algo automático, como limpiar una chimenea y

recoger astillas para el fuego, o como ir a buscar agua para los que trabajan en el campo.

Andamos. Andamos y solo veo las rodillas de los árboles y hierbajos sucios y enmarañados bajo mis pies. El sol calienta más, brilla más, y a medida que el día se alarga mi mundo se encoge, se convierte en esto: el mortero de mis huesos triturando las cuencas de mis articulaciones. Se convierte en la cuerda que saja mis muñecas. El sol está alto y comprendo que no me darán de comer al mediodía; cuando Safi gime delante de mí y el agua le baja por la pierna, comprendo que no pararemos para aliviarnos, que en eso también somos ganado. Que se espera que caminemos y vayamos soltando boñigas como los caballos. Cuando el sol quema, le toco un hombro a Safi, pero el abrigo de su tristeza le impide percibir mis dedos, o eso finge. Cómo andamos, todas nosotras. Mi madre lejos de mí, vendida en el sur. Mama Aza cruzando la compuerta y subiendo al barco que la traerá hasta aquí a través de aguas casi infinitas. Antes, el viaje con su padre a la capital, donde cayó a los pies del rey en el patio real, flaca como una astilla.

Levanto la vista y descubro que está atardeciendo. Avanzamos despacio, apoyados en nuestras cadenas y cuerdas. Las palabras del tutor resuenan en mi cabeza: Este mundo ciego. Los hombres de Georgia detienen sus caballos. Safi se deja caer en cuclillas. Yo me desplomo a su lado. Noto la lengua hinchada dentro de la boca. Safi se encoge y luego se aparta: no quiere mi consuelo. No puedo devolverle los cuidados que me dio, no puedo lavarla ni darle calor ni alivio.

–Lo siento –le digo.

Cuando me toca beber de la taza, no siento que me atraviese ninguna línea divina, solo una floja cuerda de derrota. Masticamos la dura comida que nos dan. Nos tumbamos, pero no consigo dormir: lo único que puedo hacer es mirar la estrecha espalda de Safi, ver cómo se agita y se retuerce; creo que está llorando, pero cuando me acerco para consolarla comprendo que intenta aflojar sus nudos. Se frota las muñecas contra la cuerda. La sangre humedece las fibras, las tiñe de rubí oscuro.

–Safi –le digo.

Pero no me habla, ni esa noche ni la siguiente. Lo que hace es volverse para mirarme y me toca la mejilla una, dos veces. Me inclino hacia sus dedos hinchados, que me provocan un escalofrío en la cara. Luego se vuelve de nuevo para seguir con sus forcejeos, toda la ternura que

dedicó al mundo concentrada ahora en aflojar la cuerda, en escapar.

–Safi, ¿puedo contarte una historia?

Quiero hablarle de Mama Aza, de cómo ella también encontró el amor en el dolor huérfano.

–No –susurra Safi.

Sus músculos se crispan como la piel de un caballo ante las moscas, y un pequeño tirón me indica lo que hace.

–Pueden verte, Safi.

Se detiene, vuelve la cabeza. Yo también quiero tirar de la cuerda. Rajarme las manos, despellejarme las muñecas hasta que pueda liberarlas. Quiero acercarme a Safi, poner mi boca en la suya, respirar su aliento por última vez, porque la conozco. Sé que su madre de cara redonda y ojos negros, sola en la cocina del amo, con la cabeza inclinada, sin que la vean, ha echado el ancla en el pecho de Safi y tira, tira.

–No tiene a nadie, Annis.

Quiero decir: Yo tampoco, pero me hundo en la vergüenza. Se levanta el viento y durante uno, dos suspiros sopla fuerte antes de alejarse.

–Dulzura –digo, y no sé si me estoy disculpando o rogándole que me perdone por querer sumergirme en ella, por hacerle seguir mi línea descendente de felicidad.

Los árboles que nos rodean rozan el cielo de cuero negro. Me duermo con un picor implacable en la cabeza, la quemazón de las costras en las muñecas, el rechinar de los huesos en sus cuencas y el roce de la ropa en los brazos y la cintura, que hace que me salgan ronchas rojas en la piel. Llevamos cinco días caminando. Dormir no es un alivio.

Al día siguiente soy un arado que se arrastra: tropiezo y me encallo en las raíces. El cuello de Safi centellea con el sol que atraviesa las hojas: madera en llamas recién cortada. Qué suaves eran sus tendones bajo mi lengua, qué salados, pero aparto la vista, avergonzada. Me pregunto si el italiano se sentiría así en su descenso, me pregunto si su mente se aferraría a todo lo que el mundo de arriba le había proporcionado en descanso y placer. Me pregunto por qué, más allá del dolor, solo puedo pensar en la boca de Safi, en las manos de mi

madre.

Cuando ya nos hemos tumbado para pasar la noche, me acerco al tierno puente de las costillas de Safi. Tiro de la cuerda y la mujer que tengo detrás dice: «¿No hemos tenido bastantes tirones en el camino?». Me quedo quieta, mis dedos rozan apenas el vestido de Safi. A lo lejos, recortada en el resplandor del fuego, veo una niebla de muselina con forma de mujer. Quién, pienso, pero cuando fijo la mirada ya no está ahí. Quien sí está es el Hombre de Georgia, de pie ante nosotras. Todo lo demás queda a su espalda. Ha venido a por Safi.

–Tú, chica –dice.

Safi y yo nos sentamos.

–Tú –dice él.

–¿Yo, señor? –murmura Safi.

El fuego crepita. El olor del humo, de la cena que han tomado los hombres de Georgia, flota en el aire. El capataz se agacha y desata a Safi.

–Silencio –dice.

Le libera las muñecas. Con la lanza de mi madre podría golpearle las corvas y luego rajarle limpiamente los tobillos.

Safi tropieza y se apoya en él. El viento sopla entre los árboles. Entonces oigo un susurro: «Annis, pequeña». Safi y el Hombre de Georgia desaparecen en la oscuridad, se alejan de los hombres y su fuego. Me ovillo, escondo el cuello en el pecho, las rodillas en el estómago, agradecida por esa pequeña misericordia: estos hombres de Georgia no la compartirán. Pero oigo a Safi gritar en la oscuridad. No me tapo los oídos. Si ella va a soportarlo, lo menos que puedo hacer es ser testigo.

Cuando el Hombre de Georgia vuelve a atarla y se marcha, la cojo del brazo. Ella gime y sé que la ha lastimado por dentro y por fuera. La noche parpadea. Ojalá pudiese ver mejor, quizá tocarle la piel donde no esté desgarrada, alguna parte de ella que siga entera. Safi mueve la cabeza, apoya la coronilla en mi pecho. Su aliento suena húmedo en la oscuridad.

–Lo siento. –Me arden los dedos como si fuese yo quien la hubiera arrastrado a la negrura detrás del fuego, como si fuese yo quien la hubiera desollado–. Lo siento –repito, y lo digo en serio, lo digo en serio mientras respiro en su pelo, mientras beso sus finos dedos entrelazados, incluso cuando me detengo, asombrada, porque el Hombre de Georgia ha cometido un error.

En su prisa por volver a su cama y al fuego crepitante no ha atado bien a Safi, que ha sacado de la cuerda las delgadas muñecas y los dedos finos. Me mira, al principio las dos sorprendidas, y una sonrisa le cruza la cara como un relámpago, y es tan amplia y blanca en la oscuridad, tan complacida como la de mi madre la primera vez que le clavé la lanza en las costillas, la primera vez que logré atravesar su defensa, y el amor me atraviesa como un incendio. Me aparto, sobresaltada y sorprendida. Safi es libre, negra y hermosa y está enmarcada por la luna en la oscuridad igual que cuando nos arropaba el manto de la noche y, envueltas en gasa, nos inundaban mis abejas en el claro.

–Safi –susurro.

Me tapa la boca con la mano, me lleva la mano atada a su cara, sacude la cabeza y sé lo que quiere decir. Lo sé. La cuerda me roe una muñeca. Safi tiene la cara húmeda. Tira del nudo que me ata, intenta meter los dedos por la soga. El caballo del Hombre de Georgia sacude la cabeza en la oscuridad y Safi se detiene y se acuclilla. Sus manos son cintas rojas ensangrentadas. Pero es libre. Libre.

–Vete –susurro–. Vete.

–No –dice Safi–. Ven conmigo.

Vuelve la cabeza hacia mi palma. La pena se hunde en mi corazón, pesada como sábanas empapadas, pesada como el caldero donde bulle la ropa. Pero también hay amor ahí, como un tambor palpitando en mí por Safi, la primera persona que me tocó con ternura cuando mi madre nos dejó. Safi, que lucía el beso de mis abejas como un fino encaje. Safi, que me apoyó y descorrió la cortina de mi pena, siempre.

–Vete –le digo.

Me besa la palma de la mano y mi piel está tan encallecida que apenas siento sus labios antes de que se marche furtivamente en la oscuridad, lejos del fuego de los hombres, lejos del Hombre de Georgia cuyo olor todavía la impregna, lejos en el bosque. El bosque que la acoge con un susurro que suena como mi amo y casi todo el mundo me llamaba:

«Annis Annis Annis».

Me pongo de lado y me quedo quieta. Aguzo el oído por si oigo a Safi, el repiqueteo de su carrera, pero solo percibo el eco del murmullo de los árboles, no siento nada más que su ausencia enroscándose en el aire a mi espalda, silbando en mi torso húmedo. Me lamo la palma que sabe a sangre y a la sal de las lágrimas de Safi. Cierro los ojos cuando oigo una voz de mujer, una llamada brumosa bajo el silencio de los árboles. Al principio creo que quien me llama es Safi, que vuelve para aflojar la cuerda, para liberarme. Y luego, cuando Safi no aparece en la susurrante oscuridad, creo que es mi madre que ha venido a buscarme como dijo que haría porque llamé a su espíritu, porque la llamo, porque cada respiración, cada sacudida, cada mirada, cada parpadeo soy yo pronunciando su nombre desde que me la arrebataron: «Mamá». Pero la voz que murmura desde la nada, desde la oscuridad, no es la voz de mi madre. Tampoco la de Safi. Es un mal viento que atraviesa las juntas de las ventanas, que sube por los huecos del suelo. Que podría aplastar los arbolillos del campo. Que podría derribar a un hombre a caballo. Es un aullido agudo que se transforma en un gemido grave.

Mi corazón se estremece: de miedo, de necesidad. A una parte de mí no le importa a quién pertenece esa voz, porque me doy cuenta de que solo yo puedo oírla: nadie más se despierta ni se asoma al bosque para preguntar «¿quién anda ahí?». Los hombres de Georgia roncan y resoplan, y los hombres encadenados y las mujeres atadas están tendidos en la noche, aplastados por el día. Oigo que la voz me llama por mi verdadero nombre, el nombre que me dio mi madre antes de que mi amo lo aplanara para convertirlo en Annis. Arese.

Arese: Ha llegado en buen momento.

CAPÍTULO 3

CADENA DE PÉRDIDAS

El Hombre de Georgia no descubre la marcha de Safi hasta que una luz lechosa se filtra entre la niebla de la mañana. Insulta y golpea a las mujeres con su fusta y todas nos apiñamos con la cabeza gacha y los hombros encogidos. La fusta escuece: una fina ristra de fuego. Nuestra fila es un nudo jadeante y enredado.

–¿Cómo puede ser? –gruñe él–. ¿Cómo?

Nos quedamos ahí hasta que se cansa y ata a una nueva mujer delante de mí. Los otros hombres nos desenredan y ponen orden en nuestra cuerda. La mujer nueva de delante tiene la nariz torcida, rota y aplastada en forma de garfio, y la postura de alguien acostumbrado a recibir palizas.

–¿Cómo puede ser? –dice ella–. ¿Cómo?

Vuelve la cabeza hacia mí, con el pelo, como todas, enmarañado alrededor de la frente y las mejillas después de una semana de camino. No ha podido lavarse ni untarse grasa en la piel y sus arrugas están escamosas, inflamadas, agrietadas. Sangran. El camino nos ha desgastado, nos despelleja trocito a trocito. Me pregunto si Safi oirá al Hombre de Georgia maldiciendo a sus empleados desde lo alto de su caballo, señalándoles el denso tejido del bosque que nos rodea. No respondo a la mujer que tengo delante. Como todos los demás, supone que yo no sé nada.

–No tenemos tiempo que perder. Nos vemos en Alabama –ruge el Hombre de Georgia.

Los dos encargados de la guardia nocturna se alejan cabalgando en la mañana opaca, con caras largas y el pelo lacio. El Hombre de Georgia comprueba las cadenas de los hombres y nuestra cuerda, que nos aprieta con fuerza en las muñecas. Nuestros miembros empiezan a hincharse: los brazos, las manos, los pies tensos y calientes por la sangre acumulada a lo largo de los días. De mi madre aprendí remedios para aliviar la hinchazón, pero no puedo conseguir ni hierba amarilla ni roble rojo. Avanzamos arrastrando los pies. Pronto estarán

completamente llagados.

No sé cómo podría responder a la pregunta de la mujer. Error del Hombre de Georgia, podría decirle: eso explicaría la cuerda suelta, pero no los moratones ni la sangre de Safi cuando él la devolvió a la fila. Suerte, podría decirle: eso explicaría el abrigo de la noche, pero no a Safi sola en el bosque, corriendo hacia una especie de libertad que en realidad no es nada. Su lucha, podría decir, y eso sería lo más cerca que estaría de responder a cómo Safi se había liberado de sus ataduras. Fue su lucha lo que la llevó a escapar a la oscuridad, lejos de mí. Dulce como la miel. Tropiezo y me incorporo deprisa, el dolor un cuchillo afilado en mi pierna. No seré yo quien nos haga caer a todas. No esta mañana en la que el Hombre de Georgia nos golpearía hasta que volviésemos a ponernos de pie. Nosotras ganado, nosotras cabras. Convertidas en rebaño, pero no lo somos. No lo somos.

La primera lección que las esposas guerreras veteranas enseñaron a Mama Aza fue esta: Corre. Repito la palabra mientras bajo la vista y veo a la mujer que me precede, la que ocupa el lugar de Safi, arrastrando los pies por el sendero. Cada vez que levanta un pie, se ve un destello rojo. Intento andar de puntillas, pero me duele más que apoyando toda la planta, así que me dejo llevar por el subir y bajar de lo que avancen mis piernas. Me pregunto si Mama Aza hizo lo mismo. Recuerdo las historias que mi madre me contaba sobre ella y sus hermanas-esposas para olvidar este dolor mío en el que cada vez es como si pisara el suelo con los huesos: ni carne, ni pie.

–Cuando Mama Aza conoció a la más vieja de las esposas guerreras del rey, esta la tomó por una mujer débil y la puso al final de la fila. Luego le ataron a la espalda un palo largo y pesado como una espada y le ordenaron que corriera. Mama Aza y sus esposas-hermanas corrieron hasta sangrar. Y luego siguieron corriendo por encima de su sangre –me contó mi madre–. Dejaban huellas en el polvo. Y eso fue lo único que hicieron. Durante meses. Hasta que sus pies sanaron y la carne se volvió más gruesa. Más dura. Corrieron por el campo hasta que sintieron que el pecho les iba a estallar. Como si el aire se les clavara en la garganta. Si sientes un dolor así el tiempo suficiente, un día, al despertar, descubres que duele un poco menos, y luego un poco menos. Hasta que apenas duele y puedes olvidarlo como si fuera una picadura de mosquito.

»Mama Aza pensó que, como todas eran mujeres, vivirían como una familia, que las otras esposas serían sus hermanas y madres. Pero entonces se toparon con los elefantes. Nunca había visto un elefante

de cerca. Observó que las madres envolvían a sus crías con la trompa, las vio unir la nariz a la cola del animal de delante y andar así por el mundo, comiendo, dormitando y jugando; vio que las hembras eran el núcleo de la familia, siempre en el centro, como su propia madre. Fue entonces cuando Mama Aza descubrió que las habían enviado a matar a los machos, los que tenían colmillos: la caza del elefante las enseñaría a luchar. Porque si podían matar a un elefante, podrían matar a un hombre. Pero Mama Aza no quería matar ni a unos ni a otros. Se lo dijo a la joven que estaba a su lado cuando acamparon para pasar la noche. Le preguntó si ella quería matarlos, si no tenía un poco de miedo. La chica, de dientes grandes y anchos, blancos como colmillos, inclinó la cabeza y habló en susurros. Dijo que era un honor que se le concedía como esposa del rey. Alzó la vista hacia la jefa, y Mama Aza vio que las estaba observando con la espada en la mano. Y así fue como supo que no la habían entregado a una familia. Aquello era un ejército. Y ella solo era un cuerpo.

Seguimos andando con el sol en lo alto y de pronto la mujer que va delante de mí tropieza. Su respiración es un silbido. Cae de rodillas y nos detenemos. La mujer que la precede, alta y con un pañuelo atado a la cabeza, tira de ella y la pone en pie, pero la pobre vuelve a caerse. Sus ojos parecen agusanados: amarillos y secos. Parpadea una y otra vez, no puede parar, ni siquiera cuando el Hombre de Georgia se acerca y la mujer grande la suelta.

–Levántate –susurra la mujer alta, pero la del suelo no la oye.

–Vamos, muchacha –dice el Hombre de Georgia.

Agita su fusta. Empiezo a rezarle a mi madre: «Mamá, por favor, haz que se levante. Por favor, que se ponga en pie». Retrocedo hasta que la cuerda que me une a la mujer caída se tensa. Me fundo con la multitud: cera derretida en un pozo de velas. No quiero que él se fije en mí como se fijó en Safi o en la mujer arrodillada.

La mujer caída tiembla. La mujer grande retrocede y también tensa la cuerda. La mujer débil queda atrapada: un gusano en un anzuelo. Gime.

–¿Sabes cómo monto a este caballo, mujer? Le clavo las espuelas. El dolor hace que todo se mueva. –Vuelve a blandir la fusta–. Levántate.

Me inclino hacia atrás y tiro. Uso todo mi ser para moverme, como me enseñó mi madre. La mujer grande me mira, ve la cuerda tensa y también se inclina hacia atrás, despacio, despacio. La mujer caída se

levanta un poquito. El Hombre de Georgia frota la fusta en los flancos de su caballo y veo las cicatrices largas y finas que recorren la grupa del animal. Viejas heridas que le ha hecho el Hombre de Georgia para obligarlo a correr. El caballo baila con la respiración agitada, jadeando por el pánico. Tiro con más fuerza. La mujer alta da una sacudida. Eso parece despertar a la arrodillada, solo un segundo, pero es suficiente.

–Sí –jadea–, señor –y escupe la segunda palabra.

La mujer caída se levanta lentamente: junta las rodillas, que enseguida ceden bajo su peso. Se tambalea. La cuerda me carcome las manos, pero ella se mantiene en pie… Bien.

–Vamos –dice el Hombre de Georgia. Nos desenredamos. La debilitada mujer se tambalea en la cuerda tensa, pero se mantiene en pie y avanza, vacilante. Hay un destello blanco entre los árboles: la mujer fantasma ha vuelto. La veo claramente, con la nitidez suficiente para saber que no es Safi. Es demasiado alta, demasiado delgada. Y su ropa ondea: un brumoso vestido de baile que sangra y se oscurece con cada cuchillada de dolor en mis pies. La miro fijamente, desesperada, esperando contra toda esperanza que sea mi madre, huida de la cadena un año antes, como Safi. Mi madre que vaga por los campos y me aguarda de camino al sur. No puedo evitarlo: vuelvo la cabeza para mirarla de frente, y ya no está. La esperanza se vuelve humo. El cielo escupe lluvia. El agua me quema las muñecas.

Llueve durante dos semanas. Un día es llovizna, el siguiente un aguacero cegador, el siguiente toses racheadas de viento que ladean las gotas, el siguiente una niebla densa que nos mantiene empapados, el siguiente diluvia de nuevo y vuelta a empezar. Llevamos pantalones de barro que entorpecen nuestros pasos. En los días más despejados, enjambres de mosquitos se arremolinan a nuestro alrededor, pero no podemos rascarnos. No hay rastro de la extraña mujer que aparece y desaparece, nada que me distraiga del pozo del hambre, los dolores que compiten en mis extremidades hinchadas, mi cabeza, mi estómago y mis pies, así que hago lo único que puedo: recordar.

Mama Aza le contó a mi madre que las esposas guerreras corrían tanto que al final las jóvenes se desplomaban. Las guerreras de más edad las golpeaban con la empuñadura de sus lanzas para castigarlas.

«En pie. Solo los muertos yacen», decían las esposas guerreras.

Mama Aza le contó que sus interminables carreras las llevaron a la

senda de los elefantes: las tierras donde los grandes animales aplastan la hierba. Las novias se pasaban horas vigilándolos a distancia, observando a los viejos, a los débiles, a los enfermos, a los jóvenes. Los elefantes jugaban y se enfadaban. Alimentaban y acariciaban a sus crías y cuidaban de sus mayores. Mama Aza empezó a distinguirlos y no pudo resistirse a ponerles nombre: El que Embiste, La que le Canta a la Luna, El Pequeño que Tropieza. Se los susurraba a sí misma. Cuando las esposas guerreras designaron al viejo macho que matarían, Mama Aza sintió la espada y la lanza tan pesadas en las manos que sus dedos casi no podían sostenerlas. La piel del macho estaba deslucida y arrugada por la edad, pero tenía unos hermosos colmillos de marfil, nacarados como la leche de cabra. Mama Aza le contó que cada una de las guerreras mayores señaló a una más joven con su rifle y le dijo: «Gánate tu condición de novia». Si no atacaban al elefante, se ganarían la deshonra y, al volver a casa, la muerte, porque ¿de qué sirve una novia del rey que no lucha por su rey, que no arriesga su vida para servirle?

Mama Aza le contó que las guerreras mayores ciñeron cuernos de antílope a la cabeza de las jóvenes novias y todas se arrastraron entre la hierba alta. Las que corrieron primero hacia el animal recibieron embestidas y colmillazos, volaron por los aires y cayeron. Mama Aza saltó por encima de la muchacha de los grandes dientes que yacía muerta en el suelo, sus ojos unos globos húmedos abiertos hacia las nubes. Apuntó al ojo del animal, a su cuello, a su vientre, a todas sus partes blandas, canturreando una de las primeras cosas que le habían enseñado las esposas guerreras: «Arma dura blanco blando, arma dura blanco blando». El macho se giró, amagó. Se atrincheró. Atacó. Pero había demasiadas esposas y solo un elefante.

Mama Aza le contó que cuando el macho cayó, las hembras de la manada gimieron, rugieron y dos embistieron; ella se preguntó si serían las esposas, hermanas o hijas del macho. Las guerreras mayores, que tenían mosquetes, dispararon al aire y espantaron a las hembras. Después las mujeres descuartizaron al elefante: hicieron paquetes con la carne, cortaron la piel y pusieron a buen recaudo los colmillos. Aquella noche, Mama Aza encontró la esquirla de marfil, larga como la palma de una mano y fina como un lápiz, que más tarde le daría a mi madre. La escondió entre su ropa, ya que las esposas no debían apropiarse del botín del rey. Los elefantes siguieron durante leguas, hasta las mismas murallas de la ciudad, a las guerreras que llevaban el cadáver del viejo macho para entregárselo al monarca. Las hembras eran tempestuosas, nubes barritantes en la distancia; luego se transformaron en oscuros gruñidos silenciosos y, al llegar al perímetro de las casas, la manada se desvaneció.

La piel que rodea mis heridas abiertas es áspera, gruesa y tan curtida como la de los elefantes de Mama Aza. Al menos Safi se ha librado de esto. Por mucho que deba correr sin tregua, por mucho que el corazón le palpite en la garganta y sienta un pánico afilado durante su huida al norte para volver con su madre, para esconderse y vivir en las boscosas tierras fronterizas que rodean la plantación de mi amo, si puede llegar hasta allí –y sí, puede–, ella al menos se librará.

Cuando deja de llover, el sol nos persigue durante días. Me quema y enrojece la piel. El viento me araña la cara, sopla sin cesar una semana entera. Es un viento extraño y atronador, y tan implacable que no oigo el fluir del agua; todos nos sobresaltamos cuando los hombres de Georgia ordenan que nos detengamos en un claro inesperado. Hay una colina verde, árboles que nos rodean como un cuenco del revés, una cascada que cae a un estanque del mismo verde intenso que los árboles de nuestro alrededor. Es todo tan hermoso que siento un vuelco en el pecho, mi corazón es un pajarillo revolviéndose en su nido. Por un momento no me siento atada. Olvido lo que me retiene. Pero el dolor que me atraviesa la muñeca, la cadera y el muslo es un túnel que vuelve a hundirme en mi cuerpo, de vuelta a esta cuerda. Tiro de ella cuando nos detenemos, tiro con mis brazos para derrotar esta belleza. Quiero que convierta mi admiración en amargura.

El Hombre de Georgia ordena a sus hombres que monten el campamento. Cuando los fuegos arden con fuerza, los dos que envió en busca de Safi regresan, sus caballos sin aliento, sus cuerdas inútiles. El Hombre de Georgia maldice tan alto que podemos oírle por encima de la cascada. Las mujeres atadas y los hombres encadenados miramos en todas direcciones menos la suya. La mujer alta que me ayudó a levantar a la que estaba débil se lleva la barbilla al pecho para ocultar una sonrisa. La mayoría de las noches, las mujeres de la cuerda solo alcanzamos a susurrarnos alguna cosa antes de que los hombres de Georgia se nos echen encima y nos manden callar, amenazándonos con sus fustas. Pero hoy podemos hablar gracias al rumor de la cascada. El agua se traga nuestros murmullos. El cielo nublado retumba, azotado por el viento. Esta noche los hombres encadenados se sientan a un cuerpo de distancia de nosotras. Habla un anciano encorvado, con arrugas como patas de araña en las comisuras de los ojos, los pómulos altos y firmes como nueces a la luz del fuego.

–Aquí casi todo es roca –murmura. Mueve la mano y las cadenas tintinean en la oscuridad–. Pero más allá no. En la otra ribera, más arriba. Creo que no. Hay arcilla allí, mezclada con arena.

–¿Has estado aquí antes? –le pregunta otro hombre encadenado, uno de hombros estrechos y el pelo largo tras un mes de marcha; se lo aparta de los ojos, que brillan en la oscuridad.

–No, pero he talado árboles. Luego los enviábamos río abajo. A veces cavábamos en la ribera, hacíamos guaridas para pasar la parte más calurosa del día.

–¿No se llenaban de agua?

–Si las construyes bien, no.

–No sé cómo pueden construirse bien –dice el hombre de hombros estrechos. Respira con dificultad en la oscuridad–. Siempre acabarás ahogándote.

–No –dice el anciano, y sonríe–. Hay que medir bien. Hay que dejar dos veces más tierra por encima del agujero que el tamaño del propio agujero. Hay que cavar y luego darse la vuelta y apuntalarlo con palos. Como no nos sobraban los clavos, partíamos ramas, las clavábamos en las paredes y así lo íbamos sujetando todo.

El hombre estrecho mira a los hombres de Georgia y dice, como para convencerse:

–Hoy casi no tengo hambre.

Sé que su estómago, como el mío, como el de todos nosotros, se lo está comiendo por dentro. El hambre lo devora como un perro carroñero. No puedo evitar sonreír, y me duele. El hombre mayor se vuelve hacia mí y sonríe. También sabe que el otro miente.

–¿Conocías a la chica que ha escapado?

–Se llama Safi –le digo.

Observo los troncos oscuros del bosque, en parte deseando ver su cara, en parte no. Mi cabeza no la quiere cerca de aquí; mi cabeza sabe que no lo está. Pero hay una onda en el aire, un destello de túnicas ondulantes y miembros largos y delgados, y sé que hay alguien ahí. Sé que una mujer nos sigue: no es Safi, sino alguien que se esconde en este mal viento.

–Conocí a la madre de Safi. Era famosa por sus tejidos –dice el anciano.

También mira hacia los árboles, donde el camino que recorreremos mañana lleva al sur. Somos como un pajarito que baja por un gaznate caliente y húmedo, engullido por una serpiente. La noche palpita. El hombre ya no sonríe y, al mirarle, me pregunto cómo ha podido sonreír. Todos los hilos de araña de su cara se arrugan.

–Y, aun así, tenía las manos muy suaves.

Hay algo en la calidez de su voz que me recuerda a mi madre susurrando en la oscuridad.

–¿A mi madre la conociste? –le pregunto.

–¿Cómo se llamaba?

–Sasha.

–¿Qué sabía hacer? –pregunta.

Se refiere a tejer o coser, a alguna habilidad que la hiciera famosa en otros condados. Quiero decirle: Arrojaba su lanza tan rápido que la hacía desaparecer, y cuando cortaba el aire sonaba como el batir de las alas de un colibrí. Era pequeña y delgada, musculosa y fuerte como una serpiente trepadora. Las manos de mi madre no eran suaves, no con todo lo que cocinaba y encendía y forraba y limpiaba y lavaba, pero su manera de tocar sí que lo era. Pero esta historia no es para él. Es mía, y es lo único que me mantiene en pie.

–Nada –le digo.

–No la recuerdo –dice el anciano.

Se deja caer y el hombre estrecho que está a su lado suspira. Sus grilletes tintinean. Levanto la vista. Los murciélagos nos sobrevuelan. Me meto el pan duro en la boca. Tengo que dejar que mi saliva lo ablande y, con cada mordisco, mis encías inflamadas protestan. «Por favor, mamá, dile al padre de Safi que la cuide –rezo–. Que la mantenga a salvo». Me pregunto por qué no ha empezado a llover, aunque el agua de la tormenta que se avecina nos oprime a todos. Nos desplomamos bajo su peso. Hago de mi brazo una almohada, desearía tener más carne en el hueso, y cierro los ojos.

Me duele la mandíbula. Cuando me despierto, noto los dientes flojos en la boca. Bostezo y me chasquean los huesos. Me quedo quieta, escuchando la oscuridad: oigo ronquidos fuertes como sierras y gritos

en sueños, el canto agudo de los insectos, sus silbidos y chirridos estrepitosos. Necesito dormir, pero no puedo. La preocupación por Safi me atormenta. Me pesa no saber si mi madre yació en este mismo claro, atada y triste. Me vuelvo de lado y observo la noche que rodea el claro. La añoranza de mi madre me cubre como una gran red de pesca y se tensa, puedo sentirla desde la cabeza hasta la cintura, hasta los pies. Una esperanza absurda surge en mi pecho: ¿y si es ella quien me acecha?, ¿y si consiguió liberarse igual que Safi, ha estado volviendo a mí durante este año terrible y por fin me ha encontrado en este descenso?

–Dijiste que vendrías si te llamaba –susurro, las palabras ocultas bajo el torrente de la cascada–. Lo dijiste, mamá.

Hay movimiento entre los árboles: una falda con tanto vuelo y volumen como las de las hijas de mi amo, pero esta se retuerce. La mujer que la lleva es marrón como mi madre, y delgada como ella, y de pronto el terror me paraliza. Quiero que venga a por mí, que desate mis cuerdas, pero no quiero que estos hombres la atrapen. La palabra me trae un recuerdo a la cabeza; no podría soportar ver a estos hombres atándola de nuevo.

Sin embargo, la mujer que podría ser mi madre, que debería ser mi madre, no tiene miedo. Sale del bosque erguida, segura, con más elegancia que ninguna otra mujer que haya visto antes, y entonces comprendo que no es ella. Se parece a mi madre en la mirada, en el gesto de la boca, pero mi madre nunca anduvo así, casi deslizándose, con los hombros erguidos. Mi madre nunca llevó un vestido tan hermoso, gris y con tantas capas, tan entallado y fruncido: la falda de mi madre nunca ondeó como si estuviera viva. Trago saliva y miro a mi alrededor, a mis compañeras atadas, a mis compañeros encadenados, a los hombres de Georgia que se revuelven y se retuercen en sus petates: todos duermen profundamente. Esta mujer debe de ser la hermana, la esposa, la madre, la cuidadora de otro; la decepción se me quiebra en la garganta y se escurre hacia abajo. Intento no sentir eso, y sin embargo: esta mujer podría significar la libertad para alguien, pero no para mí.

La mujer se detiene a la distancia de lo que mide un hombre alto, lo bastante cerca para que pueda ver el brillo negro de sus ojos, para que pueda darme cuenta de que hay algo extraño en su falda, en su corpiño. Lo que yo tomaba por hilo plateado bordado en la tela, resplandeciente a la luz del fuego, es algo eléctrico, un relámpago que se desliza sobre sus prendas. Su falda no es de seda ni de fino algodón hilado, es oscura y se hincha como las nubes altas de verano que

bullen en el cielo, a punto de romperse. Lo que yo creía que era una capa son zarcillos de niebla que le cubren los hombros y dejan caer cortinas de lluvia por sus brazos.

–¿Quién eres? –pregunto.

Me mira como si se hubiera cruzado conmigo por error, como si esperara encontrar a otra persona tendida en la tierra, como si hubiese pensado que hallaría a otro ser temblando entre el viento helado que trae en su vestido. Me apoyo en un codo, cuidando de no tensar la cuerda. Algo en la inclinación de su cabeza, algo en su sonrisa burlona hace que desee levantarme y plantarme como mi madre me enseñó, preparada para el primer golpe: apoyándome ligera sobre la parte más ancha del pie, el talón levantado del suelo, los dedos separados. Pero la cuerda, las durmientes, impiden que pueda hacer nada que no sea estremecerme: cada parte de mi cuerpo tiembla con tal violencia que apenas consigo respirar.

–Yo –dice.

–¿A quién vienes a buscar? –pregunto.

–A ti.

Un rayo le parte la cara en dos.

–¿Qué?

–Me has llamado –dice.

–No.

–Vengo a liberarte.

Este espíritu es más alto que mi madre, más oscuro, y donde la bruma de su pelo se asienta, cae en cuerdas a su alrededor.

–Me has llamado –repite.

Su forma de mirarme, con los ojos abiertos y escrutadores, el ceño severo, me recuerda al hombre que me vendió. Hace que me sienta juzgada y defectuosa.

–¿Te envía mi madre?

La capa de la mujer ondea como un nido de serpientes en la brisa. Su sonrisa se quiebra y se echa a reír. La mujer enferma que tengo

delante se despierta sobresaltada y se incorpora, frotándose los ojos en el pliegue del codo. La mujer de la falda extraña está muy cerca de ella, pero la de ojos amarillos ni siquiera parece ver esta figura envuelta en nubes negras y relámpagos plateados.

–Hace frío –dice la mujer débil–. ¿Quieres que me acueste más cerca de ti?

Niego con un gesto, y la mujer atada vuelve a tumbarse, se arropa los hombros con la tela que la cubre y se mece para volver a dormirse. Entonces sé que esta mujer envuelta en la tormenta no es una mujer.

–No –dice el espíritu–. Aparezco a mi debido tiempo, cuando me llaman.

Me señala.

–Tú me has llamado.

–No te conozco. No sé cómo te llamas –le digo.

Este mundo está plagado de espíritus, decía mi madre, y si los llamas debes recompensarlos: collares de conchas y telas para embellecerlos, hierbas de las que pellizcan la nariz y fruta madura. No tengo nada más que mis pies llagados, la piel que crece en la cuerda y mi sangre en la arena. No tengo nada más que a mí misma.

–Llámame Aza –me dice.

–¿Eres mi abuela? –le pregunto–. ¿Eres el espíritu de mi abuela?

Cuando mi madre me contaba historias de Mama Aza, la retrataba con la intensidad que había impreso en ella la marcha, la carrera, el silbido y el impacto de la lanza y de la espada, las zancadas de las esposas guerreras, la forma en que el rey la miraba sin verla. Pero también había ternura en su corazón, en su manera de despertar a mi madre, siempre con una mano frotándole la espalda y un murmullo en el oído: con qué suavidad la acompañaba en los días difíciles. Pero no veo nada de eso en este ser, ni en el negro jaspeado de sus ojos ni en la inclinación depredadora de su cabeza.

–No, no eres mi abuela –digo.

Una parte de su falda se agita con el viento y me envuelve, atrapándome.

–Has crecido –dice esta Aza.

El frío aprieta y no puedo respirar. El cielo tiembla. El trueno ruge y se desata una lluvia torrencial que nos sumerge a todos en un gran río. El espíritu ha desaparecido; ha llegado la tormenta. Los hombres y mujeres que me rodean se incorporan con dificultad, la espalda encorvada bajo el aguacero. Mi cuerpo es una gran magulladura. Gimo, me revuelvo boca abajo y tengo arcadas. Me alejo cuanto puedo de la enferma, pero la cuerda se tensa y me pongo a gatas como los demás, intentando apartarme del suelo embarrado. El cielo brama sobre nuestras cabezas. Me inclino ante el diluvio, ante el dolor que me envuelve, ante el asombro que me produce ese espíritu nacido de la tormenta, y no duermo.

CAPÍTULO 4

RÍOS RUMBO AL SUR

Los hombres de Georgia nos despiertan en la oscuridad mojada. El dolor de la marcha me bulle por dentro y me restriego la ropa empapada de barro, trato de limpiar los hilos de tierra de mis heridas…, todo es inútil. Estamos agotados. Aunque los hombres de Georgia nos amenazan, nos acosan y nos azotan, nosotros, los hombres encadenados y las mujeres atadas, avanzamos lentamente. «Aza», digo, pronunciando en voz alta el nombre del espíritu del rayo: «Aza». Cada paso es un aguijón en mi pierna, en mi espalda, en mi cabeza. Cada paso, un latido que lleva su nombre: «Aza».

¿Por qué habrá tomado el nombre de Mama Aza? No hay respuestas en esta pisada ni en la siguiente. Ninguna revelación en la tierra. La tormenta que el espíritu trajo consigo lo ha embarrado todo del color del óxido: mis manos, el sendero interminable, el cielo entre los pinos puntiagudos de agujas afiladas y rectas como pequeños cuchillos. Si pronunciara el nombre de Aza, ¿vendría a mí ahora, mientras andamos? ¿Traería una calma fresca con su nube tormentosa? Aunque abrume como el corazón de un huracán, su falda al viento y su rostro envuelto en relámpagos son un alivio. Un descanso en este camino. Las distancias se afilan a medida que el sol traza su arco en el cielo, y cada vez es más difícil recordarla: sentir cómo su llegada, desconocida y nueva, me hizo olvidar la cuerda y mis heridas.

Andamos, comemos y dormimos. Aza no vuelve el día siguiente. No vuelve la semana siguiente, ni la otra, mientras nos adentramos en el sur. Esta tierra es húmeda, veteada de ríos y pantanos. En el siguiente río, el miedo me asfixia como las algas que cubren los arrozales. Hemos vadeado ya unos cuantos, abriéndonos paso por las zonas más angostas y poco profundas del cauce, haciendo equilibrios sobre rocas o sumergiendo los dedos de los pies en fondos pedregosos, su frescor un bálsamo momentáneo. Aquí, tan al sur, las aguas turbias del río se agitan, negras en el centro. Nos detenemos en la orilla, esperando que los hombres de Georgia nos quiten las cuerdas, las cadenas, pero no lo hacen. Algunos se lanzan al agua con sus caballos, que los llevan al otro lado. El resto espera con nosotros, silban a la fila de las mujeres

para apiñarnos con sus altas cabalgaduras.

–Vamos –dicen–. Adelante.

Avanzamos hacia el agua y las primeras mujeres de la fila se sumergen en el río, que les levanta la falda. La cuerda da un tirón y yo las sigo, mientras los pececillos nadan veloces alrededor de mis tobillos. El agua me quema las llagas de los pies, es ácido en los pequeños cortes de mis piernas. Los hombres encadenados que van detrás nos miran sin decir nada. La mujer que va delante de mí, el pelo enmarcándole el rostro demacrado, respira con dificultad, retrocede.

–No sé nadar –murmura.

–Si el agua te levanta, patalea como si estuvieras corriendo –le susurro.

Es otra de las cosas que me enseñó mi madre. «Es otra forma de caminar», me dijo rodeándome la barriga con los brazos y sosteniéndome en el agua fría del río; me obligó a patalear y mover los brazos hasta que pude mantener la nariz y los ojos secos, hasta que aprendí a deslizarme por el agua como una serpiente.

–Patalea –le digo a la mujer, pero yo también me asusto cuando el agua me arrastra al llegar al centro del río.

Las mujeres que han entrado primero ya salen por la otra orilla: como saben que la corriente es fuerte, afianzan los pies en la maleza y tiran de nosotras para ayudarnos a avanzar. Delante de mí, la que no sabe nadar mueve la cabeza al ritmo de sus pataleos, pero su coronilla mojada desaparece, reaparece y vuelve a hundirse, y la mujer escupe agua cuando sale a la superficie, antes de descender de nuevo. Nado lo mejor que puedo: parezco más un corcho que una serpiente. Mis pies tocan arena bajo el agua; me paso la cuerda por la cintura y tiro de la mujer que va detrás para que suba a la superficie y pueda respirar. Cuando salgo tambaleándome del río, la mujer que me precede vomita agua, la que va detrás tose y se lanza a la orilla, de todas las mujeres atadas se desprende arena fina y caliente al tiempo que nos apiñamos y miramos hacia atrás, a los hombres encadenados de la otra orilla. Solo hemos nadado unos instantes en la vena negra del centro del río, pero ha parecido mucho más. Jadeo para recuperar el aliento: ahora conozco una forma más de morir en este camino.

El primero de los hombres salta al agua. Más altos que nosotras, intentan avanzar botando sobre el fondo del río por la corriente más profunda, pero sus cadenas pesan más que nuestras cuerdas. Tienen

que mover más los brazos y las piernas para cruzar. El agua espumea con su forcejeo. El limo convierte el río en lodo. En las orillas, los hombres de Georgia se mueven de aquí para allá y gritan. «¡Arreee! –dicen como si espolearan a sus caballos–. ¡Arreee!», gritan, y se ríen.

Suena en el cielo un estruendo parecido a un trueno y busco a Aza, casi creo verla junto a mi hombro, con el pelo retorciéndose como lluvia azotada por el viento, pero solo es uno de los grandes caballos rojos que montan los hombres de Georgia, pateando en la arena. El agua le corre por los flancos. Pasa la lengua por la embocadura con los ojos en blanco.

Les cogemos miedo a los ríos. En los cauces poco profundos nuestros pies se hunden en el lodo y si caminar en tierra seca es duro, aquí se convierte en una batalla extenuante. En los más profundos, luchamos para no ahogarnos. Las mujeres que saben nadar, las que consiguen cruzar, tiran de las demás, de las que se asfixian, de las que forcejean. Los ríos se hacen más y más anchos y profundos hasta que llegamos al peor de todos: marrón oscuro en la ribera y negro en el centro, un centro que es tan ancho como dos carros. Los remolinos asoman a la superficie.

Cuando las mujeres entran en el agua, la primera cae y desaparece en el negro corazón del río y al salir a la superficie jadea en busca de aliento. Cuando me llega el turno, vadeo hasta el borde de la negra corriente y retrocedo cuando mi pie no toca nada. Ese corazón oscuro es una cornisa. La mujer de delante forcejea, con el pelo flotando alrededor como un alga. No quiero matarla. «Respira», decía mi madre. Doy un paso y el mundo desaparece.

El agua es oscura como la noche y quema por todas partes. Las burbujas me cosquillean en las mejillas, suben por encima de mi cabeza y, cuando cierro los ojos, imagino que es la mano de mi madre que me envuelve y acuna todo mi cuerpo. A veces, después de nuestras sesiones de lucha, nos echábamos a dormir y ella me pasaba los dedos por la cabeza con un roce tan liviano como este, tan cariñoso como este, y por un momento quiero abrir la boca de par en par, quiero dejar que el aire salga de mí, de mi pecho, quiero aspirar esta caricia húmeda y que me lleve abajo, abajo, hasta el negro fondo. Así no tendría que caminar nunca más.

«Mi pequeña –decía mi madre, tan bajito que no era más que un suspiro en mi oído–. ¿Volarás en sueños? ¿Adónde irás?». «Al bosque, mamá». «¿Y luego qué, Arese?», decía para sonsacarme alguna

historia.

Si muero justo ahora, ¿podría quedarme en ese recuerdo? Me pregunto si, después de soltar la última burbuja de aire, me levantaría y volvería a estar allí, en nuestro claro, con mi madre, escuchando sus historias. Me pregunto si la oiría decir: «Mi pequeña: Arese».

Pero entonces la cuerda me aprieta las muñecas y recuerdo a la mujer de ojos amarillos que se hunde bajo el peso de nuestros días. Recuerdo a la mujer que tengo detrás, la que gime cada vez que llegamos a un nuevo río. Y sé que no seré la única a quien la corriente arrastre hasta el fondo y luego a la deriva río abajo hasta convertirme en cieno. Ellas también. Pataleo y, ahí, en el limo, siento el contacto de un brazo cálido. Saco la cabeza, respiro, y veo los hombros de la mujer enferma balanceándose delante, y, detrás, a la otra mujer sacudiendo la cabeza para mantenerse erguida.

–¿Aza? –jadeo, y entonces hay muchos brazos, tantos como corrientes; me agarran todos a la vez, cojo todo el aire que puedo y me sumerjo.

El interior del río es turbio y oscuro, teñido de amarillo. Forcejeo y lucho contra la corriente, pero también miro abajo y veo un río dentro del río, una corriente dentro de la corriente, un nudo de remolinos que, por un momento fugaz y borroso, forma un rostro: nariz chata, ojos profundos, boca ancha que, soltando una burbuja, habla.

Podría tragarte, dice este río.

La cuerda da un tirón.

Abrazarte. La voz del río retumba en mis oídos mientras el agua me empuja abajo y la cuerda arriba. Pataleo hacia la superficie, hacia la luz. El ansia por respirar me quema la garganta. Todos los brazos del río me sujetan y me arrastran a las profundidades más oscuras.

Quédate, dice el río.

Su voz: un tintineo apagado de barcas y cadenas sumergidas.

Más allá de los que están arriba, más allá de los que están abajo. Aquí.

Su voz: el golpe sordo de los árboles caídos en el oscuro lecho del río.

Te daría quietud.

Los pulmones me palpitan.

Te abrazaría siempre.

Se revuelven.

Mi corriente será más fácil para ti. Ese espíritu de la tormenta sería peor.

Mis pulmones crujen y aúllan.

Ella te desgarraría con sus vientos.

Arden: llama blanca.

Yo te mantendría entera.

Limo en mi lengua. Rubor podrido en mis mejillas.

Aquí te daría alivio.

No me duelen los pies. No me duelen los brazos. No me duelen las piernas. Solo el centro arde por respirar. Podría respirar. Podría respirar. Sigo con piernas. Sigo con muelas. Abierta. Abierta.

Podrías ser libre.

Trago. La cuerda me tira de los brazos, del pecho, de las piernas, y me arrastra arriba, arriba. Tengo barro en la boca.

En la superficie, el día es terrible y brillante. El río me sujeta con su mano escurridiza, pero todas las mujeres de la cuerda tiran, tiran desde la orilla. Me hundo, emerjo y jadeo. La arena me araña las rodillas cuando salgo dando tumbos a la ribera, rodeada de mujeres que tosen y vomitan. Hay agua por todas partes: quemándome la nariz, bajándome por los ojos, derramándose de mi garganta. Las mujeres de la cuerda gritan y tiran. Mi madre siempre decía que el mundo está plagado de espíritus. Tenía razón.

Al otro lado los encadenados bajan a la ribera mirando de reojo a los hombres de Georgia. Sus grilletes tintinean y se hunden en el lodo.

–Arreee –dicen los hombres de Georgia–. ¡Vamos! –gritan.

Lanzan órdenes como disparos. Con cada grito me estremezco, trepo por la orilla, me agacho para tirar y sacar del torrente de agua a la última mujer de nuestra cuerda.

El río habla en un pequeño murmullo que lame el aire: Ven, dice. Ven.

El primer hombre encadenado se adentra en el agua, se detiene en la oscura cornisa sumergida y salta intentando coger impulso, pero pasa mucho tiempo antes de que su cabeza corone el río y solo puede respirar una vez antes de volver a hundirse. El hombre que lo sigue se ve arrastrado al agua por el tirón de la cadena, y con él el resto de los encadenados hasta que el último, un hombre estrecho de hombros, se resiste en la zona poco profunda. Me doy cuenta de que no sabe nadar. Y es bajo, los demás le sacan una cabeza. Lo reconozco: cuidaba del huerto en casa del amo. El hombrecillo lo mantenía verde y florido incluso en invierno. Se resiste, pero la cadena tira de él.

–No –susurro, pero entre el forcejeo de los hombres que cruzan el río nadie me oye.

Tampoco me oyen las mujeres desplomadas en el suelo a mi alrededor, ni el último de los hombres de Georgia que vadea el cauce con su caballo, ni los hombres encadenados a los que la corriente arrastra río abajo, una hilera de cabezas que se hunden y salen a la superficie serpenteando como un sedal flojo. El último hombre se resiste en la orilla clavando los talones en la tierra, pero va deslizándose de lado y hacia delante, cada vez más cerca de la cornisa.

–¡Maldita sea! –grita el Hombre de Georgia, y entonces sus subordinados desmontan y bajan por la ribera hasta el agua, agarran a los hombres encadenados por los brazos y tiran con fuerza para intentar que no desaparezcan río abajo.

El último hombre cae de lado al agua y se hunde en el corazón nocturno del río. Solo se oye un pequeño chapoteo y, una vez abajo, no hay pataleo ni espuma.

–¡Vamos! –grita el Hombre de Georgia–. ¡Tirad!

Sus hombres tiran de los encadenados, que salen del río uno a uno entre toses, jadeos y gritos roncos. El anciano que se sentó a mi lado después de la huida de Safi vomita agua. Uno joven tose tan fuerte que no puede respirar y entierra la cara en la arena.

–Ven –le digo al cielo, al jardinero hundido, entre el murmullo del río.

Los hombres blancos tiran. Los hombres medio ahogados se levantan y tiran también de sus cadenas, y sangre nueva mana de sus heridas, les rodea las muñecas y gotea por sus brazos, pero cuando el último hombre, el pequeño jardinero, sale a la superficie, flota con la cara vuelta hacia las oscuras profundidades, de espaldas al cielo gris, encapotado. Un lamento agudo escapa de la mujer que está a mi lado.

Los hombres encadenados se sientan en cuclillas con la boca abierta, respirando entrecortadamente, mientras los blancos maldicen. El Hombre de Georgia azota a su caballo, que da vueltas encogido sobre sus ancas, con los ojos en blanco. Ahora el hombrecillo encadenado surca el agua con facilidad: muerto, está derecho como una serpiente.

Los hombres de Georgia sueltan al jardinero de la cadena y dejan que su cuerpo se vaya flotando río abajo. Lo observo hasta que ya no se ve, hasta que desaparece en un meandro del río, eclipsado por el verdor. Tristeza: abejas revueltas por un fuerte viento que sacude su colmena. Desesperación: la reina en su centro. Cuerpo grande, palpitante, pujante. Inmóvil.

Olemos la ciénaga antes de verla. Al principio apesta como los arrozales: agua negra, lodo en el fondo, plantas y animales transformándose en fango en sus profundidades. El olor de lo agonizante que da paso a la vida. Nuestros pies se hunden al andar. Nuestra ropa mojada no se seca con el calor del día y todo eso nos frena. Nos apoyamos en la cuerda y avanzamos a rastras. Los hombres de Georgia nos conducen por el borde del pantano: el agua se extiende en todas direcciones; lentejas de agua, brillantes y verdes, flotan en la turbia superficie. El ciprés reluce, fresco por la lluvia.

Es difícil mantenerse erguida. En los caminos más amplios del norte andaba entre dormida y despierta, pero aquí no puedo. Al sendero le crecen espinas y dientes afilados. Enjambres de insectos recorren la ciénaga en nubes tan densas que tiñen el aire de gris al arremolinarse y regocijarse por toda la comida que hay en este mundo, pero cuando las mujeres atravesamos su frenética aglomeración, los arrastramos en una fina red urticante. Los hombres de Georgia van a la cabeza y a la cola: cubren los dos extremos de nuestra marcha porque el sendero es muy estrecho.

Los insectos sisean y chirrían. La mujer de ojos amarillos se vuelve y me doy cuenta de que me está hablando.

–Allá de donde vengo hay un pantano como este. –Tropieza, se endereza y se vuelve de nuevo hacia mí: imagino que quiere hacerme saber que me está hablando, así que asiento–. Lo llaman el Gran Pantano.

–¿Tan grande como este? –le pregunto.

–Mucho más. La gente entra y desaparece.

–¿Qué gente?

Se vuelve para mirarme y sonríe. Sus labios se cierran sobre sus dientes, las comisuras se le doblan un poco hacia abajo, como pequeños anzuelos, y sé la respuesta tan claramente como si me la hubiese dicho: Nuestra gente.

–¿De dónde eres? –le pregunto.

–De Carolina del Norte. El pantano es tan grande que llega hasta Virginia.

Tropiezo con una raíz astillada y silbo por lo bajo, sorprendida de poder sentir algo entre el amasijo sanguinolento y correoso que son mis pies.

–¿Cómo te llamas?

–Phyllis.

–¿Y tú has estado en ese pantano, Phyllis?

Esta vez no sonríe.

–No. Solo he oído historias. Algunas personas que conozco sí fueron –susurra en voz tan baja que apenas puedo oírla–. Un tío mío. Un sobrino.

Con cada palabra, con cada paso, sus hombros se encorvan más y su cabeza se hunde. Mira por dónde pisa, pero también veo vergüenza en su postura.

–Yo tuve demasiado miedo. Dicen que hay arenas movedizas, serpientes y jabalíes. –Tropieza y se incorpora–. Es difícil entrar. Y más difícil salir. –Su pelo se agita al viento, se mueve con el musgo gris de los árboles que nos rodean–. No quise ir a un sitio así.

Miro los dedos del pantano que ponen su mano sobre la tierra. Las lianas y el musgo lo ocultan todo. Una familia entera de caimanes toma el sol en fila sobre un tronco, en una zona iluminada entre la enmarañada vegetación. Las tortugas avanzan arañando el borde del sendero. Uno de los caimanes mueve la cola con una elegancia salvaje, como el brazo de mi madre cuando blandía su vara.

–¿Tú cómo te llamas? –pregunta Phyllis.

–Annis –le digo, escupiendo el sudor que me resbala por la cara.

–Mi sobrino volvió.

–¿Y qué dijo?

–Dijo que las panteras merodeaban por el pantano. Que vio hembras y cachorros por todas partes, y que, cuando se ponía el sol, los machos chillaban como gatos atrapados por la cola. Dijo que también había osos negros y que tenían que subir la comida a los árboles. Dijo que había tantos bichos que a veces teñían el cielo de dorado.

–¿Y dónde vivían?

–En casas.

–¿En casas?

Se vuelve para mirarme.

–De madera.

–¿Ellos dos hicieron todo eso?

Me mira de reojo y niega con la cabeza.

–Ahí es donde van todos. Si alguien desaparece, es ahí donde va –susurra.

La miro boquiabierta hasta que tengo que cerrar la boca para esquivar una tela con una araña amarilla, grande como mi mano.

–Hay islas en los pantanos. –Phyllis vuelve a mirar al frente y echa el resto de la frase por encima del hombro. Las palabras caen sobre mí ligeras como la sal–. Pero hay que encontrarlas.

Estudio la selva turbia, el tejido de los árboles. Es difícil imaginar que pueda haber alguien ahí, más allá del muro de cipreses, de las verjas de lianas, de los animales que buscan sol y comida, más allá del agua. No puedo imaginarme islas ni elevaciones secas en este lugar anegado.

–Me pidió que fuera con ellos –Phyllis pronuncia el resto en voz tan baja que tengo que aguzar el oído–. Le dije que no.

Toma aire, un aire húmedo, y luego se queda callada, el único sonido es el chapoteo de los pies en el barro.

–No sabes nadar –le digo.

–No.

–Tuviste miedo.

Phyllis suelta un hipido y se pasa las manos atadas por la cara.

–Mejor que esto –dice, y suelta una carcajada como un ladrido, es el sonido de algo que se rompe.

–Phyllis –susurro, pero ella ya no habla más, sus hombros siguen temblando mientras nos abrimos paso entre este crepúsculo infinito, entre este humedal interminable.

Casi me derrumbo cuando llegamos al siguiente río. Es marrón y tan ancho como cinco carros por lo menos. No se puede cruzar. Nos ahogaremos. Phyllis se ríe hasta que se echa a llorar. No quiero que llame la atención del Hombre de Georgia, así que me acerco todo lo que puedo y me inclino sobre su hombro.

–Phyllis, mira. –Señalo con la barbilla, aunque ella no puede verme.

Está respirando demasiado rápido, demasiado fuerte, y tiembla con todo su cuerpo.

–Respira –le digo.

Phyllis no puede parar y no me oye, así que le toco la parte alta de la espalda, allí donde los huesos de la columna descansan como piedrecitas bajo la piel.

–Mira.

–¿Qué? –dice.

–Ahí.

Hay barcos amarrados a lo largo de la ribera, atados a los árboles que se inclinan sobre el agua. Hay piraguas, canoas y esquifes. Todos de factura tosca, los esquifes amarrados juntos, desordenados. Una cuerda atraviesa el río de orilla a orilla y un niño blanco con el pelo color fuego tira de ella para cruzar la corriente con su piragua, en la que solo hay sitio para él. Ninguna de las embarcaciones es bastante grande para llevarnos a todos a la vez, y mi corazón se estremece de esperanza. Nos quitarán las cuerdas.

El Hombre de Georgia no dice nada pero se acerca, primero a las

mujeres. Tiene el pelo pegado a la cabeza y, aunque se la seca con el pañuelo, gris por el uso y deshilachado en los bordes, le brilla la cara.

–Os voy a desatar –nos dice a todas, a ninguna, porque mira por encima de nuestras cabezas, hacia el bosque; mordisquea una ramita y farfulla las palabras, pero lo entendemos–. Ya sabéis lo que pueden hacer estas aguas. Tened cuidado.

Los otros hombres de Georgia se acercan y nos sueltan las manos, y mis brazos, mis brazos se vuelven ligeros como alas, tan ligeros que mis manos se elevan y, por un momento, podría ser uno de los insectos del pantano y volar por encima de los árboles asfixiantes, del agua maldita, hacia el cielo despejado. Mis hombros están tensos como puños. Me miro los pies llagados. La ausencia de la cuerda desata mi añoranza y podría echarme a llorar por todo: mis abejas; nuestro claro arenoso; nuestro árbol calcinado por el rayo; los bosques alejados de la casa del amo donde buscábamos setas y plantas; el conocimiento certero que teníamos de esa tierra, de lo que podía dar y lo que podía retener; el olor elevado y limpio del aire en la primera mañana fría del otoño; la ternura de Safi; la mano de mi madre cerrada sobre la mía en torno a la vara: Arese, mi pequeña. Todas las mujeres de la cuerda estamos quietas, calladas, sumidas en nuestra pérdida.

–Adelante –dice el Hombre de Georgia.

Es difícil andar sin la cuerda, mi cuerpo se ha hecho a sus tirones y sacudidas. Detrás, los otros hombres de Georgia gritan órdenes a los hombres encadenados y se preparan para quitarles los grilletes. Los hombres de Georgia tienen las armas listas: una sobre un muslo, otra sobre un hombro y otra ya incluso en una mano. La amenaza está tan presente como si estuvieran apuntándonos, amartilladas. No hay arena en la ribera, solo el pantano que extiende todos sus dedos verdes hasta el agua. Los cipreses se arquean hacia el cielo y sus rodillas rompen los bajíos. Las barcas los golpean suavemente. El chico pelirrojo sonríe: le faltan casi todos los dientes, tiene la boca abierta y rosada como la de un bebé.

–Adelante –dice el Hombre de Georgia.

Phyllis sube al primer esquife. La madera se mece en el agua. Me agarra la mano muy fuerte y me desplazo hasta el centro de la barca. Me la aprieta con tal desesperación que me hace daño, pero no la aparto. Las mujeres se amontonan en el bote hasta que este empieza a ladearse.

–¡Parad! –grita uno de los barqueros, salpicado de pecas–. Son tontas como ovejas –murmura, su voz redondeada por algún tipo de acento que nunca he oído.

Los barqueros se alejan de la orilla. Me pregunto qué pensaría ese ser tan asqueroso si le contara cómo mi madre me enseñó todo lo que sé: buscar comida, identificar docenas de setas. Me las aprendí todas una por una, y eso que era pequeña, con la boca aún tan blanda como su niñito de pelo en llamas, más pequeña incluso, pero ya podía salir sola a buscar comida para nosotras y nunca traje a casa nada que nos enfermara.

Los caimanes flotan en la superficie, en los bajíos, y sisean por encima de la corriente. Bajo sus sonidos serpenteantes, el viejo río habla en una lengua que no entiendo del todo, pero capto palabras: Congelarse, dice, helarse. Descansar, susurra. En el bosque de la otra orilla aparece Aza. Me espera. Estoy débil como un trapo escurrido, pero aun así quiero escupir en el agua, quiero hacerme oír por encima del murmullo del río, por encima del siseo de los reptiles, y decirles a los hombres pálidos y peludos: No soy un animal. No soy una oveja. El segundo barquero, bajo y de pecho velludo, sonríe al hombre pecoso y le dice: «¡Esta vez no hay comida para los caimanes!». El barquero de las pecas se ríe.

Phyllis me suelta la mano y salta, grácil como un ciervo de pelo suave, a tierra firme. Sé que le duele tocar el suelo, sé lo que la agotadora caminata le ha hecho a sus pies, a sus piernas y a sus caderas. Busco a Aza, pero ha desaparecido. Phyllis frunce el ceño. Recojo mis propios huesos molidos, que se deshacen como el polvo en las articulaciones, y la sigo.

Vuelven a atarnos en cuanto todos hemos cruzado el gran río: anudan las cuerdas alrededor de nuestras muñecas y aprietan las cadenas de los hombres. Caminamos hasta el anochecer. Los árboles tapan las estrellas y ennegrecen el mundo; los insectos son ensordecedores. Cuando nos detenemos en el sendero para pasar la noche, los hombres de Georgia encienden grandes hogueras en los extremos para protegernos de los depredadores. Temen lo que acecha en la oscuridad pantanosa. Yo espero a Aza. Deseo que venga, que se coma toda la luz del fuego, pero no aparece. Me acurruco dentro de la ropa, escondo la cara entre las manos, pero los mosquitos siguen picándome hasta que me duermo.

Cuando despierto, Aza está inclinada sobre mí con la cara enmarcada

por los fuegos llameantes que arden despacio en la noche. Me vuelvo del otro lado, pero ella se queda inmóvil como una piedra. Intento no tirar de la cuerda, aunque todo en mí quiere levantarse y alejarse de ella, de este espíritu envuelto en niebla negra. Envidio cómo va y viene, y tengo que tragarme mi rabia: aunque dice que acude cuando la llamo, si la necesito no aparece.

–Duermes mucho –dice.

–Te fuiste –susurro.

–Estoy contigo –dice– incluso cuando no puedes verme.

–¿Por qué?

–Caminé al lado de tu madre.

Aza mira la larga hilera de mujeres, a los hombres de Georgia que se incorporan y escupen.

–¿Hasta Nueva Orleans?

Sonríe. En lugar de dientes, su boca brilla con el destello de un relámpago.

–Sí, y antes. Toda su vida.

–Nunca te había visto. –El roce de su viento me recuerda a las corrientes de los ríos; contengo un arrebato de pánico–. Nunca me habló de ti.

Su sonrisa se desmorona.

–Estoy contigo aunque no puedas verme. –Aza alarga el brazo y una cinta de brisa revuelve mi pelo enmarañado–. Como siempre estuve con ella. Ahora camino a tu lado.

Lo dice mientras se eleva y retrocede entre los troncos de los árboles, donde se detiene, flotando, con el rostro terso como el agua de un pantano, y pone fin a la conversación. Pero no desaparece. Se demora a una distancia que me impide alzar la voz y hablarle. Los hombres de Georgia se despiertan entre gruñidos y empiezan a gritarnos. A media mañana rodeamos un lago tan grande que no alcanzo a ver dónde termina. Todo lo que quiero preguntarle a Aza se me agolpa en la garganta. Aparece flotando, envuelta en nubes de tormenta. Su voz suena como lluvia que se acerca en la distancia.



–Tu abuela –dice.

Asiento.

–Cruzó un océano.

La cuerda se tensa.

–Aquellas aguas se extendían de horizonte a horizonte. Muchas otras fueron robadas como tu abuela, todas hacinadas pies con cabeza, unas junto a otras, en el barco.

Extiendo las palmas rectas y hacia abajo, pero eso no alivia el dolor.

–Los hombres que tripulaban el barco las violaron.

Uno de los hombres de Georgia silba.

–Lanzaron a las muertas por la borda. Dejaron que el agua se las llevara.

Siento los tobillos llenos de piedras.

–Tu abuela rezaba en la oscuridad. A sus ancestros. A los espíritus que su madre le había mostrado. Se despertaba y rezaba. Bebía cuando les daban agua y rezaba. Se dormía rezando, con los labios ensangrentados.

Cada paso brusco es una magulladura.

–Un día, las dos mujeres que la flanqueaban murieron.

Cada sacudida es una puñalada en la cadera.

–Me crucé con el barco en el gran mar. Mi baile lo meció arriba y abajo. Las olas zarandearon a tu abuela junto a las muertas, que la bañaron en sangre, vómito y mierda. Y dejó de rezar.

Aprieto los codos, intento volver a sumergirme en un movimiento mecánico, pero el dolor persiste.

–Esa noche, ella imploró a la tormenta. No lo sabía, pero me llamó. Dijo: «Por favor, por favor, no me lleves contigo». Dijo: «Sé que estás aquí. Sé que me oyes. Por favor».

Nado en el dolor.

–«Conozco tu poder. Te conozco», me dijo.

Dejo que la cuerda me arrastre: todas las mujeres gimen. Nuestro coro me dice que no estoy sola.

–Las que seguían vivas lloraban. Tímidas como hormigas. Pero tu Mama Aza era insistente. Hablaba alto.

Intento recordar que hay algo más que dolor aunque los huesos giran en mis articulaciones, muelen el polvo de la tumba.

–Su llamada detuvo mi danza sobre las aguas. Vi que todas jadeaban como peces atrapados en el anzuelo, que lloraban y el agua corría por su boca.

Me sangran las muñecas.

–Los salvé por ella. Porque ella me llamó.

Dejamos el lago, pero no hemos dejado el agua. Los pies, en carne viva, se hunden y escuecen.

–Los salvé porque tu Mama Aza me llamó.

La ciénaga da paso a la tierra y los árboles retroceden a ambos lados.

–¿Entiendes?

Estamos en una pequeña elevación. Los caballos de los hombres de Georgia resoplan y bailan en círculos sobre la hierba. Los ladridos de unos perros cruzan el aire.

–Ella me conocía.

Encima de la ciénaga hay pequeñas construcciones de madera sobre palafitos.

–Tu madre también me llamó, como antes había hecho su madre. Cuando él la violó y fuiste engendrada.

A lo lejos veo una mancha de perfiles oscuros, demasiado uniformes para ser un bosque, envueltos en niebla en lugar de follaje. Es una ciudad.

–Tú me has llamado.

Un gran río negro gusanea en uno de sus lados.

–Todas me llamáis.

El Hombre de Georgia estabiliza su caballo y lo conduce al principio de la cadena.

–Hemos llegado –dice.

La ciudad brilla en el horizonte. La voz del tutor resuena en mi cabeza: «Por mí se va a la ciudad doliente; por mí se entra en el dolor eterno; por mí se llega a los condenados». Aza extiende las manos ante sí como si buscara las llamas crepitantes de un cálido fuego, su cara iluminada por la hora dorada y por una media sonrisa complacida.

–Ese lugar me llama tan fuerte como tú y las de tu estirpe. Es todo súplicas. Todo plegarias. Todo anhelos –dice.

Ha crecido y tengo que alzar la vista para mirarla, mientras la tormenta se arremolina bajo su cara.

–La ciudad de los vivos, la ciudad de los muertos, la ciudad de todo lo que hay entre unos y otros.

Las nubes bullen sobre su boca, sus mejillas, sus ojos: se ha transformado en el pilar de una tormenta, y lo único que oigo es su voz:

–Nueva Orleans.

CAPÍTULO 5

LA CIUDAD DOLIENTE

Iniciamos el descenso a Nueva Orleans y cada paso es una pequeña caída. Dejamos atrás el lago y las casas sobre palafitos; llegan los árboles, que se mecen y cabecean en todas direcciones, y nosotros en el centro de una mano verde. Cuando la mano se abre hay un río, un río tan ancho que las personas de la otra orilla son pequeñas como conejos, medio paralizadas mientras comen a la luz del mediodía. Aza desaparece. La barca que nos lleva por este río es tan grande que cabemos todas las mujeres. Aquí no hay alivio de la cuerda. Este río no habla, de sus profundidades salen antiguos gemidos. Después de cruzar, hay más casas de una planta, estrechas y alargadas, y luego de dos plantas, arracimadas, a veces una junto a otra, con apenas espacio para que una persona pueda andar entre ellas. Las más grandes están rodeadas de hierro forjado y tienen amplios balcones: inmensos palacios de piedra que se elevan y ocultan el cielo. Unos canales largos y oscuros atraviesan la ciudad en cada curva. El aire huele a café quemado y a excrementos.

La gente se agolpa en las calles. Hombres blancos con sombreros de ala ancha guían sus caballos por callejas llenas de baches que se convierten en avenidas bordeadas de conchas. Mujeres blancas con la cabeza cubierta conducen a los niños bajo los toldos o por altos portales ornamentados. Y por todas partes, nosotros, los robados. Algunos atados o encadenados. Otros caminan en grupos, con sacos a la espalda o en la cabeza. Algunos forman una fila al borde de la calle, todos con la misma ropa tosca: largos vestidos oscuros y delantales blancos para las mujeres, y trajes oscuros y sombreros para los hombres, aunque sé que viven sometidos a los blancos, que se adornan con oro y pistolas, que los vigilan. Sé que están sometidos por la forma en que permanecen en fila, sin hablarse, con cortes recientes en las manos y en el cuello. Sé que están sometidos por cómo cargan su tristeza, por cómo miran su derrota a través de un horizonte invisible.

Pero algunas personas marrones no parecen robadas. Algunas mujeres se cubren el pelo con coloridos pañuelos estampados y andan por el mundo como si cada paso que dan fuera suyo. Tienen la piel tan clara como la mía, algunas incluso más: una piel tan lechosa y unas venas

tan azules como las mujeres blancas con sus tocas y sombreros. Me acerco a Phyllis para apartarme de una caravana de carromatos que pasa muy deprisa. Un grupo de mujeres cruza serpenteando; sus pañuelos brillan como joyas y miran en todas direcciones menos a nuestra cuerda de mujeres atadas: encorvadas, ensangrentadas y cubiertas de heridas por la larga caminata.

–Son libres –le digo.

–¿Quiénes? –pregunta Phyllis.

–Ellas. –Señalo con la barbilla.

Phyllis estornuda y se limpia la nariz con el brazo.

Tres niños con las cabezas afeitadas siguen a una mujer de piel aceitunada tocada con un pañuelo de color crema. La mujer, que debe de ser su madre, agarra al más cercano por el hombro y tira de él.

–Non –le dice.

Los hace apresurarse a un trote que coincide con el de los caballos que tiran de los carros.

–Allons-y.

Uno de los chicos tropieza, pero ella lo sostiene sujetándolo por la nuca.

Phyllis los observa hasta que desaparecen por un recodo arbolado. Aunque intento reprimirme, sigo buscando más cabezas cubiertas con pañuelos, más mujeres que vistan colores intensos y llamativos y se apresuren desviando la mirada. Más personas libres.

–Moveos –dice el Hombre de Georgia.

Nos grita para que nos adentremos en este laberinto de ciudad hasta que se detiene ante una valla de madera tan alta como una mujer de pie sobre los hombros de otra. Por encima asoman unos tejados caóticos y parcheados. Hay un portón en mitad de la cerca y cuando se abre nos llegan lamentos del interior.

–Adentro –dice el hombre de Georgia más cercano.

Avanzamos todas apretujadas. Me vuelvo para mirar las casas de dos plantas y los comercios construidos en piedra. Un hombre blanco de bigote poblado y manos en los bolsillos observa desde el porche de su

casa cómo nos arrean. Su rostro es tan inexpresivo como las ventanas.

–Adentro, chica –dice el Hombre de Georgia.

El hombre de la calle se frota una mano en el chaleco negro y se toca el sombrero. El portón se cierra con el áspero roce de la madera mal ajustada. Estamos dentro.

Entramos en un patio rodeado de edificios: dos son altos y de ladrillo encalado. El resto son bajos y sin ventanas, de ladrillos tan oscuros como el río. El suelo es de tierra y arena, liso como la madera. Pero hay huellas en él, muchísimas huellas: los hoyuelos de los cinco dedos del pie, la suave bola de los talones rodeada a veces por la marca de los cascos de un caballo. El Hombre de Georgia entra en uno de los edificios altos y sus hombres desmontan y conducen sus caballos a un establo. Se oyen risas dentro de los edificios. Los perros aúllan y ladran en respuesta al ruido.

–Aquí –dice uno de sus hombres, bajo y con la frente roja, quemada por el sol; el pelo le serpentea por debajo del cuello.

Las mujeres le seguimos hasta uno de los edificios alargados, bajos y de ladrillo oscuro, y otro conduce a los hombres encadenados hasta un edificio que es el gemelo de esta barraca. Nos agachamos para entrar; cuando me pongo de pie, mi pelo roza el techo. Las más altas se adentran encorvadas en la angosta oscuridad. No hay ventanas y la única luz es la que se cuela por las grietas de los ladrillos. El hombre se toma su tiempo para desatarnos; la primera a la que libera cojea hasta el rincón más alejado y se sienta. Una mujer cae de rodillas en el mismo lugar donde le quitan la cuerda. Otra, encorvada, extiende las manos ante sí como si hiciese una ofrenda, inclinándose a un lado y otro. Phyllis se desliza hasta el suelo por la pared más cercana. Cuando cae mi trozo de cuerda retrocedo despacio, como hacía con mis abejas los días en que el musgo humeante tardaba en calmarlas. Por un momento, la añoranza de mi colmena es tan intensa que me tambaleo al recordarlo: el claro, el viejo árbol calcinado, la miel ámbar y espesa.

–Annis –dice Phyllis.

El Hombre de Georgia cierra la puerta. Me hundo en el suelo junto a Phyllis, apoyo la cabeza contra los ladrillos, cierro los ojos e intento recordar cómo las abejas me enseñaron a quedarme quieta con mudo júbilo. Cómo una vez, en mi aliento, hubo alegría.

Dormimos hambrientas, envueltas en harapos. La respiración jadeante de Phyllis se ha convertido en una tos dura y seca. Algunas de las mujeres roncan, pero la mayoría están inmóviles y silenciosas como árboles caídos. Me pregunto si mi madre estuvo aquí, si también durmió en este suelo. Si se tumbó en la angosta y sofocante oscuridad y pensó en mí. Me rasco la cabeza e imagino la presión de los dedos de mi madre la última vez que me lavó el pelo, me puso aceite y me lo trenzó. Me desplazo para que mi espalda roce la de Phyllis y por un instante me permito creer que es mi madre, cálida y entera.

Un hilo de humo entra serpenteando por las grietas de los ladrillos y se enrosca en espirales de hollín bajo el techo. Aza se aparece en un negro más oscuro.

–Has vuelto –le digo.

–Otros me llamaban.

–¿Seguiste a mi madre hasta aquí? ¿Hasta este corral? –susurro.

Un rayo envuelve como un anillo el cuello de Aza antes de convertirse en oscuridad. No baja al suelo.

–Sí.

–¿Qué le ha pasado?

El rayo se proyecta sobre su cabeza formando un halo eléctrico. Frunce el ceño antes de hablar.

–Lo mismo que te pasará a ti.

Su rostro cambia. Se le ablanda la mirada con algo que podría ser compasión, pero enseguida el gesto desaparece, tan rápido como el vuelo de un colibrí en sus mejillas.

–Sufrirás. Alguien vendrá y te llevará.

–¿Lo sabes? –le pregunto–. ¿Sabes dónde está mi madre?

La esperanza me espumea en la garganta y hago cuanto puedo por tragármela.

–Lejos de aquí –dice Aza–. Se la llevaron, al norte y al interior.

El sentimiento, la esperanza, es ahora una crema espesa que se hunde hasta mi estómago.

–¿La seguiste?

Finalmente Aza desciende, envuelta en niebla.

–Estaba enferma, pero no quiso llamarme.

Alargo un dedo. El borde de la ropa humeante de Aza está salpicado de lluvia fresca. Su cara es plácida, agua quieta.

–A los espíritus hay que llamarlos –me dice–. Esa fue la última vez que la vi.

Cierro la mano en un puño y me la froto en el estómago: me duele de frío.

–Sabías que ella te necesitaba –le digo, y desearía no haberlo hecho.

Mi esperanza se ha enranciado, burbujea y me corroe la lengua como si fuera ácido.

Lo que no digo: No hiciste nada.

Aza se ve nítida y hermosa en la oscuridad. Mira hacia otro lado, más allá de las paredes de ladrillo y, durante un instante perfecto, su perfil es el de mi madre. Parece cercana, cercana en la noche, y me atraviesa la añoranza.

–Sí –dice–. Duerme.

Me vuelvo de lado, preguntándome cómo el frío puede calmar un momento y abrasar al siguiente.

Hacen que nos lavemos en un abrevadero y que nos pongamos unos vestidos de arpillera, todos del mismo color marrón. A media mañana se llevan a la primera mujer mientras las demás seguimos agachadas en el edificio bajo y oscuro. Cuando regresa, entra tambaleándose y se escabulle a un rincón oscuro. Se niega a hablar, aunque las demás se agolpan a su alrededor y le preguntan cómo se encuentra. Unos hombres se asoman a la puerta y nos llevan de una en una, llamándonos por nuestros nombres: Sara, Marie, Elizabeth, Aliya, Annis.

Cuando me llama el hombre blanco, indistinguible en el umbral, le sigo hacia el día cálido y luminoso. El corral de esclavos está polvoriento y vacío, pero al otro lado del portón que nos separa del exterior las copas de los árboles se mecen en la calle. Las nubes, con

vientres de palomas, flotan en el cielo. Los caballos atados a los postes se revuelven y relinchan. Las voces de los hombres se enredan en una cuerda, que me rodea y me estruja. No puedo respirar. El hombre blanco me hace entrar en el gran edificio donde ayer entró el Hombre de Georgia, pero el Hombre de Georgia ya no está. Dentro hay una chimenea y una repisa, candelabros que iluminan la estancia y brillan ante espejos de marcos dorados. Hay un escritorio, una mesa con adornos en las esquinas y sillas de madera de respaldo alto. Hay cinco hombres blancos bien vestidos, con el pelo aplastado en las hendiduras que han dejado los sombreros que ahora cuelgan en la puerta. Tienen bigotes blancos, son altos y bajos, barrigones y flacos, pálidos. Llevan relojes con leontina. Sus dientes resplandecen a la luz de las velas.

–Ven aquí, muchacha –dice el más bajo y barrigón de todos.

Es rojo por los bordes: las manos, el nacimiento del pelo, las mejillas, están cubiertos de motas rojas como si hubiera degollado un animal y le hubiese salpicado la sangre. A su lado hay otro hombre blanco, delgado y calvo.

–Buenos andares –dice el hombre bajo–. Ojos despiertos.

–Parece bastante sana, si la alimentas –dice el hombre delgado mirando sus papeles.

–Es lo que pienso hacer –dice el hombre bajo.

El hombre flaco escribe y habla por encima del hombro.

–Llévala adentro.

–Sí, señor –responde una voz, y solo entonces reparo en la mujer de piel marrón y pelo envuelto en un pañuelo que mira al suelo; se levanta de su silla y se acerca, con su camisa y su falda sencillas y sueltas.

Me tiende la mano, pero no coge la mía y se da la vuelta esperando que la siga, antes de desaparecer por una puertecita. Todos los hombres me miran, pero no dicen nada. Allí hay una mesa baja cubierta con un paño manchado. No quiero acercarme ahí de ninguna manera, pero ella me lo indica y dice:

–Por favor, siéntate.

Me subo al borde y la madera me corta las piernas.

–Ese es el médico y va a examinarte. Se asegurará de que estás sana, y si algo no está bien lo tratará.

Me habla pero mira por encima de mi hombro, más allá, como si hubiera otra yo detrás de mí, flotando en el aire, ascendiendo por el techo. Aza, pienso. Aza, dijiste que te quedarías.

–¿Entiendes? Di que sí con la cabeza si lo entiendes.

La miro fijamente: la salpicadura de pecas en su frente alta, el lunar a un lado de la nariz, la dentadura torcida.

–Lo entiendes –dice.

Aza, digo. Esta mujer es libre. ¿Quién la ha liberado?

Entra el médico.

–Desvístete –dice la mujer.

Aza, mira, le digo. Mírala.

Me subo el vestido de arpillera por la cabeza. Trago un pequeño sonido cuando el aire me toca la piel con una mano helada.

Aza. Percibo un resplandor con el rabillo del ojo.

–Es médico –dice la mujer.

Me mira, sus ojos se detienen un momento y luego los aparta. Hay en ella una vergüenza que es como una mueca.

–Él… te va a examinar –susurra, y mira más allá de sus manos cruzadas, hacia sus pies.

Aza, digo, por favor.

El médico, flaco como una judía verde, se acerca y mide: altura, manos, pies, cintura, piernas, brazos y cabeza. Mira dentro de mi boca abierta, las orejas, los ojos. Doy un salto cuando me palpa el cráneo, presiona las placas de mi cabeza, frota mis ojos cerrados. Los mantengo cerrados cuando su mano desciende desde mi coronilla por el cuello y se arrastra hacia abajo, una araña pálida con nudillos como nueces.

–Rasgos delicados de alguna mezcla. No tiene marcas de embarazo. Cintura fina –murmura el médico–. Y caderas anchas.

La mujer del pañuelo en la cabeza lo anota todo con la mirada fija en el papel.

–Probablemente se vendería bien como concubina.

Me imagino como si fuera Aza, flotando por encima de la mujer cubierta con el pañuelo, por encima del médico, por encima de los pequeños gusanos de dolor que me penetran con los dedos del médico mientras se emplea sobre mí, dentro de mí, dentro de mangas y bolsillos cada vez más tiernos, más suaves. Pero saber que mi madre soportó esto y cosas peores me devuelve a mi cuerpo. A pesar de cómo sabía luchar, de cómo se enorgullecía, no pudo evitar esto.

Ay, mamá.

Uno de los hombres me lleva de vuelta al edificio bajo de ladrillo, caluroso y agobiante. Quiero advertir a Phyllis antes de que tenga que seguir al mismo hombre, quiero hablarle de la mujer, del médico flaco, de sus manos como puñales. Pero no puedo. Me siento a su lado y me abrazo, cada rincón de mí está húmedo: la cabeza, la cara, el centro de mi espalda, el estómago, las muñecas, entre las piernas donde ha palpado el médico, y los pies enrojecidos y llagados. Me apoyo en la pared. Entorno los ojos para protegerlos de los afilados hilos de luz que entran por las grietas. Hay marcas grabadas en el ladrillo. Algunas letras. Una forma que parece un sol. Y, más abajo, una larga línea recta vertical con un pequeño triángulo en la parte superior. La toco, la sigo con el dedo: parece una lanza. Me pregunto si mi madre habrá tallado esto, si habrá dejado su marca aquí, ya que nunca aprendió a escribir su nombre, ya que no tenía su vara consigo.

Me pregunto si ella dejó esto para mí.

Cuando Phyllis vuelve, se deja caer a mi lado. Sus sollozos, por suaves que sean, salen de ella como dientes arrancados. Espero a que se serene y entonces me saco el punzón de marfil del pelo, donde ha estado escondido todos los días desde que se llevaron a mi madre, y empiezo a rayar la pared junto a la marca que podría ser suya. Dibujo un círculo y una línea recta en su centro, y luego un pequeño óvalo en cada uno de los lados: alas. Si lo miro con los ojos entornados, podría ser una abeja.

Todas las mujeres duermen abrazadas, a sí mismas o a las demás. Todas están doloridas y magulladas por la caminata y el médico. Después de que vendiesen a mi madre y antes de que Safi me lavara y

me diese calor, cuando mi pena era un diluvio reciente y abrasador, vagaba hasta el claro en cuanto el cielo se volvía naranja, cuando los conejos buscaban su último alimento del día y los búhos y coyotes salían a cazarlos. Sacaba el punzón de marfil que me había dado mi madre y recorría el bosque, colmillo en mano, sintiéndome un poco menos indefensa, aunque sabiéndome tonta. ¿No decía mamá que yo era mi propia arma?, ¿que siempre me bastaría a mí misma para encontrar una salida? Pero ahora me siento desarmada, blanda y dolorida.

Aza desciende y me envuelve.

–¿Por qué? –susurro–. ¿Por qué no le ahorraste esto a mi madre? ¿Por qué a mí tampoco? Podrías sacarnos de este lugar.

El pelo de Aza es un ser vivo: nubes veloces incendiadas por el sol poniente. Se inclina y sopla una brisa. Es como el roce en mi cara de una sábana recién lavada que chasquea en un viento fresco.

–Mi lluvia no puede erosionar el candado. Mi viento quizá podría romperlo, pero hay demasiados hombres aquí. Demasiados perros. Te seguirían y te encontrarían enseguida.

–Tiene que haber otra forma. ¿Nunca lo has intentado? –le pregunto.

El viento de Aza es brusco, no hay en ella la menor ternura maternal. Me fulmina con sus ojos negros, con sus iris de relámpago.

–Seguí a tu Mama Aza después de salvarla en el barco. Había algo en ella, un sonido. Un silbido fino, como el viento alto donde planean los pájaros antes de una tormenta. –La niebla de Aza centellea en púrpura; una de las mujeres gime–. La seguí por el mercado. Vi lo apretadas que estaban las cuerdas que la ataban a esta tierra, tanto como las del barco. Vi todo su camino hasta la casa de tu amo, y cuando empezó a hincharse con tu madre, con el bebé que llevaba dentro desde la otra orilla del agua. Entonces no hubo escapatoria.

Escondo las manos en las axilas. Aprieto los muslos y el estómago.

Mi aliento se congela al respirar. Phyllis tiembla a mi lado.

–Aza –le digo. Levanto las palmas de las manos, tengo los dedos morados–. Nos estamos congelando.

Aza se vuelve de un gris oscuro, aterciopelado como el vientre de un coyote. Aparto la mirada de su cara enrojecida por la tormenta y me

acurruco en mi propio calor.

–Dejé a tu Mama Aza. Estaba preñada y torpe. Pero pensé en ella cuando volví al mar rugiente tallado por la luna donde la había visto por primera vez, a las ballenas que ascendían de las profundidades para resoplar. –Aza aparta los ojos, parece mirar a través de las paredes, a través de la ciudad, a leguas de distancia–. Había muchos barcos, muchos de vosotros en las bodegas de esos barcos, pero nadie me miró como ella. Cuando volví, tu Mama Aza había dado a luz a tu madre.

El pelo de Aza se posa brillante sobre su cabeza: decenas de ríos oscuros serpentean hasta el océano, antes de volver a brotar.

–El agua que salió de tu abuela cuando tu madre vino al mundo era púrpura. Tu madre salió muy deprisa, flotando en toda esa agua; se escurrió entre las manos de la partera y cayó al suelo. Tu abuela se echó a reír y la partera intentó avergonzarla. Ella no lo consintió, ni siquiera cuando la recién nacida gritó. Esa criatura ya lo llevaba dentro. Venas de relámpago. Lanza erguida. Fuerza en el canto.

Aza deja que su niebla envuelva mis piernas, mi cintura.

–Eso es lo único que queremos. –Aza se vuelve del color de una fina niebla matutina: un gris pálido y frío–. Que nos llamen. Que nos miren. Tu madre me miró. La primera palabra que pronunció tu madre fue para mí: «Tormenta», dijo. Con lengua de trapo y una boca diminuta, salpicada de dientes, que sonaba como el siseo de una pequeña culebra verde. –Hundo la barbilla en el pecho–. Pero cuando se hizo mayor, tu madre perdió la pequeña serpiente de sus palabras.

Las mujeres que me rodean murmuran y se arrebujan entre sí lejos del frío, lejos de nuestro dolor. Me dejan a solas con Aza.

–¿Mama Aza nunca te pidió que la ayudaras a escapar? –pregunto.

Las faldas de Aza nos cubren. Las mujeres se sujetan con fuerza a los vestidos de otras.

–Nunca habló de eso, pero creo que esta tierra, esta gente le resultaban demasiado desconocidas. Todo le daba vueltas, estaba desorientada, y cuando se detenía le costaba mantener el equilibrio. Estaba conmocionada, abrumada. Había sobrevivido a la travesía, pero desembarcó en un mundo despiadado. Supo que no volvería con los elefantes. Ni con su madre. El océano era demasiado grande. Lo único que la mantuvo en pie fueron sus dotes para la lucha.

–¿Y mi madre? ¿Ella nunca te pidió que la ayudases a escapar?

La brisa de Aza es tan fresca como el primer día frío del otoño. Un anuncio de la muerte que vendrá. Sigo con los dedos el trazo de la lanza en la pared. Es estriado, fino.

–Tu madre cerró los ojos para no verme. La última vez que me habló fue la noche en que murió tu abuela, abrasada por la enfermedad. Mi agua no pudo refrescar a tu Mama Aza.

Aza parpadea lentamente al recordarlo.

–Algunos espíritus pueden filtrar la enfermedad, pero yo no pude –me dice con la voz más suave que le he oído–. Cuando tu Mama Aza se elevó, la saqué de su cuerpo. Le dije a tu madre que yo tomaría el nombre de Aza, para que siguiera vivo.

Aza desplaza la mano desde mi coronilla hasta mis pies. Un viento gélido me cae como un aguacero sobre la frente, la nariz, la boca, el cuello, los hombros, el vientre, los muslos y me empapa las plantas de los pies.

–Pero tu madre, rota de tristeza, se derrumbó sobre el pecho de Mama Aza y nunca volvió a mirarme ni a hablarme.

Qué bendición no sentir dolor. No sentir nada. Qué ligera debió de sentirse Mama Aza.

–¿Te culpó a ti? –le pregunto.

–Sí.

Aza responde rápidamente y baja veloz. Me envuelve con las nubes de su ropa, desde los pies hasta los muslos, las caderas, las costillas y los hombros. Mira a las otras mujeres del suelo y me cuestiono la rapidez de su respuesta. Me pregunto si dice la verdad. Con qué facilidad esta historia la exonera.

Y entonces no puedo pensar porque su frío está en todas partes. Me entumece los pies en carne viva, las muñecas llagadas. Estoy tan helada como en los meses que siguieron a la venta de mamá. Qué amargo es saber que solo me quedan los restos de la vida de mi madre, las sobras de su partida: su punzón de marfil, sus lecciones de lucha, sus historias, el recuerdo de sus manos, de sus cuidados. Solo tengo lo que ella rescató de la muerte de su propia madre, pero no puedo tomar la decisión que ella tomó. No tengo la fuerza que tuvo mi

madre, la voluntad de alejarme de este espíritu que me ha fallado, que quizá me está mintiendo. Me siento demasiado sola, tengo demasiado frío. Y lo que hago es tomar lo que Aza puede darme.

–Tu Mama Aza fue al Agua –dice Aza.

–¿Al Agua?

–Es un lugar más allá de este lugar, de donde surgen todos los espíritus. Mañana –dice Aza–. Este mundo es mucho más de lo que conoces. Duerme –murmura, y mis párpados se cierran.

Estamos despiertas cuando el siguiente hombre blanco abre la puerta y nos conduce al patio, donde nos pone en fila delante del vendedor, el hombre bajo cubierto de manchas con manos de grandes nudillos cargadas de oro. El médico está junto a la mujer que se parece a nosotras. Phyllis, a mi lado, cruza los brazos sobre el vientre como si pudiera proteger sus partes blandas, las que no están unidas al hueso. La última mujer de la fila es pequeña, más que la mayoría de nosotras, pero musculosa, y en cambio las demás somos flacas como cintas. El vendedor se planta delante de la primera mujer y le agarra la cara.

–Tú eres bracera. Si un comprador pregunta, tú dices «sí, señor».

El médico escribe.

–Si no lo haces, te azotaré. ¿Entendido?

La mujer tiembla como un caballo que ha corrido demasiado. Luego asiente.

El vendedor avanza por la fila, estudia los brazos, los dedos, las piernas y la espalda de cada mujer antes de hablar. «Tú, doncella de una señora», le dice a una mujer que tiene un ojo caído. «Tú, bracera de primera», le dice a la mujer grande. «Tú, cuidadora de enfermos», le dice a una que cojea. «Tú, cuidadora de niños», le dice a la del pelo enredado que le cae por la espalda. «Tú, cocinera», le dice a la que la marcha no ha dejado reducida a nada. «Tú, costurera», le dice a Phyllis. Ella ni siquiera asiente; la barbilla se le hunde en el pecho.

–Y tú… –Me desliza un nudillo por el brazo–. No digas nada. Los compradores lo sabrán.

Repite las palabras del médico, me dice que soy una concubina y que mi único valor está entre mis piernas.

Un dedo de niebla se enrosca sobre su cabeza, la rodea y se ensancha. Aza surge de esa niebla. Brilla al sol: agua del río iluminada desde lo alto. Los brazos le cuelgan sueltos a los costados, su boca se mueve.

–Mira –me dice, y señala la espalda del vendedor: en el aire hay una llama estrecha como una vela.

El ladrón se dirige a la siguiente mujer, le habla, pero sus palabras se oyen amortiguadas. La llama se transforma en fuego. De ella surge una cabeza fundida, luego los hombros, luego un torso, luego unas ropas resplandecientes. El rostro se oscurece y entonces aparece una nariz, después una boca, después unos ojos. El cabello del espíritu es un incendio. Su cabeza y sus hombros crepitan nítidamente, su rostro es un leño tiznado y ennegrecido. Flotando por encima del hombre, sobre todos nosotros, se cierne la nube humeante de una mujer, un espíritu en llamas.

–Mira –dice Aza–. Aquella Que Recuerda.

El vendedor se dirige a la siguiente mujer de nuestra triste fila y le dice cómo debe venderse.

El espíritu ardiente flexiona los brazos, que se han vuelto tan negros como su cara. Las vetas en la madera de sus antebrazos se curvan y se mueven, forman líneas, forman un escrito. El fuego de su corazón se desliza hasta formar palabras. Y las palabras le suben por los brazos, sobre las colinas de sus hombros y llegan al valle de su boca negra, negra.

–Ella es testigo de tu sufrimiento, de todo sufrimiento –dice Aza–. Ella lo ve y recuerda. Ese es su poder.

El otro espíritu crepita y escupe ascuas mientras las palabras escritas le suben por los brazos, por la cara, por todo el cuerpo, solo para desaparecer y dar paso a otras mientras las mujeres de nuestra fila asienten.

–Este mundo nos hace a todos de nuevo. Llama a nuevos espíritus, alimenta a los viejos. Nos proporciona fieles, ofrendas –dice Aza–. Somos uno. Traté de decirle a tu Mama Aza que somos una familia.

Aprieto los puños como si pudiera ahogar las palabras del vendedor y devolverlas a su boca, a su garganta. Miro más allá de las otras mujeres de la fila, más allá de Aza, al espíritu que recuerda. Me devuelve la mirada justo cuando su boca abierta está tragándose la última palabra y empieza a expulsar el humo. Huele a un fuego viejo,

un fuego ancestral, un fuego prendido y alimentado, encendido y avivado durante generaciones. Ojalá pudiera hablar; quiero preguntarle a Aza: ¿Qué va a hacer el espíritu con todo eso? ¿Para qué servirán sus recuerdos? La niebla de Aza le cubre las manos, los brazos, la ropa, el cuello, hasta que la envuelve entera y desaparece con un chasquido. Aquella Que Recuerda me mira y sus piernas se desintegran, luego sus caderas, su torso, sus brazos, y por último su cara, todo en una lluvia de ceniza.

Le clavaría el punzón en un ojo a este hombrecillo.

La memoria del espíritu no es suficiente.

CAPÍTULO 6

ABANDONAD TODA ESPERANZA

Me despierta el llanto de una mujer. No puedo distinguir quién es, pero la busco en la oscuridad de la noche.

–Mamá –llama la mujer–. Mamá –repite con voz apagada, como si una mano o un brazo le taparan la boca, y los sollozos surgen de ella como el agua de un cubo volcado.

Me pregunto si el espíritu que arde también será testigo de esto, de los dolores privados, de nuestro llanto nocturno, o si solo escribe y recuerda el sufrimiento público. La clase de sufrimiento que, según el tutor de mis hermanas, abundaba en el infierno del italiano, con sus suicidas transformados en árboles, devorados por arpías, o sus herejes ardiendo en criptas llameantes. Me pregunto si Aquella Que Recuerda flotará ahora invisible sobre nosotras, si nos verá llamar llorando a nuestras madres. Mi madre sabía que el mundo está plagado de espíritus, que no hace falta ir al cielo ni al infierno para verlos: ella sabía que todo está aquí. Y ahora yo también lo sé.

Me arrimo a la pared de lado, lejos de las demás, y saco el punzón que escondo entre el pelo. Brilla. Tanteo las marcas de la pared y luego me pongo a tallar. No veo lo suficiente para dibujar mis abejas. Tallo una lanza, luego otra, y otra. La marca de mi madre. Ojalá estuviera aquí para preguntarle si es cierto que esa marca la hizo ella. Ojalá estuviera aquí para preguntarle por Aza, por las historias que cuenta. Ojalá estuviera aquí para preguntarle por qué nunca me habló de Aza, por qué me dijo que el mundo está plagado de espíritus pero nunca me habló del que ella conocía. Ojalá estuviera aquí para preguntarle si debo confiar en Aza. Una vez, mientras buscábamos hierbas y raíces de las que sirven para poner fin a los embarazos y setas para comer, mi madre me dijo: «Eres buena para encontrar, pero demasiado rápida para ver bien. Tienes que verlo todo. También tienes que ver el peligro. Enseguida confías: no lo hagas».

La espalda de Phyllis toca la mía mientras duerme. Huelo humo en el aire y sé que los hombres se están despertando y encienden las cocinas de leña para comer.

–Aza –susurro, y espero que aparezca su tormenta, espero que se muestre el bronce quemado de su rostro.

Phyllis murmura en sueños. Me quedo quieta y escucho.

–Mamá, no –dice la mujer que llora en la oscuridad; luego guarda silencio.

Sin el frío de Aza, mis partes más tiernas son un dolor punzante.

–Aza –susurro de nuevo, pero el aire sigue viciado, lo único que se mueve es el polvo que las mujeres dormidas levantan del suelo.

Me cubro la cara e intento no pensar en Safi, pero es inútil. Podría estar en cualquier parte entre este lugar y nuestra casa. Veo todas las personas que podría ser. La imagino temblando en el día blanquecino. Atrincherada en la orilla de un río, a salvo. Abrazada al tronco de un árbol cuya corteza perfora sus suaves bíceps, y los sabuesos aullando abajo. Atrapada y atada en un barco que navega al sur, hacia aquí, Nueva Orleans. Ella inmóvil, sin alma, los ojos arrugándose hasta convertirse en pálidas pasas, los huesos emergiendo de su piel como rocas cuando baja la marea: muerta. Su espíritu, ¿dónde? Me aprieto la cara con fuerza, contengo el llanto que borbotea como un arroyo, pero las lágrimas brotan igualmente y no veo a Aza, ni a mi madre desafiante, ni a una Safi en descomposición, sino una floración de estrellas.

Nueva Orleans es una colmena y nosotras la miel. Lo sé en cuanto la mujer de piel marrón entra en el cobertizo y nos da ropa a todas, vestidos largos y oscuros, gorros oscuros y delantales del color de la mantequilla. «Poneos esto», dice, y cuando todas estamos vestidas: «Frotaos la piel con este aceite». Nos da tortas de maíz tan grasientas que dejan un residuo pegajoso en la boca: las devoramos igualmente. La ropa es áspera, abrasiva como la lengua de un gato en mis muñecas llagadas. Hay manchas oscuras en el vestido, sangre de alguna otra mujer encerrada aquí, vestida para la venta. La mujer del pañuelo en la cabeza se inclina y me mira por primera vez.

–Habla –me susurra, tan bajo que apenas puedo oírla, con los labios rígidos–. Diles quién eres. Eres algo más que tumbarte boca arriba –me dice, y hay un recuerdo en sus palabras, algo que explica sus pecas, el color claro del pelo que le asoma del pañuelo; alguna herida de su madre, tal vez, o de su abuela; alguna herida que conocen todas las mujeres de este cobertizo.

Tiemblo al oír sus palabras. Intento calmarme, me acaricio el pelo en busca del punzón de marfil que he vuelto a esconder: mi única armadura. La mujer del tignon agacha la cabeza y se dirige a la siguiente, Phyllis, que se mece en una brisa invisible. La observo avanzar por la fila mientras susurra a las demás y les endereza los tocados, alisa las faldas o les vuelve a anudar los delantales.

–Algunos venden en las casas de subastas. Este hombre vende ahí, fuera del corral. Os quedaréis de pie, esperando. –Entonces la mujer que trabaja para nuestros captores inclina la cabeza y susurra–: Que le Seigneur vous bénisse et vous garde –y luego, en voz más alta–: Venid.

Seguimos su espalda recta por la puerta baja, atravesamos el patio polvoriento y salimos a la calle. A la media luz del día nublado, el pañuelo que lleva en la cabeza parece una flor suave de color púrpura. Los hombres encadenados ya están allí, todos alineados en la calle, mirando los caballos y a la gente que pasa. La mujer nos hace parar y nos coloca de espaldas a la valla, mirando al cielo. Cuando la llovizna empieza a caer, casi tan sedosa y liviana como el polen, levanto la vista al gris en busca del fuego, de las nubes, de Aquella Que Recuerda, en busca de Aza. No las veo, pero siento la sombra del pelo de mi madre, tenue y ligero, en las mejillas. Cuando yo era muy pequeña, mi madre, cansada y hambrienta después de su larga jornada de trabajo, me llevaba en brazos a la cabaña en la oscuridad. Su pelo era mi velo. «Mi pequeña», murmuraba. Abro los ojos al día gris, a la tristeza. Aquel recorrido, cuando yo era tan pequeña que me llevaba en brazos, duraba unos instantes. Ahora cada momento sin ella, esta maldita espera sin su pelo, sin sus canciones, sin su cara dura años.

Solo cuando la mañana se ha transformado en tarde comprendo que el baño, el aceite y las tortas grasientas pretendían ocultar los horrores de la larga caminata y facilitar nuestra venta, pero todo es inútil. Las heridas de nuestras muñecas apenas han cicatrizado. Phyllis tiene manchas que parecen carne cruda en el cuello y las mejillas. Una de las últimas mujeres de la fila está de pie, pero se inclina sobre una pierna; bajo estas faldas que llevamos, uno de sus tobillos aparece hinchado como una bulbosa cebolla moteada. Cuando el primer hombre se detiene para evaluarnos, pregunta al vendedor por el valor de la mujer con el pie malo, si sabe limpiar bien, pero en cuanto le ve el tobillo, en cuanto la ve cojear levemente, se pasa una mano por la barba manchada de tabaco y se marcha. Cuando el segundo hombre, bien afeitado, alto y pálido, se detiene a preguntar por la mujer grande, me sobresalto: doy unos pasos vacilantes hacia ninguna parte, las caderas inclinadas bajo la espalda arqueada, las piernas doloridas.

La tarde se alarga: para cuando el décimo hombre se detiene, ya no me muevo.

La llovizna del día amaina y se seca, y siento que el estómago se me revuelve de hambre y de sed. Cuando un hombre grandullón y panzudo vestido con un traje satinado se detiene frente a nuestra fila y empieza a preguntar a qué nos dedicamos, respiro entre el dolor del hambre que me atenaza el estómago y miro al frente. Me engaño pensando, por un momento, que si miro sin verlo él hará lo mismo. Pero cuando se inclina sobre mí, observándome por debajo de su nariz, ya no veo la calle, ni los caballos, ni las casas, ni a la gente que pasa, ni el día. Solo a él vestido todo de negro, él como una noche que desciende, y tengo que mirarle.

–Esta –dice, y solo entonces me doy cuenta de que el vendedor está a su lado.

–Es una concubina –dice el vendedor.

El hombre tararea. Huele a colonia: fruta especiada en alcohol. Sonríe.

–Buena pieza, por su aspecto –dice.

–No tiene marcas de embarazo, pero está madura para eso –dice el vendedor.

Mi madre tenía marcas de embarazo. Mis marcas: cuatro líneas negras que se extendían como el aceite desde su ombligo por las caderas y hasta el trasero. Dos hilos negros debajo de cada pecho.

–No –digo.

La palabra es una piedra que rebota en el traje del hombre grande, cae y crea una ondulación. Las mujeres que me rodean se apartan: su estremecimiento es la última onda.

–Soy sirvienta –digo.

El vendedor se da manotazos en la cara para ahuyentar los insectos que le rodean y yo abro la boca para rebatir sus palabras.

–Lavo, plancho, coso, prendo y mantengo encendido el fuego. –Me trago el pánico–. Cocino.

El sol ilumina los bigotes del hombre alto, los tiñe de rojo, y por un momento se parece a mi amo y sé que estoy fracasando en mi intento

porque para él ahora estoy madura y entrenada como una yegua bien adiestrada, y él está listo para montar. Sonríe.

–Tienes toda una joya aquí –le dice el hombre alto al vendedor.

Sus ojos son negros como el hierro, negros como la espada con la que mi abuela corría, mataba y asesinaba. Negros como la lanza tallada de mi madre. Negros como las armas que no pudieron desenvainar ni blandir para protegerse de los hombres que las vendían, las compraban, las violaban.

–Sé de plantas –digo–. Bayas, hierbas –escupo–, setas.

El hombretón da un paso atrás. Su cuerpo se ha movido sin él, y solo cuando se balancea sobre los talones en el empedrado creo que comprende por qué. Él también sabe algo de setas. Sabe que las hay marrones moteadas, negras, amarillas, naranjas y de color óxido, y que esos tallos tiernos pueden ser deliciosos o mortales. No sé quién se lo habrá enseñado a él, pero mi madre me lo enseñó a mí en el tiempo que le robábamos al amo. Ella me transmitió lo que aprendió de Mama Aza, que lo aprendió de una anciana del Pueblo Nativo que vivía en las Carolinas antes que nosotras, una anciana que comerciaba con Mama Aza y que más tarde se marchó a las montañas para esconderse y que no la obligaran a irse. No puedo evitar una mueca ante el rostro pálido del hombretón: la boca me sabe amarga, a col quemada. Nos balanceamos en nuestra hilera ante la puerta del corral. No sé si me he condenado o me he salvado. El hombre grande da media vuelta y se marcha zigzagueando por el empedrado, bordeando la calle, hasta desaparecer por una esquina.

Cuando el sol está a punto de ponerse y el aire se ha vuelto pesado y suave como una colcha, un buen puñado de hombres ha recorrido la fila: uno que escupía preguntas como pipas de girasol, otro que no hacía preguntas pero entornaba los ojos mirándonos a cada una como si fuésemos una palabra que no supiera leer. Sé que el vendedor responderá a lo que he hecho. No me sorprende que después de cruzar el corral y volver a nuestro cobertizo, la mujer que trae la comida no me dé nada. Con la boca apretada y una disculpa en los ojos.

Busco a Aza, pero no está.

Me acuesto en el suelo entre las mujeres que murmuran y se revuelven en sueños y una parte de mí quiere hundir la frente en el vientre y cerrar los ojos, pero sé que si lo hago lo único que sentiré será hambre. Lo único que sentiré serán mis moratones, mis llagas. Sigo

con el dedo mi dibujo de la abeja, la lanza de mi madre, todas las pequeñas lanzas que he tallado en el ladrillo desmenuzado. Miro al techo y llamo al espíritu.

–Aza –digo.

Aza no viene. Puede que, transparente como el aire, esté flotando encima de mí, negándose a hablar, como el dios de mi padre, el dios del vendedor. Puede que haya elegido el silencio, esconderse, como ha hecho durante la mayor parte de mi vida. Quizá mi necesidad no sea lo bastante grande, o quizá haya alguna revelación que quiera que entienda y no he entendido. O quizá sepa que para mí ella es como una de las setas malas de mi madre: de sombrero aterciopelado y llamativo y un rastro de veneno oculto en el centro. O puede que ni siquiera piense en mí y esté merodeando, ebria de adoración, por esta ciudad acuática. Tal vez esté empeñada en encontrar a otras como ella, en reunir a la multitud de espíritus que están condenando y quemando, salvando y otorgando en todas partes menos aquí, aquí en esta barraca calurosa y sofocante y de mujeres harapientas que cuando duermen maúllan como gatitos, que se arrastran por el suelo buscando, buscando incluso en sueños algo parecido a un cuerpo amable, a una voz suave, a una mano que se alce y diga: Levántate, levántate y ven, tengo un lugar para ti.

Buscamos y no encontramos nada.

Al cabo de una semana, todos los hombres que paran a preguntar se funden en uno solo. Lo único que veo con claridad cuando vacilan ante mí es lo que delata su crueldad. Una fusta golpeando una pierna. Una sonrisa rápida cuando una de las mujeres cae de rodillas sobre los adoquines, vencida por las largas horas en pie. El duro brillo de un ojo mientras el otro inspecciona y pregunta, mientras exige que abramos la boca y le enseñemos los dientes. Los penetrantes dedos de otro mientras nos evalúa para el apareamiento jactándose de su hombría, de los niños que podemos hacer, de cuánto sacará por cada uno, sus palabras un incesante mal viento que trae el hedor de un animal sacrificado y abandonado a su suerte en el bosque.

Los hombres se acercan como larvas de un tronco podrido y arrancan a las mujeres de la fila, una a una. Nos desgajan y van dejando solo a un puñado de nosotras. Cada vez que se acerca otro hombre pálido, se me revelan todas las formas en que me hundirá aún más en este purgatorio, y le hago saber de lo que soy capaz. Que sé buscar setas que crecen en las vetas más oscuras del bosque, que sé recogerlas, que

puedo llevarlas a su mesa. No lo digo, pero ellos lo saben: sé cómo funciona una casa, una cocina; puedo esconderlas en su comida.

Pronto Phyllis y yo somos las únicas que dormimos en el cobertizo.

Cuando llegamos al corral, nunca pensé que pudiera sentir una tristeza mayor, pero por la noche noto un peso familiar en este edificio mohoso y vacío: pena y soledad, tan intensas como las que sentí después de que me arrebataran a mi madre. La tristeza abarrota este espacio de techos bajos. No puedo dormir. No me siento bastante segura para cerrar los ojos. Después de que Safi me lavara, las noches que no conseguía dormir buscaba hierbas por el bosque. Pensaba que, al no acostarme ya en la tierra y el barro del claro, volvería a ser visible para mi amo. Suponía que vendría a buscarme. Así que a la tenue luz del cuarto de luna buscaba las raíces y hierbas que, según mi madre, impedirían que se formara un bebé dentro de mí. Algunas noches Safi se despertaba y, aunque le decía que volviera a dormirse, me seguía agarrada a mi camisa. Las dos soñolientas, parpadeando en la oscuridad. Habría necesitado algo más de luz, sabía que las plantas serían más fáciles de encontrar con luna llena, pero también sabía que no podía esperar, que un día mi amo me alcanzaría y me manosearía. Que me taparía la boca para que sus hijas de cara escarlata no nos oyeran entre la voz monótona del tutor: «No hay mayor dolor que recordar los tiempos felices desde la miseria». Que me desollaría como a mi madre. Sabía que después de nueve meses o así podría dar a luz a un bebé mal concebido.

–Mama Aza siempre le decía a mi madre que hablara cuando recogía hierbas –le dije una noche a Safi mientras me agachaba y cavaba–. Que todo, las criaturas, los espíritus y los animales, quiere que le hables. Quieren que despegues los labios y digas gracias, o que los saludes. Decía que era como llamar a los iguales.

Safi se arrodilló a mi lado y me puso la mano en la espalda. Unos mechones de pelo que asomaban del moño me rozaron la sien. Estaba lo bastante cerca para besarla y la busqué en la oscuridad, sorprendida por la suavidad de su aliento, la cercanía del vello de su piel.

–Tu madre te dio muchas historias –me dijo.

–¿La tuya no te cuenta nada?

–Me habla de la gente que conoció aquí cuando era más joven, de que todos vivían para la celebración del final de la cosecha, que ese día comían hasta hartarse y bailaban, al menos los que trabajaban en el

campo, ya que podían descansar. Pero nada de su madre.

–¿Por qué?

–Cuando la robaron, la madre de mi madre dejó de hablar. Mi madre me dijo que una vieja bracera le contó que ella y mi abuela habían venido juntas, y que cuando los ladrones las subieron al barco mi abuela lloraba, gritaba y hablaba tan rápido que las palabras se confundían. Parecía una larga frase que nadie podía entender. La encadenaron y, según la bracera, simplemente se detuvo. Como si le hubieran cortado algo. Su boca se abría y se abría, pero no salía ningún sonido.

Safi apoyó la mejilla en mi hombro y yo dejé de tirar de la raíz para quedarnos quietas en ese momento. Nosotras, nuestra luz. Nosotras, hablando esa noche. Retorcí y tiré, y la raíz que había estado desenterrando salió, peluda y con escamas polvorientas. Olía a la tierra que esconde un cúmulo de vida bajo las hojas podridas. Safi se agachó y me besó. Sus labios suaves, carnosos. Incluso ahora me siento atraída hasta los huesos por los bordes desdibujados de aquel recuerdo nocturno, por el fragmento de la estrecha espalda de Safi y sus manos gastadas y finas, sus dedos fibrosos y desiguales como raíces, pero tan tiernos.

Vuelvo la cara al suelo del cobertizo y cojo aire, pero esta es una mala tierra empapada de sudor, orina, vómito y heces, el ácido de la desesperación y el miedo. Aquí no hay vida ni suavidad salvo en los recuerdos, esos recuerdos que flotan por encima de las que sueñan llenos de tristeza, de nostalgia. Que se ahondan en el silencio.

La noche siguiente, Aza vuelve por fin. Se materializa en un rincón como una oscuridad más profunda: primero un ojo, el pelo ensortijado de nubes, el cuello oscuro, una pierna que patalea y luego otra. Sonríe a la vida, su nariz se ensancha como la de mi madre cuando ríe y, por un terrible instante, la odio por estar aquí cuando mi madre no está. Despliega sus largos brazos y la odio por estar aquí cuando Safi no está, por mucho que yo no quiera verla sufrir en este lugar. Aborrezco tanto esta otra vida en la muerte que quiero maldecir a Aza, quiero alejarme de ella como me ha dicho que hizo mi madre, y no volver a hablar jamás con este espíritu desleal. Y también, en el fondo, odio que una pequeña parte de mí se alegre de verla, de ver a este espíritu que demuestra que hay algo más que este guiso de casquería, que la desgracia de este infierno.

–Te fuiste –le digo.

Me vuelvo de lado aunque eso implique oler la tierra lacerada.

Aza se aleja del rincón, flota en un viento cambiante. Es como si se hubiera desamarrado del techo y estuviese tan borracha como mi amo cuando se agarraba a las paredes camino de su dormitorio, sudando alcohol.

–¡Esta ciudad llama a tantos! A los espíritus, a las personas. Hay tantos que imploran, que ruegan, que piden –dice Aza.

En lo más profundo de su garganta resuena un tono que delata placer, como Safi cuando yo le tocaba el interior del muslo, la tierna piel que nadie salvo yo ha visto con delicadeza. Aza se alimenta de adoración. Quiero preguntarle por qué se va una y otra vez si hay algo tan especial en nuestra estirpe, en mí y en Mama Aza y en mi madre. Pero no voy a hacerlo. Estos largos y terribles días de venta me lo han enseñado: Aza es inconstante, se embriaga de su propio encanto divino.

–Pero yo no me fui para buscarlos. Fui en busca de otro espíritu. De una que forma parte de la familia de espíritus que ven a lo lejos, como los vigías en lo alto de un barco. Mis parientes son tormentas: giramos y nos desgarramos. Bailamos el caos. Pero este espíritu y su familia ven el mundo desde lejos. Son navegantes. Pueden encontrar una salida donde no la hay.

–¿Por qué la necesitas? –pregunto, aunque quiero enterrar la cara en el suelo y fingir que duermo.

Mordería esta tierra enferma para no preguntarle, para no mirarla. Empiezo a pensar que mi mirada es una ofrenda.

–La encontré, encontré a ese espíritu que ve más allá, estaba rodeada de sus adivinas y espiritistas, estaba con los que la veneran, que a veces consiguen vislumbrarla e intentan leer el tiempo a través de ella. –Aza suelta un bufido de desdén–. Criaturas. Pero la visión que ella tiene es real. Yo le di un fruncido de mis faldas, la amenaza de una tormenta: causó miedo y temor y miradas, muchas miradas. Eso le di yo a cambio de que ella me leyera el futuro, para ti. Me dijo que mañana vendrá una mujer.

–¿Quién? –pregunto mientras Phyllis murmura en sueños.

Pequeños destellos de luz recorren los brazos de Aza, chisporrotean en

las puntas de su pelo.

–Vendrá una mujer. Una mujer pequeña, enjuta como la punta de un cuchillo. El espíritu que augura dice que debes dejarte llevar, irte con ella. –Aza se queda quieta, como justo antes de que caiga la primera gota de lluvia–. Debes dejar que te compre.

–¿Por qué? –le pregunto.

Una idea chisporrotea desde mi coronilla hasta mis pies como un baño de agua caliente. Aza también quiere algo de mí, pienso. Ella, como el dueño de este corral, el que nos vende fuera en la calle, quiere que me venda. Pero ¿por qué?

–Yo… –Aza resplandece y se oscurece en oleadas–. No lo sé todo. Esa pregunta es para el Agua.

Cierra la boca como para dejar de hablar, pero vuelve a mirarme a la cara en la oscuridad mientras rueda como una niebla en el aire.

–¿Qué es el Agua? –pregunto.

–Debes comprender algo más de este espíritu –dice Aza–. Y debes entender algo más del tiempo, del universo, para empezar a conocer al Agua. El espíritu habla en enigmas porque así es como ven ella y los suyos. El universo no es una línea recta, ni un camino estrecho. El universo es un enigma, una reunión oblicua de lugares, de voces, de sucesos. Pero Aquella Que Presagia ve un camino, el camino más probable, para que seas libre. Y ese camino es dejarte vender a esa mujer, ser lo que ella necesita para que te compre y te lleve lejos de la ciudad. Solo después de abandonar este lugar podrás elevarte.

–¿Qué? –digo bruscamente.

Phyllis se despierta y se cobija aún más en mi espalda. Espero a que se calme para susurrar:

–Dices que el espíritu habla con enigmas, pero tú también.

Aza extiende un brazo que no es un brazo, y se vuelve sólido y marrón. Desliza un dedo por mi hombro.

–El Agua es toda espíritu. Antes que tú y que yo, antes que nada, estaba el Agua. Venimos del Agua. Volvemos al Agua. Solo el Agua lo sabe todo, pero el Agua no habla.

Phyllis se estremece.

–Aquellas Que Presagian, las que ven a lo lejos, leen lo que pueden de los caminos del Agua. Vieron a tu pueblo apiñado en las bodegas de los barcos que transportaron a tu abuela y a los suyos sobre las aguas. Oyeron a tu abuela y a aquellas a las que estaba encadenada llamando, suplicando, como las oí yo. Pero más fuerte aún…

Aza calla. Nunca ha estado tan plácida: por un momento no parece a punto de reventar la habitación, de hacer saltar por los aires sus toscas paredes de argamasa y su techo bajo y descuidado. Por un momento parece formar parte de este mundo, sometida a sus reglas, y es entonces cuando sé que a su manera Aza también está encadenada, limitada en su poder.

–Solo Aquellas Que Presagian podían saber que tu pueblo, que fue arrojado por la borda, que saltó por la borda, que se hundió en el fondo del océano, se aunaría con las profundidades y que, después de hundirse, cantaría. Solo ellas sabían que las voces de tu pueblo se alzarían de las profundidades, que sus espíritus se elevarían como el agua que burbujea al aire, al calor del sol. Solo Aquellas Que Presagian podían saber que tu pueblo sería como el vapor de mis faldas. Que se transformaría en tormenta. Que alcanzaría el poder y la libertad.

Todo lo que veía antes de este momento: mi propia cuerda.

–Debes saltar. Debes hacer lo que hizo tu pueblo. Debes hundirte para elevarte. Aquellas Que Presagian lo han visto. Leen el Agua –dice Aza.

El italiano escribió sobre eso. Después de que el tutor y mis hermanas llegaran al final del viaje por las profundidades del infierno, para salir de aquel lugar hundido el guía condujo al hombre arriba, siguiendo el sonido de las aguas. Siguieron el rumor de un arroyo, ascendieron y ascendieron hasta regresar al mundo superior, al mundo iluminado, subieron hasta ver «las cosas bellas que hay en el cielo. Y salimos a contemplar una vez más las estrellas», dijo el tutor. Jugueteo con esa frase como jugueteo con el punzón de mi madre, una y otra vez, por su belleza, por lo que promete: «Cosas bellas que hay en el cielo. Y salimos a contemplar una vez más las estrellas».

Quiero elevarme. Quiero estrellas. Pero no puedo hacer lo que dice la vidente. Mi esperanza, mi deseo de libertad, es una ofrenda demasiado grande. No confío en Aza, aunque ella reconozca límites, deseos. Aunque se someta a normas. No puedo venderme; no puedo

erradicarme, convertirme en cáliz de plata, copa de cristal, mantel de encaje. El error que eso supone se asienta en mi pecho, gordo como una larva de abeja blanca, húmeda y reluciente que se revuelve en busca de miel, de algo más que esta vida. Palpita con mi corazón. Late con mi sangre.

–No –le digo.

El polvo del suelo se levanta y se posa en mis labios: residuos de huesos.

–¿Es esto lo que le dijiste a mi madre que hiciera?, ¿que se vendiese, que renqueara a un nuevo infierno para poder ascender ella también?

Mis palabras, la tierra en la que yazgo: todo amargo. Absorbe el agua de mis labios, de mi boca. Me seca. Me silencia.

–Dame agua, Aza.

Eso sí que puede dármelo. Eso sí confío en que me lo dará.

–Debes hacer lo que te he dicho –dice Aza.

–Agua –digo yo.

Aza recoge su tormenta arremangándose las faldas, reuniendo nubes.

–Debes confiar en mí –dice.

No.

–Debes –dice.

No.

–Mi madre. ¿Dónde llevaste a mi madre?

La pregunta se interpone entre nosotras. Aza le falló. ¿Me abandonará a mí también, pasará como la tormenta que es y me dejará a la deriva en el océano bajo el sol llameante, bajo el día despiadado? Dice que oyó a Mama Aza y la salvó, pero ¿no la abandonó a esta otra vida desdichada? Dice que siguió a mi madre hasta aquí, pero que mi madre rechazó su ayuda y la abandonó: ¿por qué no la salvó?

–Tu madre era su propia tormenta –ruge Aza.

–Agua –le digo–. Dame agua.

–Como pidió tu Mama Aza –retumba Aza–, yo doy.

Una nube cubre la habitación. Phyllis gime y suspira por su húmedo frescor. Dejo que el frío rocío de Aza se acumule en mi boca y se deslice por mi garganta. Mi lengua se esponja como una flor.

–Créeme. Y si no puedes creerme, cree a Aquella Que Presagia.

El húmedo abrazo de Aza me alivia y hace que el polvo corra en riachuelos, pero luego se espesa. No puedo respirar. Aza está tranquila como una nube plácida.

–¿Qué le pasó a mi madre? –le pregunto.

Un relámpago la recorre como un velo eléctrico. Phyllis se sobresalta y se aferra a mí, se acerca en sueños; ella me sostendría en la tormenta de Aza, incluso estando dormida.

–Os alzaréis –dice Aza–. Todas os alzaréis.

–Mi madre –le digo, apretando la mandíbula–. ¿Le fallaste porque no quiso verte?, ¿porque no te suplicó?

Le muestro los dientes.

–Tu madre eligió su propio camino. No quiso ir donde yo le decía, ni con quien yo le dije que fuera. ¡Ni siquiera me miró! ¡Clavó los ojos en el suelo! –Aza está sobre mí, un aguacero, un eclipse torrencial en el calor del verano–. Seguiría a tu estirpe hasta el fin del mundo. Os guiaría a través de las profundidades, por las grietas y los hoyos: abajo, para que podáis subir.

–¿Ha muerto mi madre? –le pregunto.

Aza alarga el brazo y su rayo chisporrotea en mi mejilla. Lo aparto.

–No hizo lo que le dije.

Escupo el agua de Aza, aunque eso hace que me duela todo el cuerpo.

–¿La dejaste morir?

Las faldas de Aza ondulan, pero su cara se paraliza al recordar.

–Sí –dice.

–Vete –le digo, cubriéndome la cara con las manos.

Apenas puedo hablarle porque me atraviesa un aullido súbito y desgarrado:

–Vete.

–¿Annis?

–No puedes pedirme que me ahogue por una promesa de libertad.

–Puedes salvarte –dice Aza, su voz suave como un trueno lejano.

Ahora me suplica. La miro a los ojos.

–Por mí se va a la ciudad doliente –escupo, las palabras del italiano salen de mí como un vómito–. Por mí se entra en el dolor eterno. Por mí se llega a las almas perdidas.

No quiero quebrarme delante de Aza, pero el dolor de saber que mi madre ya no está en este mundo me desgarra.

–Eres una desgracia.

Me vuelvo de costado para apoyar mi frente en la de la dormida Phyllis y agarrar su mano inerte para sentirme menos sola, pero aquí no hay consuelo. Cuchillos calientes de dolor por todas partes. Aza parpadea con el naranja de los relámpagos, extiende sus faldas y aprieta, aprieta estrujándome las orejas. Phyllis chilla. Aza nos aplasta como los arándanos que mi madre machacaba y hervía hasta convertirlos en jalea para la mesa de mi amo. «Así se consigue la dulzura –me decía mi madre–. Así consigues que se asiente, que haga lo que tú quieras». Pero aquí no hay azúcar: solo dolor ardiente y virulento.

Aza desaparece.

En nuestro lado de la calle, al fondo del mundo, el aire de Nueva Orleans es caliente, denso y enrarecido: durante las largas semanas de caminata y de espera en el corral, la primavera se ha convertido en verano. Phyllis se tambalea. Intento sujetarla de la mano para ayudarla a mantener el equilibrio, pero se vuelve hacia mí, sin verme, con el pañuelo torcido en la cabeza.

–Annis –me dice antes de que se le doblen las rodillas y se derrame en la acera como una prenda empapada.

Se ha desmayado.

Una mujer blanca y menuda pasa por encima de Phyllis. Está tan delgada como Phyllis y yo misma, y no hay ni una mínima parte de su cuerpo que no esté cubierta, desde la cabeza tocada hasta las manos enguantadas y los pies calzados con medias. El vendedor adornado de oro nos observa desde la valla, la boca fruncida alrededor de una pipa. El humo llega hasta nosotras, áspero y penetrante.

–¿Sabes hacer la colada? –pregunta la mujer.

No quiero dirigirle ni una sola palabra. Phyllis y yo estamos empapadas como si hubiésemos vadeado un río antes de que se nos tragara enteras. Pero en esta mujercita no hay ni una gota de sudor. Su cara rosada está seca. La piel de sus sienes es un pálido papel arrugado. Sus ojos son del azul de un cielo que nunca ha visto una tormenta como Aza. Aprieto los dientes, pero entonces el zarcillo de Aza serpentea alrededor del cuello de la mujer, se le anuda en un pañuelo fantasma y se tensa. La mujer frunce el ceño y tose en su mano enguantada. Busco el pelo alborotado de Aza, sus profundos ojos marinos, pero lo único que veo de su tormenta es ese zarcillo. Esta es la mujer que me ha dicho que buscara.

Frunzo el ceño y no respondo. La mujer se inclina hacia mí.

–¿Sabes hacer la colada? –me dice despacio y en voz alta, como si yo no pudiera oírla.

Me aparto de ella.

Mira al vendedor, que se acerca a nosotras.

–¿Es muda? –le pregunta la mujer–. Ya tengo una sirvienta que no habla. No quiero otra.

El vendedor exhala un círculo perfecto, y la mujer aleja el humo con la mano. Huele a fuego que chamusca una garganta seca. A llama que deseca pechos.

–Creo que está esperando a que llegue un hombre –dice el vendedor–. Creo que eso le gusta más.

«Abandonad toda esperanza», dijo el italiano.

–No –le suelto–. Cocino. Coso. Hago la colada.

Siento mis palabras como un naufragio. En invierno tenía que dejar a mis abejas, las dejaba en paz cuando pasaban del frenesí de la miel y

la puesta estival al lento avance del frío. Cómo sentía esa pérdida cada otoño, cuando arrancaba de la colmena el último trocito de panal. Y así me siento ahora por dentro cuando me obligo a responder a esta mujer, esta mujer de rostro seco como la arena y ojos secos como el cielo, en este lugar que nunca conocerá la nieve. Desesperación cuando le digo lo que quiere oír. Pero no dejaré que ese hombre me venda para yacer debajo de otros. No dejaré que decida tomarme para sí cuando yo ahuyente a todos los hombres que quieran comprarme.

–¿Sabes de hierbas? –pregunta–. ¿Medicinas?

Asiento.

–¿Setas? –La mujer entorna los ojos.

Niego con la cabeza.

–Se me responde «no, señora».

La mujer sonríe con la boca cerrada, los labios finos.

Se da la vuelta y se dirige al vendedor, que nos observa a las dos. Regatean. Uno de los hombres del vendedor levanta a Phyllis del suelo. Ojalá me hubiera desmayado para no tener que responder a la mujer ni acallar al vendedor, y que todo no me llevara a cumplir con el plan de Aza. Ojalá me hubiese desmayado y estuviese dormida como Phyllis bajo el brillante yunque del día, bajo el sol fundido que arde en el cielo. Aza roza su brisa en mis mejillas, bajo la mandíbula, pero aparto la mirada de su fresca mano y veo que los hombres se llevan a Phyllis, con la cara blanda de sueño, la boca entreabierta, de vuelta al corral. Espero que Phyllis sueñe. Me pregunto si me habré condenado.

«Abandonad toda esperanza», dijo el italiano.

Eso es lo que he hecho.

CAPÍTULO 7

ASOMBROSAMENTE OSCURA

Sigo la carreta que lleva a la mujer delgada. No estoy sola. Cuatro de nosotros avanzamos arrastrando los pies detrás de la señora y su criado, un hombre con el cuello fino como una rama, muy oscuro y manco, de nombre Emil. Después de dejar al vendedor indecente y su corral, hemos seguido a la señora por las calles acres y llenas de baches hasta otro corral, y luego otro, y otro, donde ha encontrado a un hombre jorobado de ojos amarillentos como mozo de cuadras, a otra mujer que camina con los puños apretados como bracera de primera y finalmente a un niño con la boca hinchada. El niño, según dice la señora, trabajará en la refinería de azúcar.

Después de reunirnos a todos, la señora dirige a Emil y la carreta fuera de la ciudad y nos adentramos en la naturaleza agreste, rebosante de verdor estival. El bosque pantanoso nos engulle. Tras varias horas de viaje, los árboles se abren a un claro: la casa de la señora se levanta en el centro, un edificio con columnas que se elevan al cielo, elegante y despiadado como una cuchilla ornamental. Es el doble de grande que la de mi amo. Emil deja a la señora en el gran porche delantero y nos conduce por un camino sinuoso hasta la parte trasera de la casa, donde hay una acumulación de graneros, cobertizos para el despiece de carne, ahumaderos y una herrería. Los que están en los edificios hacen una pausa en sus tareas, nos miran y vuelven al trabajo. Su ropa está más raída que la de mi madre, Nan, Safi y la mía. A lo lejos, los campos se extienden más allá de las huertas como la clara de un huevo inmenso.

–Caña de azúcar –dice Emil, señalando los campos con la cabeza antes de escupir en el suelo.

De la tierra negra salen brotes verdes que llegan a las rodillas, hambrientos de sol. Desde aquí el terreno se extiende ininterrumpidamente hasta los bosques. Nunca había visto tanta tierra despojada de árboles y dedicada al cultivo. Las cabañas se amontonan en estrechas hileras en el extremo de los campos como si fueran juguetes esparcidos. Casi todo el camino que rodea la casa hasta los edificios traseros es de tierra, pero algunas hondonadas están

bordeadas de conchas blancas y crujientes, grandes como la palma de mi mano. Me hacen nuevas heridas en los pies y con cada llaga odio más a Aza, al esclavista y a la pequeña mujer blanca.

–Son conchas de ostra –dice la mujer que trabajará de bracera–. Saben a olas y mareas.

Cuando levanta la vista, sé que está viendo más allá de nosotros, que mira su lugar de origen y a las personas que fueron su hogar. La cara se le ablanda, los ojos negros como un carbón frío: fuego que muere en el corazón.

–¿Eras cocinera?

Asiente.

–¿Has dejado familia? –le pregunto.

–Una chica. Pensé que si sabía hacer cosas, que si podía cortar la carne, amasar y guisar…

Vuelve a bajar la mirada, respira con dificultad y sé que está intentando expulsar lo que siente dentro, muy deprisa. Cómo duele ese amor que no tiene adónde ir: un viento que se desgarra sobre las rocas escarchadas del invierno.

–Pensé que podría enseñarle algo que la salvara de esto. Pero lo único que hice fue ponerles fácil que me llevaran a mí.

Tarareo para no oír mi propia herida.

–Ahora es tan alta como yo.

La mujer toma aire, tropieza y yo la sostengo. Su codo está duro en la carne de su brazo, y me pregunto si mi madre anduvo por este mismo camino, si habló con otra mujer, una desconocida, sobre mí. Qué pequeña misericordia, breve como un aliento.

–¿Cómo te llamas? –le pregunto.

–Camille.

–¿Y tu hija?

–Temple –pronuncia el nombre en voz tan baja que el silencio se come el final.

–Es un buen nombre –le digo–. Los templos son lugares para los espíritus.

–Aquí no hay dioses –dice ella, sus palabras como un hacha incrustada en el tronco de su herida.

Aza gira en la oscuridad, sacudiendo ramas musgosas. Quiero decirle a Camille que los espíritus están aquí, incluso en este lugar sulfúreo, buscando entre luces y sombras. «Están aquí –podría decirle–, pero aspiran a demasiado». Le sujeto el codo con lo que podría ser afecto e intento tragarme el ardor de mi resentimiento por lo que me ha pedido Aza, lo que me ha traído hasta aquí: es ácido en mi garganta. «Tienes que dejarlo ir –me dijo una vez mi madre– para que no te ahogue». Camille ve a su hija a través de mí. Le aprieto el brazo antes de soltárselo al llegar a la cocina, donde Cora, la cocinera, me encarga pequeñas tareas para poner a prueba mis conocimientos. Es alta y de caderas anchas, no como mi madre, pero tiene una forma de ser amable que me recuerda a ella. Me pierdo en el tedio de cargar, fregar y recoger hasta bien entrada la noche.

Cuando me despierto en las raíces de la gran casa de la señora, busco a Aza en la oscuridad. El día que se avecina: un coyote encorvado entre la maleza, salivando en busca de comida. Un pesado dolor se desliza por mi centro, se me enrosca alrededor del estómago y los hombros, y me abraza. No quiero levantarme. Me quedo tumbada, sintiendo la presión de la nada, pesada como la casa en cuyo oscuro vientre me acurruco.

Me levanto con Cora y las dos criadas antes de que el sol haya salido del todo. Las criadas están tan flacas como yo y tienen un aspecto andrajoso. Enrollan sus jergones en una de las despensas donde dormimos y después las sigo. Atravesamos el laberinto de almacenes hasta la cocina, susurrando nuestros nombres en la oscuridad.

–Esther –dice la criada de hombros flacos–. Y ella Mary.

La otra mujer, de cuello largo y pelo trenzado en una corona torcida, asiente. Parecen de mi edad, aún no han cumplido los veinte.

–No habla mucho.

–Annis –les digo dándoles mi apodo; Arese es solo para mi madre.

Esther me tiende una pértiga y dos cubos, coge los suyos y se dirige fuera de la casa, sendero abajo. Mary ha cogido un atizador. Caminan

rápidamente hacia el azul del día que asoma, codo con codo, al mismo paso.

–¿Para qué llevas ese atizador? –pregunto.

–Es por las serpientes –dice Esther.

Mary le pellizca el costado y sonríe con la boca hacia abajo para que parezca más bien una mueca. Atravesamos molestas nubes de mosquitos. Llenamos los cubos en el pozo. Los cuelgo de la pértiga y sigo a Esther. Ella no tiene que mirar por dónde anda, pero yo sí; los insectos zumban en la vegetación que nos rodea. El despertar del día cruje como las brasas de un fuego nuevo.

–Es bueno tener otra –dice Esther.

Yo estoy jadeando. Los cubos son pesados.

–Menos viajes. Y Mary no me da mucha conversación.

–¿No habla nada? –le pregunto.

–No –dice Esther deteniéndose.

Mary se adelanta corriendo hacia una serpiente que se desliza por el sendero buscando la luz y el calor que siente que asoma al mundo. La serpiente se retuerce, gruesa y negra, más negra que la noche agonizante. Mary levanta el atizador y la golpea justo detrás de la cabeza, clavándole el metal en el cráneo, y con una risita lo pisa después con el pie descalzo.

–Eso es lo que hace Mary –sonríe Esther–. Conseguir el desayuno.

Mary la retuerce como si fuera el pescuezo de un pollo y se pasa la cuerda que es la serpiente por encima del hombro. Con cada paso, la serpiente se curva sobre la camisa pálida a su espalda, un collar cadáver. Después de dejar el agua, Cora la despelleja y la destripa y luego unta un poco de grasa en la carne, la espolvorea con sal y la cocina entre la profusión de ollas. Creo que algo se muere dentro de mí al ver a Cora freír la serpiente y repartirla: no siento nada, nada dentro, cuando mastico la pálida carne, atragantándome a cada bocado. No siento nada cuando Cora me habla de la señora flaca, de lo autoritaria que es. No siento nada cuando Esther dice que el ama comprueba con guantes blancos si hay polvo debajo de la repisa de la chimenea, y también bajo los salientes de la mesa. Casi no siento nada cuando Cora dice que la señora cuenta cada patata, cada libra de

arroz, cada fanega de maíz, cada pata de carne, todo lo que se cultiva en el lugar, para saber si le afanamos comida.

–Lo que mejor sabe es el caimán, cuando lo conseguimos –dice Cora.

No le pregunto si también es Mary quien lo caza. Trago con la garganta encogida.

Cuando hemos terminado, siento el estómago ligero, ligero como una pluma que se ha escapado de la almohada. Bebo más agua y observo la finísima clavícula de Esther, afilada como un mondador. Miro la larga línea del cuello de Mary y sé que todas están famélicas. Trabajamos igualmente. Doblamos, levantamos, cargamos, zurcimos, encendemos, cortamos y ordenamos. En nuestros viajes de ida y vuelta al pozo, al río, llevamos agua a los campos, donde la gente trabaja inclinada sobre la caña de azúcar. Ya parece más alta que ayer, elevándose al cielo en los últimos rubores del verano. Nunca había visto campos tan extensos ni tampoco a tantas personas dobladas para cultivarlos. Sus espaldas: curvas y oscuras como las de los escarabajos. El aire huele a estiércol. Ancianos y niños escardan los campos, vadeando con el barro hasta los tobillos. Nadie levanta la vista a la extensión azul donde Aza flota y observa con los brazos en alto, haciendo que las hojas de los árboles aplaudan. Sopla una brisa que arranca el sudor de la piel tachonada. Todos los braceros están desnudos al tacto de Aza porque la mayoría de los hombres trabajan sin camisa. Varias mujeres solo llevan un paño atado al pecho, anudado al cuello. Algunos de los niños que dan agua a los braceros van desnudos.

–¿Vienes del norte? –me pregunta Esther cuando me ve mirando a los niños, boquiabierta.

El olor del estiércol animal está tan vivo como el trozo de serpiente que me he comido, y me dan arcadas.

Asiento con la cabeza.

–Allí arriba casi todo es arroz y tabaco.

–Está siendo una buena temporada. –Esther se ríe, y en esa risa no hay luz–. La fiebre amarilla no ha llegado aún. Todavía no es época de cosecha. –Se sube el cubo al hombro–. Tienes suerte, se vive más si trabajas en la casa. –Me mira a la cara y ríe a medias–. Pero ninguno de nosotros se libra del campo, sobre todo en septiembre y octubre.

Uno de los hombres se yergue cuando Esther dice eso, la observa

cojear hacia la casa y levanta brevemente la mano en la brisa. Esther saluda. Es Emil, el criado manco, que está escardando.

–Tío Emil –dice Esther.

Emil vuelve al barro y Aza me revuelve el pelo de la nuca. No me vuelvo para mirarla. No la miraré como a un ser querido, como Esther mira a Emil, como él la mira a ella.

El día transcurre en un torbellino de trabajo para satisfacer a este animal exigente que es la casa. La mansión blanca se come nuestro esfuerzo a grandes bocados, hora tras hora, hasta que nos plantamos en posición de firmes detrás de la mesa de la señora, esperando. Esther, Mary y yo estamos rígidas, con caras largas, sudando en el comedor. La señora come un bocado de cada plato antes de indicarnos a alguna que lo retiremos. Aza revolotea en la ventana, la niebla de sus faldas inmóvil como un gran buitre. Hago como que no la veo. La señora no tiene hijos: su madre es la única persona que la acompaña a la mesa, con el pelo y los ojos del color de la nieve. No ve. La madre de la señora come con prudencia, debido a su ceguera. A bocaditos. Mientras corremos con los platos por los estrechos pasillos que llevan a la cocina, Esther se come lo que la señora no ha tocado. Yo llevo el plato de la anciana, pero no me atrevo a comer de él.

Cuando las mujeres se levantan después del último plato, miro a Aza, miro sus ojos oscuros de tormenta, y dejo que mi odio hacia ella se hinche como un tornado por haber abandonado a mi madre, por haberle fallado a Mama Aza, por haberme traído a este lugar que estruja, estruja de un modo que es casi imposible pensar más allá de agacharse, cargar, servir, levantar, enjabonar, secar, guardar, doblar, encender y apagar. En mi segunda noche en la casa desoigo los susurros de Aza, el sonido de la lluvia y el viento que rodea el techo bajo de la despensa donde dormimos hacinadas entre sacos de alubias y harina.

–Annis –dice Aza–. Pequeña.

A la mañana siguiente, después de ayudar a Cora en la cocina y servir el desayuno, Emil nos pide que lo sigamos al granero, donde coge un hacha y nos conduce a los campos. Un par de mujeres mayores aguardan a nuestro lado en la oscuridad menguante, con gruesas ramas de roble en las manos; otras, que también llevan ramas de árbol, rodean la caña. Murmuran entre sí, mirando las hileras de tallos. Emil corta una rama para Esther, otra para Mary y, por último,

una para mí. Mary limpia la suya y la blande en el aire casi con la misma elegancia que mi madre. Salta de un pie al otro. Entre la caña corre un arroyo umbrío y vivo.

–¿Qué es eso? –le pregunto a Esther intentando identificar el movimiento oscuro.

–Ratas –responde.

–¿Tantas?

–Sí, tenemos que matarlas. La primera cuadrilla fertiliza y cosecha. La segunda y la tercera plantan y limpian las malas hierbas. Esto lo limpiamos nosotros.

Esther me dirige una sonrisa sombría. Desnudo mi rama como ha hecho Mary. Me resulta agradable, familiar, sostenerla en las manos, sentir el equilibrio de la madera, la ligereza en la punta que he deshojado, la pesadez del extremo más grueso. Hombres, mujeres y niños rodean el campo, todos armados con ramas e improvisados garrotes. Los hombres blancos gritan y vigilan desde sus caballos. Los niños corren primero por las hileras, golpeando la soga negra de roedores que corretea entre los brotes verdes, más lentos después de haber estado toda la noche alimentándose. Las mujeres y los hombres trotan hacia los campos más despacio, persiguiendo a las ratas que huyen. Mary corre por el aire liviana como una flecha y de pronto es Safi, la más rápida de nosotras cuando éramos niñas y ayudábamos en la cosecha corriendo por los arrozales húmedos, buscando agua y acarreando sacos. Las ratas caen bajo su garrote. La sigo con Esther a mi lado, pero los brotes son demasiado altos, demasiado turgentes en su verde estival para permitirnos ver bien; nos tocan las ratas rezagadas, las confusas, pero aun así me sienta bien blandir este palo nudoso, imaginar a mi madre a mi lado en el lugar que ocupa Esther, atacando y golpeando con su lanza, una y otra vez, a quienes nos atormentan. Ahora no hay cantos ni murmullos, solo el ruido sordo de la matanza. Los niños pequeños siguen a los cazadores, cogen a las ratas por la cola y las sostienen en manojos, como fruta parda y húmeda. La luz se eleva y se desplaza entre los árboles, y los cazadores se reúnen en el centro de la plantación para recoger su botín.

–No pueden dejarse ahí –dice Esther, y se pasa un brazo por la frente para secarse el sudor–. Atraen a buitres, zarigüeyas y armadillos. Tenemos que recogerlas, quemarlas.

Un hombre se nos acerca a caballo y nos vigila mientras nos agachamos y recogemos. El caballo mueve la cola reluciente, pero el hombre está muy quieto. Recojo una rata muerta, con el rabo seco y aterciopelado.

–Tú, ahí –grita el jinete, y todos, incluso los que están lejos, se detienen y dejan de recoger ratas muertas.

Esther resopla y se mira los pies. En el otro extremo del campo Emil se yergue, alto y enjuto.

–La has roto –le dice el jinete a Emil.

El bigote y la barba le comen la cara a ese hombre blanco: le tapan la boca de modo que su voz casi parece salir de la nada. Aza bufa en mi hombro, me resopla en la oreja.

–Mira hacia otro lado –me dice.

Me niego. Emil está quieto como un poste, con una pequeña hacha en la mano, la cabeza metálica torcida.

–Aquí –dice el jinete–. Ahora.

Cabalga hacia Emil y se le acerca en el gran caballo oscuro.

Emil, la camisa abierta en el pecho, se queda inmóvil a la sombra del animal. El hombre blanco le da una patada, y la patada hace que la camisa de Emil se le suba hasta los hombros. Hay surcos en su cuello, en su pecho, en sus costillas. Huesos recubiertos de piel, sin carne. A diferencia de los demás, Emil mira directamente al jinete. Agarra el hacha con fuerza y sus nudillos se aclaran bajo la dura luz del día.

–No iré –dice Emil entre dientes, y se apoya el brazo tullido en el estómago, lo dobla, se acerca el hacha rota–. No.

–Llevadlo al hoyo –dice el jinete.

Otros dos desmontan y se acercan corriendo. Tienen el pelo claro y son tan pálidos como las hijas de mi padre. Emil se planta, hunde las caderas, sepulta los pies en la tierra negra. Los jinetes lo arrastran lejos de los campos, de vuelta a los graneros y la casa grande. Sus talones dejan serpientes largas y sinuosas en el suelo. El jinete que sigue a caballo lo espolea para que trote.

–No iré –grita Emil–, no iré.

Uno de los empleados le da un codazo en la cara y le quita el hacha rota. Los pájaros graznan en señal de duelo y sobrevuelan sus cabezas. Los demás abandonan los campos, alimañas en mano, y empiezan a amontonar los cadáveres. Mary patea el suelo y mira con el ceño fruncido el manojo de ratas que sujeta por la cola.

–¿Qué es el hoyo? –pregunto.

–Vamos –dice Esther mientras recoge los cubos de agua.

Las sigo a ella y a Mary. Corremos por un sendero de tierra bajo dos robles cuyas ramas se unen sobre nuestras cabezas, sus miembros enredados en un abrazo. El viento tira del musgo, un viento irritante y arenoso, y antes de poder verla sé que Aza está aquí, desplazándose por la pequeña estancia arbolada. Nos detenemos, agazapadas entre la maleza, y vemos que Emil sigue forcejeando con los hombres, pataleando y retorciéndose como un pez en el anzuelo. Uno de los empleados vuelve a darle un codazo en la cara y Emil se desploma sobre sus brazos. El otro se adelanta un poco y se arrodilla. Agarra la tierra y una trampilla se abre en el suelo. El primero arrastra a Emil hasta allí, lo empuja, y Emil cae de lado, gritando, en la oscura boca de la tierra. Los hombres cierran la trampilla y Emil desaparece. Aza gira y se apresura por el claro, tirando de las hojas de todas las ramas hasta arrancarlas de sus tallos. Llega en forma de granizada verde: una furia viviente. Los empleados se cubren los ojos y se encorvan como un par de fantasmas perdidos.

–Viene una tormenta –dice Aza–. La he convocado.

Las nubes cubren el cielo y la tierra se arremolina en el aire, volviéndolo pardo como el fondo limoso de un lago cálido.

–Debes buscarlo, Annis –me dice Aza.

–¿Buscar qué? –susurro, y Esther me mira.

–¿Qué dices? –pregunta.

–Nada.

Me miro los pies con los ojos entornados y me pregunto si Emil estará chillando. Me pregunto si no podemos oírlo por el torbellino de Aza, que atraviesa de nuevo el claro. El jinete aúlla mientras su caballo patalea y gira bajo los árboles, rebelándose contra él. Nos agazapamos bajo el viento. El jinete grita, pero Aza lo ahoga con sus ráfagas. Mary hace una seña y Esther y yo la seguimos por la maleza.

–Espérame –sisea Aza, y hay placer en su voz.

Quiero levantar mi rama hacia ella, ver si la golpea, si arrastra sus vientos, si interrumpe su silbido ebrio de poder.

Me pregunto si allá abajo Emil notará el viento de Aza, si este hará temblar la tierra. Esther se ha atado un trapo color crema a la cabeza y yo sigo su tenue movimiento en la penumbra. Mary levanta un ramillete de ratas por encima de su cabeza y mira al cielo, a Aza que allí se agita, y sonríe.

Más tarde, el viento arrastra el olor a pelo quemado de los montones de roedores muertos que circundan los campos. Su olor nauseabundo llega hasta la cocina y sube a las habitaciones de la casa. La madre de la señora tose y tose en un pañuelo, y la señora me ordena que recoja hierbas y le prepare una tisana para mañana, algo que le alivie la garganta, antes de ordenarnos que cerremos todas las cortinas y puertas. Aun así, la casa apesta a carne quemada. Sus habitaciones son silenciosas y oscuras, igual que debe de serlo ese agujero en la tierra.

Mientras Emil está encerrado en el hoyo, la señora nos hace abrir todas las ventanas de la casa y nos dice que lavemos toda la ropa de cama, barramos y freguemos todos los suelos, abrillantemos toda la madera, limpiemos el polvo de los candelabros y pulamos todas las superficies metálicas. «Quiero que brillen», dice.

–Viene el hombre –dice Esther mientras arrastramos, cortamos y lavamos–. Su marido. Se queda a trabajar en la ciudad.

Me pregunto si vi al marido ese cuando el Hombre de Georgia nos llevó a la ciudad, si nos ignoró mientras aguardábamos de pie ante el corral de esclavos, o si se detuvo para interrogarnos o regatear con el vendedor.

–¿Cómo es? –le pregunto a Esther.

–No es de los que ayunan –responde burlona.

El segundo día que Emil está dentro de la tierra, camino más despacio cuando vamos a buscar agua por la mañana. Dejo que Mary y Esther me adelanten y tomo el sendero arbolado que lleva al hoyo. Aguzo el oído. Emil gime. Aunque mis axilas y mi cara supuran miedo, me arrodillo junto a la oscura rejilla y vierto agua, una taza, dos, en un chorro a través de la reja.

–Emil –susurro–. Agua.

Espero que coja un poco en la palma de las manos o en la boca.

Vuelvo todas las mañanas, vigilando por si hay empleados, pero nunca están ahí. La puerta parece pesada, definitiva. Emil nunca contesta, pero yo le susurro igualmente y derramo agua pensando en mi madre, preguntándome si alguna vez se encontró en un agujero como este y si alguien se compadeció furtivamente de ella. Intento no pensar en él cuando estoy en casa con los músculos agarrotados, luchando contra el dolor, moviéndome sin descanso. Intento no pensar en nada, pero no puedo dejar de imaginarme a mi madre en un agujero, con la vista alzada hacia la rejilla, mirando el cielo del otro lado, llamando a Aza.

La mañana del cuarto día la señora les dice a los mozos que saquen a Emil. Bajan y lo izan con una cuerda. Le ordenan que se lave, y eso hace en el jardín que hay detrás de la cocina. Cuando los mozos se marchan, Emil se restriega lentamente con su única mano buena para limpiarse la tierra que le cubre la cara, los brazos, las piernas, la espalda curvada como una hoz. Se detiene, se incorpora y se queda con la mirada perdida, y entonces una gallina cacarea o canta un gallo y eso le hace volver al aseo. Lo observamos desde la sombra de la casa y Esther se ofrece a limpiarle la espalda; él la rechaza con un gesto, insistiendo en que solo necesita que le eche agua por encima cuando haya terminado de lavarse. Se endereza lentamente mientras se recompone en la luz, sobre la tierra. Se viste en el granero, y cuando sale con la manga anudada sobre el brazo tullido está tan erguido como la primera vez que lo vi en la carreta de la señora.

Envían a Emil a Nueva Orleans y regresa por la noche, con el marido de la señora. Lo que me dijo Esther era cierto: el marido es un hombre grueso. Entra en tromba en el vestíbulo y se ríe cuando la señora se le acerca de puntillas, sonrojada y reluciente como un pájaro salpicado de diamantes después de un baño en el arroyo. El marido tiene las mejillas redondas como tortas de maíz, enrojecidas por la grasa. Se inclina sobre ella y la engulle, devorando cualquier sombra de la resplandeciente habitación con su chaleco bordado en oro y el pelo que le brota de la cabeza en forma de grandes rizos rubios. El cerdo redondo que son sus hombros llena el espacio. Es tan vistoso como un zorzal pechirrojo. Su esposa, un pajarillo, revolotea a su alrededor.

Antes de que llegara el marido, la señora mantenía la casa oscura y cerrada como la maleza, nos ordenaba tener las cortinas corridas y solo permitía dos velas en la misma habitación: sus llamas parpadeaban frente a los espejos, emitiendo débiles salpicaduras de

luz, lo que nos facilitaba coger el pan y las tortas de maíz que no habían tocado de sus platos. Pero ahora es como si la señora hubiera invocado al sol en el vestíbulo, pues todas las velas flamean ante los lisos espejos y la luz atraviesa el cristal de las arañas. Con su marido aquí, nos ha ordenado encender todos los candelabros, y la casa está llena de luz y del pesado humo de la cera.

–Has esperado demasiado –le dice ella–. Tendrías que haberte marchado antes de la ciudad.

Les escucho a medias mientras aguardo con Esther y Mary de espaldas a la pared del vestíbulo. Recogemos el sombrero y las maletas del marido. Él le cuenta a su mujer que su socio ha contraído la fiebre amarilla: el verano ha fermentado la ciudad durante meses y familias enteras están enfermando en Nueva Orleans.

–Has tardado demasiado en volver –gorjea la mujer–. ¿Y si te pones enfermo?

La señora insiste en darle de comer, afirma que tiene mal aspecto, tanto tiempo sin ella para cuidarlo. Los seguimos hasta su habitación, donde él se despoja de su ropa de viaje y Esther y yo nos la llevamos. Está húmeda y huele a leche cuajada. Este hombre suda como mi amo.

–Tenía una mujer plaçage –dice Esther la tarde siguiente, cuando ella, Mary y yo estamos con el agua hasta los codos, lavando toda la ropa que el hombre ha traído de la ciudad.

–¿Qué es una mujer plaçage?

–Una mujer como tú: de piel marrón y pelo sedoso. –Baja la frente y se la seca en el hombro–. Hay muchas en Nueva Orleans.

Recuerdo a las mujeres con pañuelos anudados en la cabeza que recorrían las calles de aquella ciudad mercado, haciendo lo posible por no mirarnos mientras nos dirigíamos, maniatadas y ensangrentadas, de camino a nuestra venta.

–Ha tenido hijos con ella –dice Esther.

No puedo evitar soltar un bufido.

–La señora no puede tener hijos –añade.

El calor del agua y el escozor del jabón me queman las manos, pero froto con los brazos, los hombros, la espalda. Tomo un bocado de

judías del plato de la madre ciega que me calma el hambre. Pienso en Safi. Lo que daría por su dulzura. Cómo me llenaría. Me trago un sollozo que quiere saltar de mi garganta, parpadeo y me inclino sobre la colada.

–¿Cómo sabes lo de la otra mujer? –pregunto.

–No vacía sus bolsillos. Tenía una foto de ellos que se le olvidó sacar del chaleco.

Mary escurre una de las camisas.

–Es guapa. Tiene ojos grandes y oscuros y un lunar en la barbilla. Le ha dado un hijo y una hija. Los dos se parecen a él.

Escurro sus calzoncillos. Para mí todavía huelen a agrio. Estoy seca por dentro, dura como la tierra que rodea las raíces de una planta marchita. Hambrienta y necesitada.

–¿Qué hiciste con la foto? –le pregunto.

Mary gruñe. Esther se ríe.

–Tuve que pensarlo bien. Si la devolvía y la señora la encontraba, todos habríamos tenido problemas. A ella le gusta vigilar; castiga por castigar. Si la devolvía y él la encontraba, entonces habría sabido que lo sabíamos. Así que la lavé con el chaleco. Quedó destrozada y la dejé en su bolsillo. Hecha pulpa. –Sonríe a Mary–. Fue idea de Mary.

Mary esboza una fina sonrisa y pone los ojos en blanco. Se quieren, Mary y Esther. Quizá no como yo quería a Safi, pero se quieren. «Bien. Me alegra que no todos aquí estén necesitados», pienso.

–Mary es lista.

–Sí –susurra Esther–. Sí que lo es.

Se endereza y deja que la colada que estaba escurriendo le moje el delantal.

–Mejor trabajar juntas ahora que él está de vuelta. Si te encuentra sola… –La falda se le oscurece con el agua–. Mastica raíces de algodón –dice, mirándose la parte de delante toda empapada, su voz apenas un suspiro–. Eso hará que no nazca una criatura.

Estiro la ropa y la tela suena como si se rasgara.

–Si no viene él mismo a por ti, se entromete. Empareja a los hombres y las mujeres, nos hace acostarnos unos con otros en las cabañas con la esperanza de que nos quedemos embarazadas y tengamos hijos. Ella hace trabajar a las embarazadas hasta que paren y luego las devuelve a los campos. Mastica raíz de algodón y traga –dice Esther–. Tú no quieres que eso pase.

Quiero preguntarle cómo lo sabe, pero no lo hago.

–Eso también me lo ha enseñado Mary –susurra Esther, y sus palabras cierran la puerta de la conversación.

El hombre se come toda su cena. No hay sobras porque no deja nada: rebaña los platos con pan, con el cuchillo, el tenedor y la cuchara. A medida que bebe, se inflama más y más, se pone rojo como el corazón de una hoguera, pero sus manos y la piel que rodea su cabellera siguen pálidas y amarillentas. A menudo la señora alarga el brazo por encima de la mesa y le toca el antebrazo, el codo; una vez, hasta la cara. Qué fácil es su afecto por él, qué segura está de su mano, de su vida, de su respuesta, porque él también la toca. Ella entorna los ojos y ríe cuando la mano de él encuentra la suya; su mejilla cetrina tiene el resplandor melocotón del dorso del ala de un pájaro. Safi me tocaba así cuando me besaba; convertía sus dedos en una jaula de pájaros, un delicado cercado en mi rostro. Cómo me gustaba ser su ave de alas recortadas, domesticada: me acicalaba las plumas para ella, me acercaba con el corazón aleteando. Cómo deseaba lo que tiene esta mujer: tocar a Safi a la luz del día, fuera del nido de árboles, del zumbido de la colmena. Estar a salvo en el amor…, pero no pude.

Mama Aza tampoco estuvo a salvo. Tenía a su guardia, pero no podía amarlo abiertamente. Mi madre me lo contó una vez en la oscuridad, después del trabajo:

–Me dijo que intentaron dejarlo. Que cuando Mama Aza y su grupo de mujeres se acercaban a él y a sus hombres, ella volvía la cara y bajaba los ojos. Dejó de mirarlo pero podía sentir la mirada del guardia zumbando a su alrededor como un enjambre de mosquitos. Había intentado toda su vida no querer nada para ella, pero ahora quería algo. Quería estar en el círculo de sus brazos. Quería arrodillarse con él a los pies frescos de los árboles y cazar antílopes. Quería respirar así –mi madre me acercó la cabeza a su pecho mientras yacíamos allí, con los hijos de Nan murmurando en sueños–, cabeza con corazón. Pero no podían. Así que huyeron. Solo después de que los atraparan y los llevasen al barco descubrió Mama Aza que yo estaba dentro de ella:

todo el amor de los dos nacido en forma de pequeña semilla.

Le toqué la piel que cubría su agitado corazón.

–El rey envió a sus familias tras ellos: las hermanas-esposas de Mama Aza y los hermanos del guardia. Las esposas y los guardias los persiguieron. Tuvieron una noche de libertad juntos, bajo el cielo, en una cama que se hicieron ellos mismos. Una noche abrazados. Se levantaron y huyeron al día siguiente, pero las esposas, que sabían rastrear animales grandes y pequeños, los encontraron en su segunda noche de huida. Los rodearon. Mama Aza y el hombre al que amaba se colocaron espalda contra espalda, con las lanzas y las espadas desenvainadas. Ella dijo que sentía el salto de sus músculos contra los de él, cada golpe, cada parada. Dijo que no pudo contener las lágrimas cuando vio que los superaban en número y supo que ese deslizar de sus músculos sería la última vez que se tocarían.

Su corazón aleteó en mi mejilla.

–Mama Aza me dijo que mucho después seguía sintiendo que una parte de ella continuaba allí, que siempre estaría allí, con él, en ese momento, luchando, con las armas en las manos: la última vez que tuvo un poco de lo que quería.

Entonces mi madre guardó silencio y dejó que las lágrimas le resbalaran por un lado de la cara hasta que subió la mano para secárselas.

–Mamá –le dije, y le rodeé la barriga con el brazo y apreté hasta sentir el crujido de las costillas que protegían sus partes blandas–. Mamá.

Suspiró y la oscuridad se comió el suspiro.

–Este es nuestro momento, mamá –le dije.

Ella respiraba entrecortadamente.

–Tuyo y mío, mamá.

Y entonces ella apretó hasta que sentí crujir mis propios huesos, y no hablamos más aquella noche.

Después del postre, el hombre pide más leña para el fuego. Dice que tiene frío, aunque el calor de la chimenea, el verano que no acaba y las velas encendidas cargan la habitación y empañan las ventanas. La

mujer se queda callada y se come otra cucharada de crema dulce, y yo me dejo llevar fuera de esta habitación húmeda y cerrada, de vuelta, de vuelta, a mi madre: su mano en mi cuello, deslizándose por mis hombros, frotando en círculos. Yo: resguardada, amada. El tintineo de un cuchillo en el plato me devuelve al comedor, a la mirada de la señora, que pasa de pajarillo a halcón. El marido está sudando, rollizo como los topos que se alimentan de noche.

–¿Qué te pasa? –pregunta ella.

El calor lo ha glaseado. El hombre me mira como si yo tuviera una respuesta a su rubor, a su cara de esponja roja. Miro abajo y hacia otro lado, a cualquier parte menos a él.

–Cariño –dice el hombre.

Esther y Mary miran fijamente las tablas del suelo que hemos limpiado y abrillantado toda la semana. El marido parpadea hacia ellas, hacia su mujer, hacia mí otra vez. Aprieto el paño que sostengo en las manos y miro por la ventana. Aza no está.

–Fuera –dice la señora–. Todas fuera.

Esther, Mary y yo salimos rápidamente del comedor, casi corriendo hasta la cocina. La voz de la señora se eleva. Le grita a su marido, pero las paredes y el suelo ahogan sus palabras. Ayudamos a Cora en la cocina hasta que la voz de la señora resuena escaleras abajo, diciéndole a Mary que quite la mesa y a Esther y a mí que encendamos el fuego en su dormitorio. Subimos leña y Esther intenta encender el fuego pero no prende, la madera sigue verde por la humedad de finales del verano.

–Más –dice Esther, y bajamos corriendo a por más, intentamos coger los troncos más secos, tratamos de pasar sin hacer ruido por delante del salón, donde, a juzgar por el resplandor de la luz y la conversación entre la señora y su madre, se han reunido después de cenar. Pero cuando llego al pasillo, fuera del dormitorio, el marido está apoyado en la pared con un antebrazo, la barbilla hundida en el pecho, el pelo como un gorro húmedo sobre la cabeza. Me detengo con la leña y él levanta la cabeza para mirarme.

–Necesito agua –dice, y se acerca a mí con el brazo extendido y empuja la leña, que cae al suelo con un golpe seco. Sus dedos son largos, calientes y firmes cuando me agarra del hombro–. Al infierno la leña.

–No –dice Esther, deslizándose por la puerta del dormitorio, y yo me aparto bruscamente y veo a la señora de pie, detrás de nosotros.

–No –dice la mujer, y no oigo nada por el pánico que me inunda como un torrente de lluvia desbordando su cauce.

La boca de la mujer se mueve, y capto esquinas de palabras. Su voz se eleva y se eleva, está invocando a Dios, la moral y los pecados de la carne. Oigo esa palabra, «carne», y luego nada, y entonces ella dice «tierra» y yo retrocedo, tropezando hasta la pared. El hombre dice «no, no», y trata de secarse el sudor de la frente una y otra vez, y yo me desplomo, dejando que la pared me sostenga aunque lo único que quiero es correr, correr escaleras abajo, cruzar la cocina, salir por la puerta y adentrarme en la noche alborotada.

La señora manda a Esther abajo y me deja ahí tirada hasta que poco después entran dos hombres y me agarran de los brazos. Esther frunce el ceño y respira rápidamente, me mira a la cara mientras me arrastran abajo y murmura: «¡Lo siento, lo siento!». La mujer intenta abofetear al hombre, pero él le sujeta la muñeca. Gimen, forcejean en el pasillo. Demasiado injusto, demasiado brutal. Me convierto en un peso muerto, como Emil, para resistirme a los que tiran de mí. Oigo a la mujer gritar de celos mientras los hombres pálidos me arrastran por la cocina. Me quema la garganta, me arde la cabeza. Busco a mi madre, nuestro momento, pero no puedo retenerlo, no puedo retenerla, no puedo sentir la tibia humedad de su piel, la calidez de su aliento, los callos de sus manos esa noche en la cabaña. No puedo sentir nada más que esto.

El hoyo: un ataúd vertical en la tierra. Una larga caída. El fondo endurecido por todos los que me han precedido. Aire denso en la oscuridad. Una noche negra. Estacas de madera erizan las paredes. No hay descanso en esta resbaladiza tumba de barro.

Grito y levanto un brazo.

La compuerta se cierra con un ruido sordo.

No puedo dejar de llorar. Un sonido me quiebra la cara. Me sube desde el estómago, incesante, y sacude la angosta tumba del hoyo antes de volver a resonarme dentro. Pero sigo gimiendo. Intento encaramarme a la pared y me corto el brazo, la pantorrilla y un lado de la cara con las estacas que los hombres han clavado en las paredes, fila tras fila, de abajo arriba. Los mismos hombres que ahora ríen al

otro lado de la trampilla. Me trago mi lamento, todavía conmocionada, me aprieto el corte del brazo. El pánico revolotea espasmódicamente dentro de mí, convirtiéndose de pájaro en murciélago y de vuelta a mi pecho. Me abrazo con fuerza y gimo en voz baja. La risa de los hombres se dispersa y desaparece. Este hoyo es tan profundo como altos son los techos en casa de la señora: necesitaría un taburete alto para alcanzar la reja cerrada. Las estacas me acosan. La sangre me palpita en la cabeza.

–Aza –susurro.

Cierro los ojos para ver la oscuridad que hay detrás de mis párpados, para ver un negro más familiar.

–Aza, por favor.

El latido de mi corazón se atenúa hasta convertirse en el pulso de un insecto.

–Mamá –lloro.

Ella, cuyo amor por mí no tenía fin. Me cubro la cara con las manos, me embadurno la boca de sangre salada, me aprieto los huesos de la cara; quiero aplastar mi dolor hasta convertirlo en nada.

La tierra de las paredes se desmigaja quedamente. No puedo respirar, me da miedo que la tierra me envuelva, que me asfixie, que me mate. ¿Y si muero en este hoyo?, pienso, y entonces las migajas de tierra se convierten en palabras confusas:

Ella… no… aquí.

Me clavo las uñas en la frente: Serénate, me repito, serénate. Aza habla con el silbido del viento. El río hablaba con el gorgoteo y el fluir del agua. Estas palabras son el tamborileo de la tierra sobre un ataúd.

Esa es… del aire… pero tú… estás en nosotros.

–¿Quiénes? –jadeo–, ¿quiénes sois?

Oigo el sonido de la tierra que se abre en el campo para recibir la semilla.

Nosotros.

Gimo y noto el sabor del barro, lamo la arenilla en los pliegues de mis mejillas.

Nosotros hablamos.

Sangre en la húmeda carne abierta de mis encías.

Porque tú oyes.

–Quiénes sois –digo, y trago, y toso.

Nosotros… nosotros lo tomamos todo. Huesos grandes y pequeños. Alas quitinosas, lomos finos como el papel. Filamentos del corazón de un árbol. Raíces hundidas en busca de agua. Volutas de arroyo. Hojas quemadas. Musgo viejo. Lo más desecado. Lo tomamos todo.

–¿Por qué yo?

Rocas que se desafilan, borde contra borde.

Has venido. Un chasquido agudo. Tomamos.

Me arden las piernas de estar de pie, doloridas por las largas horas de trabajo para preparar la llegada del marido. Encajo la cabeza entre dos estacas, la apoyo en la tierra fresca.

–No puedo respirar –jadeo.

La tierra fecunda me comprime en la angosta oscuridad.

Tú ofreces. Diste la sangre de tus pies al lecho del río.

El olor es tan intenso que me baja al pecho, empuja desde dentro, insiste en que inhale, exhale.

Los dedos de tus pies nos alimentaron durante la larga caminata.

Agarro estacas con las dos manos y empiezo a tirar, pero no hay espacio para maniobrar. Cuando tiro con más fuerza, retorciéndome con todo el cuerpo, los cuchillos de madera se me clavan en la espalda; como noto que ceden un poco, sigo tirando.

Incluso ahora nos alimentas, dicen.

Tiro y me retuerzo.

Sangre. Sudor. Lágrimas.

El barro suspira.

Tantos de vosotros en la ancha tierra, ofreciendo. Desde los dientes de nuestras viejas montañas hasta el vientre de nuestras llanuras. Desde las pestañas de nuestras bahías y ensenadas hasta los dedos de nuestros desiertos, los pies de nuestros pantanos.

–No. Yo no estoy ofreciendo nada –digo.

Me agacho un poco en la completa oscuridad.

Tomamos –grumos de tierra me manchan los brazos– para dar vida. Creíamos que eras una liebre, pero aún eres un conejo. Has nacido ciega. Tiro de nuevo. En esta madriguera.

El barro me resbala por la espalda.

–Sois una tumba –resoplo–. Mama Aza, mi madre, Safi y yo no damos nada por nuestra propia voluntad. Pero vosotros –tiro, y una de las estacas me apuñala en la parte posterior del muslo– tomáis igualmente.

Arranco una de las varas de madera. La suelto y forcejeo con la otra. Espero poder arrancar suficientes palos de las paredes para dejar un espacio donde pueda sentarme con las rodillas pegadas al pecho y descansar. El suelo retumba, el limo se desliza sobre la tierra que se desliza sobre la roca. Mi ataúd tiembla.

Transmutamos. Tomamos cadáver y orina y sangre y lo rompemos y rompemos y rompemos y reducimos hasta su mínimo ser.

–Sois todos codiciosos: vosotros y Aza y el río y Aquella Que Recuerda. Lo único que hacéis es tomar. No dais nada.

Estoy temblando, mi voz es un susurro ronco.

Atiende, gruñe la tierra. Envolvemos hasta que la ofrenda da una semilla dentro de nuestro cuerpo, y luego se da a sí misma. Comemos para transformar. Te conviertes en piedra y tronco, savia y larva. Hongo y polen. El polvo se levanta y, después de dar muchas vueltas, te dejamos volver a la oscuridad. Y vuelta y vuelta y más vueltas después, tu pelo y tu piel y tu sangre arden hasta convertirse en estrella.

Me cuelgo de una de las estacas, la retuerzo al mismo tiempo y se desliza de la tierra como un cuchillo en mantequilla tibia.

Aquella a la que llamas Aza, que corre y sopla.

La dejo caer.

Esa es la que nunca da, dice la tierra.

Me pongo a tirar de otra estaca.

La que toma y come y se baña en ofrendas, engañándote para que creas que tormenta significa agua, significa vida, pero no es así. Nosotros devoramos pero también prodigamos.

La estaca con la que forcejeo cae, y luego cae otra sin que tenga que tirar de ella.

Se caen solas de la pared, chapoteando como una lluvia intensa.

Tú adoras al viento, dice la tierra. Pero nosotros damos.

Me detengo con las manos pegadas a los lados, sosteniendo la última estaca que he arrancado de la tierra; hay un montón de madera caída a mis pies. La tierra, Aquellos Que Toman y Dan, me la ha concedido.

Atiende. La última de las estacas cede; me apoyo en la pared y me deslizo al suelo, ardiendo. Puede que estés ciega y mojada y amoratada, pequeña.

El suelo del ataúd empieza a ondularse y grito. La tierra se traga todas las estacas caídas y expulsa arena tan blanda como una almohada antes de volver a afianzarse.

Quizá estés demasiado tierna para el mundo, dicen Aquellos Que Toman y Dan, un crujir de gusanos en la tierra. Algunos conejos excavan en el sitio equivocado. Cavan en arena suelta. Sus crías se asfixian cuando las madrigueras se desploman.

Mi cuerpo es un cúmulo de moratones, de los tobillos a la cabeza.

Pero tú eres aquella que olfatea. Que husmea. Serpentea. Tú eres la pequeña que reacciona y se arrastra. La pequeña que rompe la tierra y respira. Tus hermanos de camada se quedan quietos y dejan de respirar, sus partes se transforman en plumón, bulbo, humo.

Me ovillo en la arena blanda.

Pero tú, tú te abrirías paso hasta la superficie.

Esta tumba: mi cama.

Y cuando encontraras la salida, te lamerías la tierra de las patas.

Y yo sin madre en esta madriguera.

Trágala, pequeña, y luego vuelve a darla.

Intento limpiarme la sangre de la cara, luego me rindo y apoyo la cabeza en la pared. La tierra me baña en el almizcle de los hongos y la flor marchita de las heces de lombriz. A través de los barrotes de madera y de las estacas que siguen erizadas alrededor de la compuerta: estrellas.

Tú de nosotros, dicen Aquellos.

Me envuelven en sus manos, sus brazos, su regazo.

Tú de nosotros.

CAPÍTULO 8

OFRENDAS DE SAL Y HUMO

Cuando los mozos me sacan de la tierra, estoy manchada de sangre y arcilla rojas, adormilada como una serpiente de cascabel a la que despiertan en un profundo nido invernal. Me arrastran hasta la casa por el sendero que rodea los cobertizos y por la noche salpicada de insectos porque me fallan las piernas y no me tengo en pie. Durante días he llamado a Aza suplicándole lluvia, pero no me ha dado nada, ni nadie ha vertido agua por la reja de la trampilla. Me arrojan al suelo de la despensa y me vuelvo de lado, intento abrir los ojos para despertar del sopor en el que me he hundido, pero no lo consigo. Me esfuerzo, cuento los segundos por el tamborileo de las cucharas de Cora en las ollas, pero el sonido de su trabajo y el olor a grasa de cerdo que sale de su cocina no bastan para devolverme al mundo superior de la vigilia. La tierra todavía me posee. Vuelvo a sumergirme en el sueño del hoyo.

Cuando estaba en la mano de la tierra, me elevé, me deslicé por la trampilla y subí al cielo. El olor a humo me envolvía. Me encontraba encima de la plantación: miraba abajo desde arriba, muy arriba. Las personas esclavizadas por la señora estaban desnudas, encorvadas sobre los campos, la casa, la refinería de azúcar, los establos, los almacenes y los cobertizos. Se encorvaban y daban, se encorvaban y daban, ofreciéndose a la tierra, entregando a la tierra escamas de piel, arroyos de sudor, sangre de cortes y tajos, el vómito de sus bocas.

Leña lista para arder, pensé.

Fíjate, dijeron Aquellos Que Toman y Dan, y volví a bajar la vista a los que trabajaban.

Mientras sobrevolaba los campos en el sueño, contemplándolo todo como Aza, vi la desesperación que consumía a los que se arrastraban entre la caña y la colmena de la casa. Pero también vi una veta verde que recorría el centro de cada hombre, mujer y niño: una veta que se abriría paso hasta florecer. Una veta que mis abejas reconocían como la verde esperanza de la miel. Me pregunté si la tierra quería que me fijase en eso, me pregunté si Aquellos Que Toman y Dan querían que

entendiera esto: mi pueblo podía tomar todo lo que lo atormenta y usarlo para tapar grietas, para sembrar y cosechar, para recubrirse de grasa y poder resistir con la esperanza que refulgía en los rizos de su pelo, en el negro azabache de su piel. Sus corazones resonaban con un susurro inmenso: mi pueblo cantaba en los campos. ¿A eso se refería Aza cuando dijo que los míos se alzarían?

Me acurruco en el suelo de la despensa, soñando, y trago ceniza.

Mary me despierta por la mañana: un roce vacilante en el centro de mi espalda. Me vuelvo hacia el otro lado y me cubro la cara con las manos. Todos mis pedazos rotos son una dolorosa costra de color óxido y morado. Hoy siento cada golpe, cada corte, cada músculo desgarrado: residuos de mis ofrendas a los espíritus de esta tierra.

–La señora ordena que vayamos todos a la caña –susurra Esther–. Vamos a limpiar los campos.

Me apoyo en un codo y, tambaleándome, me pongo en pie. Mientras me ciño la falda, tiemblo de pies a cabeza. Estoy hueca de hambre. Después de la marcha al sur, pensé que el río de pasos disonantes me había reducido a nada, pero ahora, en este lugar, descubro que todavía hay más que perder con la señora, la casa, los campos. Desde la línea de mi muslo hasta la cueva de mi vientre pasando por las muescas entre mis costillas y la cuchara detrás de mi cabeza, la nuca: este lugar está mondando lo poco que quedaba de mí. A Safi le encantaban mis piernas: a veces, cuando paseábamos por el bosque, se agachaba sin dejar de andar y me acariciaba detrás de los muslos, los hoyuelos de mis rodillas, las líneas de mis pantorrillas. «Mírate –decía sonriendo–. Mira». La falda ondea en mis piernas y están flacas, flacas como ramas caídas bajo una lámina de agua. Apenas me reconocería… Si vuelvo a verla, Safi no me conocerá.

La tristeza levanta la cara hacia mi garganta y me asfixia.

Ya no quiero ser ciega. No quiero ser un gazapo que araña perdido en la tierra. Mira, han dicho Aquellos Que Toman y Dan. Veré. Renqueo hasta la cocina, cojo unas tijeras grandes de la mesa y salgo tambaleándome por la puerta. Mary y Esther corren detrás de mí, cogidas de las puntas de los dedos.

–¿Annis? –me dice Esther.

La sombra de la casa es gélida, como sumergirse en agua fría. El pelo me ha crecido en rizos como sogas que me caen por los hombros y

espalda abajo. Algunos pequeños mechones se han apelmazado atrás. Sin dejar de correr a trompicones, cojo un mechón grande y lo corto. Me alejo corriendo de la gran casa y los cobertizos cortando un mechón tras otro, como lino aquí, como seda allá, una borla de algodón en la coronilla.

–¿Annis? –repite Esther mientras ella y Mary trotan a mi lado.

–Tengo que hacer una ofrenda –les digo.

Reúno todo el cabello cortado, cada mechón fino como una telaraña, y atravieso una arboleda y las cabañas, una fila tras otra, hasta donde empieza el bosque. Es un trayecto largo y vacilante. Cada respiración quema y tengo que evitar que mis débiles piernas tropiecen. Desoigo las súplicas de Esther, pero ella y Mary me siguen igualmente. El bosque se inclina, espeso como una jungla, sobre mí. Me detengo y empiezo a buscar hasta que encuentro un ciprés alto, cargado de semillas. Sus hojas, que empiezan a pardear como las de los árboles de allí donde procedo, anuncian que se acerca el otoño. Escarbo en la tierra con las manos. Aquí el suelo es rico y blando, y recojo gusanos, bichos y aterciopeladas agujas de ciprés que lanzo por encima del hombro. Cavo un hoyo tan profundo que el brazo casi me desaparece hasta el codo.

–¿Qué haces? –dice Esther.

Se agacha con Mary a mi lado.

Mary suspira.

–Tendrás que hacer mucho de eso en los campos –dice Esther.

Dejo el pelo en el fondo del hoyo.

–Es una ofrenda –les digo.

–¿Para qué? –pregunta Esther.

–Para recordar.

»Vosotros tomáis –le digo a la tierra–. Vosotros dais. Tomad esto y dadme. Necesito ver más. Mostradme más.

Dos recuerdos vienen a mí desde la tierra negra que hay en los pliegues de mis dedos, desde la podredumbre de debajo de mis uñas. El primero florece en mi cabeza, maduro y fragrante: una vez, cuando

yo era muy pequeña, un hombre alto cortejó a mi madre. Cuando él cantaba, su voz recorría los campos y los bosques y llegaba hasta la casa, manaba como un río de su boca. Después de una noche de caza, dejó un regalo sanguinolento para ella en la puerta de nuestra cabaña: un corazón envuelto en arpillera. Mi madre respiró deprisa cuando lo vio y permitió que una sonrisita se le enganchara al rostro. Me llevó al claro, encendió una hoguera pequeña y humeante, y lo asó. No recuerdo a qué sabía el corazón, solo que era fibroso como cualquier músculo. Pero sí recuerdo que cuando lo partió en dos y sus cavidades se dividieron me pareció precioso: un panal rojo. Comprendí que el hombre había querido alimentar a mi madre con comida sustanciosa para hablarle del hambre que sentía él, de ese hueco que se le abría por dentro cuando ella se alejaba por los gastados senderos de las cabañas. Mi madre caminaba separada del hombre al menos la distancia de un brazo: nunca confió lo suficiente en la mano del mundo para aceptar a quien la cortejaba. Lo que los separó fue que él le dijera que estaba haciendo de mí una niña indefensa, porque una vez me caí y me desollé la rodilla, y ella me consoló. Le dijo que era demasiado tierna. Mi madre alzó la vista y gruñó una sola palabra: «Vete». Su respiración rápida, agitada.

El segundo recuerdo no es tanto una flor como un encaje, la costura de dos momentos en el tiempo. Ocurrió después de que el hombre que cortejaba a mi madre le mostrara que no podía protegernos, después de que le demostrara a mi madre que era ella quien tenía que procurarnos seguridad a las dos. En este recuerdo yo era pequeña, tan pequeña que ella corría conmigo en brazos y yo apoyaba la barbilla en su hombro. «Mamá», le decía. «Aguanta, cariño –me decía mi madre–. Aguanta».

–¿Annis? –Esther interrumpe mi ensoñación.

–Aguanta –digo aferrándome al siguiente retal de memoria, pero no sigue nada–. Aguanta –repito, pero no sé si se lo digo a Esther o a la tierra–. Por favor –susurro; lo que queda de mi pelo cortado me cae sobre los ojos, sobre mi cara, me roza la barbilla: le he hecho una ofrenda a la tierra–. Por favor.

Apoyo la frente en las raíces del árbol y suplico, y Aquellos Que Toman y Dan conceden. Llega el retal de memoria. Me agarro a su hilo y me lo trago, y el recuerdo de lo que sucedió hace muchos años en el norte sabe a sal, a lágrimas. Mi madre era alta y yo era una niña de piernas redondas y barriga blanda. Mi madre corría. Me cargó durante mucho tiempo –en la espalda, en la cadera, agarrada a su torso–, pero después de muchos días y noches me dejó en el suelo. Me

agarraba de la muñeca con desesperación y yo intentaba seguirle el ritmo, pero una noche acabó arrastrándome por la tierra.

«Corre, pequeña –me decía–. Corre».

«Aza –le gritaba mi madre al cielo–. ¿Por dónde, Aza?».

Oímos a lo lejos el hipido de los sabuesos. Mi madre me tiró del brazo con tal fuerza que sentí que me hacía un moratón. Corríamos tanto como podíamos.

Sí, dicen Aquellos Que Toman y Dan. Has hecho tu ofrenda. Ahora, mira.

El recuerdo llena mi mundo, borra a Mary y a Esther. Mi madre y yo corrimos durante días. Mi madre me repetía: «Cuando lleguemos al pantano, al Gran Pantano», mientras me llevaba a cuestas, y luego, cuando estaba demasiado cansada, me rogaba que corriera. La lluvia parecía seguirnos y el viento de la tormenta era frío, penetrante y húmedo. Mi madre le decía al viento: «Aza, Aza –una y otra vez–. Aza, por dónde», preguntaba. Aza no respondió hasta que lo hizo: los ladridos de los perros estaban cada vez más cerca y mi madre me subió a su pecho y me abrazó. Aza dijo: «Por ese valle de ahí abajo, a muchos días de aquí». Cómo nos envolvió a las dos la voz del espíritu. Cómo llego por todas partes desde la oscuridad. Mi madre avanzaba a tropezones, conmigo en brazos. «Demasiado lejos», dijo Aza, y entonces mi madre y yo caímos rodando por una colina hasta quedar tendidas, ensangrentadas y magulladas, y al alzar la vista vimos a los hombres con faroles y a los perros que se abalanzaban sobre nosotras.

Recuerda, dicen Aquellos Que Toman y Dan.

–Recuerdo –les digo.

Corríamos. Mi madre llamó a Aza. Caímos. A través de una cortina de sangre, vi a mi madre dando golpes y patadas a los perros de los guardianes de esclavos, peleando para que no pudieran ensañarse conmigo. Me palpitaba la cabeza. Me desmayé en el fondo de esa colina mientras mi madre, medio gritando medio gruñendo, luchaba con los perros. Cuando desperté, volvíamos a estar en la hacienda del amo, de vuelta en la cabaña con Nan, que entonces solo tenía un hijo. Desperté y salí arrastrándome al amanecer, pero mi madre no estaba. No estuvo en mucho tiempo, no la vi durante días, y finalmente volvió hinchada y rota en algunos sitios que se veían y en otros que no. Hubo tanta sangre, tanto terror, que lo había olvidado: no me acordaba. Recuerda, dice la tierra. Eso hago. Mi madre huyó en busca de seguridad para nosotras, los guardianes de esclavos la atraparon y

luego mi amo se pasó años castigándola hasta que la vendió. La llevó a la cuerda y se la vendió al Hombre de Georgia, a este infierno hollado por el agua. «Corre, Annis –me había gritado mi madre–. Corre», cuando los perros le azuzaron y ella se defendió con brazos y piernas, las únicas armas que tenía. «¡Te quiero!», gritó, aunque los perros hundían sus dientes en ella y tiraban, uno en su brazo, otro en su pierna. «¡Aza!», gritó.

–¿Annis? –dice Esther.

Sollozo en la tierra. Me ofrendo a Aquellos Que Toman y Dan hasta que soy una calabaza hueca: seca de pena, emponzoñada con los posos de la memoria. El coro de insectos que nos ha recibido guarda silencio en los últimos coletazos del verano, y es el rumor apresurado de las hojas, vacío de la voz de Aza, lo que me serena.

Todos los hombres, mujeres y niños que pueden andar están en los campos. Cientos de nosotros encorvados sobre la tierra, oliendo el afilado aroma de la caña, las fibrosas hierbas de las raíces y el moho del estiércol. Sigo a Mary y Esther, que se agachan y escardan, agarran y tiran. Algunos hierbajos son tan duros que nos muerden cuando tiramos de ellos y nos desgarran la piel de las manos. El cielo es piadoso: las nubes que cubren el sol luego lo esconden por completo, y el día refresca como el agua tibia de la colada, pero la cabeza y las manos me crujen de dolor y mi espalda se contrae mientras trabajo por las hileras de caña crecida. Las canciones empiezan y mueren, se difuminan y alejan por los campos, carbones húmedos bajo la mirada de quienes nos vigilan. Uno de ellos les grita a dos ancianos y a una niña porque trabajan demasiado despacio; la niña cojea, tiene un pie vuelto hacia dentro. Desoigo el suave latido de mi corazón, la idea que me asalta de ir a ayudarla, a ayudarlos. Es solo media mañana, pero mi debilidad por el hambre y la fatiga del hoyo es grande. Aunque puedo ver los árboles en el horizonte, cómo la jungla del bosque detiene la caña y se cierne sobre ella decidida a reclamar la tierra, aunque arranco las pruebas del suelo, las hileras de caña de azúcar parecen interminables.

–¿Por qué te has cortado el pelo y lo has enterrado? –me pregunta Esther mientras tira de un hierbajo muy enraizado.

Me limpio las manos en la falda. Suena como otro susurro de la tierra.

–Intentaba recordar algo relacionado con mi madre. –Esther no me creería si le hablase de Aza, de la tierra, de los ríos–. El pelo me

distraía. –Prendo una mentira–. Y si cortarme el pelo me vuelve más fea a ojos del marido, tanto mejor.

Esther se agacha y señala con la barbilla más allá de unas pocas cabañas en la linde de los campos, hacia el bosque enmarañado que se extiende en la distancia.

–Al principio he creído que te cortabas el pelo para llevarlo a la frontera. Eso es la frontera –dice.

–¿Qué?

–Hacia donde corrías esta mañana. Ahí está la frontera. Pero no entendía de qué iba a servirte llevar allí una buena mata de pelo. –Se encoge de hombros y escarba–. He pensado que querías usarla para hacer una cuerda.

–¿Quién podría hacer una cuerda con eso?

Esther arranca una hierba espinosa de raíz. Se limpia la sangre en la cintura.

–Los que escapan.

Tiro de otro hierbajo.

–Ahí es donde viven algunos, allí detrás, en la frontera –dice Esther–. En el bosque, pero lo bastante cerca para hacer trueques y ver a la familia de aquí.

La planta parece tirar a su vez hasta que finalmente cede y me quedo sentada en la tierra. Me arrodillo y vuelvo a ponerme en pie, temblando.

–Allí es donde les dejamos comida, ropa y herramientas. Ahí fuera.

Meto el hierbajo en mi saco.

–He creído que por eso corrías tan lejos, pero luego me he dado cuenta de que tú no tienes a nadie que haya huido de aquí.

–¿Allí vive gente? –pregunto.

–Sí, en los bosques que nos rodean.

Trago saliva; mi lengua es una galleta hinchada en la boca, y pienso en los dos recuerdos que se me han concedido.

–Más al norte había un lugar llamado el Gran Pantano. Se decía que había familias enteras, comunidades enteras, que vivían allí –le digo.

Esther mete la hierba fibrosa en su saco.

–Esto está rodeado de pantanos. Llenos de serpientes y caimanes y osos –dice.

Mary silba al cielo gris plomizo.

–Algunas personas… –Esther habla entre dientes, en voz muy baja; apenas puedo oírla entre el trajín de quienes nos rodean, el sonido de las hierbas al arrancarlas y las raíces desgajadas, el arrastrar de los sacos, los golpes secos de nuestros pasos–. La madre de mi madre venía de un lugar llamado Terre Gaillarde, al sur de aquí, en el pantano. Era una tierra fuerte. Buena tierra. Escapaban allí y vivían de esa tierra. De tortugas, peces y así.

Aunque está nublado, sudamos tanto que es difícil respirar.

–Había que cruzar nadando con el agua al cuello para llegar hasta allí. Estaba en el centro de una ciénaga.

El cielo bulle. Miro las hileras, las filas de los escardadores.

–Pero la vida en el pantano no era fácil. La gente pasaba hambre. Un hombre llamado Saint Malo era su líder. Les dio herramientas y armas, e intercambiaba trabajo en las plantaciones.

No buscaré a Aza. No la buscaré recogiendo el cielo en sus faldas, girando para hacerse trueno y amenaza, crujidos y viento.

–Eran libres. Una especie de libertad. Pero la ley lo descubrió: avisaron al cabildo. Y ya sabes que la ley no podía permitir eso, no podía dejar que toda una aldea de fugitivos viviese en el pantano. –Esther se sube el saco al hombro y atraviesa otra hilera antes de agacharse de nuevo–. Y entonces Saint Malo y los suyos fueron a Misisipi a comerciar, y mataron a un hombre blanco que los amenazaba. –Menea la cabeza–. Mi abuela decía que sabían que era una locura, pero pensaron que aquel hombre quería acabar con ellos y se le adelantaron.

Sudo en el frío. De tanto tirar, de las heridas, del trabajo, tengo unos hilillos de sangre secándose alrededor de mis dedos.

–La ley los persiguió y los encontró en el pantano. Mi abuela y los

demás se defendieron, pero los atraparon a todos. La ley quemó todo lo que habían construido y luego ahorcaron a Saint Malo. A algunos los ataron y les marcaron una M en las mejillas por marron, cimarrón en francés. Mi abuela y mi madre llevaron esa M en la cara el resto de su vida. A otros les dieron trescientos latigazos. A los que no mataron los devolvieron a esto. –Esther tropieza con un terrón limpio entre hileras y vuelve a agacharse–. Esto es una muerte más lenta, nada más.

Nos lamentamos. Todos nos lamentamos y se lo lleva el viento. Es un lamento vivo que crece bajo el vaivén de los árboles. Crece bajo el dolor de este arrastrarnos entre la caña, entre el crecimiento agresivo de los cultivos. Cómo bulle.

–Ahí donde has enterrado el pelo dejamos maíz que sacamos de los comederos de los animales –dice Esther–. Machetes y cuchillos. Pollos atados por las patas, que atamos a los árboles. Y los que se han ido, los que están ahí fuera en los pantanos, nos dejan pescado, mapaches y jabalíes para los que no hemos tenido el valor de unirnos a ellos. Para las que no podemos dejar a nuestros niños o a nuestras madres. Para quienes tememos más lo que acecha en el pantano que lo que acecha en los campos, o tememos que el cabildo vaya a arrancarnos del pantano si demasiados nos reunimos allí. Si demasiados se atreven a vivir libres.

Arranca de la tierra una planta testaruda con raíces largas como un tridente. La cara se le retuerce igual que un trapo mojado puesto a secar. Se contiene para no llorar.

–Mi hermano está allí. A veces vuelve a vernos a escondidas.

Mary toca a Esther una vez, un aleteo de dedos en su espalda. Delicado como el roce del ala de una grulla.

Escardamos hasta que el sol recoge todos los colores del día y la noche se vierte sobre el cielo. Después nos limpiamos el barro, la tierra y los trocitos verdosos de la cara, los brazos y las manos antes de servir a la mujer que no come nada y al hombre que come más de lo que le corresponde. El marido tirita durante la cena, su cuchara y su tenedor golpean la cerámica. Quitamos la mesa y, mientras subimos y bajamos con la vajilla, Esther me pasa el plato lleno de la señora y engullo los restos tan deprisa que empiezo a hipar. Retiramos el mantel, les abrimos la cama, limpiamos las chimeneas, las llenamos de leña y tendemos la ropa, todo el tiempo con el cansancio anudado como una

red de pescar en la cintura, y me arrastro a mi jergón en la despensa, pero no puedo dormir. Espero a que las demás caigan rendidas, me escabullo por la puerta de la cocina y me siento en el jardín. La luna está alta, llena y azul. Pienso en los que han escapado, también aquí. Los imagino vagando por una jungla de pantanos y agua. Levanto la mano, tapo la luna, dejo que sus rayos se deslicen por la red de mis dedos. Estoy esperando a Aza: susurro su nombre. Esta vez viene, arrastrando una brisa fresca como un pañuelo. Con qué facilidad se desplaza por este mundo. Se detiene ante mí y enmudece la luna.

–Sí –dice Aza.

La oscuridad sobre la luna crea imágenes: un conejo, un pez, un elefante.

–¿Por qué no has venido antes? –pregunto.

Los vientos de Aza giran.

–No te oí.

–Me enterraron. Te llamé.

–La tierra te envolvió –suspira–. Te ocultó. Para ellos.

Aza desciende, la luna vuelve a iluminarse e imagino que las historias son falsas. No hay animales en esa esfera plateada. Es solo agua. Son mares, mares oscuros que fluyen de uno a otro por ríos finos, todo el camino desde aquí, desde la tierra. Quizá sea el Agua de la que me ha hablado Aza, el Agua entre todos nosotros, el Agua que nos conecta. Me pregunto si esa Agua se ahoga a veces.

–Esther me ha dicho que hay gente ahí fuera. –Bajo la vista y vuelvo a mirarla, sus ojos oscuros como nubes de tormenta–. Gente que ha escapado. Gente que vive en los pantanos.

–Sí.

Una chispa de relámpago en uno de sus hombros, le baja por la falda.

Se queda quieta. Toda ella se calma: ella, un gran ojo.

–No me dijiste la verdad. Mi madre no se alejó de ti por la muerte de Mama Aza. –Me aparto el pelo cortado de los ojos–. Seguramente eso no hizo que te apreciara, pero no fue el motivo que os separó. Se suponía que tenías que llevarnos al pantano.

Todo está en silencio. Los árboles se arquean sobre nosotras, aliviados porque han cesado los zarandeos de Aza.

–Tu madre pidió lo imposible. Tú apenas podías correr. Ese pantano estaba muy lejos, a leguas de distancia.

Levanta los brazos, a la luna y sus mares. Se extienden hacia el Agua.

–Estaba condenada. Lo supe en cuanto me lo pidió –dice Aza, escorándose de un lado a otro.

–Tenías poder. Más poder que Mama Aza, que mi madre o que yo. Podrías haber hecho más.

Apoyo las manos cubiertas de cortes en las rodillas inflamadas y me pongo en pie. Cada parte de mí, del bulbo de mi cabeza a los dedos de mis pies, rechina y se resiste.

–Mi madre se merecía que la salvaran. Me acuerdo –le digo antes de entrar en la boca oscura de la casa y cerrar la puerta.

Escardamos durante días, pero no puedo dormir. Me paso las noches mirando los listones del techo, pensando en mi madre y en cómo corría. Recordando el alambre de sus brazos, la forma en que su respiración sonaba como un gemido desgarrado. Así que estoy despierta cuando Aza se desliza en la despensa, fina como una cinta, una corriente fría por encima del suelo.

–Annis –dice.

Me quedo mirando la espalda de Esther. El día las ha aplastado, a ella y a Mary: se quedan dormidas en cuanto entramos en la despensa. Noto el suelo duro a través del saco relleno de musgo. Los moratones me salpican los brazos como hojas oscuras desprendidas por un viento abrasador. Aza se convierte en niebla, se posa como una manta fresca sobre mí y las otras mujeres. Su tacto me enfría, siento un leve placer y lo odio.

–Hay tanto que querría decirte.

No escucho su susurro.

–Explicarte.

Cierro los ojos.

–Navegar en este mundo puede ser difícil. Este lugar está repleto de personas, de seres, de espíritus. Hay tantos, aquí.

Froto la mejilla en el saco: huele a la harina de maíz que lo llenaba.

–Nosotros los espíritus no formamos parte de este mundo. Somos de este mundo, pero no pertenecemos a él.

–Estoy cansada –le digo en voz baja, pero el dolor me estruja los hombros, pienso en el trabajo de hoy y sé que no tengo que preocuparme por si se despiertan las otras–. Déjame en paz.

La niebla de Aza se espesa.

–Escucha.

Su viento se calma.

–Annis, por favor.

Aprieto la barbilla contra el pecho y veo a mi madre, veo los hoyuelos que marcaban el borde de su sonrisa, veo los lunares en lo alto de sus pómulos, como un puñado de estrellas. El sentimiento de pérdida crepita dentro de mí, se aloja en mi pecho, su muerte me envuelve de nuevo. Cómo bajaba la barbilla, alzaba las cejas, me pasaba los pulgares por las sienes y me decía, así porque sí, en la burbuja de una risa o en la larga cinta de un gemido de cansancio: «Encontrarás un camino, pequeña. Lo veo en ti. Te mueves como ella. La forma en que mueves los brazos, la forma en que te inclinas al correr. En cuanto aprendiste a andar, te moviste como si supieras luchar». Cómo ponía las manos alrededor de la uve de mi mandíbula. «Llevas a mi madre dentro. Vas a encontrar la manera, Arese». No me gusta imaginármela como la veía Aza cuando la abandonó: esa enfermedad que la carcomía por los pies y a través de las piernas, su cojera en otra cadena de hombres y mujeres doblegados por la pena. Me pregunto cuánto tiempo andaría antes de caer, si alguien se arrodillaría a su lado para cogerle la mano mientras exhalaba el que probablemente sería su último suspiro sobre la tierra. Me pregunto si Aza sentiría placer al abandonar a su vez a mi madre.

–Te escucho –le digo, aunque tengo que hablar por encima de la tristeza que se me clava en la garganta como un trozo de carne seca y ahumada.

–Nací en un lugar lejano. Un lugar que se extiende de horizonte a horizonte. Por debajo, el Agua. Revestida de plata y rubor negro.

Primero fui un aliento. Un jadeo donde antes no había nada. –Mi respiración se escarcha en el resplandor de Aza–. El Agua me conocía.

–¿Qué quieres decir con que te conocía? –pregunto.

–Lo sentía. Era un abrazo. Que subía como una bruma desde el Agua. Que me decía que yo formaba parte de ella y ella de mí. –Aza se estremece–. Cuando tú eras una niña de pecho, tu madre te miraba mientras dormías y el amor que sentía por ti era tan fuerte que levantaba una corriente de aire en la habitación. –Contengo la respiración–. Un amor tan fuerte que yo lo sentía –dice Aza–. Eso es lo que sentía yo con el Agua.

Recoge sus zarcillos, cruza los brazos en una niebla de algodón.

–Me transmitió esa mirada. Y luego –dice–, cuando supe quién era yo y dónde estaba, ya no. Simplemente se alisó y se convirtió en Agua, inabarcable. Silenciosa. –Su niebla recoge la quemazón de mis moratones–. Soplé y volé sobre su superficie. Pensé que, si soplaba, podría hablarle. Despertarla. Pensé que tal vez me hablaría, que me mostraría de nuevo esa mirada. Pero allí solo estaba el Agua y la oscuridad y las luces lejanas. Otras estrellas. Otros mundos. La sobrevolé y soplé, pero el Agua no respondió. –Los labios de Aza se ensombrecen, más negros que los árboles oscuros que se recortan contra el cielo–. Me empequeñecí. Mi brisa se convirtió en suspiro. Quise enlentecer mis ráfagas. Aquietarme como esa Agua.

–Como si agonizaras –es una pregunta, pero la pronuncio como una afirmación, como si fuera un hecho que yo sabía desde que nací. Y en cierto modo, lo sé: sé lo que significa derrumbarse de desesperación, hundirse con ella.

–Sí –dice Aza–. Pero entonces conocí a una como yo. Otro viento. Ella me llevó a lugares donde reunirnos. Bailaba. Me enseñó a girar, cada vez más rápido, cada vez más prieta. E hice lo que me ordenaba, giré hasta convertirme en tormenta, y entonces oí un murmullo, un fragmento de murmullo, y supe que era la voz del Agua. Ahí estaba, pero diferente.

Aza se encoge, cada vez más densa.

–¿Y ese pequeño eco de la voz del Agua cuando me transformé en tormenta? Abrió un camino hasta aquí, hasta este mundo, y entonces giré sobre tus océanos, sobre tu tierra.

Aza se condensa.

–Aquí hay tantas miradas, tantas personas que alzan la vista para mirarme. Tantas que piden clemencia.

El roce de Aza es cálido.

–Vuelvo al lugar donde nací para soplar sobre el Agua, pero sigue en silencio. Nosotros, los espíritus del viento, la vemos desde los acantilados de nuestras ciudades escarpadas, desde nuestras calles de niebla, tallamos su historia en la roca. Los espíritus hacemos ruido. Nos reunimos allí donde nacimos y encalamos el mundo con relámpagos. Nuestra música: el trueno. Bailamos. Giramos, pero al cabo de un tiempo, volvemos a sentirlo. El impulso de volver a tus océanos, a tu tierra, a este lugar.

Aza es ahora más pequeña, más pequeña de lo que nunca la he visto. Si le tendiera la mano, podríamos ser hermanas. A veces, cuando limpio los espejos flanqueados de velas de la casa que se levanta sobre nosotras, me observo: veo los ojos de mi madre, el nacimiento del pelo de mi madre, la protuberancia de su barbilla. Aza podría ser yo ahora: delgada, brazos de sílfide, cuello largo.

–Queremos que nos veáis –dice.

Cada vez es más pequeña. La habitación está cada vez más caliente.

–Es un ansia habitual. Todos los que nacemos del Agua, todos nosotros, viento, agua, fuego, tierra y espíritus verdes, aunque tengamos nuestras ciudades y nuestros mundos y nuestras costumbres, todos queremos que nos veáis.

Aza es tan pequeña como un niño.

–Queremos que nos supliquéis. Deseamos vuestros cantos. También son un eco del Agua.

Se vuelve lentamente y una brisa húmeda recorre la habitación.

–Le dije a tu madre que estaba muy lejos. Que le sería casi imposible llegar contigo hasta ese Gran Pantano. –La voz de Aza es silenciosa como una lágrima–. Pero también le conté cómo era desplazarse entre mundos y se propuso llevarte a un mundo nuevo.

Se inclina, gira más rápido.

–Tendría que haber confiado en mí.

El pelo de Aza es lo primero que asciende, alejándose de ella para desaparecer. El palpitar de mis hombros se ha convertido en un dolor punzante.

–Me dolió fallarle a tu madre. A ella, que intentó tocarme la cara, que me miraba como si yo fuese la mujer que la había alumbrado.

Los dedos de Aza, sus brazos, sus faldas, se levantan y justo después se desvanecen hasta que solo queda su pecho envuelto en viento, su rostro azotado por el viento, girando tan rápido que se desdibuja.

–Cuando yo solo tomé su forma –dice.

De pronto se me acalambran las plantas de los pies.

–El recuerdo de la mirada de tu madre…

Aza calla, su voz es una leve llovizna.

–Después ella me abandonó –dice–. ¿Tú también me abandonarás?

La última gota de Aza se evapora. Meto la nariz en mi fina manta y respiro el olor a harina vieja. Sé lo que Aza no dice, lo he leído mientras contaba su historia. La confianza que me pide es una especie de adoración; nuestra dependencia, una ofrenda; nuestra mirada, una suerte de amor. Quiere que seamos sus hijos. Quiere ser nuestra madre. Y del mismo modo que mi madre abandonó a Aza porque no le dio lo que necesitaba, Aza también abandonó a mi madre.

La voz es una cuerda, fina pero fuerte, que se enhebra en la oscuridad llamando al alba, que camina hacia nosotras sobre el horizonte. Sin embargo, cuando abro los ojos sigue siendo de noche. Alguien canta. Cora duerme boca arriba, cerca de la puerta. Esther está acostada de lado frente a mí y Mary detrás, apoyada en un codo. Esther tiene los ojos cerrados y gime, grave y dolorida, en sueños: es Mary quien canta. El sonido que sale de su boca es un murmullo suave, líquido y cálido en su centro, recubierto de afilados cristales de azúcar en los bordes. Cómo suben y bajan las notas por los recovecos de su garganta, en su boca habitualmente silenciosa, para endulzar el aire, para hacer que lo insoportable, cada momento de vigilia y de desdicha, se vuelva ingrávido.

–Venid, lamentaos por el pobre Saint Malo –canta Mary.

Al otro lado del ventanuco la luna es un pálido ojo entornado y por un

instante parece mecerse con su canción, estremecerse en el cielo.

–Lo persiguieron, lo cazaron con perros. Le dispararon. Y con las manos atadas a la espalda, del pantano lo sacaron –canta Mary–. Le ataron las manos a la cola de un caballo y hasta la ciudad lo arrastraron. Ante los grandes hombres del cabildo le acusaron de querer degollar a todos los blancos.

Esther se ha calmado, la canción de Mary se apacigua.

–Quiénes eran sus compinches, le preguntaron: ni una palabra soltó el pobre Saint Malo. El juez leyó su sentencia y luego izaron la horca en el árbol. Tiraron del caballo, el carro se movió, y allí dejaron a Saint Malo, colgando.

Mary acaricia el pelo de Esther para alisárselo y esta se da la vuelta y se refugia en su pecho. Cómo debe de acariciarle la mejilla el rumor de la canción. Cómo echo de menos la ternura de ese tacto, de ese roce en este mundo: el hombro de Safi, la mano de mi madre.

–El sol estaba en lo alto cuando en el dique fue ahorcado.

El beso aterciopelado de mis abejas.

–Dejaron su cuerpo allí, colgando –murmura Mary.

Mi madre apretándome la mano, la estremecedora carrera. «Corre, cariño. Corre». Vuelvo a apoyar la cabeza en el saco, siento la presión del suelo en mis huesos magullados, pero la canción de Mary me alivia como la niebla fresca de Aza.

–Para que lo devorasen las cornejas negras –entona Mary, inclinándose sobre Esther y envolviendo la palabra con la que empezó la canción alrededor de su cara, como una cinta–. Venid –canta, y posa la mano sobre el corazón de Esther–. Venid.

Casi espero que Mary se levante, que tire de Esther para despertarla, que desaparezca de las entrañas de la casa y salga por la puerta, arrastrando a Esther con ella, hacia el sotobosque de las ofrendas, hacia el pantano. Mary se inclina cerca, tan cerca de Esther, que pronuncia la palabra contra su mejilla, una súplica entrecortada, una orden:

–Venid.

Mary canta el final de la canción de Saint Malo, el hombre que nos

llevó a otros mundos a algunos de nosotros. Su voz perdura en el aire: la corteza del pastel en los bordes del molde, el molde que rebañamos para saborearlo en los rincones calientes de la cocina, la miga mantecosa, suntuosa en nuestra boca pero apenas suficiente para insinuar la canela, la nuez moscada, el azúcar que sembramos, regamos y aporreamos para que reverdezca, para que se alce al cielo en los campos, el azúcar que se puede oler, oler cuando nos inclinamos cerca de su fibroso tallo verde, y por un momento el estómago se siente saciado con una rápida inhalación, saciado por esos restos, y eso hago ahora, inspiro hondo para atraer dentro de mí la dulzura que ha quedado suspendida en el aire, para arrancar de la oscuridad la dulce canción de Mary y metérmela dentro, para que por un momento la ternura me roce los huesos en las entrañas de esta casa podrida.

CAPÍTULO 9

HOMBRES ARDIENTES

A medida que el verano se aleja y las mañanas refrescan, cuando abro los ojos al alba casi espero que Mary y Esther se hayan ido, pero cada amanecer siguen acurrucadas juntas en sus mantas. Cora engatusa al horno para que se encienda, abanicando y alimentando el calor de su vientre. Enrollo y deslizo mi manta en nuestro escondite antes de coger un puñado de harina de maíz y ponerla a cocer. Es todo lo que nos permitimos en estas mañanas tibias del otoño descendente: un puñado de polvo, un poco de agua y una pizca de grasa, para sacar cuatro tortas finas y planas de maíz. Un suspiro de comida para esquivar la contabilidad de la señora. Aun así, la boca se me hace agua mientras espero en cuclillas junto al horno a que Esther y Mary se levanten, y observo a Cora que mide y mezcla para el menú de arriba. Se mueve como una mujer que conoce esta cocina palmo a palmo: harina, azúcar, aceite y sal. Ni alarga el brazo innecesariamente ni da un paso de más alrededor de la boca de hierro que va calentándose entre nosotras.

–Se acerca la época de la cosecha –dice, en parte a mí y en parte a sí misma–. La señora se vuelve loca, se pone a contar cada judía, cada guisante del huerto. Se comporta como si no le sobrara nada.

Cora me da una pizca de grasa, apenas un destello, y me la restriego por las rodillas antes de meterme un dedo en la boca y chupar la idea: sal y humo. La voz de Mary sonaba tan deliciosa como este sabor.

–Mary canta –le digo.

A Cora se le cae una olla. Tose en el delantal y luego se lo alisa. La piel de las piernas deja de picarme por un momento. El aceite de la plancha chisporrotea.

–Sí –responde.

Trazo un círculo en mi rodilla engrasada.

–Nunca había oído una voz así.

–Vino aquí de niña, en la misma época que Esther. Pequeñas las dos, con barriguitas y rodillas flacas. Les daba comida a escondidas. Intentaba ponerles algo de carne, pero la señora tiene ojos de halcón. –Las tortas huelen a mantequilla y sal, y mi estómago se muere por comerse una–. Aquí nada abunda.

Me abrazo el estómago y aprieto con la esperanza de aliviar la boca abierta de mi interior. Los calambres se escabullen por las costillas, me suben por la espalda.

–Cuando la señora las trajo aquí, dijo que Mary era boba. Pero por su aspecto supe que dentro de ella había mucho más.

Saca una de las tortas y me la da. Me la paso de una mano a otra, soplando para enfriarla. Tendrá que durarme todo el día.

–Mucha gente no puede ver todas las capas de las personas, igual que tampoco puede saborear todo lo que hay en la olla. Mastican y eligen uno o dos sabores. Las cocineras los conocemos todos.

Se oye movimiento en la despensa. Esther y Mary salen de la oscuridad, flacas como el humo, para agacharse a mi lado, frotándose los brazos y las piernas al calor del horno con movimientos enérgicos. Cora sirve el resto de las tortas y todas soplamos en los platos de nuestras manos. Demoro el primer bocado, ya frío por los bordes, pero Mary engulle su torta de maíz a grandes y calientes dentelladas. Esther le toca el hombro y Mary se detiene un momento y luego se pone a masticar más despacio, aunque su mirada sigue siendo voraz.

–Este aire fresco de la mañana hace que añore la calabaza de mi madre –dice Cora con la boca llena de torta–. Las asábamos en las cenizas. En Virginia crecían grandes como mi cabeza y se deshacían en la boca como la mantequilla. –Cora traga–. Mi madre vino a verme anoche. Asó una y la sopló para enfriármela. Y me miró mientras me la comía –dice Cora, su torta a medias.

Se clava los dedos en la mandíbula y parpadea largamente, abstraída en sus recuerdos.

–Algunos dirían que eso significa algo.

Esther pellizca un trozo de torta de maíz y se lo mete en la boca, tan correcta como la señora de arriba. Cora se encoge de hombros. No sopla en la torta aunque está humeante, sino que observa el vapor que se difumina y desaparece. Me empiezan a doler las rodillas cubiertas de grasa, pero sigo en cuclillas, consciente del lujo de la quietud. La

cuento con la respiración, adentro y afuera. Resignada, Cora se come el resto de su torta en tres grandes bocados mientras Mary y Esther se levantan y cogen los cubos.

–En el sueño podía saborearla igual que ahora esta torta –dice Cora.

Me levanto y me echo el cubo al hombro.

–Ojalá me hubiese hablado –suspira Cora.

La dejamos así, de pie ante los fogones, colocando con cuidado cada trozo de comida, cada pedacito de grasa, cada verdura. Ella y los fogones se hablan. Sus ojos siguen lejanos, buscando los posos de un sueño.

Cuando volvemos de coger agua, Cora está enfriando unas galletas, pero al vernos se pone a trajinar con una sartén. Una olla de agua hierve en el fogón.

–El hombre tiene fiebre –dice–. Ha vomitado por todas partes. La señora dice que necesita sábanas, agua caliente, vinagre y papel de estraza.

Lo he evitado desde el hoyo, los he evitado a él y a su mujer. Siempre me miro las manos o los pies, nunca sus caras. Respira, pienso, respira, mientras subo la escalera con la tela colgada del brazo y una botella de vinagre en la mano. Estoy temblando, y el vinagre chapotea. Me pregunto si a Mama Aza también le temblaron las manos la primera vez que una de las otras esposas le entregó un arma, un arma de verdad, en la cacería. Respiro como me enseñó mi madre, aflojo la mano que sostiene el vinagre: esta es una lucha distinta.

La madre ciega espera en el pasillo, fuera de la habitación.

–Lo huelo –le murmura a nadie.

En el dormitorio del matrimonio no se puede respirar. Hace calor y la cama está cerca del fuego que arde en la chimenea. El hombre se mece en su lecho. Tiembla con tal fuerza que las sábanas se amontonan a su alrededor: es un gusano que escarba y se cubre de tierra. Murmura pidiendo entrar en calor:

–Más calor.

–Sí, mi amor –dice la señora–, te lo sacaremos con sudor. –Y luego le

dice a Esther que eche más leña al fuego.

–Sí, señora –dice Esther inclinándose.

La mujer me quita el vinagre de las manos, lo sostiene en su mano delgada y pálida, rocía el líquido sobre el papel de estraza y se lo coloca a su marido en la cabeza con cuidado. Lo observa. El hombre tiene arcadas y ella pide el orinal, donde chapotea un líquido agrio. Lo sostengo debajo de él mientras vacía la tripa, y el olor es penetrante y fuerte, tan acre que contengo la respiración para evitar el hedor del hombre y de las curas de ella, hasta que mis pulmones sufren un espasmo.

–Tú –dice la señora, arrancándome el orinal de las manos–. Dijiste que sabías de hierbas. Encuentra algo que le ayude, ¿me oyes? Ve.

El vómito del hombre se derrama sobre la mano de ella, una garra que se ha vuelto blanca de terror, de incredulidad, todo claro como el agua en sus grandes ojos de un negro profundo en el centro, su boca, floja y abierta, los dientes un revoltijo de cuchillos tirados al agua para fregarlos.

–Por favor –añade, leve como un suspiro, pero cuando me mira, cuando mira a Esther, cuando nos mira a todas nosotras esa exhalación hace que nos vea, gente sencilla, allí de pie.

En su desconcierto, en su terror, ella ve.

–Y tú: manda llamar al médico –le dice a Esther antes de pasarle el orinal a Mary, que tiene los brazos llenos de tela viscosa y jabón.

–Esther –dice la señora.

Algo en Esther se resiste. Se queda clavada en el sitio, en el duro suelo de madera. En esa negativa hay otro momento que imagino tan claramente como si lo viese: el voraz marido rubio, en algún momento del pasado, recién levantado de su letargo, con el pecho ancho y las mejillas coloradas. Me lo imagino tan claramente como veo a Aza, como oigo a Aquellos Que Toman y Dan. En mi visión, el hombre acorrala a Esther, la doblega, le tapa la boca, la tira al suelo y penetra sus partes blandas.

Esther no me lo ha contado, pero sé que ese recuerdo es lo que hace que se quede mirando a la señora, paralizada. Sé que ese recuerdo hace que parezca que vaya a bajar la escalera, atravesar las entrañas de la casa, pasar junto a Cora en la cocina y, en lugar de enviar a uno

de los empleados a por un médico, echar a andar hasta encontrar a su hermano en algún lugar de la gran extensión verde de tierras pantanosas.

–Ve –dice la señora.

Me pregunto qué sabe ella de lo que le ocurrió a Esther, si lo habrá leído en la caída de sus hombros, en el gesto de su boca, o si también se ciega a eso. Esther da la espalda al hombre sudoroso e inquieto, a la dama aterrorizada, y la sigo a la cocina. Se detiene un momento en la puerta que da al jardín, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. La dejo y voy al bosque a buscar remedios para la fiebre del hombre. Mantengo ese recuerdo de Esther cerca de mí mientras me agacho entre las sombras de la maleza, preguntándome a medias cómo he podido verlo, pero sabiéndolo a medias también.

Por eso Aza me dijo que las mujeres de mi estirpe cantan. Por eso dice que somos especiales. Silbamos; miramos. Mira, dijo la tierra. Todas nuestras vidas han sido una ofrenda, y se nos ha recompensado con esta visión.

Igual que hay hongos que crecen en los árboles, hay hongos que brotan de los insectos. Me dijo mi madre que era una de las cosas más sorprendentes que le había enseñado Mama Aza. Estos hongos son pequeñas motas en el aire, ligeras y diminutas como el polvo, que flotan hasta posarse en un insecto o una larva. Si el insecto está vivo, lo matan y sacan al aire tallos floridos. A veces salen de polillas muertas en forma de troncos largos y pálidos con pequeños capullos amarillos en la punta. A veces surgen de los cuerpos de los escarabajos como esponjosas nubes de algodón color marfil. A veces de orugas de polilla como pequeños árboles fantasmales con brazos amarillos y ramas blancas tan finas como el hilo.

Me hundo en las hojas muertas. Aquellos Que Toman y Dan susurran justo debajo de mis rodillas. Respiro la pimienta de la decadencia, el olor a musgo y raíces de la tierra, y busco el color naranja. Hay un hongo naranja, con aspecto de maza, que crece en los gusanos de la polilla; su color rojo anaranjado hace que parezca una porra manchada de sangre seca. Sirve para sanar la sangre, para curar la tos y la debilidad, para devolver la salud después de una larga enfermedad. Hay que cogerla con toda la carcasa del gusano y dársela a los enfermos. Les cortará el resuello y hará que vuelvan a andar.

Pero hay otro hongo naranja, aunque este crece en la madera. Es más

plano, circular, parece arrugado y húmedo como la nariz de un toro. Ese hongo no sana a los enfermos: enferma a los sanos. Va nadando por el cuerpo y se humedece los dedos, pellizca las mechas y apaga las velas de todo lo que arde: lo que ve, lo que oye, lo que respira. Estos dos hongos crecen en el bosque, en la podredumbre. Me pregunto si Aza conocerá estas pequeñas ofrendas, estas carcasas de tejido, estas alas de papel, estos susurros de animales que antes se arrastraron, que antes volaron, estas hojas que antes se mecieron gordas y retorcidas en sus tallos. Busco de rodillas, con las manos, con la cara pegada a la tierra. Las nubes pesan en el aire, pero la luz creciente y el calor, que hace engordar la caña para la cosecha de octubre, me indican que el día se ha desplegado en el cielo. Sé que la señora está esperando.

–¿Qué puedo llevarle? –les pregunto a las pardas hojas agrietadas.

Busco en la luz plena y plana del día. Encuentro dedos de muerto, que son buenos para dormir. Salen de la tierra agrupados en una mano negra purpúrea: un hombre que se resiste a ofrecerse, un hombre que forcejea para volver con los vivos. Encuentro trufas al pie de un roble, las desentierro y las limpio para dejarlas caer por dentro de mi blusa, para descansar en la suave concavidad de mi vientre. Me hacen cosquillas, casi como una caricia. Mi madre se acercaba a olerlas cuando las encontrábamos y decía: «Son un regalo, Arese». Y luego cavaba con un palo y encontraba más hasta que teníamos puñados y llenábamos nuestras dos camisas: suficiente para alimentarnos nosotras, Nan y sus hijos. Cojo un palo que se rompe carcomido por el moho, se convierte en polvo en mis manos, así que busco otro y cavo más, cavo hasta que tengo una banda apelmazada de trufas alrededor de la cintura, trepando hasta la base de mi esternón. Primero encuentro el hongo naranja que cura. En su raíz, el cuerpo de la oruga de polilla es mitad negro, mitad morado, recubierto de pelos blancos donde su carne se ha convertido en roca. Lo guardo en la cinturilla de la falda, deslizándolo en el bolsillo entre mi piel y la tela, y allí se queda. Ristras de mosquitos atraviesan la penumbra bajo los árboles y se me posan en los hombros y alrededor del cuello, dejándome cuentas rojas. Después encuentro a su primo, el letal capuchón naranja, cuando el sol llena el cielo. El capuchón es uno de los cinco que surgen de la tierra como otra mano, esta de dedos anchos y romos, empeñada en su caso en agarrar lo que está vivo y arrastrarlo abajo. Lo recojo y me asombra que mis manos se parezcan aún más a las de mi madre después de haber viajado a este lugar, después de estar pasando hambre. La pena cae como una fina llovizna. Me limpio los dedos en la falda, me asombro de verme aquí, arrodillada en las sombras que se alargan. ¿Cómo es que no estoy con ninguno de los míos? ¿Cómo es que estoy aquí, con la vida en una cadera y la muerte

en la otra?

–¿Cuál? –le pregunto al aire–, ¿cuál?

Mi voz abriéndose paso en el crepúsculo me hace sentir menos sola.

En algún lugar, mis abejas vuelan en este mismo cielo.

–¿Cuál? –pregunto.

Uno de los condenados en el viaje del italiano al infierno dijo esto: «Por favor, extiende ahora la mano y ábreme los ojos».

–Ábreme los ojos –digo.

En algún lugar, Safi respira bajo este mismo cielo.

–Safi –le pregunto–, ¿cuál?

Casi puedo verla, en algún lugar, el pelo como una nube, el cuello largo, de pie en un claro como este, bajo una mano medio cerrada de robles y pinos. Casi puedo verla volviéndose hacia mí, sonriendo con un lado de la boca.

–Mamá –le pregunto–, ¿cuál?

Mi madre, obligada a andar hasta Nueva Orleans, cojeando hasta que murió. Ella podría estar aquí, invisible. Aunque su espíritu no esté, una pestaña suya podría estar en este tallo, su suave ojo marrón en esta ala de pájaro, la aterciopelada piel del interior de su brazo en esta columna de luz.

–¿Cuál? –digo.

Por encima de los árboles oigo un gran abanico que corta el aire, una rasgadura constante, luego un débil graznido, y otro, hasta que una uve de aves migratorias aparece volando, sus cabezas de un crema claro, sus picos como la brea, la parte inferior de sus alas negro azabache: la luna en eclipse. Imagino que hay calor allí donde las plumas de sus alas se juntan con el plumón de sus vientres. Me pregunto si sentirán en sus huesos la atracción del sur. Una se retrasa. Vuela un poco más despacio, sus aleteos son poco medidos, desordenados. Su graznido es el último que se oye antes de desaparecer entre los árboles.

–Sí –digo, y vuelvo a agacharme para buscar otra oruga.

Mis rodillas palpitan con las horas.

El suelo, asfixiado de hojas, erizado de agujas, esconde muchas cosas. Busco y tamizo con las manos. Cuando alzo la vista, el sol se ha derramado por el oeste y ha untado de amarillo yema las horquillas de los árboles. Me he alejado demasiado. Aquí el bosque es espeso y enmarañado, lleno de enredaderas, de maleza, de animales que se afanan para encontrar comida, que buscan los mismos hongos que yo, bellotas, refugio para el invierno que saben que se acerca. Las setas de mi camisa son cálidas y sedosas. Las aprieto un poco y sigo caminando hasta que veo un ramillete de hojas anchas, verdes y cerosas que envuelven algo. Me he alejado más de lo que creía, me he adentrado en la zona del bosque que se extiende detrás de la plantación, en lo que Esther llama la frontera. Desenvuelvo un extremo de las hojas y encuentro carne rosada, blanca en las articulaciones. Hay cinco conejos abiertos como un ramo de flores. Alguien los ha lavado, seguramente en un río. Huelen a vísceras y almizcle, y por debajo, un poco dulce.

–Los he limpiado yo.

La mitad de hombre se yergue entre las sombras. Es alto como todos los hombres de la plantación, como todos los hombres que se doblan en los campos.

–He cortado el estómago. No era mi intención.

Doy un paso atrás, alejándome de la flor de carne y hojas. El hombre levanta una mano.

–Por favor –dice–. Mi hermana trabaja en la casa.

Retrocedo otro paso. El miedo me recorre la espalda, caliente y rápido. Si echo a correr enseguida, podré adelantarme a él y salir del bosque, volver con la dama y el hombre que arde. Del peligro desconocido al conocido.

–Esther –dice.

Me detengo a medio girar para mirarlo. Ahora es un hombre entero en los últimos restos de luz.

–No voy a hacerte daño.

–Eso no lo sé, no te conozco –le digo.

–¿Puedes llevárselos a Esther? –me pregunta–. Sé que pasa hambre.

–¿Cómo lo sabes?

El hombre se ríe con un sonido grave y ondulante. Le sale del fondo y no llega a nada. Puedo ver a Esther en él, en la línea recta de su nariz, y un poco también en su forma de tensar los labios. Es tan delgado como su hermana pero no se le ven los tendones del cuello como a ella, y sus mejillas no están tan hundidas. No se muere de hambre. Encuentra comida en las tierras fronterizas. Si comiera mejor, sería aún más grande, y su cuello y su torso más anchos.

–Viví allí, y luego ya no. Me fui.

–Esther me ha hablado de ti. Dice que vives en el pantano.

El hombre se encoge de hombros. La mortecina luz naranja se refleja en el hueco de su cuello y en la frente, y él brilla con un resplandor color nuez.

–Dice que le da miedo —añado.

Doy un paso hacia él y envuelvo con los brazos las setas que llevo en la cintura. El hombre asiente, pero no se mueve. Me enseña las palmas de las manos, me muestra que no tiene armas, pero no me acerco más.

–Eso dice Esther, pero cuando éramos pequeños no le tenía miedo a nada. Pisaba fuerte el suelo y les siseaba a los caimanes, fingía que hablaba con ellos. Una vez nos persiguió uno, y ella se reía sin parar.

–¿Esther?

–Sí –dice él–. No es el pantano lo que la asusta.

Vuelve la cabeza a un lado como una grulla y sonríe un poco. Se parece tanto a Esther que doy un paso adelante y se me enredan los pies en las raíces, las agujas de pino, las hojas podridas.

–¿Estás esperando un bebé?

–No –le digo–. Son setas.

–Tienes que andarte con cuidado. Algunas son venenosas.

Me balanceo sobre los dedos de los pies. Ya no sonríe. Me mira la barriga con el ceño fruncido.

–Muchos nos enfermamos por comerlas. Hicieron que una de las mujeres viera cosas que no estaban allí –dice.

Un pájaro pía. El aire reluce como la miel.

–¿Cómo sabes que lo que vio no estaba allí? –Me remeto la camisa más en la falda–. Sé lo que es bueno para comer y lo que no. Mi madre me enseñó, y su madre le enseñó a ella.

Las pestañas del hombre son tan largas que relucen doradas. Vuelve a mostrar la sonrisa de Esther y le salen hoyuelos en las mejillas; tiene la mandíbula afilada como un yunque.

–No quería ofender.

Noto un remolino caliente, denso como Aza, detrás del esternón. Aparto la mirada de sus pestañas, de su cuello, pero el torbellino permanece.

–Pronto será la cosecha. Dile a Esther que tenga cuidado con sus manos. Que vigile. –Asiento–. Y tú también –dice, y luego se ríe–. ¿Cómo te llamas?

–Tengo que irme. Llevo mucho tiempo fuera.

Cojo los conejos y los envuelvo más prietos entre las hojas anchas y brillantes. El fardo es ligero. Tanteo detrás de mí con un pie, luego con otro, caminando de espaldas. Los ojos del hermano de Esther son negros y suaves, tan negros como el pelo que se le enrosca hacia arriba y se aleja de su cabeza: nubes púrpura en un cielo encapotado. El torbellino de mi pecho aprieta, y tropiezo. El hombre inclina la cabeza hacia el otro lado.

–Annis. Llámame Annis.

–Ten cuidado –me dice, y levanta una mano grande como si fuera a atraparme.

Me doy la vuelta y echo a correr.

Las plantas superiores de la casa están a oscuras. Cuando entro a escondidas en la de abajo, los pasillos están helados y el aire me eriza el pelo de la cabeza, el cuello y los brazos. Pero el agujero que es la cocina sigue húmedo y cálido.

–Ha bajado aquí preguntando por ti –me dice Cora.

–Ella me envió al bosque –le digo.

–¿Para qué?

–Remedios.

Pongo el conejo en la encimera y luego me desabrocho la camisa para liberar las setas que vamos a comer, las que saben a salsa y mantequilla cuando están cocidas.

–Los conejos son del hermano de Esther. Y he encontrado esto.

A Cora le sale un ruidito de la garganta y se frota las manos en el delantal.

–¿Cómo las has encontrado?

–Mi madre me enseñó.

Cora frota un hongo con el dedo y retira la tierra de la yema y la lame.

–Déjame un puñado y esconde el resto detrás de los estantes de la alacena.

–¿Esther y Mary continúan arriba? ¿El hombre no está mejor?

–Allí siguen. No lo sé. La señora parece muy asustada. –Cora coge otro hongo y lo olisquea–. ¿Crees que puedes encontrar más?

Asiento. Me saco la maza naranja de la cinturilla.

–Esto es para él. Para el hombre. Tengo dos para cortar y dejar en remojo. ¿Puedes darme algo donde ponerlas?

Cora vierte agua en un cacito. El cuchillo que me da es afilado, largo como la palma de mi mano, de un gris apagado. Lo sujeta con ligereza, pero por el modo en que me lo ofrece, la pequeña inclinación de cabeza, la forma en que me mira como si yo fuera a echar a correr con él, sé que cuida mucho cada útil de la cocina, que sabe que cada objeto afilado puede volverse en su contra. Limpio y corto la seta curativa, la dejo en el cazo y miro cómo hierve mientras Cora saltea los hongos con manteca. El estómago se me encoge con ese olor: dulce, sabrosa tierra. Aparto el reconstituyente del fuego para que se enfríe mientras sigue en infusión. Espero a que el agua se oscurezca y luego lo cuelo y divido el líquido: la mitad en una taza tosca, la otra en una de las tazas finas de la señora. Cojo el resto de las setas

comestibles y las envuelvo en arpillera para esconderlas detrás de las mantas que forman nuestros jergones. Cuando vuelvo a los fogones, levanto la taza basta y tomo un trago grande y amargo.

–Toma –le digo a Cora–. Bebe.

Cora coge la taza, pero no lo prueba.

–Da fuerzas –le digo, mirándole las ojeras hundidas, la piel tensa: está incluso más delgada que cuando llegué–. Vamos.

Remueve, toma un sorbo y hace una mueca.

–No le iría mal un poco de miel.

–No –le digo–. Hay que saber cómo sabe lo que nos cura.

Esther vuelve a la cocina con un montón de ropa sucia en equilibrio sobre el pecho. Me aparta con la mano cuando me acerco a ayudarla.

–¿Has pasado la fiebre amarilla? –me pregunta.

–Creo que no.

–No estás acostumbrada a esas cosas. Ellos creen que no podemos cogerla, pero sí que podemos. Mary y yo la pasamos.

–Yo no –dice Cora.

–Mi madre la tuvo –dice Esther–. La mató. ¿Ves cómo le duele todo a ese hombre y tiene frío y vomita? Eso es justo lo que le pasó a mi madre. ¿Has encontrado algo? –me pregunta.

–Sí. Una seta que sirve para que sanes después de una larga enfermedad. Pero no le digas que es una seta. Ella cree que solo sé de hierbas.

–Ha estado preguntando por ti. De no habernos necesitado, seguramente nos habría enviado a alguna a buscarte.

Le ofrezco la taza de la que hemos bebido Cora y yo y Esther toma unos sorbos.

–Tú y Cora podéis beberos el resto –dice Esther.

Desaparece y vuelve con una pila de sábanas color crema bien dobladas. Hemos estado lavándolas durante horas.

–Tápate la nariz y la boca –me dice, y me alcanza unas cuantas–. Ven.

Tomo un sorbo más largo del reconstituyente antes de dejarlo en la encimera para Cora y atarme un trozo de tela sobre la nariz, debajo de los ojos. Cojo las sábanas y la taza que he preparado para el hombre y sigo a Esther. Subimos la escalera despacio, yo cuidando de no derramar la infusión y Esther arrastrando los pies, el cansancio evidente en cada trocito de ella: la inclinación de los hombros, los nudos que le sobresalen en la espalda, las piernas desmadejadas.

–He visto a tu hermano –susurro.

–¿Dónde?

–En el bosque. Tenía conejos para ti.

–¿Bastian? –pregunta por encima del hombro.

–Ha preguntado por ti. Me ha dicho que quiere que te vayas con él.

Esther suspira y la escalera le hace eco con sus crujidos.

–He encontrado más setas. Buenas para comer –le digo.

Esther se detiene ante la habitación del hombre, y solo entonces veo que ha estado llorando mientras andábamos. Conozco algunas de las razones de su llanto silencioso, apenas un hilo de agua en sus ojos: sé que es porque está cansada, atrapada en el trabajo, el hambre y la inquietud, por un sueño que nunca es reparador, por los días que vienen y van cargados de lo mismo insoportable de siempre y porque solo tiene a Mary como apoyo, Mary que no habla pero canta. Le doy un golpecito con la cadera y se sorbe los mocos.

–Esta noche vamos a comer, Esther.

Asiente y se endereza: una aguja que atraviesa la tela por una limpia línea de puntos, apretada para ceñir una banda.

–Sí –me dice.

Solo cuando entramos en la habitación recuerdo que la otra seta naranja, la que contiene veneno en las celdillas cerosas de su corazón, sigue en mi falda. Dejo las sábanas en el sofá del rincón, lejos del alcance del fuego. Podría hacerlo. Podría arrancar un pellizco naranja, echarlo en la taza y dejar que infusionara: acabaría lo que la fiebre amarilla no ha acabado. El hombre gime. Me quedo allí parada, en la

habitación llena de chisporroteos. No hago nada porque sé que esa decisión acabaría provocando alguna otra forma de venganza: una marca en la mejilla, grilletes en los tobillos, una cuerda alrededor del cuello, mis piernas separadas con violencia.

La señora coge la taza con la cara enjuta, vidriosa. Se le vierte algo de infusión en la mano, y le corre por los dedos hasta el suelo. Lo pisa y me da tal bofetada que el pedazo de tela que me cubre la nariz se me baja hasta la mandíbula. Vuelve deprisa junto a su marido y yo vuelo a atarme el trozo de tela por encima de la ardiente mejilla y la nariz dolorida y palpitante. El hombre rubio está en el suelo, a gatas, gimiendo con la cara sepultada en sus propios brazos. Ella se agacha a su lado, murmura, le acerca la taza a los labios. Él no quiere beber, frota la frente en el suelo. La señora forcejea para ponerlo boca arriba y lo sostenemos para que pueda darle el reconstituyente que, al final, es solo un hilillo de líquido. La habitación huele a humo, hollín y vómito, y el hombre tiene la piel caliente.

Lo sostenemos hasta que sus gemidos se vuelven más lentos. Lo sostenemos hasta que se queda callado, quieto y pálido, y luego lo arrastramos a la cama y lo tapamos hasta la barbilla. La señora humedece y dobla un paño limpio y se inclina sobre él, murmurando de nuevo, trinando, mientras se lo aplica suave y vacilantemente. Con qué celeridad sus manos se han convertido en garras, qué rápido el golpe que me ha dejado la cara entumecida. La violencia de la mujer se ha llevado todo mi sentimiento. Fregamos. Recogemos lo que está sucio de vómito, húmedo de sangre, empapado en vinagre. Cuando dejamos al hombre y la mujer a sus gemidos y murmuraciones, vuelvo a sentirlo: una punzante oleada de odio. Ojalá le hubiese dado la otra seta naranja para que el hombre la bebiese de su mano. De modo que, sin saberlo, ella hubiese matado lo que ama.

Solo después de que el pajarillo se haya rendido al sueño junto a su marido de respiración jadeante y húmeda bajamos a la cocina a comer. Hace horas que el sol se ha ido y todas estamos agotadas. La leña está húmeda y fría cuando la recojo para el fuego y Cora tiene que afanarse para que prenda. Nos sentamos en fila contra la pared mientras Cora cocina. Asa y guisa el conejo hasta que la carne está marrón, glaseada y chorreante, y luego le añade las setas. Chisporrotea, y yo, impaciente, trago saliva una y otra vez. Cuando sirve la cena en platos, mi ración de carne es como la mitad de mi puño, pero las setas ocupan una mano entera. Cora solo ha guisado un conejo. Ha salado el resto y los ha puesto a ahumar para que podamos ir comiéndonoslos poco a poco durante el invierno, después de la

cosecha en octubre, cuando los días son breves y se pasa más hambre. La comida huele a la manteca que ha usado para guisarla y, cuando me lamo los dedos, sabe a sal. Las lágrimas chispean en mi pecho y me suben rápidamente por la garganta, pero las contengo con un parpadeo. Nunca nunca he sentido tanta hambre, nunca he sentido tanto alivio al saber que la demoledora punzada de la inanición pronto se aquietará, pronto se aliviará en mi estómago. Arranco y separo los pedacitos de carne.

–¿Crees que se curará? –me pregunta Esther.

La carne me sabe a cebolla silvestre y a hierba henchida de agua al atardecer. Me encojo de hombros.

–A veces parece que van a curarse y luego empeoran –dice.

–Lo que le he dado es para que sane, para que se ponga fuerte.

Las setas saben a mantequilla, sol matutino y viento cálido.

–Mis padres se pusieron peor cuando se contagiaron –dice Esther.

–¿Peor que eso? –le pregunto.

Esther resopla y sigue masticando. Un perro ladra fuera, en la fresca oscuridad.

–Sangraban –me dice mirando su plato.

Parece que quiere añadir algo más, pero mueve la cabeza y se come otra seta.

–Gracias, nunca las había probado.

Otro perro responde al primero, y luego otro, y se forma un círculo de perros que aúllan en la oscuridad. Me pregunto si habrán acorralado a alguien.

–Puedo enseñarte a encontrarlas –le digo–. Solo hay que fijarse bien.

Mary ha rebañado su plato. Pasa el dedo por los restillos de setas y carne, las últimas motas de comida, y se lo chupa. Está mirando a Esther con el ceño fruncido.

–A mi hermano se le da mejor que a mí –dice Esther–. Es mejor encontrando lo que se esconde.

–También las hay blancas. Son más fáciles de ver.

–Y saben muy ricas también –dice Cora.

Está arrancando pétalos de carne, que come con delicadeza.

–Mi hermano, Bastian… –Esther traga–, caza con trampas. Hay que saber esperar. Es como nuestro PaPa. Cuando enfermaron, fue la primera vez, la única, en que pude sentarme como él, observar como él. Fijarme en todas las cosas pequeñas.

Esther coge una seta, la sostiene entre los dedos como el hombre que me concibió cogía su pluma, y de pronto la suelta. Mary le da un codazo para que coma, pero Esther niega con la cabeza.

–Fijarme en cómo temblaban MaMa y PaPa. Cómo se les ponía amarillo alrededor de los ojos.

–Lo siento –le digo, y pienso que la vi atrapada en ese recuerdo cuando la señora la obligó a salir corriendo.

–Yo… –Esther se detiene–. Las encías empezaron a sangrarles. Orinaban sangre. Lloraban y también había sangre ahí.

Esther le pasa el plato a Mary, que le pone mala cara e intenta devolvérselo. Esther lo aparta y Mary se come sus sobras mientras la mira, y con cada bocado se le acerca hasta que su nariz casi le acaba rozando el hombro. Se le acerca hasta que Esther la rodea con el brazo y le cubre una oreja, y Mary termina así la comida de Esther.

–No sueño con ellos tanto como quisiera –dice Esther–. Cuando lo hago, lloro, y soy yo la que llora sangre.

La comida se ha convertido en barro en mi boca, barro que se agrieta al sol. La trago igualmente y como hasta que mi plato también queda limpio. Me chupo los restos del dedo como ha hecho Mary, pensando que ojalá hubiese tortitas. Siempre que Nan estaba embarazada, cada vez que su barriga empezaba a crecer, mi madre y yo la sorprendíamos en el arroyo; arrodillada en la arena, se metía en la boca trocitos de barro tan delicadamente como cualquiera de los esclavistas a los que he servido. Ahora, sentada en el suelo de la cocina, mientras el aroma de la carne, la grasa y las setas nos cubre como una fina sábana, lo entiendo. Esta hora robada, esta comida robada, este tiempo robado, este breve respiro en la barriga: sé por qué Nan comía tierra.

Daría cualquier cosa por notar más sabor a sal en la lengua. Me arrodillaría en la orilla de un río y comería arena a puñados. Dejaría que formase guijarros en mi boca y luego sorbería la salmuera de barro. Asiento al imaginarlo. Trago y me viene el recuerdo de una cebolleta amarga y picante, el frío cortante de una mañana helada, las ancas mojadas por el rocío, los finos bigotes al aire y el depredador arriba, siempre sobrevolando.

Limpiamos la cocina, y solo cuando todas nos hemos acostado en nuestros jergones de la despensa siento algo parecido a la saciedad. Dura un instante. Me tumbo de lado, con la arpillera arañándome la mejilla, y pienso en el hermano de Esther: veo el fuerte arco de su nariz, la atrevida mandíbula, la forma en que el sol se reflejaba en el vello de su cara. Me siento aliviada cuando Aza no viene porque lo único que quiero es dejar de demorarme en la frente de Bastian, en sus hombros. Quiero deslizarme hacia el sueño para olvidar esta otra hambre. Me pregunto si la piel oculta de Bastian será tan suave como la de Safi, y me llevo esa intriga a mis sueños.

Nos despierta un lamento.

–¿Qué? –pregunta Esther, incorporándose en la oscuridad.

Cora tropieza con el horno cuando va a encender una vela. Mary mira arriba, al techo.

–El hombre –digo.

Nos cubrimos la cabeza, nos ceñimos la falda y subimos la escalera corriendo. Los lamentos ascienden con nosotras. Nos llevan arriba, más arriba, hasta la habitación de él. La chimenea está de un negro ceniciento. Las velas ante los espejos vacilan, pero podemos ver. La mujer sostiene la cabeza del hombre en su regazo, se mece con la boca abierta, muy abierta, y el sonido se retuerce a su alrededor: un mal viento que enturbia un claro.

El hombre también parece turbio, pero al acercarnos vemos que está todo rojo: los ojos, la nariz, las orejas, los dedos de las manos y de los pies, cada pequeña parte de él está manchada de sangre, pero la enfermedad no se ha detenido ahí. Lo rodean charcos granate que han salido de su boca. La habitación apesta a vómito, un hedor que irrita y abrasa la nariz, la garganta, tanto que tengo que tragarme la arcada que siento en mi propio estómago, en mi propia garganta, en mi propia boca que se abre para responderle. Para decirle: ese es el mar que hay en ti y este es el mar que hay en mí, la sal de la saliva, el

moco y la sangre.

Nos cogemos de la mano, con dedos fríos y secos. De la señora sale un sonido como una gran marea impetuosa, y levanta la vista y nos mira sin vernos.

Cómo ciega perder a alguien. El cuerpo moteado del hombre es una ofrenda: la pena de la mujer, la suya. La casa cruje. Mary me pellizca la palma con las uñas. Esther esboza una sonrisa antes de borrarla de su cara. Me trago la náusea, que sabe a miedo porque conozco el grito de la mujer. Lo he oído cada vez que una de nosotras ha sido robada, separada, vendida. Sé que esa sirena es una puerta abierta al dolor, y que el dolor nunca viene solo.

CAPÍTULO 10

DULCE COSECHA

La señora se queda con su marido hasta bien entrado el frío de la tarde. Le sostiene la cabeza en su regazo mucho después del último soplo de ceniza, del último resplandor de las brasas. Le acaricia la cara una y otra vez, se inclina y le susurra con la boca en la frente. No oímos lo que dice. Cuando nos marchamos y volvemos con sábanas limpias, la señora ha cerrado la puerta con llave. Dejamos comida para la madre, que camina en círculos desde la puerta cerrada de su hija hasta su propia habitación y vuelta a empezar: un buitre gris.

–La cosecha –murmura la madre.

El pelo le cae como un ala lacia.

–¡La cosecha! –grita en la puerta detrás de la que su hija le susurra al marido muerto.

La madre ciega come en el pasillo, va dando bocados mientras deambula y grita a través de una puerta enmudecida por la pena.

–Señora –dice Esther.

Trata de llevarse al dormitorio a la madre de la mujer llorosa, arrearla como a una cabra con las rodillas como limones, pero la señora gris se la quita de encima y vuelve a la puerta.

–Lo sé –dice, rascando la madera–. La cosecha –sisea–. ¡El frío!

Cuando la vieja madre anida por fin en su habitación, llegan los capataces. Huelen a humo y a sudor, a pino quemado y a heno podrido. Llevan las camisas flojas en el cuello. Llaman a la puerta, pero la señora no responde. Se alisan el pantalón con las manos.

–¿Qué pasa? –preguntan.

–Es él. Tenía las fiebres.

Solo cuando Esther se señala el delantal manchado de sangre los

capataces entienden, solo entonces mueven la boca como si quisieran llamar a la señora en su habitación doliente.

–La necesitamos –dicen–, no podemos empezar sin que ella lo diga.

Y luego se dan la vuelta y se marchan.

Frotamos, lavamos, escurrimos y secamos. Barremos y fregamos el suelo. Pulimos y restregamos. Cuando la mujer abre la puerta, hacemos lo mismo a su alrededor mientras ella sigue desplomada en el suelo sobre su marido, frío e hinchado por la muerte. Duerme sobre su pecho inmóvil como una piedra, se despierta para toquetearlo y vuelve a dormirse. El día se escurre del cielo y la noche llena el horizonte. Le llevamos la cena a la mujer y luego la recogemos intacta y la compartimos en la cocina: cortamos la carne en trozos iguales, mordisqueamos los huevos encurtidos, le echamos más sal a los tubérculos y a las verduras antes de tragárnoslos. No necesitamos recurrir al conejo en salazón ni a las setas marchitas.

Nos despertamos para volver a hacer lo mismo. Limpiar, acarrear agua, cuidar de la casa y el huerto, acorralar a la anciana madre en su habitación, esquivar a los capataces, nerviosos por la espera. «La cosecha», dice la madre ciega. «La cosecha», dicen los capataces. Emil nos mira moler el maíz para la harina y se frota el muñón del antebrazo que le falta. El aroma a maíz se eleva, hogareño y dulce, y dejo que caiga sobre mis hombros palpitantes y mi espalda quebrantada y se pose en mis doloridos pies.

–Ella dirige la cosecha –dice Emil–. Los capataces no pueden hacer nada sin sus órdenes.

–¿Y qué pasa si lo hacen? –pregunto.

–Los despide –dice Esther.

Mary gruñe sobre su mortero.

–Su cuerpo –digo.

¿Cómo describir el olor del cadáver del hombre, que al segundo día se ha vuelto de un negro amoratado, maduro para la ofrenda?, ¿su carne, que debería estar ablandándose bajo tierra?

–Lo sé –dice Esther.

El hedor de la descomposición impregna los estrechos pasillos, las

escaleras alfombradas, las pequeñas habitaciones de techos altos. La anciana madre deambula preocupada con un pañuelo apretujado sobre la nariz y la boca. Araña la puerta, tiene arcadas.

Durante tres días la señora permanece encerrada en la habitación con el cadáver de su marido. En la mañana del cuarto, subimos las escaleras con el hambre reducida a un latido sordo por nuestras tortas matutinas de maíz, nuestras setas, nuestros festines con la comida que rechaza la señora, y encontramos la puerta del dormitorio abierta de par en par. El hombre apesta aún más. La señora ha hecho todo lo posible por lavarlo y vestirlo, pero el cadáver ha empezado a hincharse y la carne empuja la ropa, de manera que la camisa, los pantalones, los pies cubiertos con calcetines pero descalzos parecen enfundar una salchicha demasiado prieta. La zona que rodea la boca se ha vuelto gris, todo el rojo que floreció en él se ha escurrido a otros lugares. Emil y todas nosotras tenemos que aunar fuerzas para llevarlo al salón, donde ella insiste en que lo tumbemos en un sofá. Pero es demasiado grande, demasiado difícil de manejar, así que nos pide que lo dejemos en la alfombra del suelo. La mujer está encarnada, el rojo florecimiento del marido la ha encontrado, y nos insulta y maldice antes de acariciar la mejilla del hombre y salir corriendo escaleras arriba. El hombre todavía tiene costras granates alrededor de los ojos saltones, la nariz y las orejas, así que traemos agua para frotarle la cara, limpiar la suciedad que ella no ha conseguido quitarle, y después cojo el desecho líquido y lo tiro al jardín, que está pardo, marchito, con toda su vistosa vida replegándose al interior de la tierra. Ha llegado el otoño. Aza se deja ver: una sombra que cruza los débiles rayos del sol, y cuando arrojo el agua muerta sobre las plantas y entrego la ofrenda a la tierra, susurro: «He aquí una ofrenda para vosotros. Hela aquí», y la tierra suelta un suspiro: arena que roza el viento.

Qué madura, dicen Aquellos Que Toman y Dan.

Aza agita los tallos de maíz, haciéndolos parlotear.

–Dijiste que Mama Aza había ido al Agua –le digo.

–Sí –responde Aza.

–¿Van todos allí?

Golpeo el cazo en la tierra.

Qué dulce, dice la tierra.

–Sé quién se lleva los cuerpos.

Apoyo el cazo en las rodillas, observo a Aza por el rabillo del ojo, me pregunto qué verdad, qué ficción saldrán de ella. ¿Cómo sabré la diferencia?

–Pero ¿quién se lleva las almas?

La Biblia que leía el tutor dice que hay un cielo bañado de luz, poblado por los justos. Cuando el viejo italiano escribió sobre su descenso, dijo que era entrar en el hueco profundo de un cuenco sombrío. ¿Adónde había ido mi madre? Hundo el cazo en mí, lo aprieto contra mis muslos. ¿Qué querrá Aza, que ansía miradas, amor, obediencia a su adoración? ¿Qué querrá a cambio de decirme la verdad?

Aza gira en un círculo lento. Me pone la carne de gallina en los brazos, en las mejillas. El viento me levanta la falda y me hiere las piernas doloridas. Al girar, desprende el olor de las vísceras maduradas del hombre y me lo vierte, rancio y líquido, por la garganta. Lo vomito.

–Mírame –dice.

Levanto la vista y tengo que entornar los ojos, aunque no es un día luminoso. Hoy la presencia de Aza es distinta, como si estuviera en un umbral obstruyendo el paso de una habitación a otra. Se introduce como arena en un engranaje. Rompe lo que la rodea.

–Algunas se quedan aquí. Dejan sus cuerpos pero están atadas a este lugar. Cuando sus muertes son horribles, se quedan.

–Horribles –repito, pero Aza sabe que es una pregunta.

–Cuando una persona muere a golpes. Cuando muere quemada o violada. Cuando la descuartizan mientras muere.

Parpadeo, la respiración me resuena en los oídos.

–La violencia hace que se queden.

–Mi madre –digo, y ella sabe mi pregunta antes de que la pronuncie.

–No lo sé –responde, pero sé que miente, que ella es inconstante y fugaz como un chaparrón de verano.

–¿No?

–No.

Dejo que la mentira se hunda en la tierra.

Más, piden Aquellos.

–¿Y los demás? ¿Los que no mueren de formas horribles?

No lo digo, pero lo pienso. ¿Qué hay de los que mueren mal pero no de formas horribles? ¿Los que mueren sangrando por los ojos, los que mueren con la respiración renqueante, los que mueren porque se les rompe el cuerpo, pieza a pieza, como relojes que llegan a su última vuelta, los que mueren con el vientre hinchado y los ojos amarillentos, los que se ahogan en los ríos, los que trabajan y trabajan sin descanso, los que se acuestan una noche, agotados por la marcha de los días, y nunca despiertan por la mañana? Todo eso es malo.

–Hay tierras, otras tierras, más allá del Agua. Algunas almas van allí.

–¿Las conoce el Agua?

Aza gira en un lento círculo, quiebra las hojas de los árboles.

–¿Les habla? –pregunto.

Las hojas se desprenden de los árboles. Se mecen con el viento y luego caen girando al suelo. El humo de la cocina sube flotando al cielo.

–Los otros me han dicho… que el Agua canta –dice Aza.

–¿Canta?

–Sí. No han podido oír la letra de su canto, pero sí las voces. El Agua tiene muchas voces. La gente… –Aza busca las palabras–. Canta con el Agua. Responden a su canto.

–¿Tú lo has oído?

–Los mayores que yo lo han oído. Dicen que los limpió. Que los destrozó. Dicen que los barrió un viento espantoso. Por eso algunos salen a este mundo: lo buscan. El susurro de ese canto que oyeron, una vez. Del Agua. De tu gente.

–¿Lo oyes aquí?

Aza extiende la mano y me roza los dedos. Agarro el cazo, mis nudillos se vuelven amarillos.

–He oído algo parecido en niños –susurra.

–¿En mí?

Aza me toca el hombro. Un escalofrío me sube por el cráneo y aprieta.

–En la mayoría de los niños es un lamento. Como un ulular en algunos adultos.

Estudia mi boca, mi cuello. Con una mirada aguda como la de un búho listado.

–La mayoría no sabe lo que realmente es. No saben que permite ver otros lugares desde este, hablar con los espíritus, oír el Agua.

–¿Cantaba mi madre? ¿Cantaba Mama Aza?

El día se vuelve frío.

–Sí. Pero tú… Tú aúllas. –Mira detrás de mi cabeza, a través de la casa, a través de los campos, a través de los bosques–. Es casi un grito. –Los ojos de Aza están cerrados y grises como los del muerto. Lo ven todo, no ven nada–. Cuando estabas en el norte, la pena ahogó tu canción. Se la tragó. Aun así, seguía sonando por lo bajo. Pero eso cambió durante la caminata. Cuanto más te alejabas, más se oía, hasta que la mujer te metió bajo tierra. Entonces la canción chilló.

–Es demasiado –le digo.

No me doy cuenta de la verdad de mis palabras hasta que las pronuncio.

–Ya es suficiente sentir en este mundo, sin tener que sentir más allá de él.

–Daría cualquier cosa –sisea Aza–. Lo daría todo por conocer al Agua, por oírla, por volver a sentirla moviéndose a través de mí.

Más, dice la tierra, su susurro áspero entre el zumbido de los insectos moribundos, el golpe firme de un hacha en algún lugar lejano, Emil gritándoles a los caballos: «¡Arre! ¡Arre!».

Dame más, dice la tierra, y luego un sonido como de agua sobre arena. Se ríen.

–La canción del Agua te envuelve como un huracán, niña, y tú estás en su centro. Esa mirada tuya es un don. Es un don percibir lo que hay

más allá de esto –gruñe Aza.

Se recoge, se vuelve pequeña. Su ira roza mi frente en pequeños soplidos hirientes.

–El canto es una marea en ti, en aquellos con los que trabajas. En los robados. ¿Sabías que tu Safi oía el canto del Agua en sueños?

Suelto el cazo y me froto las muñecas, las palmas amarillas. Aprieto la carne entre el pulgar y el índice para abstraerme de la ausencia de Safi, de la terrible fuerza del recuerdo: su sonrisa amplia y blanca, el pequeño lunar en la costura de sus labios, su tierno aliento en mi boca, el mío en la suya. Me sacudo el recuerdo como un animal se sacude la lluvia. No respondo a la pregunta de Aza y de pronto entiendo que ella no solo quiere que me estremezca la puñalada del recuerdo. Quiere que el dolor me atraviese, tan fuerte como el canto. Quiere que acuda a ella en busca de consuelo, de fuerza. Eso es lo que quiere tomar de mí: esa es la ofrenda que quiere. Lleva la cara de mi abuela porque pretende que acuda a ella en busca de cuidados maternales. Veo la mano de mi madre, relajada y luego apretada en su vara, y escupo sobre la tierra.

–¿Puedes ir al Agua a buscar a mi madre?

–No.

Me alejo de ella y me inclino para recoger el cazo.

–¿Por qué? –pregunto.

–Ya te lo he dicho. No puedo verlo todo.

Me alejo de la tormenta que retrocede en su cara, del pequeño tornado de sus faldas. Agito el cazo, dejo que las gotas se deslicen en una tenue llovizna. Aza trae un viento y la humedad desaparece.

–Tú podrías ver donde nosotros no –dice Aza, su cara pequeña y rencorosa–. Si te abres al canto, podrías ver a tu madre. Podrías ver más allá.

Presiono el cazo contra mi vientre.

–Los estrechos se abrirían –dice Aza.

–¿Qué estrechos? –le pregunto.

Aza tira de sus vientos y el aire que rodea la casa se vuelve una

envoltura de agua cálida.

–Los mundos son océanos. –Aza flota flácida y larga como una cuerda que cuelga de un árbol–. Hay corrientes entre ellos que los enlazan. Estrechos, como arroyos. Así es como viajamos cuando bailamos.

Hasta los insectos callan.

Aza cree que está diciendo una cosa, pero dice otra. «Puedes salir nadando de esta vida –está diciendo–. Recorre la superficie de las aguas, bracea y patalea, y cuando levantes la cabeza para tomar aire, estarás en otra parte». Ella no lo sabe, pero está diciéndolo: «Podrías irte».

–¿Podría nadar yo por esos estrechos? –pregunto.

«No te necesito», pienso.

–Lo has entendido mal.

–¿Cómo? –pregunto sin molestarme en susurrar, sin temer que Emil o Esther me descubran hablando con quienes ellos no pueden ver.

–Los estrechos son de los espíritus.

–¿Cómo?

Me acerco a ella. Tropiezo con una melonera y caigo de rodillas, con la cabeza gacha, a gatas, los ojos llenos de agua salada. Soy la suplicante que ella siempre ha querido. Aza levanta los brazos, los extiende, se eleva en un giro furioso, y hay placer en su sonrisa, hambre en su jadeo. Aza siempre quiere más.

–Estás atada al cuerpo –dice–, a todo lo que florece y crece. Estás anclada aquí, a este lugar. Tu espíritu puede viajar por los estrechos, pero tu cuerpo está atado.

Me muerdo la lengua y sabe a sal, a sangre. Me limpio las lágrimas de la cara y me acuclillo. ¿Qué más?, pienso. ¿Qué más? Aza tendría el control de mi libertad como la señora tiene el control de nuestra comida, de las bofetadas, de las horas de trabajo agotador.

–Aquellos Que Toman y Dan dicen que hay otra forma. Cuando estuve en la tierra. Dijeron que podía arrastrarme, escarbar, abrirme camino a través de la tierra.

Aza gira de nuevo, sus vientos se retuercen.

–Ellos saben mejor que nadie lo que es estar atado. Son estúpidos –dice.

El cadáver del hombre es un bulto pesado e inmanejable.

–¡Arriba! –dice la señora–. ¡Levantadlo!

La señora solo permite que seamos las mujeres de la casa las que traslademos a su marido al ataúd, aunque nos habría metido en el hoyo por mirarlo en vida. Lo intentamos: lo sujetamos por debajo de los brazos, por los muslos, soportamos su peso sobre nuestras espaldas.

–Cuidado –dice ella–. ¡Cuidado!

Su peso turgente y putrefacto me aplasta los hombros, hace que me rechinen las rodillas. La señora nos ordena que lo coloquemos en el ataúd que acaban de traer los empleados, y que han dejado en posición vertical. Como los ojos ciegos del marido se abren aunque ella se los cierre, la mujer saca un pañuelo de su falda manchada de sangre y se lo coloca encima de la cara. Bajo la fina tela blanca, la carne del hombre se hincha y forcejea para separarse del hueso en una gran nube pastosa. La mujer manda salir a Esther, que regresa con un niño del color de la nuez pecana. Tiene los hombros redondeados, lo mismo que el cuello, y mira al suelo. La señora le indica que vaya a buscar al sepulturero. El niño levanta la vista y asiente, mirando a Esther en lugar de a la señora antes de salir corriendo de la habitación. La anciana madre baja las escaleras lentamente, la madera cruje y gime bajo sus pasos. La alcanzo y la tomo del codo. Lleva el pelo enredado y las horquillas sueltas, hace días que no se peina. Normalmente solo se deja atender por Mary. A veces se resiste a las demás, asustada por sus ojos ciegos, por la oscuridad de la habitación, por unas manos que no son las suyas, pero no me rechaza. Sigue en camisón y se lo aparta de las piernas mientras baja; huele a hojas quebradizas y tierra arcillosa.

La señora llora en silencio. Se seca las lágrimas que se le derraman de los ojos y le resbalan por la cara. La anciana madre me aparta en la puerta de la habitación, así que espero con Esther y Mary. Se acerca a su hija valiéndose del oído y se detiene ante al ataúd. Palpa el pecho inmóvil del hombre, su cintura, y luego sube las manos a su cara hinchada, cubierta por el pañuelo. Tira de él, pero no lo retira. Sujeta las manos de la mujer y la atrae para susurrarle:

–¡La cosecha!

»La oigo –dice la anciana–. Está lista. Si esperamos, se amargará.

La anciana madre acaricia la mejilla de su hija con la misma ternura con la que Cora palmea la masa del pastel. Y luego se vuelve y la abofetea: una, dos veces.

–Fue una lección que te enseñé: esta tierra puede ser despiadada y a nosotras nos toca domarla –dice la madre ciega–. Te dije que no te lo pondría fácil.

La señora se desploma y la madre ciega vuelve a levantar la mano, pero la mujer le muestra las palmas, la carne blanda y blanca, como haría un ciervo, como haría un conejo antes de correr a refugiarse en unas zarzas.

–Ni ellos tampoco –dice la madre ciega, bajando la mano.

La señora se recompone como Aza, hace acopio de sus fuerzas, aprieta los puños, sorbe el moco de sus lágrimas antes de apartarse de su marido.

–Vosotros –dice, su voz como piedras rastrilladas, tierra en barbecho–. A los campos.

Las carretas bordean los campos, junto con los capataces y sus hombres montados en caballos castaños y rojos como el río. Hay cientos de nosotros en la plantación. Las mujeres y los niños estamos tan flacos como la caña y llevamos bien anudadas nuestras faldas, camisas y pantalones. Los niños, de piel delicada detrás de las orejas, de piel suave detrás de las rodillas y en el interior de las muñecas, aguardan quietos como pinos jóvenes en un claro sin viento. Espero inmóvil con las mujeres de mi fila, tan estoicas como los niños. Emil está sentado al frente de una carreta detrás de nosotros, los caballos se espantan las moscas. Una hilera de hombres avanza delante de las mujeres y los niños, algunos vestidos con camisas, otros con la espalda descubierta. Llevan machetes de un modo que me recuerda a mi madre blandiendo su vara: con la palma suelta, pero a punto de tensarse. La caña de azúcar enmudece cuando un viento amplio la ondula. Busco a Aza, pero no está aquí. La caña es un lago verde: se extiende hasta el bosque a lo lejos, donde rompen sus olas color esmeralda. El hambre me estruja todo el cuerpo y, de no ser por el jinete y el arma que cuelga de su silla, me hundiría en esta marea viva, dejaría que me sumergiera. Me pregunto si mi madre sintió el impulso de arrodillarse, de hundirse, bajo el limpio sol de la cosecha, del aire alto y seco con el frescor de un arroyo, pero no puedo resolver

nada porque el jinete grita y toda la fila de hombres de espalda oscura levanta sus armas al tiempo. Nos movemos.

Un olor verde y dulce se extiende sobre nosotros. Por un momento me llena por dentro y puedo imaginar que he comido hasta hartarme, que estoy saciada de harina, azúcar y grasa, de las galletas mediadas y los pasteles mordisqueados que tantas veces he probado, birlados de los platos. Un sabor que recuerdo con facilidad: dulce y mantecoso en la lengua. Comida hecha para que quieras más, con un dulzor que se espesa como una niebla densa en la boca: inhalado en un suspiro, antes de desvanecerse. La luz lancea el campo. Exhalo, vacía de nuevo.

Me pregunto qué habrán comido los hombres. Sé que buscan alimento por su cuenta: le he oído decir a Emil que para quebrar el hambre cogen puñados del pienso de los animales, granos de maíz ajados lo bastante duros como para romper dientes. Cuando los hombres blancos vigilan, ni siquiera tienen eso. Intentan cultivar huertos, pero los brotes se marchitan con el calor, se marchitan por el abandono porque siempre están en los campos de caña. Una vez Emil nos dijo: «No sé cómo pueden engordar los animales: aquí solo comen bien los de la casa», y luego se echó a reír y el sonido rodó por sus encías, por los fuertes dientes blancos que le quedan, sin la menor alegría. Todos nos morimos de hambre.

Los hombres alzan sus machetes y cortan el tallo por la raíz. Sus brazos se desdibujan; la caña se rompe con gruesos crujidos. Los hombres despojan las panojas de su verde, cortan la parte superior, luego tiran la caña al suelo y siguen avanzando. Antes de que la caña haya tocado tierra, ya vuelven a levantar los brazos, zumbando, cortando. Una mujer encabeza nuestra fila: calva y bajita, coge una caña, y luego otra, y otra, y la niña que camina a su lado, que es tan alta como ella y tiene la misma nariz que su madre, sigue a quien dirige la fila, recogiendo. Madre e hija suben los tallos al lecho del carro y levantan los fardos con todo el cuerpo. Las demás mujeres y niños de la fila se inclinan y levantan, y el corte de la caña, los pies que pasan entre los tocones sajados y el crujido de panojas y hojas al ser pisoteadas acompañan al canto menguante de los últimos insectos, que van callando por inanición, como nosotros, y se enlentecen como nosotros, dormitan para soñar a mitad de un paso, a mitad de un salto, y de pronto despiertan sobresaltados, despiertan para recordar que soñaban con detenerse, detenerse en los campos ebrios de caña.

–¡Vamos! –grita el jinete–. ¡Vamos!

Cojo mi primer tallo. Es tan grueso que apenas me alcanza la mano.

–¡Moveos! –dice el jinete.

Cojo otro. Emil mueve las riendas y su carro avanza y se detiene.

–¡La caña no va a cocerse sola! –dice el capataz.

Agarro otro y otro hasta que su peso me hunde los pies en el verdor dulce y espeso.

–¡Fuego encendido! –dice el hombre.

Voy tropezando hacia el carro. Cuando me caigo, la gente de mi fila me ayuda a ponerme en pie, afianzándose en la blanda tierra.

–¡Calderas calientes! –dice el hombre.

Los arrojo al montón.

–¡Rodillos en marcha! –dice el hombre.

Los pinchos de los tallos cortados me dejan marcas rosadas en los brazos.

–Dulce azúcar –dice el hombre, silbando.

Vuelvo a la fila y me agacho.

–Arre –dice el jinete.

Los hombres levantan los brazos. Cortan. Pelan. Lanzan al suelo.

–Bien –dice el jinete.

Agarro una caña.

–Bien hecho, muchachos –dice el jinete como si estuviera arrodillado ante un sabueso con el hocico húmedo de sangre, acariciándole los flancos aterciopelados.

Agarro otra.

–Más rápido –jadea Esther.

Agarro otra, me resbala la mano..

–Annis. Más rápido –dice Esther.

Abrazo otra.

–El látigo –dice Esther.

Olor a savia por todas partes.

–El hoyo –dice Esther.

Gimo.

–Bien hecho, muchachas.

Cargo.

El día quema y quema.

Hay seis carretas de madera para cargar la caña. Rodean los campos y vienen una tras otra. Los cortes me cincelan las palmas de las manos, los brazos, las piernas, se enlazan como los filamentos de un hongo, esa parte del cuerpo que crece bajo tierra, enredándose entre las raíces de los árboles, los arbustos y los helechos en una gran estera: «Esto duele –dice la estera–. Esto escuece –dice–. Basta –dice–. Basta». Pero no me detengo. Me muevo. Veo el hoyo, sus paredes de afiladas estacas. Siento el barro hundiéndose bajo mis pies. No volveré ahí. Todos estamos bañados en sudor. Intento limpiarme la cara con el hombro, enjugarme los ojos, pero todo está empapado. Voy arrastrando la falda. Las mujeres y los niños de mi fila respiran entre sollozos. El día abre su boca brillante y traga. Las horas, los capataces y los hombres a caballo, las señoras de la casa: todos hambrientos, quieren más y más. Cortamos, deshojamos y cargamos hasta que el sol se pone detrás del oscuro follaje de los árboles.

–Vamos –dice Esther agarrándome de la camisa, y caminamos detrás de la última carreta de nuestro turno por un sendero estrecho y lleno de baches que se aleja serpenteando de los campos y el bosque en dirección al río y la refinería de azúcar.

Apoyo una mano en el carro y me dejo arrastrar por el angosto sendero. El polvo nubla nuestro avance y observo mis pies, huelo mi propia sal, mi propia sangre. Nunca he estado tan cansada. Parpadeo y pasa mucho tiempo hasta que mis ojos se abren; me doy cuenta de que quiero dejarme caer de rodillas, sobre mi estómago, sobre mi cara, en los surcos polvorientos. Pero no lo hago. Nadie tendrá que cargarme de vuelta. Levanto las rodillas para intentar librarme de la fatiga hasta que huelo el río, su aroma a musgo y limo, y luego una gran oleada de

azúcar caramelizado y humo.

Los árboles se alejan y la refinería se cierne sobre sus copas: es tan grande como la casa donde vive la señora. Las mujeres y los niños con los que trabajamos en el campo descargan una carreta y colocan la caña en dos gigantescas cintas que traquetean sobre los engranajes que las soportan y trasladan lentamente la caña al interior del edificio.

Nuestra carreta se une a las otras. El claro que precede a la refinería está abarrotado de cuerpos, cañas y carretas. Esther se inclina hacia mí, su boca en mi oído. Se parece mucho a la de su hermano.

–¡Tenemos que descargar la caña! –grita.

Asiento con la cabeza.

Los fuegos resplandecen en los túneles donde desaparecen las cintas y la caña que transportan. Los rodillos giran entonces, grandes ruedas que aplastan. Trituran la caña y la convierten en pulpa, en un puré verde y blanco. Así es como la caña ofrece su jugo, que cae abajo, donde están las cubas. Allí bullen los fuegos, que lamen y envuelven las ollas de hierro con tal fiereza que el calor sale del edificio por sus aberturas. Un hilillo de brisa pasa por mi nuca, mi mejilla, me revuelve el pelo antes de retirarse, pero este movimiento de las faldas de Aza no puede borrar el olor de los cristales coagulándose ni el crepitar del fuego en el cielo cada vez más oscuro. Y sin embargo, los carros cargados de caña siguen elevándose como pequeñas colinas a nuestro alrededor.

La madre y la niña con la misma cara surgen de la oscuridad. La mujer tiene otra hija pegada al codo. Sus hombros caídos me dicen que está cansada, cansada como su madre y su hermana, pero carga la caña igual que ellas.

–Helen –saluda Esther.

–Esther –dice la mujer.

–¿Tu pequeña está aquí? –pregunta Esther.

Helen alarga el brazo y ahueca la mano en la nuca de su hija. La niña se aparta de su madre y coge tres tallos de caña a la vez; los acerca a los rodillos con unos brazos como cuerdas nudosas que aflojan cuando suelta la caña. Con el labio inferior apretado, se concentra en levantar, equilibrar, avanzar arrastrando los pies entre el aire sucio y luego tirarla a la cinta. La forma en que Helen la observa resuena en mi

interior: hay un cordel tierno, fino como un sedal, que sale de las manos y del corazón de Helen, que le sube por la coronilla y la ata a la niña, a esa niña de hombros delgados, toda tendones y piel. La niña tropieza y Helen corre hacia ella.

–Mamá –dice la niña, y una mueca rápida como una polilla le cruza la cara, aunque se apoya en Helen y agarra la caña con fuerza.

–Ten cuidado –dice Helen.

Quiero ver a mi madre. Quiero verme cuando tenía el mismo tamaño que la hija de Helen: menuda, flaca, el pelo cayendo alborotado por el cuello. Quiero ver a mi madre caminando entre las chozas con la mano en mi nuca, la uve de su pulgar y su índice dirigiéndome y diciendo: «Ella es mía, esta es mía, yo soy suya y ella es mía». Los nudos de la caña pelada me pinchan de negro y azul, me tiñen de rojo. El fuego centellea sobre nosotras, lame el cielo, cabalga el viento. El cansancio del día mengua y crece: una marea inexorable. Helen empieza a cantar en voz baja y luego su hija la sigue, enlaza su voz con la de su madre y la de su hermana mayor, y todos los que hemos trabajado en los campos cantamos: entonces veo a mi madre y me veo a mí, veo el tejido enredado de mi pelo y el reflejo rojizo que he heredado del amo, pero más luminosa es la honda mano de mi madre, esas orejas pequeñas que me legó, la forma en que parece que está nadando cuando camina por el sendero de tierra entre las chozas, cómo refulge cuando me da su arma y susurra: «Siéntela, siente el equilibrio, muévete con ella y te será útil, pequeña, te será útil», y entonces la marea y los cantos me devuelven al molino y al humo y a la dulzura. Aza me dijo la verdad: puedo ver, puedo ver, puedo ver.

La señora y su madre se sientan a comer en una mesita del salón: Esther y Mary la han sacado de un rincón y la han llenado de cucharas, tenedores, cuchillos y platos, de modo que los platillos y las tazas asoman por los bordes como los pétalos de una flor. La mesa tiembla con cada tintineo de la cubertería que usan las mujeres.

El cuerpo del hombre está frente a ellas, embutido en su caja de madera maciza y bordes lisos. Su cabeza roza la parte superior del ataúd. La muerte sigue hinchándole. Es casi un desconocido: todo el rojo se le ha escurrido de la cara y sus rasgos se extienden planos y pálidos como una torta. El olor del cieno negro que repta bajo su piel, bajo su prieta ropa, cuaja la habitación. El aire es una toalla húmeda: respiro a sorbos calientes y fétidos.

–Tiene buen aspecto –dice la señora.

Coloca un colador de té sobre su taza.

–¿Y la cosecha? –pregunta la madre ciega.

–Hemos llegado a tiempo. Por poco.

–He sentido que llegaba el frío –dice la madre–. Lo sentía en los nudillos, en las rodillas.

–Todavía necesitan que los vigile –dice la señora.

–El dolor me ha tenido despierta toda la noche –dice la madre ciega.

–Son lentos –dice la señora.

–Eso y el viento, que zarandeaba las ventanas. Demasiado –dice la madre.

–Demasiado lentos –La señora se sirve el té–. Hay que apretarlos.

Levanta la tetera y una ceja hacia su madre, que asiente. Le sirve.

–Esta casa se mueve. Se levanta y se asienta.

La madre suelta una risita que se transforma en tos y toma un sorbo.

–Azúcar.

La señora le pone azúcar de un pequeño cuenco de porcelana blanca ribeteada de azul. Hay puntos dorados alrededor del borde. Me duele la cabeza detrás del ojo izquierdo.

–Aguantarán con un poco de insistencia –dice la señora.

La vieja madre sorbe y tararea, y mi dolor de cabeza va en aumento.

–Tu padre decía que la casa se mueve más rápido que los esclavos –dice la anciana.

La mujer sumerge la cuchara en su taza, remueve y luego la apunta al aire, a la altura de sus ojos. Mira al hombre por encima de la cuchara.

–Él quiere azúcar con todo. Con sus gachas. Con el café. Con los huevos –dice la señora.

Se mete la cuchara en la boca y chupa los cristales dulces. Traga

despacio. En la habitación, ese sonido es estrepitoso. Deja la cuchara en el plato, que tiembla.

–Yo solo quiero azúcar con el té.

La madre ciega se ríe de la broma de la señora, y la risa rueda como un rodillo sobre mi ojo y me atraviesa el cráneo.

–A él le encanta –susurra la señora.

Cierro los ojos y el oro me envuelve. «Pequeña», decía mi madre. El dolor martillea. El muerto apesta a tripas de cerdo y a bocas sedientas. Me pregunto qué harán Aquellos Que Toman y Dan con este hombre amante del azúcar: ¿convertirlo en una seta, resina dulce, tiesa arcilla roja? Pienso que si pudiera volver la cabeza lo bastante rápido vería más allá del dolor, de estas mujeres, de esta habitación, de estos cuerpos en descomposición.

Podría verme de nuevo con mi madre.

CAPÍTULO 11

TENUES Y CONFUSOS

Los días se confunden. La cosecha comprime una mañana con la siguiente. Parpadeo, me duermo y vuelvo a estar despierta. La señora ordena a Emil y a seis de los hombres que construyan un mausoleo en un pequeño claro visible desde la ventana de su dormitorio. Cuando el mortero está seco, hace que lo pinten de blanco y les dice que saquen al hombre del salón. El mausoleo tiene su apellido grabado en lo alto y es amplio, lo bastante para que quepa el ataúd del marido y, algún día, el de ella. Los vecinos de la señora acuden desde sus plantaciones. Rodean la tumba del marido, moquean en sus pañuelos con rostros céreos y sombríos. La mujer exige que las trabajadoras domésticas también asistamos, pero los mozos y los braceros siguen en los campos, una multitud de espaldas. La señora está tan cerca del mausoleo que casi se cae dentro: inmóvil como un cuervo, las lágrimas le resbalan lentamente por la cara y se le encharcan alrededor del cuello. Cuando los hombres introducen el ataúd y comienzan a tapiar la abertura, se hinca de rodillas. Sus vecinos intentan levantarla, pero se vuelve un peso muerto como hice yo, como hizo Emil, cuando sus hombres nos arrastraban al hoyo. Su madre le susurra, intenta sacarla de su tambaleante dolor, pero ella sigue en el suelo. Ojalá la tierra le diese lo que quiere, ojalá se abriera bajo sus pies y se la tragara con su multitud de bocas. La mujer patea el suelo y solloza.

Después del funeral seguimos con la cosecha, y es interminable: servimos el desayuno antes de que el sol se deslice por el cielo, recogemos y cargamos caña, descargamos en el molino, servimos la cena a altas horas de la noche, con las velas parpadeando y humeando en los espejos. La señora, como una reina en el centro de su colmena, no duerme. Nosotras no dormimos. Nos arrastramos por los campos. Recogemos las dulces gavillas. Las aplastamos. Quemamos el néctar. Recogemos el azúcar. Lo metemos en grandes barriles de madera que enviamos río abajo.

Me encojo: el trabajo me ha dejado escurrida. Caminar, cargar, arrojar, lavar, recoger y esforzarme me afean la cara. Soy menos. Todas somos menos. A Mary, los huesos de las caderas le sobresalen de la piel como un cuenco. Los pómulos de Esther son cucharas del

revés. Cuando abro los ojos a esta mañana, se me encoge el estómago al comprender que una parte de mí siempre estará aquí, en este lugar infinito, enfangada hasta el cuello: presa de estos erizados campos verdes, esta tierra negra, esta abrasión perpetua del cuerpo, los pétalos abiertos de mis manos, los tallos magullados de mis pies, esta hambre que me vacía por dentro como la tierra me vacía por fuera.

Hoy recogemos leña para las chimeneas de la casa: no queda nada que arrancar de los árboles cercanos, los fuegos del molino se lo han comido todo. Nos vamos alejando hasta donde el bosque guarda silencio, donde el frío que se acerca tiñe las hojas de un tenue color pardo igual que la enfermedad destiñe la cara de los enfermos. Tres garcetas se posan en el ciprés y se saludan con la cabeza. Hoy, decido, me moveré despacio: la señora no está en el bosque. No tiene autoridad aquí. Me duelen todas las partes del cuerpo: desde los largos músculos de las piernas hasta la banda de mi espalda y lo alto de los hombros. Busco setas y encuentro una, pálida, con una piel como el más suave de los cueros. La tierra que tiene en el tallo cruje. Mis dientes son dagas en mis encías. Miro a Mary y a Esther, encuentro otra y se la doy.

Esther, que estaba en cuclillas, se levanta.

–Hermano –dice.

Bastian, con el pelo trenzado hacia atrás, entra en el claro. Levanta a Esther y la abraza con fuerza.

–No pesas nada –le dice.

–Bastian –dice ella.

Me mira con el ceño fruncido antes de volverse hacia Mary, que apila ramas y troncos medio podridos en una pirámide.

–Están de cosecha arriba y abajo, a lo largo de todo el cauce del río –dice Bastian.

Esther baja los brazos y retrocede un paso.

–No –dice.

La luz del día pasa entre ellos como un haz moteado de sombras: un vacío dorado.

–Esther –repite él, y la inclinación de sus hombros, la forma en que su

voz cae como un hilo de agua entre ellos, lo empequeñece.

–La conozco –les dice Esther a las agujas de los pinos, a sus pies–. Me perseguirá.

–No te pasará nada –dice Bastian.

–No –dice Esther, apartándose de nuevo.

Él levanta un brazo hacia ella con los dedos abiertos, pero Esther está demasiado lejos para que pueda tocarla.

–Vamos –dice Esther, volviéndose hacia Mary–. Aquí no hay mucho que recoger.

Pero se detiene antes de irse, se apoya en el pecho de su hermano y le habla en voz tan baja que no puedo oír lo que dice.

Mary coge su fardo, apretándolo contra su cuerpo: una de las ramas le araña la barbilla y le deja una roncha blanca, una línea roja. Me hace un gesto con la cabeza y sigue a Esther sobre los tocones, ambas despacio y luego tropezando, avanzando a trompicones antes de desaparecer en el bosque.

La nariz de Bastian es una aleta en su cara, sus ojos el fondo de la parte más profunda de un río, el frescor negro donde la corriente no llega, donde la madera a la deriva, troncos enteros, se hunden en el limo. Su cuello, aunque casi tan fino como el nuestro, es firme como un pino joven. Así es como se yergue en el claro, pero también se escora como un árbol, arraigado en su sitio de no ser por el viento que lo empuja a un lado y luego al otro. Para caminar hacia mí, o no.

–Siempre nos decimos lo mismo, cada vez –dice Bastian.

Me pregunto si aún tendrá las manos callosas como monedas de cuero de cuando trabajaba en los campos. No me he bañado desde que empezó la cosecha, no he tenido tiempo de desenredarme ni trenzarme el pelo, de suavizar mi piel con agua y grasa. Sé que estoy llena de cortes, repugnante, los huesos sobresalen de mi piel como cálamos de una fina almohada de plumas. Sé que mi lengua esta gruesa e hinchada como el algodón por la sed de mi boca, pero si me acerco y le pongo las manos sobre los hombros, si espero su consentimiento, puedo ser suave al inclinarme y acariciarle el cuello con mi cara. Piso los nudosos dedos del roble negro, el mar de setas, los insectos desenfrenados que buscan alimento, que lo almacenan, que acaparan para la época de frío. Crujen las agujas de los pinos.

Aprieto los puños en la falda, me inclino hacia él y su balanceo se detiene.

–Está asustada –le digo.

–Puedo mantenerla a salvo –dice Bastian, pero su voz se eleva al final, y me pregunto si él duda al decirlo, si sabe que hay un pino en la columna de su espalda, que su centro solo se doblará hasta cierto punto antes de quebrarse. Que él es un árbol joven y este mundo un huracán.

–No es eso lo que la asusta. Te conoce.

–¿Os habla de eso?

Niego con la cabeza y olfateo sin hacer ruido. Bastian huele a azufre del pantano, a sal, a carne de caza asada en la hoguera. Hay en su centro un corazón tierno que florece en sus ramilletes de conejo, en la carne envuelta en hojas que saca del talego que le cuelga de un costado.

–Es mapache –dice–. No tiene mucha carne, pero os llenará.

Bastian me entrega la carne envuelta en hojas. Sostengo el rollo suelto en la mano. Me pregunto si el hombre que amó a Mama Aza la miraba como este hombre grande y tranquilo me mira a mí: con el hambre atenta y cuidadosa de un cazador. Se inclina y la línea de su clavícula, el arco de sus brazos, me recuerdan a Safi, que se me acercó cuando yo, sentada en la puerta de nuestra cabaña, me daba aire en un arañazo ensangrentado que me bajaba por la espinilla. Se inclinó y limpió la tierra de mi herida, susurrando: «Tranquila, cariño, tranquila». Me da un vuelco el corazón. Doy un paso atrás, levanto el fardo de hojas, siento el cosquilleo de la antigua herida en la pierna.

–Tiene miedo de todo lo malo que podría ocurrirle. ¿El diablo? Ella conoce al diablo que hay aquí –le digo.

–Yo la protegería.

–Ella no duda de ti.

–¿Entonces de qué? –dice él.

Puedo leer la frustración en el arco de sus cejas, negras y finas como ramas carbonizadas; en su boca fruncida, en la forma en que me mira y luego mira el camino que ha tomado Esther y de nuevo a mí, donde

se queda.

–Es del resto del mundo de lo que desconfía.

El viento se mueve en lo alto de los árboles antes de descender y rozarnos. El roce es suave.

–¿Y tú? –me pregunta.

El abrazo húmedo que cae en primavera y aprieta en verano se ha ido aligerando en los últimos días. Mes tras mes, me ha parecido que esa mano líquida del aire me empujaba a la tierra, de modo que en una mañana como esta, más fresca y ligera, el peso ausente resulta extraño. Hace que sienta más claramente mis brazos flacos como látigos, mi yesca seca.

Me gustaría sentir otro roce. Otro abrazo.

–¿Yo?

–¿Vendrías? –pregunta Bastian.

Dejo en el suelo la carne envuelta en hojas. Doy un pequeño paso hacia él. Traga saliva y la piel se agita en su garganta en un movimiento tan suave y vacilante como una de mis abejas posándose en una flor.

–Podría protegeros a todas –susurra Bastian.

Sus palabras recorren mi cara.

Parpadeo ante la tierna caricia y recuerdo la última, cuando Safi posó los dedos en mi mejilla antes de correr hacia la cascada.

Bastian me roza el puente de la nariz con las yemas de los dedos. Deslizo el pulgar por sus labios.

–¿Por qué yo? –pregunto.

Ladea la cabeza. Su mirada es como un sedal de pesca anclado con piedras que se sumerge más y más en mí.

–Eres cuidadosa cuando buscas alimento en el bosque. Coges suficientes setas para vosotras y dejas más para los que vendrán después. Eres observadora: ves dentro de mi hermana y de Mary. Me ayudas a conocerlas de formas que yo no puedo, pero tú sí. –Me toca un lado del cuello–. Eres triste –dice–. Y hermosa. Como un zorro

flaco. Y los golpes que te da el mundo no pueden afearte.

–Tú sí –le digo.

–Te mereces más –dice.

Lo agarro de la camisa y lo atraigo hacia mí. Me pongo de puntillas, pero él tiene que inclinarse para encontrar mi boca. Bastian sabe a musgo, a caza y a ceniza. Le lamo los dientes, me envuelvo en sus brazos y vivo dos momentos. Estoy con Safi, la suave Safi, su brazo alrededor de mis hombros, sus dedos en el pliegue de mi codo, su boca suave, tan carnosa que cada roce me estremece y extrae de mi pecho una miel que me sale por la boca, y también estoy con Bastian, sus brazos como grandes ramas a mi alrededor y por debajo, el tacto vacilante de sus dedos de algodón, el vello de su cara como el fino filamento del ala de un insecto, la presión de su nariz en la mía, el beso de su boca firme y presente, y nos respiramos mutuamente antes de que yo retroceda y me siente. Levanto las palmas de las manos, esperando, y él se agacha ante mí. Le beso los nudillos. Me toca el cuello, el pecho, el vientre. Todo se vuelve más lento. Me subo la falda. Tomaré estas caricias, estos tenues placeres. Devoraré esta ternura, pero quiero que me oiga antes de abrirme a él.

–Te veo –le digo.

La tierra susurra a mi espalda. Aza está ahí, andando de puntillas por las altas copas de los árboles, provocando una lluvia muerta de hojas pardas que caen sobre la espalda de Bastian. Le advierto con una mano que se aleje y con la otra limpio las hojas muertas del puente vivo que él es conmigo.

No miro a Aza cuando desciende a mi lado mientras vuelvo andando por el bosque. Uno de los hombres, al verme con mis haces de leña y la carne envuelta en hojas, me detiene en el sendero. Le miro la boca y la barba amarilla, manchada de marrón por el tabaco de mascar, y luego a la maleza mientras él me dice que me dirija al dique, que hay que despejar el canal para las barcazas que transportan los toneles de azúcar. Aza espera, rodeándome con una llovizna brumosa. Un buitre nos sobrevuela y luego se hunde como una lanza en las copas de los árboles. Los grandes gansos vuelan hacia el sur en ruidosos triángulos.

–¿Te irías con él? –me pregunta Aza.

Su pelo, al moverse, salpica un fino rocío a su alrededor.

–Podría.

–Tu abuela…

–Lo sé –le digo.

El rocío de su pelo me alcanza la cara como si fueran pequeños aguijones.

–Confió en él y eso la llevó a las oscuras entrañas de un barco. Él no pudo protegerla.

–La última persona que me protegió fue mi madre –digo, y no comprendo la verdad de esa frase hasta que la pronuncio.

Aza se detiene ante mí y la esquivo, pero su ropa, los arroyos de sus brazos, se sienten reales y cortan en líneas punzantes y frías.

–Yo te protejo –dice.

Sopla en las velas de mi falda. Con qué dulzura me ha tocado Bastian, pienso cuando el susurrante rocío de Aza me quema en los arañazos de las piernas y la espalda. Al ver el río, me detengo en un bosquecillo de cipreses. Las hojas de los árboles se encogen, rojas y finas como plumas, y caen al suelo. Dejo mi fardo de leña y el mapache.

–No de esto –susurro, y me paso la mano por las ronchas y heridas de los brazos.

Caigo de rodillas y pienso en descansar, en si podré arrancar unos instantes entre la maleza para sentarme a respirar una vez, dos, a contemplar el río, crecido por las tormentas del norte, con sus burbujas blancas y su cauce pardo. La ribera está llena de árboles astillados y ramas en forma de abanico.

–Estoy hilando otra tormenta –dice Aza.

–Lo sé.

Sé lo que pasa cuando uno de nosotros escapa. Los ladrones reúnen a sus hombres, a sus perros de babas espesas y dientes colgantes, y los persiguen para robarlos de nuevo. Cuando los hombres encuentran a los que han huido, les atan cuerdas alrededor de las manos, los pies y el cuello. Los golpean con látigos, con tablas. Calientan el acero hasta que se vuelve naranja y luego los marcan en la mejilla, en la espalda. Les ponen aros de metal con clavos alrededor del cuello. Les amarran

los tobillos con hierros y cadenas; hacen que las embarazadas tengan que andar con ellos hasta el parto. Yo quiero. Quiero dejarme crecer el pelo, encontrar comida y alimentarme sin esconderme, sentarme al sol y quitarme las preocupaciones de la cabeza, respirar sin que el miedo y el terror me asfixien, elegir mis instantes, elegir mis momentos, elegir mis días. Ya he sufrido bastante. Aza vacila a mi lado, mojada y resplandeciente.

–Podría cavar una cueva en la orilla del río. Aquellos Que Toman y Dan la mantendrían en pie –le digo.

–¿Confías en ellos?

Asiento.

–Los que te persiguen encontrarían tu hoguera tarde o temprano. –Aza revolotea, sombría–. Y a ti.

–Podría cruzar el río. Podría irme lejos –le digo.

–Esa agua no tiene piedad.

Conozco el hambre del río. Carraspeo y trago saliva solo por tragar algo.

–¿Qué quieres, Aza?

Un mosquito tardío me roza la oreja.

–Huye. Huye en la tormenta –dice Aza.

El bosque pantanoso se eriza y se vuelve pardo a mi alrededor.

–No sé.

–Desdibujaré tus huellas. Borraré tu olor –dice Aza.

–¿Adónde?

–Al norte, Annis.

He oído historias sobre las que pueden sacarnos de este infierno. La gente hablaba de eso en las cabañas cuando yo era niña, de cómo la barquera venía a medianoche y te llevaba arriba, fuera de aquí, y la moneda que debías darle a cambio era tu deseo de ser libre. Pero no sé si aquí hay barcas como esas y no quiero el tipo de libertad de Bastian, su libertad a medias en las tierras fronterizas, cargando

historias a lo largo del río, comerciando con nosotros, todavía atado, presenciando cómo aquellas a las que ama se reducen con el paso de las estaciones: él también es un fantasma en las grises tierras de los muertos. Y entonces otra idea me asalta, una idea pequeña, de músculos acuosos y vello aterciopelado: «Quiero andar por un mundo propio».

–¿Y si no? –pregunto.

Aza se desplaza y llovizna a mi lado. Un chapoteo se eleva desde la orilla fangosa que hay abajo y sé que son Aquellos Que Toman y Dan: el rumor del sedimento del río que se posa en la ribera junto a la empapada madera podrida les hace cantar de placer. Sí, dicen. Aquí. Aza frunce el ceño con un disgusto crepitante. Cuando murió mi primera abeja reina, las obreras empezaron a alimentar a las larvas bañándolas en una crema opaca. Una de ellas sería la siguiente reina. Las larvas crecieron, salieron negras y furiosas de sus pegajosos vientres y lucharon despiadadamente hasta que solo quedó una, temblando entre el enjambre de cuidadosas obreras: esta nueva reina les cantó, ebria de batalla. Estos espíritus quieren devoción, quieren apoyo, quieren adoración, quieren obediencia, quieren hijos. Quieren amor. Nosotros pasamos hambre, pero ellos también están famélicos.

–Aza –le digo.

El pelo se le arrastra por la cara y luego se extiende hasta que lo único que veo son sus ojos eléctricos.

–Haré un camino –dice.

Podría excavar una cueva, cubrir la entrada con agujas de pino y palos. A partir de ahí, con el paso de los días, haría túneles que dispersarían el humo y me permitirían encender una hoguera dentro. Podría vivir mis días en la oscuridad, en las fauces de la tierra. El barro me tira de los pies cuando me detengo, pero me zafo y camino hacia el río. Aza me sigue. Entro en la orilla, en el agua que fluye rápidamente, que me agarra los tobillos con manos seguras y tira. Me afianzo con los pies, cojo una rama y la lanzo a la tierra. Mary y Esther están arriba con otras mujeres y niños; me ven y empiezan a abrirse camino río abajo, más cerca de mí. Las mujeres y los niños se sujetan a los árboles y entre sí para formar una cadena humana y despejar la madera que ha arrastrado la tormenta, para limpiarle la cara al río.

Estoy lleno, muy lleno, pero me iría bien otro, otra, tú servirías, me

envolvería a tu alrededor y podríamos ir lejos, a los marjales, a las bahías, al mar, dice el río.

Me sumerjo más en el agua y saco una rama de sus fauces.

Ese espíritu del viento no puede elevarte, pero yo sí, dice el río. Y esos otros te enterrarían.

Agarro otra rama y tiro de ella, pero la corriente tira a su vez.

Te arrastraría hasta el océano y las islas remotas, murmura el río.

La madera se me escapa de las manos y se lleva parte de mi piel, me hace sangrar. Más ofrendas. El río ríe.

Te sacaría de aquí, me dice.

Alargo el brazo para coger otra rama. Hay hombres más adentro en el agua. Se han atado a los troncos de la ribera y están tirando de los árboles caídos para llevarlos a la orilla, secarlos y quemarlos en los fuegos del molino que humean y nos abrasan la garganta al despertarnos, al acostarnos. Tropiezo. La corriente es fuerte y me arrastra río abajo hasta que puedo clavar los pies en la arena y salir tambaleándome del agua. La corriente ríe, fría y burbujeante. Esther y Mary bajan a la orilla y Esther me tiende la mano.

–Aquí –dice Esther–. Ven.

Me ayuda a subir por la ribera. La ropa me pesa y las piernas me duelen por el esfuerzo de andar hasta la línea de árboles.

–Sujétate a un árbol –me dice Esther.

Elijo un pino delgado para envolverlo con el brazo. Esther me agarra la falda con una mano y sujeta la de Mary con la otra, con todos los músculos y tendones tensos como hilos. Mary se adentra en los bajíos, agarra una rama tras otra y las arroja a la orilla. Con paso vacilante, va adentrándose en el río más y más, tensando nuestra fina cuerda.

–Mary –la llama Esther–. Para.

Mary no escucha. Da otro paso tambaleante. Esther se ha inclinado tanto que su mano apenas toca mi falda y apenas llega a la de Mary. Mary da otro paso y su falda se suelta de la mano de Esther. Se hunde hasta el cuello. Ha caminado hasta el final del dique.

–¡Mary! –grita Esther.

Mary se da la vuelta e intenta agarrarse a Esther, pero ya empieza a balancearse y desplazarse en la corriente. Las risas nerviosas y los hipos, ebrios de tormenta.

Yo, cuchillo de piedra, dice el río.

Mary se hunde, luego sale a la superficie y grita.

–¡Esther! –canta Mary.

Esther me suelta la falda. Corre y salta al agua, brillando en el aire, larga, esbelta y hermosa como un ciervo asustado en medio del camino. Mary se hunde y vuelve a salir a la superficie. Los ojos muy abiertos, la boca muy abierta.

Yo, el que traga ciudades, dice el río.

Esther nada impulsándose con las palmas y las piernas. Los troncos a la deriva le golpean los costados, pero ella los esquiva, segura y firme. Coge la mano de Mary, la levanta, se aferra a ella. Se sujetan mutuamente. Sus cabezas se mecen en el agua. Se hablan a la boca antes de levantar la cara al cielo.

¿Cómo me llamarás?, pregunta el río.

Los últimos insectos chillan. La luz corta el aire en cuchillos azules. Marchaos, pienso. Vamos, gimo mentalmente. ¡Vamos! Un tronco a la deriva sorprende a Mary y a Esther en su nadar frenético, y se lanzan juntas para aferrarse a él. Los hombres les gritan a ellas, se gritan entre sí, gritan para que alguien salte a salvarlas.

–Marchaos –susurro.

Mary y Esther enlazan sus brazos al tronco.

¿Qué me importa, dice el río ebrio, si me como el mundo?

La parda corriente del agua impulsa a Mary y a Esther río abajo. El tronco gira y vuelve a girar; el agua las arrastra cada vez más rápido hasta que alcanzan limpiamente el centro de la corriente. Se acercan al meandro. Esther pasa un brazo sobre los hombros de Mary y, mirándome, levanta la mano en lo que podría ser un saludo. Extiendo la mía a la nada, a Aza, que aparece refulgiendo a mi lado. Esther convierte en un puño la mano que ha levantado y luego se vuelven tan pequeñas que tengo que entornar los ojos para distinguirlas, hasta que desaparecen detrás del meandro. Las hojas caen en cascada de los

árboles. Me abrazo, me arde el estómago. La tristeza es un trapo retorcido en mi garganta. «Por favor». La plegaria se eleva dentro de mí y no sé adónde va, pero no es para ninguno de los espíritus que hay aquí, ni para este río despiadado, ni para esta tierra agotadora, ni para esta tormenta expectante. «Por favor», pero al decirlo ni siquiera sé dónde Mary y Esther podrían encontrar seguridad.

–¿Puedes ayudarlas? –pregunto.

Aza azota el agua con otra ráfaga. Solo quedan los gritos de los que estamos en la orilla.

–Yo solo me ocupo de ti –dice Aza.

Tiemblo, me castañetean los dientes, mi mandíbula se abre y cierra. «Por favor», jadeo, y entonces sé a quién rezo, a quién suplico: al Agua, al agua más allá de esta agua. De pronto estoy ciega al mundo, a los hombres, mujeres y niños de la orilla, al recodo del río por donde han desaparecido Mary y Esther; Aza, hosca y quieta a mi espalda, mi cuerpo dolorido y hambriento, todo ha desaparecido, y lo único que queda es una cascada. Corre a través de mí, cegándome, y en su centro hay una gran presencia que todo lo ve, que todo lo sabe. Esa gran presencia me empequeñece, me asusta, me asombra. Me abraza. Sí, me siento abrazada. Me atraviesa un instante más y luego desaparece tan rápido como ha venido, y abro los ojos al mundo, con lágrimas en la cara, y sé, con cada respiración, que si extiendo la mano hacia esa Agua la reconoceré y me sostendrá.

–¿Annis? –pregunta Aza, pero yo estoy arrastrándome orilla arriba hasta que me agacho cerca de un árbol y me seco las mejillas.

Todavía puedo sentir el eco del Agua dentro de mí: es un murmullo, lento, inexorable, liviano, ahí. Los mozos no tardarán en llegar, probablemente estén rastreando la ribera, interrogando, considerando cuánto río tendrán que bajar para encontrar a Mary y a Esther, pero me quedaré sentada hasta que lleguen. Me quedaré sentada hasta que exijan más: más pérdida, más ofrendas. El río gruñe. Respiro entrecortadamente y espero. El recuerdo del Agua me sostiene como no me han sostenido desde que mi madre me abrazaba toda entera cuando era una niña de pecho, su pequeña, demasiado blanca, con la boca y las orejas demasiado rojas, mojada por el parto, la tierra en las uñas de la comadrona manchándome la piel pero, pese a todo, cómo me sostenía mi madre.

–Estoy aquí –le digo a Aza–. Estoy.

De regreso a la gran casa, vadeo por una marea alta dominada por la luna; cuando penetro en sus entrañas, me sumerjo en un lago azabache. Me miro los pies y no veo a la señora en la cocina, blanca y flaca como una mecha sin quemar. Cora arde, oscura y alta; mira al suelo con las manos cruzadas, y es la primera vez que la cocina y todo lo que contiene no se le rinde. La boca de la señora es un tajo torcido, su frente una cascada arrugada. Me detengo en el umbral, con la leña y el ramo de mapaches envuelto en hojas, ceroso y resbaladizo en las manos.

–Ven –dice la señora.

Cora vacila; hago ademán de esconder el fardo en la espalda, pero la señora lo mira fijamente, y me detengo.

–Ven aquí –me dice.

Me acerco hasta situarme a poco más de un brazo de distancia. Los mapaches huelen a caza y almizcle, y la señora se tapa la nariz.

–Has robado –dice entre sus dedos.

Niego con la cabeza. Me hace callar con un silbido grave y el aleteo de un brazo delgado.

–¿De quién es la carne que llevas en las manos, muchacha?

Levanta la otra mano y une las dos en oración.

–¿De quién son las hojas?

Se lleva las manos orantes a la boca y habla entre ellas.

–¿De quién es la leña, muchacha?

La señora coge un atizador que Cora utiliza para avivar el fuego.

–¿Y las dos que han caído al río?

Me ataca con el atizador, pero yo retrocedo y me agacho, y todas las lecciones que me enseñó mi madre cantan dentro de mí al esquivar, al bloquear con la leña y el ramillete de mapaches, y el fardo de carne cae al suelo.

–Míos –dice la señora.

Un temblor la sacude, azotándola con fuerza. Es una cuerda de tender

agitándose en un viento racheado. Me pregunto qué espíritu la incita, qué espíritu le mueve la sangre, los tendones, los huesos. Seguramente será una inmensa ventisca. Llevará consigo el cremoso hedor de los gusanos y del hueso blanqueado. Lo conozco: lo vi en los dientes de mi amo. Lo vi en los nudillos del Hombre de Georgia. Lo vi en las palmas del médico, en las arrugas del vendedor. Lo he visto en los ojos de su marido. Ese espíritu monstruoso la anega, la ciega.

–¡Quieta! –grita, y vuelve a atacar.

No, dice mi cuerpo. No.

–¡No te muevas!

Me golpea. Ha pasado demasiado tiempo desde que aprendí este baile con mi madre, demasiado tiempo desde que di un paso adelante, un paso atrás, esquivé y giré para alejarme de un arma. El atizador me alcanza en el brazo y siento un dolor ardiente, punzante. La mujer suelta un grito afilado como una cuchilla.

–¡Tú!

Intenta golpearme con el atizador en la cabeza. Me aparto y lo bloqueo con la leña, pero la madera se astilla, el metal me alcanza en la sien y el dolor estalla, sofocante. Cora y la mujer desaparecen. Me desplomo.

CAPÍTULO 12

LAS BARQUERAS

Me despierto en el puño negro de la tierra. Estoy en el hoyo. Por encima del techo de tierra veo un cielo tormentoso, y en la raíz del trueno reconozco a Aza: aúlla ahí fuera, gira, agita sus faldas, da palmadas e ilumina el cielo. Mi cabeza palpita con cada relámpago. La lluvia se acumula y baja por las paredes de este pozo: disfruta encharcándose a mis pies, recordándome la ebria promesa del río de sacarme de aquí.

Así, sisea la tierra rojiza, así es como escapas. Encuentra el barro rojo y cava, cava un túnel, cava una cueva.

Me toco la cabeza. Sangre caliente en las costuras de mis dedos.

Te sostendré, ruge la tierra.

Llevaré la marca de esta noche a todas las noches que me queden.

Te esconderé, gimen Aquellos Que Toman y Dan.

Sangre enlodada en la boca.

Podrías vivir en la oscuridad, dicen.

Aza me llama a la superficie.

Podrías tener hijos allí, en la oscuridad, dicen.

Con quién, pienso.

–¿Con quién? –pregunto.

Guardan silencio. El charco cada vez más hondo murmura a mis pies, me lame los tobillos y chapotea. El barro del fondo rezuma, se ablanda.

Hay vida en dejarse hundir, dice el agua a mis pies. Vida en el descenso, entona el susurro del acuífero.

–No –digo–. Esto no es vivir.

Hundo las manos en las grietas de la pared de barro. Han sustituido algunas de las puntiagudas estacas de la parte superior del hoyo, pero el resto de la pared está desnuda. No puedo respirar con la lluvia cayéndome en los ojos, en la cara, con el barro succionándome los pies, sujetándome las piernas. Me agarro a la pared y me arrastro con todo mi cuerpo hacia arriba. Las uñas se rompen, la tierra se suelta y caigo. No puedo respirar por el llanto, por la asfixia. Me chupo el barro y la sangre de los dedos para aliviar el dolor antes de volver a clavar las manos en la pared. Me impulso con los dedos de los pies y empiezo a subir, llorando. Todo me quema, pero me arrastro hacia arriba, hacia los barrotes, hacia la relampagueante tormenta. Me sujeto a dos de las estacas que hay cerca de la trampilla e intento encaramarme, pero Aza grita y pierdo el agarre de los pies, arranco las estacas de la pared y vuelvo a caer al barro empapado.

–No.

Clavo una estaca en la arcilla blanda a la altura de mi hombro, extiendo el brazo lo más alto que puedo y clavo otra, vuelvo a hincar los dedos de los pies en la pared y me impulso hacia arriba. Arranco una estaca y la clavo en lo que imagino que es la cara de la señora, en su ojo gelatinoso y blando, y subo un poco más. Me estoy arrastrando hacia la superficie. Estoy comiendo barro. Hincar y arrastrarse. No dejaré de clavar, de arrastrarme, para librarme de este vientre oscuro, de esta ofrenda eterna. Soy una de muchos, como si todos los que estuvieron en este hoyo y se desangraron en este barro, todos a los que ataron con cuerdas, cortaron con hachas, quemaron vivos, enterraron en vida estuvieran aquí, conmigo. Tragando lluvia, comiendo barro, gimiendo al viento.

–¿Qué nos dais? –pregunto–. ¿Qué es lo que dais?

No me doy cuenta de que estoy hablando hasta que mi nariz golpea los barrotes de la trampilla. Encajo un pie en la cuña de una pared, el otro en otra. Me agarro a la reja y clavo la estaca en la tierra que la bordea. La hinco en la tierra. Yo soy el arma. Aza aúlla y retuerzo un hombro y el pecho cuanto puedo, echo la mano hacia atrás para tomar impulso en lo que podría ser un ataque mortal y golpeo con la estaca. Apuñalo la tierra reblandecida por la lluvia, hinco la estaca una y otra vez hasta abrir un agujero en el borde de la trampilla, y sigo clavándola. La reja me roza el brazo y me arranca la piel.

–Vamos –dice Aza.

Vamos, dice la tierra.

Vamos, dice el río.

Me atraviesa una corriente, la corriente del Agua, y el Agua es testigo de mi rabia, de mi dolor. Golpeo una y otra vez, arranco tierra de la tierra, barro del barro, arcilla de la arcilla. Mi brazo es una lanza que atraviesa y se eleva en el aire de la tormenta. El barro de la tierra se desprende del hueco, un hueco del tamaño de un melón grande. Hinco la estaca una y otra vez, ensancho la abertura poco a poco hasta que puedo introducir el hombro, y entonces noto la lluvia en un lado de la cara. La ensancho un poco más y suelto la estaca, me sujeto a la rejilla con una mano y empujo y presiono el cuerpo por la costura rasgada entre la tierra y la trampilla. Paso la cabeza por el barro y sale a la superficie, pero me atasco. El agujero no es lo bastante grande para que pasen mis hombros y el torso. Grito un poco y Aza me devuelve el grito. Tiro de la reja, pero un candado la mantiene cerrada. Zarandeo el metal, intento aflojar el abrazo de la tierra, pero se mantiene firme.

«Tú eres tu propia arma», decía mi madre. Yo soy mi propia arma.

La aguja, pienso.

Me quito el punzón de marfil del pelo, hinco el marfil en la cerradura y voy tanteando y girando, palpando las pequeñas piezas metálicas, buscando el punto en el que puedan ceder. Me desespero y Aza no deja de rasgar el cielo, empapándome.

–Por favor. Ábrete.

Voy tanteando y probando, y el barro empieza a resbalar. Me impulso arriba con las piernas, pero sé que no aguantaré mucho más.

–Por favor. ¡Por favor! –grito aunque la desesperación me entra por la boca con la lluvia, aunque mi cuerpo empieza a caer.

«Mi propia arma», pienso, y muevo el punzón, desesperada, respirando deprisa, presa del pánico, hasta que noto que algo cede un poco, el más diminuto de los chasquidos, y el candado se abre. Lo retiro, vuelvo a situarme bajo los barrotes, doblo las rodillas. Resbalo, la tierra se come mis pies. Coloco bien los hombros, me impulso hacia arriba y abro la trampilla de golpe, al tiempo que pierdo contacto con las paredes de barro, que se derriten en el hoyo.

La compuerta se ha abierto de par en par. Me sujeto al marco, salgo y me desplomo en el suelo junto al hoyo. El viento de Aza me reanima.

Como si acabase de nacer, me acuclillo con el mentón apoyado en una rodilla; el corazón me late con tal violencia que puedo oírlo pese a las ráfagas de Aza. Me froto inútilmente la cara cubierta de barro.

–Ven –dice Aza.

Ven, dice la tierra.

Ven, dice el río.

–Estoy aquí –susurro.

A lo lejos, cerca de la casa y los cobertizos, se mece una luz naranja: un farol en alto. Ya vienen. Me alejo a rastras de la jaula subterránea, retrocedo sobre manos y rodillas por el barro y la hierba hasta que tropiezo con un arbusto, donde me escondo. El viento de Aza arrastra fragmentos de palabras, lanzadas con la lluvia.

–Aquí –dicen los hombres.

–Aquí –gritan los mozos.

Caminan hacia el hoyo y bajan la linterna al agujero. Dan un respingo, asombrados, pasmados de que no esté ahí, de que haya escapado a su control. La luz se mece y retrocede hacia los barracones, sin duda para despertar a Emil. Para llamar a los hombres que no están buscando a Mary y a Esther entre los álamos asfixiados por la jungla, entre los robles cubiertos de musgo, y que me busquen a mí. Veo que la luz de la anciana está encendida, y también la de la señora. Querrán lo que creen que es suyo. La tormenta chilla. La noche es amplia.

«Te marcan –me había dicho Esther–. Te marcan con la flor de lis en la cara para que todos, para que cada persona que te vea sepa que huiste y te atraparon. Te ponen cadenas en los pies, te hacen andar con brazaletes de acero hasta que se convierten en tu piel. Te ponen collares, collares de metal que te muerden el cuello, que te hacen pequeñas gargantillas de llagas. Y eso si no te disparan, si no te ahorcan, si no te degüellan porque tuviste el descaro de reclamar tu vida». Puedo oír su voz, sus palabras susurradas en mi oído, tan claras como si estuviera agazapada a mi lado en la tierra oscura, envuelta en el viento y la lluvia. El miedo me curva la espalda y me recorre las piernas, hace que quiera levantarme, gritar, rendirme a los hombres para que, después de la paliza, me lleven de vuelta a la oscura cocina, a Cora obrando algún milagro para alimentarse a sí misma, a Emil, para alimentar a los que, empujados por el hambre, acuden a la cocina a mendigar sobras en la oscuridad perfumada de harina.

Me levanto para hacer señas, para volver al infierno que conozco, pero una marea se mueve en mis entrañas, se mueve en esa parte blanda mía que sería la que se pudriría antes si muriera. Se agita y sube por el nido de mi pecho, por la rama de mi garganta, hasta mi cabeza. El Agua está aquí, también.

–Tú –digo.

Abro los ojos y dejo que la gran red del Agua me arrastre a gatas, oculta en la lluvia nocturna, hasta que llego al anillo de bosque que rodea la casa. Una carrera instintiva constante como la respiración, constante como el latido del corazón en mi pecho. La lluvia me cierra los ojos y no puedo ver, pero confío en la corriente del Agua, en cómo se curva con el viento de las faldas de Aza y me guía al murmullo del río ebrio, a su atrayente lamento. El Agua despeja el resplandor de azúcar quemado del molino, me guía hacia la penumbra, al sotobosque, y me hace resbalar y caer por la ribera; las enredaderas se agitan, los arbolillos azotan, la mano de este mundo quiere aplastarme, pero la marea del Agua no cede hasta que estoy con el agua hasta las rodillas, en pie, por mí misma.

Ven, dice el río. Puedo llevarte al mar.

Cava, dicen Aquellos Que Toman y Dan. Cava.

–Corre, niña –dice Aza–. Corre.

Nada, ríe el río.

Excava, dice la tierra.

–Mamá –llamo, y su nombre me lame la garganta, es un gemido en esta abrasión magullada entre la luz de la luna y la oscuridad–. ¿Qué hago, mamá?

No puedo respirar.

–Mamá.

Pequeña, dice mi madre. Me enderezo. Primero su voz viene de fuera, un tintineo difuso en la noche, pero luego vuelve a hablar y su voz está en todas partes.

–Pequeña –dice, y su forma de llamarme resuena en mis oídos. Ha pasado más de un año desde que el Hombre de Georgia se la llevó, pero ahora la oigo–. Estaba muy lejos, muy lejos del pantano, del

agua. Cuando caímos supe que iba demasiado despacio. La carrera era demasiado larga. Aza no ayudó. Pero tenía que intentarlo, Arese. Tenía que luchar. Pensé que si llegaba al pantano podría transformarte en un Moisés. Pensé que podría meterte entre unas cañas, entre unos juncos, en un tronco, y hacerte flotar. Flotar, mi niña. Flotar.

Y entonces lo siento, siento el amor de mi madre tan claramente como siento la corriente del Agua cuando llega. Siento su amor a mi alrededor, más fuerte que la tormenta de Aza, que el hundirse de la tierra, que la corriente del río. Me ilumina.

Vadeo el río golpeándome con los troncos, con los árboles que no hemos podido sacar del agua. Encontraré un lecho de cañas. Lo encontraré. Me sujeto a un grupo de árboles flotantes, unidos por sus ramas, enredados entre sí. No pienso; me arranco la camisa por encima de la cabeza y enlazo las mangas bajo las ramas y por encima, atándolas con fuerza, mientras oigo el agudo ladrido de un sabueso. Los hombres han soltado a los perros. Después de hacer el nudo, avanzo a tientas sobre los troncos y ramas empapados y empujo para alejarme de la orilla, pero los leños pesan tanto que no se mueven.

–¡Aza! –grito–. ¡Aza!

–Este no es el camino –dice Aza.

–¡Aza, empuja! –digo, y vuelvo a empujar con las piernas y me inclino, me inclino hacia el vórtice del río.

–¡Me pides que te entregue al río! –escupe Aza.

–¡No volveré a pronunciar tu nombre! ¡Nunca te buscaré, ni mis hijos conocerán tu nombre! Nunca te llamarán, Aza, si no haces esto.

Empujo la balsa de troncos y ramas y se mueve, se mueve un poco, antes de volver a hincarse en la tierra.

–Soltadla –le grito al limo, a la arena, al lodo–. Este es mi camino –digo, dejándome caer boca abajo sobre los troncos atados con mi camisa y empujando la orilla con los pies.

–Vamos –dice mi madre.

Los perros ladran, alborotados.

–¡Empuja, Aza! ¡Empuja!

Los ladridos se clavan como los dientes de una sierra. No hay piedad. Si estos espíritus me fallan, ofreceré mi garganta. Me arrojaré a los perros, pelearé con ellos, perderé y me iré de todas formas: al Agua, a Mama Aza, quizá a Safi, a mi madre. Esta noche seré libre: escaparé por una puerta o por una ventana, por el ojo de una cerradura o por un tragaluz. Seré libre. La verdad estalla dentro de mí.

–Vamos –dice Aza moviendo rápidamente sus faldas.

Vamos, dicen Aquellos Que Toman y Dan.

Vamos, dice el río.

–Vamos.

Empujo de nuevo con los pies. Mis dedos resbalan en la orilla y por un momento todo se aquieta hasta que me veo chapoteando sobre el agua en mi nido de árboles, en mi barca improvisada. Voy derecha y rápida al centro de la corriente, entre el sibilante rumor del río. Mi cara corta el viento. Cuando miro por encima del hombro, los faroles iluminan la ribera y alumbran los agresivos ladridos de los perros. Su pelaje brilla en el resplandor amarillento; los brazos de los hombres relucen en la oscuridad como gusanos subiendo de la tierra enfangada. Forcejean entre sí en la orilla: los perros tiran de los hombres, los hombres tiran de los perros, todos miran hacia aquí, hacia donde olfatean los sabuesos, pero ninguno salta.

–Vamos –digo–. Vamos.

No sé a quién se lo digo, si a todo o a nada, o solo a mí misma, solo a mis manos enterradas entre las ramas de los pinos, a mis piernas embutidas entre los troncos, a mi cabeza, al corazón que late dentro de mí, a la esperanza y al terror que se me revuelven por dentro.

–Gracias –les digo a las ramas–. Gracias, gracias, gracias.

Cierro los ojos a la tormenta de Aza, al balbuceante murmullo del río, al vaivén de los árboles. Mi madre no habla. El amor que me envolvía, denso como la noche, se ha ido. Lo único que siento es el frío de la lluvia y el viento, los arañazos y cortes que me arden en el vientre y los brazos, en las piernas y el pecho. Estoy sola. Me pregunto si Safi se sintió así cuando escapó de la cuerda que nos apresaba y se internó en la oscuridad. Me pregunto si Mary y Esther estarán delante de mí, sujetándose todavía a su tronco y entre sí. ¿Las habrá arrastrado el río a su lecho fangoso, pálido y sin aire? ¿O habrán escapado del río, de la tormenta, y estarán en la orilla, escuchando el lejano ladrido de los

perros, corriendo tomadas de la mano?

–Mamá –digo.

Pero mi madre no viene. Los perros y los hombres llaman desde el barro, corren detrás de mí, de Esther y de Mary, sus voces rasgan el aire en una cinta de viento. Cierro los ojos.

–Hay una historia –dice una voz que resuena en mi cabeza: no la reconozco–. Hay una historia que debes saber –dice la voz, y después esta voz está en todas partes.

Es grave como la de mi madre, pero las palabras se elevan al final. Hay una especie de canto por debajo de las frases. Miro por el rabillo del ojo y la veo, brumosa como Aza, que baila en lo alto, impulsando y empujando. Mama Aza está a mi lado. Mi abuela.

Un perro ladra.

–Supe que llevaba a tu madre dentro de mí cuando nos hicieron cruzar ese fuerte en ruinas, esa última sala y tumba, la puerta sin retorno, y luego nos metieron abajo, en el fondo del barco –dice Mama Aza–. Supe que la llevaba dentro y me pregunté cómo iba a crecer en esa oscura bodega bajo la presión de los vivos y los muertos, en ese mundo bajo el mundo, vacilante y salado.

Otro perro aúlla. Mama Aza es delgada, salvo por la protuberancia de mi madre dentro de ella.

–Dormí por desesperación. Desperté desesperada. Quería morirme. Había una chica a mi lado que un día se durmió y no volvió a despertar. La envidiaba, incluso cuando empezó a hincharse y se puso gris.

Otro perro responde a lo lejos. Mama Aza es esbelta y de extremidades largas.

–Susurrábamos en la oscuridad. Nos contamos cómo nos llamábamos, historias de madres dominantes, de madres amables, de padres ausentes, de padres orgullosos, de hermanas pequeñas, de hermanos mayores, de primos solícitos. Nos movíamos para que no se nos llagasen las piernas, la espalda y los brazos, para que las llagas no se volviesen verdes y negras.

Un sabueso ladra más cerca. Los músculos se marcan en los hombros de Mama Aza, en su cuello.

–Creí que había mejores formas de morir. Pensé que, si me dejaban subir a la cubierta del barco, saltaría por la borda. Aflojé la cuerda que me ataba, la aflojé, me la enrollé al cuello e intenté cortarme la respiración. Encontré un clavo que sobresalía del suelo y apreté contra él los brazos, apreté las piernas, apreté la garganta, pero los cortes no eran lo bastante profundos. Los cortes se convirtieron en costras, despacio, despacio. Mi vientre lleno de tu madre. Pensé en el hombre, grande y amable, con quien la había concebido, y lloré.

Me humedezco los labios. Unas finas arrugas van de la nariz a la boca de Mama Aza por el esfuerzo de la caza, por sus interminables carreras.

–Cuando llegó la tormenta, por un momento pensé: «Ahora, ahora el barco volcará y todos moriremos. Todos nos hundiremos». El océano rugía con tal fuerza que no podía oír mis rezos, ni los rezos de las que estaban conmigo. El océano lo era todo. El mar penetró en la bodega y nadamos en agua salada, en orines, heces y sangre. Recé pero nuestras vísceras nos hicieron callar, y tosí, tosí y tosí, acurrucada alrededor de tu madre, que nadaba dentro de mí.

A lo lejos, entre los árboles que se agitan, los faroles parpadean como insectos empapados de verano. El río aúlla y empuja mi balsa.

–Fue entonces cuando la tormenta respondió, cuando se dio a conocer.

Los gritos de los hombres pasan, veloces: sus embriagados gritos de ánimo.

–Y entonces ella tomó mi cara. Mi forma.

Los ojos de Mama Aza son aún más tristes que los de mi madre. El recuerdo de la astuta tormenta que le robó cuando ella estaba rogando por su vida, cuando la honraba llamándola, mirándola, pesa en los ojos de mi abuela.

–Sí, la tormenta salvó el barco. Y sí, me habló. Pero cuando me estaba asfixiando, cuando la garganta se me cerraba como un puño en busca de aire, me di cuenta de una cosa: quería vivir. Aunque hubiese preferido matarme, aunque hubiese preferido quitarme la vida, no quería que nadie lo hiciera por mí.

Pero ahora Mama Aza es dorada.

–Ese espíritu me salvó, nos salvó. Y también el océano. Y lo mismo hice yo. –Mama Aza asiente y me mira a los ojos–. Me salvé la vida,

Annis. Cada día, al despertar, me la perdonaba.

Se ve una chispa, un destello a mi derecha, y mi madre brilla hasta hacerse luz: joven como nunca la había visto, el pelo trenzado y sujeto alrededor de la cabeza en largos bucles, lo que deben de ser los ojos de su padre en su cara: grandes y suaves, porque los de mi abuela Aza son pequeños y afilados.

–Sabía lo que era el deseo de vivir –dice Mama Aza–. Lo había visto en los ojos de los elefantes que acechábamos. Cómo, hasta el último momento, querían vivir, aunque estuviesen cubiertos con cientos de heridas.

Mi madre posa una mano resplandeciente en la mía, y no es más que el roce de una brisa fresca.

–Hasta rotos de dolor bramaban por su vida. Aullaban por su vida –dice Mama Aza.

Me bebo a mi madre con los ojos. No puedo dejar de mirarla.

–Cógela para ti, niña. Toda ella –dice Mama Aza.

Mi madre: mi luna. Su risa el aleteo abierto de una polilla.

–Lucha por tenerla toda –dice Mama Aza.

Mi madre me toca la mejilla: una lluvia más fresca aún.

–Lo sabía –dice mi madre–. Lo sabía antes de que vinieras.

Oigo y conozco su voz enseguida, igual que la conozco a ella: mi madre cosiendo nuestra ropa, ensanchándola y estrechándola; mi madre cocinando arroz para nosotras, aderezándolo con setas y hierbas y grasa de cerdo; mi madre trenzándome el pelo, su muslo suave bajo mi cara. Mi madre contándome historias de Mama Aza, riendo, esperando mi sonrisa. Una gran serpiente se estruja en mi interior: la tristeza de haber olvidado cómo suena su voz, cómo es áspera en el fondo y suave en lo alto igual que la superficie de un río, porque llevaba mucho tiempo sin oírla.

–Cuando tú andabas, cuando dormías, cuando corrías –me dice–. Tú envuelta en tus abejas. Con tu vara. Rascándome la cabeza.

–Mamá.

–Cómo brillabas. Cómo brillas.

–Mamá –le digo–. Mamá.

No puedo decir más.

–Tú eres tu propia arma –dice mi madre–. Recuérdalo.

Me atraviesa el llanto.

Mama Aza me pone la mano en la espalda pero no es más que un resplandor cálido, una calidez recordada, y luego asiente y se desvanece. Después solo quedamos mi madre y yo en este lecho de juncos, en esta balsa precaria. Me mira con la seriedad y la calma de siempre. Su nariz se ensancha. Sus pómulos se difuminan. Está desapareciendo, pero el terciopelo negro de sus ojos permanece.

–No es para siempre, pequeña. No es para siempre.

Siempre estará conmigo. Lo sé por cómo respiro, por cómo lo intuyo. Sé que la veré relucir en el brillo moteado de la luna, en su resplandor de brasas. Sé que la veré en la rota corriente de estrellas que cruza el cielo oscuro como la melaza. Sé que la veré en las arrugas de mis manos, en las canas de mi pelo. Después de mi último aliento, al final de mi trabajo y de mis horas, sé que será ella quien me lleve por el Agua. Mamá. Lo sé con la misma certeza con la que percibo a los perros que, a lo lejos, buscan entre la maleza de la ribera, que levantan el hocico para aullar todos a la vez. Unos aullidos que ascienden para desvanecerse en el aire: frenéticos y famélicos. El rayo ilumina el río y el túnel de bosque que cuelga sobre el agua se retuerce sobre mí y mi balsa, invitándome a continuar. El trueno golpea el cielo y me rodea en un gran círculo.

Lloro y noto en la boca las agujas de los pinos. Noto el sabor de la resina.

La tormenta parece interminable hasta que deja de serlo. El viento y la lluvia se secan y, en su ausencia, el río murmura como un borracho conciliando el sueño. Aza desciende, materializada en su forma humana, y flota hasta la parte posterior de la balsa. Veo en ella otros aspectos de Mama Aza: Aza ha imitado la longitud de sus extremidades, las finas líneas de sus piernas y sus brazos, el marco leonino de su cara, hasta la pequeña protuberancia que es mi madre en su vientre. Trago saliva.

Aza quiere algo más que adoración. Quiere amor. Veo envidia en su remedo de Mama Aza, envidia de mi abuela, que respiró pese a todo

lo que la asfixiaba, que llevó en el vientre el fruto del abrazo de su amante, que supo lo que era sentarse con sus hermanas-esposas, sus hermanas-guerreras, después de un largo trayecto y de que el viento enfriase el sudor para transformarlo en sal, que supo lo que era bromear, ver la alegría apoderándose de las caras de sus hermanas-esposas como un verde estremecimiento de maleza, y que todas rieran con hoyuelos que dibujaban renacuajos en sus mejillas.

Aza codiciaba todo eso cuando descendió al barco. Lo codiciaba cuando dejó a Mama Aza en esta tierra desconocida y regresó para mirarla una y otra vez, para presenciar el nacimiento de mi madre y después el mío. Vio amor maternal en las ganas de vivir de Mama Aza, en la huida de mi madre al Gran Pantano, y quiso esa relación para ella: quiso ser una madre para las mujeres de mi estirpe. Nuestras súplicas, nuestros ruegos, nunca le bastaron: Aza quería más. Pero fue tonta porque nunca llegó a conocernos en nuestra plenitud.

Tengo que apartar los ojos de ella cuando comprendo que, incluso cuando daba, este espíritu también tomó, que mientras el trabajo de Mama Aza en este espantoso lugar la marchitaba y quebraba su cuerpo este espíritu seguía ahí, una imagen burlona del joven yo de mi abuela. Aza enreda una brisa en los troncos amarrados. El río se ha calmado y mi destartalada balsa va a la deriva, de una orilla a otra. El pantano se alza frondoso a nuestro alrededor, encerrándonos en un rizo verde de vegetación y luz perlada. La bruma se espesa sobre el río, pero sigo tumbada en la balsa y espero que el marrón de mi piel se funda con el de los troncos.

–Este río se vaciará en un río más grande que atraviesa la ciudad. Allí nos detendremos –dice Aza.

Unos pájaros parlotean en las copas de los árboles, nos siguen revoloteando de rama en rama.

–¿Por qué en la ciudad? –pregunto.

–Mis hijos están allí.

Son grullas, esbeltas y patilargas, pálidas como la niebla matutina. Cuando llevaba agua a los que trabajaban en los arrozales, las grullas avanzaban lentas como bailarinas, cabeceando e inclinándose.

Planean de un árbol a otro. Se posan ligeras como papel en el viento. Se detienen cuando mi balsa atranca en la orilla y los vientos de Aza dejan de soplar.

–Allí puedes desaparecer. Convertirte en una de muchos –me dice.

Las aves nos estudian con sus ojos bordeados de negro. Ahuecan las alas y se quedan quietas. Observan.

–Podrías encontrar a mis hijos. –Aza aparta la mirada al decirlo, pero sé que me observa–. A aquellos que me llaman.

Lo que no dice es: Tú podrías ser mi hija.

El nudo apretado de la balsa se refleja en el nudo de mi pecho. No quiero esconderme en la ciudad, vivir mis días como una rata aferrada a paredes y rincones, escondiendo la cara, saliendo de noche para mendigar, hurtar, robar. No quiero entregar mis partes tiernas a hombres como el marido de la señora. Ni tampoco quiero vivir en las fronteras de la esclavista, ni siquiera con Bastian, ni siquiera con Mary y Esther si están vivas, si acaso, con la ayuda de Aza, pudiera encontrarlas. No podría dormir, ni reír, porque estaría pendiente de los ladridos de los perros, de los gritos excitados de los hombres. Cómo aullarían los perros. Cómo penetrarían los hombres en nuestro claro del pantano con las armas amartilladas y encajadas en los hombros, mostrando los dientes, las mandíbulas desencajadas. Con suficiente fuego, hasta lo verde llega a arder.

–No –le digo.

Hasta los hombres llegarían a arder. Cómo el negro del fuego desatado y el olor de ellos, empalagoso como el del cerdo asado, se elevaría al cielo y brindaría más ofrendas al gris cúmulo de algodón que hay arriba, a la tierra de muchas voces que hay debajo.

–¿Qué? –dice Aza.

Cómo nos disipamos por los dioses.

–No –repito–. Quiero ir más allá de la ciudad.

Las aves saltan de una pata a otra por las ramas del árbol antes de detenerse, revoloteando. El bosque, suspendido sobre el agua, suelta agujas anaranjadas y hojas pardas que perforan los remolinos del río.

–Quiero encontrar un pantano tan espeso que ni siguiera el Hombre de Georgia pueda atravesarlo.

Todas las grullas se encogen de hombros al mismo tiempo.

–Tan espeso que solo los espíritus puedan encontrarme.

El placer baña la cara de Aza. Sé que la estoy halagando. Sé que estoy alimentando sus ansias de adoración, de maternidad. Yo: su hija desobediente y falsa. Sé que, de tener la oportunidad, la mataría de hambre hasta sacarla del cuerpo de mi abuela. Hasta que mostrara su verdadera cara, su verdadera forma, pero necesito que agite sus faldas. Necesito que me empuje lejos de esta orilla, que me oculte en su bruma al cruzar la ciudad. Necesito que me guíe entre los barcos de vapor y las barcazas de esclavos hasta la soledad de la remota naturaleza. Me bajo de la balsa y me hundo hasta los muslos en el río; la piel del pecho se me encoge de frío. Cojo una gran rama rota, llena de hojas, y vuelvo a encaramarme a la balsa. Entierro el extremo de la rama en mi vientre y empujo contra la corriente. Las silenciosas grullas se estremecen. Forcejeo con la rama, me tumbo boca arriba bajo el encaje de las ramitas y las anchas hojas de roble.

–Por favor –le digo.

Aza se eleva y se alisa las faldas. Se levanta una brisa. Las grullas observan y estiran el cuello para que el movimiento de Aza les revuelva el pescuezo, aliviando algún picor que no sabían que tenían.

–¿Adelante? –pregunta.

Asiento, y Aza empuja.

Despierto en la oscuridad punteada de Nueva Orleans. El río se ha ensanchado y ahora es un silencioso murmullo resplandeciente. Es un bulevar de agua, un amplio zumbido invadido de remolcadores y barcazas que transportan algodón, caña y hombres y mujeres robados que lloran y conspiran y forman familias es sus oscuras bodegas. La gente habla con la cadencia del río. Unos edificios altos se alzan a lo largo de la orilla y las luces de las lámparas brillan en sus ventanas ciegas. Hombres y mujeres maldicen, destrozándose en la oscuridad, sobre adoquines y yeso, amándose un momento, arañando y abofeteándose al siguiente. Los caballos relinchan en sus establos. Y por encima de todo la bruma de Aza, muselina gris impregnada de oro, melocotón y silencio.

Las profundidades de la tierra gimen a nuestros pies, hundiéndose bajo el peso del limo arrastrado durante millas de río por esta tierra destruida. La lámina que es la cara de Aza se vuelve marrón en la noche, pero ella no es el único espíritu que se mueve por esta ciudad. Aquella Que Recuerda arde sobre los muelles, grabando los nombres

de los esclavizados en el pergamino de su piel mientras los ve salir tambaleantes de las bodegas de los barcos, ciegos incluso a la luz nocturna de la ciudad: tienen la lengua hinchada, les pica el cuero cabelludo, la podredumbre del viaje al sur les revuelve el estómago. Otro espíritu, blanco y frío como la nieve, camina por la ribera; tiene hambre de calidez, aliento, sangre, miedo y también roza a los robados y se alimenta. Otro espíritu serpentea de un tejado a otro antes de enroscarse en los balcones de hierro forjado de los dormitorios de las mujeres plaçage, donde se pone a tararear y les dice a las cautivas que dividan el veneno a pellizcos a lo largo de los años, que se rebelen, que se rebelen, que se rebelen. Otro corretea por las calles sonriendo, con el negro sombrero ladeado. Otro toca los tambores con furia y su estruendo es el de las manadas de caballos, las piaras de cerdos salvajes que cruzan la tierra en estampida hozando en los bosques y desnudando llanuras. Otra se ha sentado al pie de una cama donde llora un bebé y le guía los deditos marrones a la boca, hace que se frote los pies, canturrea para consolarlo. Otra está sentada en una montaña de cuchillas, afilando machete tras machete antes de enfundarlos en la tierra entre los adoquines; cuando paso flotando, sonríe y me apunta con uno de sus machetes. Asiento, reconozco su saludo por lo que es, y ella vuelve a afilar metal contra piedra. El aire de la ciudad huele a azufre.

Aza desciende a mi lado.

–¿Por qué no aquí?

–No –le digo.

Veo mi lugar. Está ahí fuera, en alguna parte, detrás del río ancho y profundo, más allá de un lago lejano y trémulo. Murmura y aguarda, rebosante de árboles cuyas raíces se elevan por encima del agua como rodillas, rebosante de carnosas espadañas y sibilantes caimanes, de siluros bigotudos y mangles.

–Allí –le digo.

Aza espesa más la niebla de su cabello, de su ropa, alrededor de los pinos. Aparto la cara del exceso de diosas y dioses, de espíritus y personas de rodillas, de pies cansados, de espaldas dobladas en las cunetas. Aunque sé que todo está vinculado, que el Agua corre incluso aquí, este lugar no es el mío. La savia me pica en la piel, pero froto la cara en la corteza y respiro el verde acre de las hojas.

CAPÍTULO 13

CONTEMPLAR UNA VEZ MÁS LAS ESTRELLAS

Bajo la primera luz blanquecina del amanecer descubro que estoy en aguas salobres de un plateado pardo, en el extremo de un inmenso lago hambriento que se ha tragado mi balsa. La extensión del lago es tal que tengo que entornar los ojos para ver humo a lo lejos, donde unas personas se despiertan y prenden fuego a la leña y la cocina. Sus vidas se difuminan en el horizonte, luego desaparecen. Temblando, me aferro a la balsa menguante para protegerme del frío. Las olas del lago han ido separando los troncos uno a uno, y ahora me agarro con piernas y brazos a los dos primeros que até con mi camisa. Me castañetean los dientes con la insistencia del vaivén del agua. Me acerco los labios a un hombro solo para sentir algo suave, algo tierno, pero están duros como un charco helado el primer día de invierno.

–Por favor –le digo a Aza.

Sopla y me lleva por el lago hacia un río que fluye al norte.

–Allí –le digo, y me sigue.

Aliento a aliento, crujido a crujido, el murmullo salvaje que me atrae desde hace leguas se vuelve más intenso. Chasquea y chirría, se detiene y vuelve a empezar. Me llama. Con el paso de las horas el río se estrecha, cerrado en ambas márgenes por el naranja y el verde apagado del otoño, hasta que la rama de uno de mis troncos se hinca en el lecho y hace que mi balsa se detenga. Caigo al agua y arrastro mi embarcación a la orilla. Me llevo las manos a la cabeza, respiro en el frescor sin dejar de temblar. Los cipreses se inclinan, resplandecientes. Intento escuchar más allá del croar de las ranitas en el fango que me rodea, jadeo en el frío, me muero en el barro. Estoy tan cansada. Los temblores me impiden respirar. Me acuesto con las ranas, que se alejan saltando.

–Annis –dice Aza.

–No puedo respirar.

Me abrazo. Siento como si mi cabeza fuese a separase por las costuras deshilachadas y aprieto los ojos para mitigar el dolor. Intento oír la llamada que me llega a través del Agua, la llamada que me ha traído hasta aquí, pero el dolor me lo impide. La piel me arde y se tensa como si fuera a desprenderse. Me protejo cerrando los ojos. Cada respiración: una zambullida superficial. Cada parpadeo: una llamada a detenerme. Podría irme así, por decisión propia, por mi propia voluntad, pero ahí: una borla amarilla y negra zumbando en el aire. Una abeja. Me pongo en pie, tambaleante, y la sigo.

Es un esfuerzo levantar los pies del barro, intentar ver entre el cielo gris y el verde degradado del bosque. Esquivo enredaderas, lianas que crecen en marañas secas de árbol a árbol. Me doy por vencida y me arrastro sobre el vientre por debajo. La abeja me llama, volando lentamente en bucles y rizos. Aza resopla detrás de mí y la abeja se escora con su brisa. El verdor que me llamaba calla ahora, se ha reducido a un silencio.

–Aza, estate quieta, por favor –le digo.

Ella sigue girando.

–Puedo encontrar un camino –dice Aza.

–No.

Quiero guiar yo. Quiero encontrar mi propio camino en esta maraña boscosa que está secándose hacia su sueño invernal. Quiero elegir dónde poner un pie dolorido, dónde hundirlo hasta los tobillos en el barro con mosquitos para sacarlo enseguida y avanzar un paso más. Quiero levantar la vista a la abeja. Quiero elegir. La respiración me arde en el pecho, dentro y fuera. El dolor de cabeza, de brazos y piernas va desvaneciéndose. Los insectos se mueven y llaman; la abeja se abre paso con un zumbido tan suave que apenas se oye.

Hay flores aquí, en el sotofango, en la bajoscuridad, en todo lo que se hunde en el ondulante barro para emerger de nuevo en primavera. Un poco de morado aquí, luego amarillo y luego blanco. Los pétalos miran al cielo, igual que yo, para atrapar el último resplandor del otoño, el último soplo de calor. La abeja se posa en una flor para beber, alza el vuelo y luego se posa en otra para sorber un poco más. Subo por encima de unos troncos. Las ramas me arañan hebras rojas en las espinillas, me tiran de las piernas, me dicen: Quédate aquí, con nosotras, y vacíate. Me abro paso a patadas. La abeja sigue avanzando y yo subo y bajo con la tierra. Trepo una suave colina, más seca que el

resto, y aquí la hierba es más corta: en lugar de juncos espigados que me rozan los hombros y espadañas que oscilan sobre mi cabeza, la hierba del pantano me llega a los muslos y crece en racimos pelones. Quizá hubo antes aquí un camino que atravesaba la tenue maleza. Las enredaderas se elevan para enroscarse en las ramas altas y caen en cortinas por el sendero. La abeja se desliza por entre la cortina venosa y yo me arrodillo y busco un paso, y vuelvo a cruzar a rastras. La malla verde pálido tiene espinas que se me agarran al pelo y a la piel. Me arrastro hasta ver luz, hasta que consigo salir a campo abierto: he encontrado un claro. El cascarón carbonizado de una casa se levanta como una mano de la tierra seca al cielo. El pantano asiente tarareando, sellándome en su corazón secreto.

He encontrado un camino.

–Hubo enfermedad aquí –digo.

Lo sé. Aza tiene razón: desde que me abrí al Agua me es fácil tener visiones, ver otro lugar más allá de este. Veo el pasado: en el claro hay un hombre blanco de piel cetrina como la cáscara de un huevo que señala y habla sin sonido a tres personas de piel marrón, semidesnudas y exhaustas de tanto trabajar, que descargan unas canoas llenas de martillos, estacas y hachas. El hombre blanco está enfermo y cae de rodillas en las ruinas inacabadas de la mansión que estaba imponiéndole a este lugar imposible; en la siguiente visión, sangra por los ojos, las uñas de los pies, la nariz y la boca.

–La fiebre amarilla… echó raíces en el esclavista –le digo a Aza.

Los que quedaron le prendieron fuego a los huesos de los cimientos, al sueño enfermizo del hombre pálido, y huyeron libres al pantano.

–Ellos quemaron esto.

Las abejas encontraron el cascarón negro de una rama de roble quemada: recorrieron sus venas vacías y llenaron sus huecos sagrados con cera y filamento, miel y crías. Después la jungla tomó las ruinas, creció durante horas, días, semanas, meses, sobre la madera carbonizada y el ladrillo resquebrajado, subió por la tierra impregnada de hollín y envolvió la cabaña donde habían vivido los que construían los huesos de esta plantación oculta. Los hombres que escaparon no quemaron esta cabaña vacía, envuelta de vegetación. Esta la dejaron para mí.

–¿Por qué aquí? –Aza se retuerce a mi lado, el enfado patente en su

cara–. ¿En este lugar solitario? La ciudad…

–No –le digo.

–Aquí no hay gente, nadie para alimentarte.

Aza mueve la falda como si fuese la cola de un gato. Sé que está hablando de mí, pero también de sí misma. Cuánta hambre pasaría ella aquí, sin nadie más que la adorase.

–Ya me alimentaré yo misma –le digo, y me pongo manos a la obra.

Las abejas todavía no me conocen: no puedo ahumarlas ni engatusarlas. Pero la cabaña está llena de herramientas oxidadas: un hacha, una hachuela y martillos. Escarbo y encuentro ovillos de cuerda con una costra de tierra; una colcha cosida con retales y osificada hasta adquirir la rigidez de una tabla y una sartén de hierro.

–Gracias –murmuro a Aquellos Que Toman y Dan, mis uñas destrozadas llenas de tierra.

La tierra se arraiga y asienta en respuesta.

Aza enfría la cabaña con un suspiro. Tirito. Menea los hombros y sus faldas ondean al otro lado de la estrecha puerta.

–Volveré –dice.

Asciende por encima de los huesos en ruinas de la mansión y se aleja por el vientre bajo del cielo.

La sigo con los ojos hasta perderla de vista y luego me vuelvo a mi habitación oculta de muros verdes. Recojo vinagreras, setas y sasafrás, y como hasta que la barriga se me calma, hasta que las punzadas de hambre se suavizan. Un conejito marrón me lleva a un arroyo fino y transparente donde sigo recolectando, y encuentro tantas plantas y setas comestibles que se me abulta la falda. Me siento junto al agua, simplemente eso, y contemplo las decenas de húmedas ranas verdes que saltan de orilla a orilla, croando. Una grulla gris y blanca con plumas bordeadas de lavanda se posa en la ribera, y después otra. Avanzan y picotean, avanzan y picotean, devorando ranas. Sigo sentada mientras el sol cuela una mano entre las nubes y brilla dorado y pleno sobre las negras cabezas de las aves y sobre la mía: cubierta de barro, tejida de espinas.

Las grullas me miran con ojos negros y suaves, tan suaves como los de

mi madre, y nos hacemos compañía hasta que me levanto, vuelvo al cascarón de la cabaña y me pongo a limpiar. Despejo el suelo, amontono los restos de madera para hacerme un catre, barro los nidos de topo y las telas de araña con una rama de pino. Me lavo en el arroyo mientras el cielo se ilumina de naranja y los insectos entonan un coro crepuscular. Recojo musgo para hacerme una cama. Pese a todos sus rasguños y cortes, sus costras y arañazos, mi piel absorbe la luz y brilla. Elijo una pequeña hendidura en una rama desnuda de pino, la cubro de paja, cojo la ramita más recta que encuentro, la hinco en la hendidura y la hago girar con las manos hasta que me duelen los brazos, hasta que el sol casi se pone, hasta que el humo se eleva de la hendidura y salen chispas que prenden la paja.

–Gracias –digo.

Aquellos Que Toman y Dan crujen, el pantano resuena y canta, y dejo que la soledad y el agradecimiento por mi primer día de vida libre asomen a mis ojos y dibujen senderos calientes en mi cara antes de caer al suelo. Me tapo la boca, río y lloro ante esta nueva vida después de la vida, este otro mundo.

–Ojalá tuvieras esto –le digo al cielo que se ensombrece envuelto en rosa y melocotón, en un púrpura cada vez más oscuro–. Ojalá tuvieras lo que yo tengo aquí –le digo a mi madre, a Mama Aza.

Un búho ulula desde el verde turbio que se vuelve negro con el anochecer y una sensación me cae por el centro del esternón antes de resonar en círculos: oigo a mi madre, solo un momento, un susurro.

–Lo sé –me dice.

Un caimán sisea a lo lejos.

–Te echo de menos –le digo–. Te quiero.

–Lo sé –dice mi madre, y entonces se hace un silencio en mi cabeza, un sosiego.

Más tarde, esa misma noche, Aza aparece en el claro. Arde con un fuego bajo y las llamas le iluminan los brazos, los ojos, las puntas del pelo. Su falso vientre redondo. No hay ningún bebé ahí: se ha alimentado y está llena de alabanzas.

–Tocan los tambores en una plaza de la ciudad –dice, y sus ojos tienen un brillo naranja–. Me llaman por otro nombre, pero me cantan. Nos

cantan a todos los espíritus.

Se acerca, se planta ante mí y alarga un brazo, vacilando: su dedo es como una salpicadura de lluvia que cae en la luz del sol.

–Nos piden que limpiemos sus vidas, que nos llevemos todo lo que no sirve, todo lo que estorba, todos los obstáculos.

Me acaricia un brazo, tan flaco que tiene la misma anchura desde el hombro hasta la muñeca.

–Las mujeres van vestidas de blanco.

Me zafo de ella.

–Bailamos con ellas.

Aza mira a mi alrededor, la cabaña que tengo a la espalda, las ruinas que tengo delante.

–Se abren.

Aza despierta la colmena con su viento embriagado de adoración.

–Bailamos a través de ellas.

Las abejas emiten un zumbido somnoliento, repentino. Las llamas parpadean.

–Te acogerían –dice Aza.

Mi cara no expresa nada. Siento el calor del fuego que me cubre como una manta. Me tapo la espalda con los bordes de la colcha que he encontrado y he lavado en el arroyo. Está un poco húmeda.

–¿Como te acogen a ti? –le pregunto.

Aza sonríe. Una fugaz visión de dientes.

–¿Como a una de mis hijas? –dice–. ¿Como a alguien con quien hablo?

El dolor palpita desde la uña de la mano hasta el dedo del pie. Vuelvo a tener hambre. Aza se desplaza al otro lado del fuego y recuerdo que durante la cosecha, cuando era niña, mi madre cocía una ollita de arroz que condimentaba con un poco de manteca sisada y sal robada: me lo comía hasta sentirme saciada y con la barriga grande, y apoyaba la cabeza en el regazo de mi madre. Se me hace la boca agua.

–No sé, Aza.

–Podrías ser mi sacerdotisa –dice Aza–. Podrías enseñarles mi verdadero nombre.

Doy un respingo al recordar la historia que Mama Aza me contó en la balsa, el roce de su brazo delgado. No es tu nombre, quiero decirle a Aza, pero me callo. Aza se eleva con el humo lleno de resina y ondea con las estrellas a su espalda y las frondosas copas de los árboles bajo sus pies.

–Estoy cansada –le digo.

–Volveré –dice Aza, y sé adónde va aunque no lo diga.

Sé que azota sus vientos sobre las copas de los árboles apresurándose de vuelta a la ciudad de los espíritus y los adoradores: sus hijos. Las ranas croan y oigo el chapoteo de los peces que saltan del agua para comer insectos nocturnos antes de volver a sumergirse.

Me acuesto en mi nido de musgo junto al fuego. Mañana cortaré dos ramas y pondré una tercera sobre las llamas para poder cocinar. Haré una infusión con la raíz de la espadaña. Cazaré ranas, las mataré y despellejaré, rebanaré sus grandes ancas saltarinas. Buscaré setas. Lo pondré todo en la olla. Seguiré mi voluntad.

La calma que sentí en mi primer día no resuena a la mañana siguiente. Un miedo presente y punzante me persigue en la noche. Duermo a ratos. El pánico cede cuando la mañana baña el pantano, pero vuelve con el paso de las horas, sorprendiéndome. Me sobresalto mientras arreglo la casa. Sello las enredaderas que atravesé a gatas para llegar hasta aquí, las vuelvo a tejer y luego me escondo en su frondosa maraña intentando serenar la respiración, mi corazón crepitante, atenta por si oigo perros. La noche siguiente, agotada, me duermo bajo la rueda de las estrellas. La luna esconde su cara. Una mañana, un atardecer, un amanecer, un día, una noche; la primera semana, la segunda semana se funden una en la otra. Duermo a ratos hasta que ya no, hasta que estoy despierta un día y una noche, y luego dormito con el sol filtrándose entre los árboles, sobre su colchón de hojas, con las manos llenas de las espadañas y raíces que he recogido. Más tarde me agazapo en la cáscara de la gran casa quemada sintiendo en el cuello los latidos de mi corazón, aguzando el oído por si llegan los hombres de bocas como sierras. La partida de Aza se vuelve cruel.

Una mañana despierto con el vago recuerdo de haber soñado con mi

madre y con Mama Aza, pero cuando intento acordarme de si me han hablado, no tengo memoria de sus palabras ni puedo ver sus caras. En el sueño solo me veo a mí, con las rodillas saltonas y el cuello flaco, comiendo un cuenco tras otro de gachas saladas hasta que se me hincha la barriga. En mis horas de vigilia, las costillas me sobresalen como cuchillos para mantequilla. En el mundo de la vigilia, el Agua guarda silencio. Arreglo la cabaña y almaceno comida para el invierno, trabajando en arrebatos. El viento sopla frío del norte. Tardo semanas en descifrar la tristeza que noto dentro de mí, seca y vacía como una colmena abandonada, ya que no he sentido nada igual desde que me arrebataron a mi madre: soledad. ¿Qué será de mí si no sigo a Aza a la ciudad? ¿Volverá un día para encontrarme muerta? ¿O quizá viva pero muda, con el pelo enmarañado y el pantano creciendo sobre mí?

Pero entonces una familia de jabalíes se desliza por la maleza; los veo pasar, con las barriguitas de los jabatos más pequeños rozando la tierra, y pienso: No estoy sola. Y Aquellos Que Toman y Dan chapotean bajo mis pies y los árboles hacen crujir sus ramas y acudo al Agua e imagino lo que diría mi madre: No lo estás. Encuentro un puñado de colmenillas. Cuando esa noche me siento ante el fuego y afilo el hacha, pienso en lo poco que aprendí de Emil sobre matar animales, en si podría construir un ahumadero y en cuánta grasa podría sacar de uno de esos jabatos; también fantaseo con el festín que me ofrecerían las danzantes de Aza si dejara que me devolviera soplando a la ciudad, a la gente. Si la tomara por madre. Entonces me pregunto si ella quiere que piense precisamente eso y lo sé, sé que es lo que quiere, sé que con su ausencia pretende demostrarme que la necesito, que necesito su lluvia y su viento y su maternidad elemental.

La luna brilla, llena y gruesa. Sentada ante el fuego, me palpo los pechos doloridos. Nunca he sentido este dolor y no sé si habré enfermado con alguna dolencia de los pantanos.

–¿Lo sabéis? –le pregunto a la colmena.

El pecho me palpita igual que las llamas que arden limpiamente, y me sorprende ver una abeja solitaria, dorada y centelleante, volando ante el fuego. Se ladea y luego se posa, aterciopelada, en mi muñeca.

Me echo a reír y veo que otra se acerca revoloteando y también se posa sobre mí. Levanto la mirada y veo infinidad de abejas, todas bañadas por la luz de la luna, volando sobre mi cabeza. Bajan una tras otra, y solo cuando me envuelven en una dulce y erizada prenda

viviente comprendo lo hambrienta que estaba de ternura, y mis pechos arden con este calor. Recuerdo a mi madre sentada a mi lado la primera vez que sangré, enseñándome a contener la sangre con trapos, y cómo dijo entonces: «Podrás tener hijos». Cómo me rodeó con el brazo, me atrajo hacia sí y lloró.

«¿Por qué lloras, mamá?», le pregunté, pero me frotó una oreja, se llevó mi cara a su cuello y sus lágrimas me abrasaron la mejilla.

–¿Es por esto, mamá? –le pregunto a la noche, y las abejas levantan el vuelo con dulzura, en silencio.

Acudo al Agua y recuerdo a mi madre enjugándose las lágrimas bruscamente. Ahora sé a qué se debían: terror, amor, alivio de que hubiese vivido lo bastante para sangrar. Mi amo la vendería tres estaciones después.

–Mamá –la llamo.

–Bendición –dice, y luego guarda silencio.

Cuento los días desde mi último sangrado y de pronto sé adónde ha llevado mi búsqueda de placer con el hermano de Esther. Sé qué significa el dolor en los pechos. Sé que hay una semilla, una canción, una criatura en camino.

Me llevo las manos al vientre y lo acuno.

Me trago las náuseas durante días y busco setas para que me den fuerza y me curen. Por la noche siento la presión de mis uñas creciendo de nuevo en sus lechos, el picor de mi piel estirándose en las caderas. Construyo un pequeño cobertizo para ahumar carne y mato ardillas, un mapache y un jabato con una honda, pero pienso continuamente en arroz y gachas, sobre todo por las mañanas. Intento olvidar la idea, el recuerdo del cereal, cuando bebo mi caldo de setas y carne. Eso estoy comiendo la noche que Aza regresa.

–Has estado trabajando –me dice, descendiendo al claro con una niebla gris.

El fuego se atenúa por la humedad y espabilo su corazón de ascuas con un palo.

–Pues sí –respondo, sorprendida por lo que siento, por el agradecimiento ante su vuelta, el placer de la compañía, que es cálido

y espeso como un bocado de pastel de maíz con miel.

Está incluso más sonrojada que la última vez que la vi, sus brazos redondos y rollizos, la cara iluminada por el rayo, inundada de placer. Probablemente Mama Aza nunca tuvo el lujo de semejante plenitud.

–Estás más sana –dice.

Me está observando y, por un momento, la expresión de su cara es la de la señora flaca y blanca que arranca la dulzura de la gente, del azúcar, de la tierra. Siento una rápida punzada de pánico.

–He estado comiendo –digo para disimular–. Más de lo que podía cuando era una persona robada.

Aza asiente y tararea. Sus faldas se oscurecen con el sonido. Está acumulando poder.

–Construye una balsa.

Sonríe y enhebra un fuerte viento entre las copas de los árboles. Se agitan y murmuran, oscureciendo la luna.

–Estás lista.

Bajo la vista a Aquellos Que Toman y Dan. Mis abejas, el pantano, Aza, la tierra: todos guardan silencio, esperando. Cruzo los brazos y miro a Aza, su afilada belleza, la ondulación de su magnífico cabello, el espíritu que habita el recuerdo de mi abuela, y pienso en la semilla, la canción, el secreto que crece dentro de mí.

–No –le digo.

Levanto un brazo a la habitación del claro, a los árboles trémulos, a los animales que se deslizan por la noche, a los huesos de la gran casa, a la cáscara de la pequeña cabaña que he fregado, barrido y remendado para convertirla en mi hogar.

Aza ruge y se detiene. El trueno palpita en su respiración. Sin embargo, sus palabras son serenas.

–Yo te he traído aquí, a este lugar.

–No –le digo.

Levanto las manos. Me maravillo de mis brazos, poco más que huesos cubiertos de piel cuando llegué aquí, pero ahora hay músculos que los

recorren.

–Me traje yo misma.

–No –dice ella.

–Sí. Tú me ayudaste, Aza.

Se echa el viento por encima del hombro.

–Estoy aquí gracias a mí –le digo.

Vuelve a azotar el viento y me agacho más cerca de la tierra. La ráfaga me obliga a cerrar los ojos y luego los entorno para leer las palabras de sus labios.

–Sin mí, habrías muerto en el camino.

–Y Safi –digo.

–Sin mí, habrías muerto en los mercados.

–Y Phyllis –digo.

–Sin mí, habrías muerto en la plantación de caña.

–Y Emil.

–Habrías muerto en el hoyo.

–Y Esther.

–Te habrías ahogado en el río.

–Y Mama Aza.

–Habrías volcado en el lago.

–Y mi madre –le digo.

El viento retuerce el claro como si fuera un gran tornillo. El cielo, de un negro más profundo, se ruboriza con la cara de Aza, y donde estarían sus pies se vuelve oscuro como el hollín. Aza rueda la cabeza sobre el cuello y empieza a girar.

–¿No conoces este baile? –me pregunta.

Gira de nuevo, y su falda se vuelve borrosa.

–¿Este amor?

Hundo los dedos en la tierra. Me agarro a raíces y estolones. Las ráfagas de Aza me obligan a inclinarme. A adorar. Me tumbo panza abajo en la arena removida que barro todos los días. Mi fuego se apaga. Me agacho todo lo que puedo, encogida por los giros de Aza, por su frenesí tormentoso: su pecho se extiende, sus brazos se elevan y giran, su pelo se retuerce hasta formar un cono. Ha bailado hasta convertirse en un tornado. Respiro con pequeñas inhalaciones, lo poco que puedo.

–Me has ayudado, Aza.

La luna se ha ido. Tengo la boca llena de arenilla.

–Pero no puedo darte mi vida –le digo.

La ciénaga parda se hunde bajo el vendaval.

–Siempre te veré, siempre te estaré agradecida, pero no soy tuya.

Aza retumba, ruidosa como el océano en plena tormenta. Cierro los ojos al mundo salado.

–Tú no eres mi madre –le digo.

–¿Tu madre? –pregunta, susurrando sus palabras en la hondonada donde estoy agazapada.

Respiro a sorbitos. Abro los ojos y estallan en negro. Ella me quitaría hasta el aliento, sobre todo el aliento.

–No lo eres –jadeo.

Mi boca besa el barro. Los vientos de Aza se elevan hasta formar una canción, una canción cantada con los pies en el polvo, un ataúd que se hinca en la carne blanda del hombro, el peso de la caja ligero como una pestaña bajo la presión de la pena.

–Yo soy –le digo– mía.

Los árboles azotan el aire, inclinan la cabeza hacia la tierra perfumada de azufre. Me mantengo firme con los diminutos, los de corazón pequeño, los de movimientos ágiles. Permanezco agachada con los se quedan quietos, sus ojos brillantes en la noche, y fingen estar muertos para fastidiar al coyote flaco, para engañar al lobo de sonrisa amarilla. Las ranas protestan, los insectos discrepan y mis gemidos son rápidos

y agudos, pero Aza no oye las quejas de los seres pequeños. Demasiado furiosa, retuerce y sacude a su paso las ramas heridas por la savia.

–Me abandonas –llora mientras atraviesa, afilada como un machete, el pantano nocturno, mientras se aleja girando.

Pese a la semilla, el secreto, la vida que llevo dentro, la partida de Aza duele. Rompe algo dentro de mí. Madre, casi quiero decirle. Madre, porque ese es el nombre que quería de mí y de mi madre, el verdadero nombre que codicia. Podría dárselo. Podría dárselo y ella volvería. Si la llamara ahora, volvería. Podría amarrar una nueva balsa, podría agarrarme a ella, podría dejar que me llevara de vuelta a la ciudad llena de gente, a sus hijos que la llaman por otro nombre; podría ocupar mi lugar entre ellos, esconderme entre la multitud, rezar para no volver a ver a la señora de cara afilada ni a sus hombres. Pero no. No. No quiero esa persecución, esa caza. Quiero esta habitación verde, esta cama acolchada con musgo y agujas de ciprés, esta sopa de tortuga, este jabalí ahumado, la miel que llegará con la primavera. Quiero que la semilla, el secreto, el bebé nazca aquí. Quiero que su primer aliento, el chasquido de su llanto resuenen en el claro, que despierten a los renacuajos, que abran los ojos de las crías de zarigüeya, que levanten la cabeza de los jabatos que hozan.

Aza rasga el cielo. Desgarra el libro del aire. Asciende y gira, y sé que la he ofendido mucho porque no regresa a Nueva Orleans, que está al oeste. Se dirige al este, rumbo al océano de pizarra donde encontró a Mama Aza por primera vez. Recorrerá por tierra el largo camino que nosotras recorrimos, volverá a la casa de mi amo, volverá a la cuna de su mar. Bailará hasta convertirse de torrente en arroyuelo y se disolverá sobre el agua, se secará sobre los esqueletos de los náufragos de Mama Aza, y luego cruzará un estrecho para volver a su propia madre: el Agua. Aza ha hecho su ofrenda: ha escoltado a los que íbamos al sur, ha presenciado cómo nos ahogamos, nos quemamos, sangramos, ha sido testigo de nuestro descenso a los vientres de los ríos, a la negra boca de Aquellos Que Toman y Dan. La primera vez que Aza vino a mí, que me habló, qué fresco era su roce, qué tranquilizador: la mano de una madre con un paño frío para la fiebre. Y ahora se va: el paño tibio se cae. Cuando vuelva al reino de las tormentas, a sus ciudades aéreas, ¿será suficiente? ¿Reconocerá al Agua, y el Agua le devolverá la mirada?

Con la partida de Aza, la noche del pantano despliega sus detalles. Los insectos chillan, llorando por sus hermanos rotos. La inquieta oscuridad huele a savia y huevos podridos. Trepo sobre los escombros

para arrodillarme en el arroyo y lavarme la boca, la cara, el cuerpo. Me limpio mis partes suaves, buscando sangre: me alivia comprobar que la semilla de mi vientre sigue ahí. Penachos de ramas y hojas arrancadas tapan mi fuego apagado, cubren el claro iluminado por la luna. Busco mi colcha y me envuelvo en ella, aparto el desorden de la puerta de una patada y me acuesto en el quicio. Mi boca sabe a la densa raíz de la tierra. Me trago el sabor y miro arriba. La tormenta de Aza ha limpiado la rueda del cielo y ahora brilla el gran río de estrellas.

Espero que mi madre esté al timón de un barco de costuras apretadas y gran vela blanca en el río celeste que separa los mundos. Que su nave forme parte de la flota resucitada que navega por el Agua. Espero que esté plantada en cubierta junto a Mama Aza, con sus cintos ondeando al viento invisible y oscuro. Mujeres de pie firme y vista de águila. Las amplias rutas abiertas y brillantes ante ellas, rebosantes de hielo y luz, de agua y espíritu. Cómo las alienta la luz encalada de las estrellas. Cómo bailan con el vaivén de la cubierta. Cómo cantan.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a mi editora, Kathy Belden. Este libro ha sido especialmente difícil de crear, y siempre le estaré agradecida por plantear las preguntas necesarias que llevaron a la metamorfosis de la novela durante la revisión en profundidad. Me salvó en la escritura de este libro y en la vida, porque me llevó de la mano en mi dolor y me ayudó a encontrar el camino de vuelta a mi voz. Rob McQuilkin, mi agente literario, aboga ferozmente por mí y por mi obra. Le estoy agradecida a Rebekah Jett, editora asociada, que me mantuvo organizada y fiel a los plazos. Jaya Miceli, mi directora artística, diseñó la hermosa y trascendente cubierta. Laura Wise, mi editora de producción, se aseguró de que todos los detalles fueran correctos. Gracias a Stuart Smith, editor asociado, que fue uno de los primeros defensores de Annis. Ashley Gilliam Rose y Brianna Yamashita han trabajado incansablemente para hacer llegar este libro a los lectores, igual que Georgia Brainard. Kate Lloyd ha sido mi publicista en un par de mis novelas y es fantástica: un torbellino firme e imaginativo que ha hecho entrar a mis hijos y mis libros en el mundo con la misma consideración. Mi agradecimiento a Nan Graham, que ha optado por defender mi trabajo e invertir en mi carrera, y que también ha aportado notas útiles con esta novela. También quiero agradecer a Miriam Feuerle, Hannah Scott y a todo el personal de la Agencia Lyceum su trabajo incansable para que mi obra llegue a los lectores.

Gracias a mis colegas de la Universidad de Tulane, que han sido flexibles y me han apoyado en la elaboración de este libro, especialmente los profesores Michael Kuczynski y Thomas Beller. El rector Michael Fitts y el decano Brian T. Edwards también le han dado espacio a mi carrera literaria al tiempo que apoyaban mi carrera académica. Mis alumnos de Tulane son excepcionales y me inspiran para dedicarme a la escritura creativa y ampliar los límites de mi ficción.

No podría haber salido del reciente poso del luto sin mis amigos, entre los que destaca la doctora Veronique Robins-Brown: mi eterno agradecimiento para ella. Mis colegas escritores siempre me inspiran y siempre son amables conmigo, incluso cuando desaparezco: Elizabeth Staudt, Natalie Bakapoulos, Sarah Frisch, Justin St. Germain, Stephanie Soileau, Ammi Keller, Harriet Clark y Rob Ehle. Un

agradecimiento especial a Christian Kiefer, que se convirtió en mi amigo en plena pandemia, y también a Regina Bradley, prima de mi corazón, que me animaron a terminar Este mundo ciego cuando ellos estaban terminando sus propias obras. Mis mejores amigas de la universidad, Julie Hwang y Brenna Powell, siempre me han mantenido a flote. Todo mi amor para las señoras que ríen pero no juegan: Kimberly McWilliams, Anna Liese, Tatum Wingfield y Amanda Wood, que quieren a mis hijos como si fueran suyos, que me dan motivos para reír y que están conmigo y por mí.

Por último, no podría hacer esto sin mi familia. Mi madre me quiere, me alimenta y me guía a través de un dolor indescriptible. Mi padre apareció y me apoyó tras la muerte de mi amado B. Mis hermanas, Nerissa y Charine, me apoyan y sostienen día tras día. Mi sobrino mayor y ahijado, De’Sean, fue el primero que me hizo comprender lo que significaba querer a un niño y cuidarlo incondicionalmente; todos estos años después, cuando perdimos a B, hizo lo mismo conmigo. Mi madrina, la tía Gretchen, siempre me ha cuidado. Mi tía Judy me enseña el poder de una buena línea de diálogo y me hace reír cada vez que hablamos. Mis tíos, especialmente Tom, Phil, Jason y Dwayne, son mi guía. Mi prima Nadine siempre ha sido un ejemplo de elegancia, sabiduría y valor. Mi hermano pequeño/primo Aldon recuerda las historias que yo he olvidado, las historias que Joshua se llevó con él, y me las cuenta para que no pierda esa parte de mí que solo él y Josh conocían. Mis primos Rhett y Jill me quieren, siempre, pese a mis fracasos, mis errores y mis decisiones. Mi familia extensa siempre me ha animado. Mi mejor amigo, Mark, está siempre presente, siempre leal, incluso cuando guardo silencio durante un tiempo. La hermana de mi corazón, Mariah, me ha devuelto a la tierra de los vivos, una y otra vez. Mis sobrinas y sobrinos me mantienen abierta a la alegría: Joshua B., Kalani, Au’laysia, Joshua D., Jhernii y el pequeño Brandon. Mi familia/chicas me ayudan a recordar que merece la pena vivir: Danielle, Bernetta, Robynn, Nikki, Rachel, Blake, Diedre y Dwynette, y sus hijos también son estrellas para mí. Mi nuevo compañero, Marcus, me recuerda que hay más amor y más vida. Mis hijos son asombrosos milagros que me mantienen en pie: Noemie, Brando y Xavier. El espectro de la pérdida de cada uno de vosotros me ayudó a comprender el descenso de Annis, y cada palabra que escribo es vuestra.

ÍNDICE